TODO O NADA



CORELIA LANE

TODO O NADA

Corelia Lane

©Dirtybooks, febrero de 2024

Portada: Neith (Myriam Crespo)

Todo o nada, de Corelia Lane, está registrada bajo una licencia Creative Commons.

No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de las autoras y los editores.

NOTA DE LAS AUTORAS
Los chicos de la isla
1. Todo acaba igual: contigo jodido
2. Es su identificador, no trate de borrarlo.
3. Vamos a joderles a todos hasta que lloren, 1984.
4. ¿Y ahora, qué?
5. La mano del muerto.
6. Los sótanos están cerrados.
7. ¿Te has perdido?
8. Que levante la mano quien no quiera jugar.
9. No todos lo tienen claro, pero yo sí.
10. Música suave, volumen bajo. Quítate la ropa.
11. Dime cuánto me odias.
12. ¡Pañuelo!
13. Cállate, Trece, vas a meterte en líos.
14. ¿Qué crees que te mereces?
15. Es importante estar unidos.
16. La puerta está abierta.
17. Las heridas serán solo cicatrices.
18. Es mejor no preguntar.
19. Lo celebraremos con un juego.
20. Todos somos idiotas en algo.
21. Deja que la magia dure.
22. ¿Cuál es la lección?
23. ¡¡Necesita ir al hospital!!
24. No se aprende a bailar en un rato.
25. Como si te tocara por primera vez.
26. ¿Quién se supone que eres?
27. Los héroes no se sienten como héroes.
28 Contadlo todo.
29. Mi último regalo.
Otras obras de las autoras:

NOTA DE LAS AUTORAS

Esta no es una novela romántica, aunque pueda contener romance. Si lo que buscas es un *thriller* sencillo en el que prime el amor, la sensualidad discreta y el erotismo ligero, *vanilla*, te recomendamos que escojas otra lectura. *Todo o nada* no es para todos los públicos y algunas de sus escenas pueden herir sensibilidades. Hacer una lista completa de *trigger warning*s nos resulta imposible, pues algunos de ellos estropearían el misterio de la trama. Pero aquí te dejamos unos pocos, para que te hagas una idea de lo que vas a encontrar:

Abuso físico y psicológico.

Sexo no consentido.

Prostitución.

Humillación.

Bondage.

Pensamientos suicidas.

Si pese a esto quieres aventurarte en estas páginas y llegas al final, nos gustaría pedirte un favor: evita los *spoilers* en las reseñas para que otras personas puedan disfrutarlo con la misma intensidad. U odiarlo, quién sabe…

Para Carmelo, porque todas las novelas son importantes, pero algunas producen más orgullo que otras y esta es una de ellas. Una novela especial, dedicada a una persona especial. Sin tu apoyo nunca hubiera tenido la confianza suficiente para intentarlo.

Para Di Seijo, cuyas relecturas y entusiasmo nos han ilusionado y dado mucha energía últimamente. Para Marta, como siempre, porque es nuestra sabia de confianza.

Los chicos de la isla

Dos/Marcel: Tiene el pelo corto de color platino.

Tres/Liam: Es robusto y rubio. Suele llevar la melena corta atada y una barba descuidada.

Cuatro/Samuel: Lleva gafas. Moreno, pelo corto.

Cinco/Nicolas: Tiene el pelo negro por debajo de las orejas.

Seis/Simon: Tiene el pelo negro y rizado y una barba arreglada.

Siete/Soren: Es moreno con mechas azules en el flequillo. Tiene los ojos azules y lleva piercings en boca y nariz, a veces los usa y a veces no.

Ocho/Chris: Es castaño y lleva el pelo corto y sin peinar. Es el más grande de todos y tiene los brazos tatuados.

Nueve/Ethan: Es moreno y luce un corte militar. Tiene los ojos verdosos.

Diez/Alex: Lleva la cabeza rapada al uno. Es moreno de ojos marrones.

Once/Caleb: Tiene el pelo corto y castaño rapado por ambos lados. Sus ojos son verdes.

Doce/Daniel: Es rubio, de pelo corto y rizado y ojos claros.

Trece/Eric: Lleva media melena castaña y ondulada. Ojos ambar.

Catorce/Noah: Es pelirrojo y tiene una preciosa melena de largos bucles. Ojos verdes y rostro salpicado de pecas.

«Y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya terminado realmente. Pero una cosa sí es segura: cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso trata esta tormenta».

Haruki Murakami

1. Todo acaba igual: contigo jodido.

Aquel día, antes de que la tormenta lo cambiara todo, había sido una mierda.

Para Eric no era una novedad; hacía tiempo que su vida discurría entre días malos y días peores. Al menos esa noche las calles mojadas creaban un espejismo que valía la pena observar. Los altos y abigarrados edificios se reflejaban en los charcos y los neones se replicaban en mil destellos multicolores. La ciudad de Elysium rara vez se dignaba a regalar un poema así a los habitantes del deprimido distrito de Haven, así que se detuvo a contemplarlo. Apenas fue un segundo, un destello de belleza que estalló en pedazos con el zumbido eléctrico de las ruedas de un robot de reparto.

Ese sonido hizo que Eric se tensara. Tenía las manos metidas en la cazadora desgastada y volvió el rostro para seguir los movimientos del aparato. Era blanco, una caja con ruedas que tenía una cara sonriente dibujada en la pantalla frontal y el logotipo con las dos uves de Valkyria en un lateral. Tan aséptico e impersonal que resultaba siniestro.

—Podrían haberse trabajado el diseño, esos imbéciles… —murmuró por lo bajo.

Odiaba aquellas máquinas. No era nada personal. Ellas no tenían la culpa de su despido, en realidad. Los jefazos de Valkyria, el conglomerado empresarial que suministraba todo lo que un ciudadano pudiera necesitar en Elysium, habían decidido que los repartidores humanos eran demasiado caros: entraban en huelga cuando se los intentaba explotar de más y enfermaban cuando conseguían hacerlo. Las máquinas eran incansables, inmunes al desaliento y tenían una gran ventaja contra la que un ser humano no podía competir: si dejaban de funcionar, las podías enviar a la trituradora sin tener que rendir cuentas.

Ellas habían ganado. Él había perdido. Todo el mundo sabía que era un duelo desigual, pero ya no había nada que hacer. Eric pensaba seguir su camino de vuelta a casa. Había conseguido quince euros chupándole la polla a un ejecutivo en el baño de un garito, así que no podía decir que se le hubiera dado mal la noche, para ser la primera, y más teniendo en cuenta que el tipo le había acusado de ser demasiado brusco y ni siquiera había terminado. La suerte fue que no le reclamó el dinero de vuelta, por lo que no tuvo que armar ningún escándalo. Con eso podría comprar una buena cena y comer caliente al día siguiente.

Tenía que conformarse. Podría haber sido peor. Y era mejor no buscarse líos. No llamar la atención.

El robot pasó a su lado y escuchó la voz monocorde dándole las gracias por apartarse. Eso fue como un gatillo. Todo el asco que había sentido durante la noche encontró un canal por el que expresarse: el odio. Y este encontró otro río en el que desembocar: la violencia. Corrió hacia el robot y le soltó una patada fuerte, brusca, que lo hizo volcar al instante. Tuvo que echarse la capucha por encima de los hombros y salir corriendo cuando los drones anexos llegaron zumbando en el aire. Las alturas de la ciudad estaban infestadas de ellos, negros como moscardones y grandes como rapaces, con las tres erres impresas a un costado: recolocar, reparar y reconocer. Las dos primeras solo atañían a los robots, la tercera implicaba una fotografía y un escaneo que podía desembocar en multas desorbitadas… o cosas peores.

El filtro que cribaba entre buenas y malas las ideas en la cabeza de la gente no funcionaba del todo bien en el caso de Eric. Mientras corría, se maldecía por haberse dejado llevar por el impulso: había sido una mala idea, pero así funcionaba él. Acababa de quedarse sin la opción de cenar, al menos hasta que los drones dejaran de buscarle en las calles estrechas del Haven. El barrio era agobiante, pero tenía una ventaja cuando se trataba de lidiar con los drones: las

pasarelas y túneles que conectaban algunos edificios entorpecían el vuelo y resultaban peligrosas para su integridad. El cuerpo delgado de Eric se escurrió entre dos muros, pasó por debajo de una rampa y atravesó un pequeño túnel. El zumbido de los drones quedó atrás y pudo al fin caminar a una velocidad normal. En esa zona nadie se iba a fijar en él. Era una cloaca en la que los yonkis de los nitacenos pasaban el viaje que tantas veces les llevaba a la muerte y un dudoso refugio para los que aún esperaban un futuro mejor y creían que su situación era temporal. Los segundos solían acabar en la situación de los primeros. Muchos de ellos terminaban en los recreativos de la calle 15. Los bajos de un centro comercial que había sido clausurado cuando el barrio se volvió inseguro servían como hogar para los que lo habían perdido todo. La mayoría compartía desgracia con Eric y habían pasado de ser ciudadanos productivos a indigentes por culpa de la regulación de plantilla de Valkyria.

Los pasillos y almacenes del centro comercial eran relativamente tranquilos. No era necesario hacerse un nombre a base de navajazos, no existían las pandillas y los neonazis de Elysium Limpia permanecían ajenos a su existencia. Pero todo aquello duraría poco. Los nitacenos estaban empezando a filtrarse y, con las drogas, llegarían las peleas, los incendios, los disturbios y los pacificadores autonombrados.

Eric recorría a paso ligero los suelos que amarilleaban como baldosas de Oz. Una fila de máquinas de autoservicio vacías y abandonadas acumulaban polvo a los lados, antiguallas de cuando era pequeño y no podía imaginar que cada trabajo que no hiciera una persona era una chincheta en el globo de su futuro. Las escaleras estaban en penumbra y las bajó a saltitos con la seguridad del que ya se sabe todos los desconchones y roturas. Allí abajo el aire se volvía rancio de golpe, un aliento caliente y desagradable que resultaba una bendición en invierno. Esa noche se mezclaba con el aroma de la pintura fresca, alguien había añadido otra capa de graffitis mal hechos a alguna pared.

Tenía que conformarse. Había gente mucho peor. Siempre existía alguien más jodido. Era como una especie de ley universal para que nadie pudiera quejarse a gusto de sus desgracias. Los viejos recreativos eran un refugio improvisado entre máquinas desgastadas, tableros, muebles y colchones rescatados de su abandono. Era un lugar de paso, sus habitantes se marchaban a otros lugares con el tiempo, mejores o peores. Aun así, se intentaba mantener un cierto orden y una sensación de hogar a pesar del olor rancio y la suciedad. Alguien había puesto una cortina de cuentas de plástico de colores en la entrada. Tiempo atrás, un manitas había logrado hacer funcionar algunas máquinas, que ofrecían luz y entretenimiento. En la trastienda montaron una cocina con arcaicos quemadores de gas, aprovechando los estantes para almacenar lo poco que tenían y estaban dispuestos a compartir.

—Parece que está cayendo una buena y la has pillado toda. Deberías tener más cuidado, vas a cazar una pulmonía —dijo Andrei a modo de saludo. La extensa red de carreteras que formaban sus arrugas prematuras se estiró al sonreír. Estaba leyendo un libro que se caía a trozos, recostado en uno de los colchones.

Era un veterano allí. Llevaba más de cinco años en los recreativos. Nunca les había contado por qué acabó en la calle, pero uno podía imaginar que tenía que ver con su edad. Quedarse sin trabajo con más de cincuenta era una condena si no tenías ahorros, y en Elysium los ahorros eran algo que pocos podían permitirse.

—No te preocupes, papá. Mis defensas son de titanio —bromeó Eric bajándose la capucha. Se secó con una de las cortinas que separaban los diferentes espacios de la sala.

—Hay buenas noticias. Las Caridades han pasado por el distrito al anochecer, ¿cuándo fue la última vez, hace dos semanas? No he conseguido para ti un plato extra de sopa caliente, pero les

he sacado un par de paquetes de arroz y un bote de tomate. Lo he dejado en la estantería de ahí detrás.

Andrei rara vez comía allí. Era perro viejo y lograba mantener un aspecto limpio pese a las condiciones en las que vivía, lo que le facilitaba el acceso a los escasos lugares en los que todavía repartían comida a los indigentes.

—No te preocupes. Cenaré arroz con tomate. Anoche cené tomate con arroz, se agradece el cambio.

Andrei soltó una risa carraspeante.

—Hay que tomárselo con filosofía, chico. Eso está bien.

Cocinar en la trastienda era un asco, pero los cacharros estaban limpios. Había una pila con agua corriente y la falta de recursos se compensaba con el espacio de almacenamiento. El arroz y la pasta no faltaban en los estantes en las buenas temporadas. Eric estaba poniendo el agua a hervir cuando Julian irrumpió en la trastienda. Era más joven que él, debía tener veintidós años, pero llevaba al menos tres prostituyéndose en el distrito.

—¿Cómo ha ido la primera noche? —preguntó sentándose en una mesa que hacía las veces de banco de cocina. Era muy delgado y tenía el rostro aniñado, lo que perturbaba mucho a Eric. No quería imaginar la clase de clientes que tenía.

—Un asco. Creo que no es lo mío.

—Ni lo de nadie, pero todos los buenos sitios para mendigar están cogidos y ni tú ni yo tenemos talento para el robo. ¿Te ha tratado bien? —preguntó Julian sacando una bolsita de tabaco de liar que había sido vaciada y rellenada muchas veces.

—Supongo que no puedo quejarme —respondió Eric—. ¿Tienes algún consejo? Si no mejoro en esto voy a estar jodido. Me tienen calado en las casas de juego, ya les he sacado todo lo que podía.

—Ve armado. Una navaja, un destornillador, lo que sea. No siempre van a ser amables y no siempre van a querer pagar. Si te refieres a cómo mentalizarte… Yo me hago a pelo al primero de la noche y, con lo que gano, me emborracho para que los siguientes sean llevaderos —explicó el chico liando un cigarrillo torcido y blando, sin filtro.

—No es el mejor consejo que han escuchado estas paredes, beber a diario —intervino Andrei, apareciendo para arrastrar otra silla y sentarse al lado—. Hay muchas casas de juego en Elysium, Eric. Tampoco es el mejor de los planes, pero seguro que puedes seguir probando suerte.

El agua rompió a hervir. Eric guardó silencio un momento, pensando en lo que le decían. El juego se le daba bien, muy bien. Y sabía hacer trampas. Cuando salía bien podía comer en condiciones, pero era arriesgado y no siempre tenía éxito. Estaba harto de depender tanto de la suerte y los sitios en los que había hecho trampas ya tenían su cara en los sistemas de seguridad.

—Lo pensaré —le dijo al mayor. Echó el arroz en la olla y miró a Julian—. Siempre llevo la navaja, pero te agradezco los consejos. No pensaba que sería tan jodido, si te soy sincero. Los reclamos de los locales del Barrio Rojo lo hacen parecer dinero fácil.

—Claro que sí. Y los del juego. El canódromo, la lotería, los créditos bancarios. Todo parece dinero fácil —se burló el chico.

—Y todo acaba igual: contigo jodido, de una manera u otra —añadió Andrei.

Ambos se echaron a reír como si hubiera sido el mejor chiste del mundo. A Eric no le hizo tanta gracia.

—¿Y no habéis pensado en ganaros la vida como dúo cómico? ¿Vais a cenar?

Eso contribuyó a que siguieran riendo, una risa franca y contagiosa que era de agradecer en

un lugar donde a veces resultaba difícil incluso sonreír. Julian aceptó enseguida. Andrei rehusó alegando que había quedado satisfecho con la sopa, pero acabó comiendo en cuanto Eric insistió. Cuando acabaron, Julian terminó el medio cigarro usando la silla a modo de mecedora.

—¿Sabéis lo que echo de menos? El café. Sobre todo por la mañana. He pensado en robar una cafetera de El Almacén.

Hacía años que la última tienda pequeña del distrito había cerrado sus puertas por culpa de Valkyria. Los únicos lugares físicos donde comprar eran los mercados ambulantes y las franquicias de El Almacén, macro complejos de la multinacional decorados como los antiguos centros comerciales donde vendían productos devueltos, tarados o de calidad ínfima.

—Hazlo, yo me encargaré de conseguir el café. Siempre me ha costado despertar sin una buena dosis —respondió Eric, levantándose para recoger los platos vacíos. Solían cenar en la barra del bar de los viejos recreativos—. Es una pena que los dueños de esto no se dejaran olvidada la cafetera con el resto de máquinas.

—Ya ves. Pero tenemos juegos para distraernos. No se puede pedir todo. —Julian aplastó el cigarro en un cenicero a rebosar y se levantó estirándose como un gato—. Tengo que irme. Mi jornada empieza ahora. Pasad buena noche.

El chico le dio un par de palmadas en la espalda a Andrei al pasar por su lado.

—Ten mucho cuidado, chaval.

—Eso. Anda con ojo —añadió Eric mientras dejaba los platos en la pila del bar.

—Yo me encargo de lavar eso —se ofreció el mayor—. Estarás deseando acostarte.

—Sí, la verdad. Ha sido un día raro. Gracias, Andrei.

El baño de mujeres había soportado bastante bien el abandono. Aunque el agua corriente llegaba con poca presión, les daba para lo básico: asearse, cocinar y lavar la ropa. Tenían dos retretes a su disposición. Los otros tres estaban rotos. El espejo, aunque partido por la mitad, era del todo funcional. Eric se lavó los dientes mirando su reflejo. El pelo le había crecido hasta rozar los hombros y se retorcía en las puntas en bucles castaños y desordenados. Sus ojos ambarinos ya no tenían la luz de otros tiempos, aunque seguía pareciendo tan joven como era. Al menos, estaba en pie y podía seguir luchando.

Llevaba poco menos de un año en esa situación. Y solo seis meses compartiendo colchón con extraños en los recreativos. Pensar en su vida pasada era como intentar recordar un sueño. El tiempo se había deformado desde que estaba en la calle, alargándose como un asteroide en el borde de un agujero negro. En esos momentos, antes de que el cansancio le venciera y le obligara a dormir, pensaba mucho en ello: en el tiempo. En lo contradictorio que era que pasara tan despacio y a la vez tan vertiginoso como el agua de un arroyo. Era la consecuencia de no tenerlo. De sentir que el agujero negro estaba cada vez más cerca, hambriento e inexorable.

Ese era su diálogo interno cada noche, coreado por los ronquidos y las voces de sus compañeros de refugio. Revisaba mentalmente cada pequeño dolor de cabeza, cada agujeta o mínimo hormigueo que había sentido durante el día y trataba de adivinar lo cerca que estaba de la nada. Sabía que no le quedaba mucho tiempo.

Al final, agotado de lidiar con su apocalipsis personal, Eric caía dormido. Y por unas horas podía descansar en la oscuridad hasta que el bucle volvía a comenzar.

2. Es su identificador, no trate de borrarlo.

Encajado entre los dos asientos delanteros de un coche, Eric solo era consciente de tres cosas: el balanceo del ambientador que colgaba del espejo, los desagradables jadeos del hombre que tenía detrás y el dolor punzante que le provocaba con cada movimiento. El lubricante lo reducía, pero no era suficiente. Era incapaz de relajarse.

Había subido al coche apenas veinte minutos antes, en la callejuela que compartía con Julian y otros tantos. No era desagradable a la vista y estaba limpio, que era mucho más de lo que había esperado. También parecía preocuparse un mínimo por lo que hacía: preservativo y una de esas pruebas de saliva que se habían puesto de moda años atrás y detectaban varias enfermedades de transmisión sexual. Aquello había ayudado a que Eric tuviera la confianza suficiente para irse con él a aquel solar mal iluminado, donde las patrullas no verían el coche a no ser que bajaran de los carros blindados y encendieran las linternas. Pero empezaba a arrepentirse. Siempre se arrepentía. Era demasiado brusco, demasiado apresurado y demasiado grande. Le revolvía el modo torpe en que trataba de acariciar su polla flácida para conseguir un poco de interacción, y el aliento caliente que notaba a veces cerca de la oreja, como si se hubiera enjuagado con un litro de desinfectante, como si llevara todo un hospital en la boca.

Notó el momento exacto en el que la náusea trepó por su garganta, dándole muy poco espacio para reaccionar.

—Para, ¡para! —se apresuró a avisar al extraño y manoteó buscando la apertura de la puerta.

—¿Qué? ¿Pero de qué vas? ¡Te he pagado por esto, chapero de mierda!

Debió ser la urgencia de sus movimientos o la palidez que invadió el rostro de Eric anunciando lo que estaba a punto de ocurrir, pero el hombre le soltó y le empujó fuera del coche. El escaso contenido de su estómago se estrelló contra la tierra del solar. Escuchó las ruedas chirriar y la gravilla crujir como si hubiera un muro entre él y el coche que le abandonaba allí, en medio de la nada.

—¡Cabrón, no me has pagado! —gritó sofocado al darse cuenta.

Presa de una repentina debilidad, se cerró los pantalones y se sentó en el suelo. Estaba tembloroso, debatiéndose entre el alivio y una desagradable sensación de vacío. Emociones como la rabia y el asco parecían estar debajo de un velo pegajoso y pesado, distantes. ¿Cómo podía aguantarlo Julian? ¿Iba a tener que emborracharse o drogarse para hacerlo? No le interesaba algo así. Las drogas solo le restarían tiempo y no tenía mucho. Tendría que soportarlo. Tragarse la náusea hasta que la rutina le anestesiara.

—Y encima tengo que volver a pie. Menudo gilipollas…

Cuando encontró el camino al callejón Julian no estaba allí. Los otros muchachos no ocultaban su hostilidad hacia él, ya fuera con malas miradas o el vacío absoluto. Era normal. A los puteros les gustaban las novedades, ni siquiera le habrían dejado quedarse de no ser por su amigo. Preguntar carecía de sentido, solo le quedaba esperar.

En Elysium la prostitución era legal, pero debía ejercerse bajo un estricto control, en prostíbulos que pasaran por todos los controles sanitarios y gubernamentales. Ejercer en espacios públicos estaba prohibido, igual que hacerlo sin licencia. Los que estaban en aquel callejón no podían, o no querían, pagar los impuestos o depender de proxenetas que se encargaran de ello. Habían vendido ese sistema como la solución a la explotación y la injusticia, pero lo cierto era que la situación no era mejor. Era mucho peor. Los que estaban dentro del sistema seguían controlados por mafias que operaban bajo la libertad que les daba pagar un peaje al gobierno de

la ciudad para que volviera la mirada a otro lado. El consumo de cuerpos se había banalizado hasta el punto de normalizar los anuncios en las mismas marquesinas de los autobuses con ofertas de barra libre y comida aderezadas con sexo. Ninguna perversión era lo suficientemente horrible si podía pagarse.

Apartarse del circuito legal no era mejor. En callejones como aquel no había ningún tipo de control. Cuando una chica o un chico desaparecía sin dejar rastro, nadie movía un dedo por encontrarlo, y eso si alguien se percataba. Eran los lugares más oscuros de la ciudad, donde la luz apenas se colaba entre los edificios y los servicios de limpieza no llegaban. Olía a cloacas y los charcos que se acumulaban al lado de la estrecha carretera brillaban con las briznas multicolores de la contaminación. A Eric le parecía la antesala del infierno. Una especie de purgatorio en el que se pagaban las faltas de otra vida. Si existía algo así, debía parecerse a ese callejón. Y sabía que aún había sitios peores, pero no quería imaginarlos.

Los coches paraban a recoger a otros chicos. Ninguno se detenía ante Eric. Ralentizaban su marcha, le miraban y veían algo que no les gustaba. Pasaban de largo. En el fondo, Eric se alegraba. No tenía energías para parecer otra cosa que no fuera un despojo.

Por fin una anticuada furgoneta que no tendría permiso para circular desde dos décadas atrás dejó a Julian cerca de donde Eric esperaba. Tuvo tiempo para atisbar al conductor, delgado como la misma muerte y cercano a la ancianidad. Julian se apoyó en la ventanilla, riendo como si se despidiera de un amigo. Su expresión de alegre tranquilidad no se desvaneció hasta que le vio alejarse, era un papel que estaba acostumbrado a representar. Enseguida vio a Eric.

—Tienes un aspecto horrible. Un aspecto horrible solo atrae a clientes horribles —suspiró sentándose a su lado—. ¿Qué ocurre?

—Casi le vomito el coche al tío que me ha recogido… —respondió Eric. Soltó un resoplido —. El muy mierdas se ha ido sin pagarme.

—Podría haber sido peor. Tienes que recomponerte e intentarlo con otro, Eric. Es peor cuanto más vueltas le das, no puedes limitarte a quedarte ahí sentado pensando en lo desgraciado que te sientes.

Rebuscó en el interior de su cazadora hasta sacar una petaca de buen tamaño. Al abrir el tapón a Eric le llegó el olor desagradable del alcohol casi puro. Julian se la tendió. Su amigo miró la botella como si le estuviera ofreciendo gasolina para beber.

—Te lo agradezco, pero no puedo depender del alcohol para hacer esto. Tiene que haber otra manera.

Julian se encogió de hombros y le dio un largo trago a la petaca sin hacer el menor gesto de desagrado, como si fuera agua. Cuando le miró estaba muy serio.

—Tan barata como el alcohol, ninguna. Metete algo en la cabeza: no te acostumbras, aunque en algún momento llegues a creer que sí. Nadie aguanta esto sin disociar. Sin despersonalizarse. La química es lo más sencillo para hacerlo sin perder la cabeza por el camino. —Volvió a beber. A su alrededor, los chicos intentaban llamar la atención de los coches, algunos medio desnudos. Era un día frío—. Si no vas a poder aguantarlo, tendrás que pensar en otra cosa. O intentarlo con el Pase al Paraíso de este año —acabó echándose a reír.

—¿Qué mierdas es eso? —Eric le miró con un brillo de esperanza en los ojos, como si le hubiera ofrecido un camino mejor. Lo del paraíso sonaba mucho más apetecible que ese callejón lleno de mugre y desesperación.

—¿Lo dices en serio? ¿En qué mundo vives?

—En el mismo que tú, ¿no está claro? —Hizo un gesto señalando alrededor con ambas manos.

—Parece que no; no te enteras de nada. Los distritos están llenos de carteles. Si tuvieras teléfono te llegaría un anuncio tras otro. Claro, el año pasado por estas fechas escucharías la noticia y no calaría ni un segundo en tu cabeza de serrín, eran cosas ajenas a tu realidad. —Julian se estiró. Comenzaba a tener los ojos brillantes—. Todos los años, antes del invierno, uno de esos millonarios excéntricos organiza una partida de póker muy especial. Siete jugadores. Él y seis jóvenes de la calle. Todos hombres, todos entre veinte y treinta años.

—Hay cientos de anuncios turbios empapelando la ciudad a los que no presto atención, y eso suena bastante turbio. ¿Por qué gente de la calle y por qué tan joven? ¿Cuál es el premio del que gana?

—Según cuentan, irse durante un año a la isla privada del millonario. Cuando pasa el año te dan dos opciones: quedarte a trabajar y vivir allí o volver con diez millones de euros en el banco. Pero Eric, escogen a seis personas. ¿Tienes idea de cuántas se apuntan? Además hay un montón de requisitos, yo me apunté el año pasado.

—Suena a chuparle la polla a un ricachón viejo. Aunque preferiría eso a chupar diez a la noche de perdedores que no se lavan. —Eric echó un vistazo al callejón. Era deprimente. Aún le sabía la boca a vómito—. Si no te eligieron a ti, dudo que me elijan a mí.

Un coche caro, de los autónomos, se detuvo frente a ellos. Un hombre de mediana edad, canoso y abotargado, se asomó por la ventanilla de atrás y le hizo un gesto a Julian. Este se levantó enseguida.

—Es un cliente habitual. Mañana te cuento lo que tuve que hacer yo, por si quieres intentarlo de todos modos. —Metió la mano en su bolsillo y sacó un par de billetes arrugados, echándolos directamente a la mano de Eric antes de que pudiera negarse—. Cena algo que te arregle el estómago, anda.

—Te lo devolveré —respondió Eric poniéndose en pie. Se guardó el dinero en el bolsillo y observó como Julian se perdía en el interior del coche y era engullido por la noche.

Así funcionaba Elysium, un microcosmos que solo replicaba el esquema de un mundo que se retorcía en la decadencia. Los cuerpos de Julian, de Andrei, su cuerpo, los que se encontraban en su misma situación, eran el alimento de ese monstruo de acero y neón al que muchos llamaban hogar. Eric callejeó dándole vueltas a lo que su compañero le había contado. Al llegar a la cafetería en la que comían cuando podían permitírselo, vio el cartel del que Julian le había hablado en la misma puerta. Su amigo tenía razón: estaba en todas partes, pero era la primera vez que reparaba en él.

¿Problemas económicos?

¿Sabes jugar al póker?

El Pase al Paraíso puede cambiar tu vida.

Las letras eran grandes y resaltaban en tonos plateados. La imagen de fondo parecía hecha por una inteligencia artificial, pues a cualquiera que viviera en Elysium le costaba asimilar que algo así pudiera ser real. Una isla del tamaño de dos distritos, rodeada de acantilados y cubierta de vegetación, con una especie de resort en la zona izquierda. En la parte inferior, el texto continuaba en letra pequeña.

Las solicitudes se recogerán en el casino Holocard Junction. Recuerda llevar tu documento de identidad. No es necesario teléfono ni apartado de correos. Si resultas seleccionado, nosotros te encontraremos. :)

Cada vez parecía más turbio, pero la isla paradisíaca que acompañaba al texto era como un sueño. Algo difícil de creer de tan perfecto. ¿Sería realmente así? Eric no había podido ni imaginar salir de vacaciones en toda su vida. Ahora que había perdido lo poco que tenía, esa

promesa ofrecía una brizna de ilusión, como echar la lotería. Sabías que no te iba a tocar, pero a pesar de eso imaginabas lo que podrías hacer con todo ese dinero, hasta que la realidad te ponía los pies en el suelo. Arrancó el cartel antes de entrar en el local, donde pidió un sándwich con patatas y una sopa caliente. Julian tenía razón y aquello asentó su estómago y entonó su ánimo. Cuando terminó tenía claro que pasaría por el Holocard a dejar su solicitud antes de regresar a casa.

Tomar el metro de noche tenía un riesgo elevado para alguien de su clase, sobre todo si viajaba al centro. Elysium Limpia y sus imitadores, jóvenes borrachos buscando alguien a quien molestar, gente en una situación similar a la suya que había elegido caminos violentos… Cuando llegó se debatía entre la tensión del viaje y el alivio de haber sido el objetivo de miradas desconfiadas y no depredadoras.

El Holocard Junction estaba cerca de la parada, una mole brillante y ruidosa que ocupaba toda una manzana. Un montón de carteles advertían que las pruebas para el Pase al Paraíso se realizaban en la parte trasera. Los dueños no querían a un montón de desechos sociales merodeando en la entrada y espantando a sus clientes.

Lo primero que advirtió fue que la cola fluía deprisa y no era tan larga como había esperado, podía ser por el horario, o porque solo quedaban dos días para la fecha límite. Entre sus contrincantes había un poco de todo. Algunos tenían un aspecto desaliñado, otros directamente apestaban, se tambaleaban o estaban medio idos. Muchos llevaban ropa nueva y limpia, aunque usada, la típica del ropero de Las Caridades. Un buen puñado parecían estudiantes en buena situación, con hogar y dinero, que buscaban engañar al sistema y conseguir unas vacaciones pagadas.

Tardó unos quince minutos en bajar las escaleras que daban el interior y este le robó el aliento. Tenía el tamaño de dos polideportivos de distrito, con una especie de recepción delimitada por biombos. Más allá de estas, filas y filas de mesas donde los participantes rellenaban tacos de papeles. Cuando le llegó el turno se acercó a uno de los mostradores. Una mujer madura con un aséptico moño apretado tecleaba en un ordenador portátil.

—¿Tiene documentación? —preguntó con tono neutro, sin mirarle.

Tomó su documento con unos guantes de látex y lo pasó por un escáner, observando los resultados en la pantalla. Luego asintió y sacó dos carpetas llenas de papeles con un bolígrafo enganchado al cartón. Eric no había visto tal despilfarro de celulosa desde su infancia.

—La primera carpeta es para rellenar sus datos personales. Asegúrese de escribir en mayúsculas, legible, sin tachones y en las zonas especificadas. La segunda son una serie de tests y una prueba sencilla de cultura general. —Abrió la segunda carpeta y le enseñó una especie de sello metálico enganchado a la solapa posterior—. Esto es un lector. ¿Ve aquellas máquinas del fondo, las que parecen fotocopiadoras?

—Perfectamente.

—Cuando termine, meterá las hojas en la ranura, sin la carpeta. Todas juntas. Tras unos segundos, verá que se enciende un piloto. Si es rojo, tendrá que marcharse. Si es verde, usará ese lector en la puerta de la derecha. Se abrirá. No intente nada raro, como puede ver hay guardias y cámaras. Conserve el bolígrafo. ¡Siguiente!

Eric se sentó en una de las mesas y abrió la primera carpeta. Las preguntas eran obvias, aunque en una cantidad exagerada. Algunas debían desarrollarse y otras, las que escanearía la máquina, solo se respondían tachando casillas. La primera criba.

Nombre.

Todos los apellidos que recuerde.

Lugar de nacimiento.
Lugar de residencia.
Familiares vivos.
¿Tiene a su cargo menores, mascotas, personas dependientes? Indique cuales.
Propiedades inmobiliarias.
Patrimonio personal y familiar.
Nivel de estudios.
Centros de estudios de menor a mayor. Actividades extraescolares.
Experiencia laboral.
Premios y reconocimientos en cualquier ámbito.
¿Practica algún deporte? Indique cuales.
Aficiones.
Orientación sexual.
Indique cuánto tiempo lleva en situación de calle y el detonante de dicha situación.

Eran demasiadas preguntas. Julian le había advertido, exigían muchos requisitos y con las agencias de protección de datos desaparecidas de Elysium, cualquier cuestión era válida si estabas dispuesto a responder. Eric contestó a todas las preguntas, tomándose más o menos tiempo. Por ejemplo, describir su patrimonio personal y familiar era fácil: no tenía. Solo quedaba su madre desde que su padre muriera de un infarto cuando apenas era un adolescente y siempre habían vivido de alquiler. Ella sobrevivía de una pequeña pensión de viudedad y de la exigua jubilación que le tocaba por su puesto como secretaria en una clínica privada. Apenas la llamaba porque no quería preocuparla ni aceptar un dinero que necesitaba para pagar un alquiler cada vez más abusivo. Las preguntas sobre los estudios fueron las que más tiempo le llevaron. Con gran sacrificio y a base de becas —cuando estas aún existían y el gobierno de Elysium fingía preocuparse por sus ciudadanos— Eric había logrado estudiar la carrera de económicas y formarse en buenas academias. Había trabajado por un tiempo en la universidad, como investigador. Era su orgullo, aunque no le sirvió de nada. Tuvo que detenerse a pensar en sus aficiones, hacía tiempo que no se dedicaba a simplemente disfrutar de algo, porque todo costaba un precio, era difícil de conseguir, o ya no tenía energías para disfrutarlo como antes: la lectura, el cine, las prolíficas series de las cientos de plataformas que un día pudo permitirse, las clases de artes marciales y esgrima antigua, la repostería, el modelismo, el senderismo. Los malditos Legos. Recordó que pasó dos años ahorrando para comprarse una enorme nave espacial. Jamás había disfrutado tanto montando algo. Todos aquellos recuerdos eran agradables, pero al llegar a la última pregunta una punzada de rabia los hizo desaparecer.

Llevo en la calle desde que Valkyria hizo una reducción de plantilla masiva. Soy uno de los diez mil. El sueldo de mierda que me pagaban no me permitió siquiera ahorrar por si algo así pasaba y el finiquito no me dio ni para pagar un mes de alquiler.

Tras responder a todas las preguntas personales hizo el test psicotécnico. Esos tests siempre le aburrían. Se le hizo eterno, aunque respondía rápido a las preguntas. Al llegar al de cultura general, ya relajado, pudo explayarse a conciencia. Le sorprendió acordarse de tantas cosas a pesar de llevar casi un año en modo de supervivencia, sin tiempo ni ganas de leer. Aunque no era de extrañar, era un test fácil, enfocado a un conocimiento general que permitiría hacer una criba que dejaría fuera a los más ignorantes.

Al dirigirse al imponente cacharro donde debía introducir todo, se dio cuenta de que estaba nervioso. Tuvo que esperar un poco, pues a pesar de que había muchos, la afluencia de postulantes era grande. Cuando llegó, metió los papeles en la máquina. La eficiente IA solo

necesitó dos segundos para leerlos y dar un veredicto: el piloto brilló en verde. Eric contuvo un gesto de victoria y fue a la puerta con el lector.

Había pasado la criba de los estúpidos, pero no tenía ni idea de qué sería lo próximo. ¿Qué más podían pedirle?

Dos guardias con chaleco blindado y cascos negros que impedían ver su rostro permanecían impávidos a ambos lados. La puerta se deslizó a un lado en cuanto acercó el lector y volvió a cerrarse al instante. Estaba en un pasillo largo y gris que giraba a la izquierda. Por un lado había una puerta abierta, desde donde le llamó una voz masculina.

—¡Pase!

Era del tamaño de un cuarto de escobas. Solo tenía una mesa pequeña y un armario abierto lleno de botes vacíos y papeles. Un hombre joven y atlético agarró su mano en cuanto entró y le marcó con un sello: Nº 1984.

—No trate de borrarlo, es su identificador.

Eric se preguntó si aquel era el número total de candidatos que había pasado la criba desde que empezaron las pruebas… o solo durante aquel día. El hombre le pasó un papel enganchado a un cartón rígido y uno de los botes de plástico.

—Tiene que firmar dos autorizaciones: una revisión médica y el acceso a su historial médico. Cuando doble la esquina llegará a una cola. También verá varias puertas, son aseos, puede utilizarlos para orinar en el bote en cuanto pueda. No toque la superficie con el pene.

Escuchó cómo la puerta por la que había entrado volvía a abrirse en el pasillo. Con el botecito en la mano, caminó en la dirección indicada. A pesar de la cola que encontró el lugar le resultó siniestro. La gente formaba la fila en silencio. Estaba a tiempo de negarse e irse, pero la curiosidad podía más. Y no tenía nada más interesante que hacer. Además, le causaba pudor echarse atrás ahora, como si fueran a juzgarlo los de la cola o a detenerlo los guardias si le daba por recular. Sabía que no iban a escogerlo, si no era por la fría estadística, sería por lo que encontrarían en su historial médico. Y llevaba mucho sin hacerse un chequeo, podría haber pillado algo por el camino. Llegó su turno y entró en el baño que acababa de quedar libre. Aprovechó para lavarse un poco la cara y peinarse con los dedos antes de firmar los papeles. No perdía nada por intentarlo. Salió con el frasco relleno y regresó a la fila para recibir más instrucciones.

—Esto es surrealista —rezongó.

La cola había llegado a otra sala con aspecto de almacén, llena de puertas a los lados. Debían ser los bajos del casino, utilizados habitualmente para guardar trastos por secciones. Una serie de biombos en forma de laberinto dirigían a los participantes por diferentes mesas, tras las que hombres y mujeres en bata les trataban con frialdad profesional. El olor a desinfectante le recordó al cliente del coche, pero antes de que volviera a revolverse una mujer entrada en carnes se acercó a él con una linterna.

—Deje los papeles y el bote en mi mesa y abra la boca.

Eric obedeció sin decir nada, algo cohibido por la situación. Era un lugar muy raro para hacerse un chequeo médico y le recordaba a la manera en la que se revisaba a las reses en las granjas. La mujer debió decidir que no la abría lo suficiente, porque le agarró de la mandíbula y examinó a fondo su dentadura del modo más humillante que cabía imaginar, palpando diente por diente. Cuando acabó tiró el guante de látex a una papelera y escribió algo en el pórtatil de la mesa. Algó zumbó en la parte de abajo. Lo recogió, era una hoja llena de pegatinas cuadradas con un código de barras. Tras poner una en los papeles y otra en el bote de orina, se lo tendió.

—Siga el recorrido. Dele una a quien se lo pida. ¡Siguiente! —dijo desinfectando con un

spray antes de ponerse otro guante.

En la siguiente mesa le sacaron sangre. Después vinieron el electro y la prueba de esfuerzo. Tras eso, otras pruebas. Para cuando llegó al final habrían pasado dos horas, tenía sueño y solo quedaba una pegatina en la hoja. Había empezado con al menos diez. Tras el biombo de tela esperaba un hombre de avanzada edad con unas gafas de cristales gruesos. Había una camilla y una máquina compleja con pantalla. La privacidad era mayor que en las otras, pero no absoluta, los guardias siempre paseaban echando miradas por todas partes.

—Bájese los pantalones y la ropa interior e inclínese sobre la camilla.

—Espera, espera… ¿Esto es imprescindible?

Después de todas las pruebas, no esperaba algo así y no tenía ganas de volver a tener a nadie hurgando en su trasero.

—Si no está conforme, la puerta de la izquierda lo conducirá a la salida —replicó el anciano colocándose otros guantes—. ¿Siente ardor al orinar? ¿Va al aseo de forma normal? ¿Mantiene las erecciones? ¿Cómo describiría su esperma?

Eric miró la puerta. Era tentador marcharse. De hecho era lo que quería hacer. Tiempo después no sabría explicar por qué no lo hizo. Tal vez fue por haber llegado hasta allí, todas las pruebas, la fotografía de la isla grabada en su subconsciente. O tal vez el ambiente, de alguna forma, ejercía una presión invisible sobre él que lo paralizaba. Tartamudeó al responder y tuvo que aclararse la garganta.

—No. Sí. Sí. Ah… Normal, no tiene nada raro.

—Bien. Inclínese. O suba si tiene la tensión baja. Respire hondo y trate de relajarse, solo es un momento.

Esa vez tardó más en obedecer. Volvió a mirar la puerta, pero sus manos ya desabrochaban el pantalón. Se inclinó y cerró los ojos. No fue peor que lo que había vivido horas atrás y fue mucho más rápido. Sintió como si le pusieran litros de gel. Era desagradable, pero ayudaría. Igual que en el coche, le resultaba imposible relajarse. Dio un respingo al notar el dedo del doctor hurgando su intimidad, y otro mayor cuando alguien corrió la cortina.

—¿Todo en órden por aquí?

Era un guardia. El tono de voz no dejaba lugar a dudas: una burla.

—¿Va a hacer eso con todos? Empieza a cansar—replicó el doctor con tono molesto y hastiado.

El guardia no se molestó en contestar y el dedo fue sustituido por algo frío, grueso y alargado. Al echar un vistazo atrás, Eric pudo ver sus propias entrañas en la pantalla. Tenía entendido que el procedimiento habitual para aquello pasaba por la sedación. Pero antes de que pudiera quejarse, la molesta sensación desapareció. El doctor pasó un papel áspero por su trasero para retirar el exceso de gel y utilizó la última pegatina en los papeles que salían de la máquina. Después palpó a conciencia sus testículos y su sexo, le indicó que podía vestirse y se quitó los guantes.

—Salga por la puerta de la derecha. Los resultados de todo estarán en unas dos horas. Le recomiendo que coma y dormite ahí dentro.

—Bien, nos dejan dormir en el establo. Muchas gracias —replicó abrochándose los pantalones.

A esas alturas estaba irritado. Quería golpear al guardia graciosillo en cuanto saliera, pero no fue capaz más que de echarle una mala mirada al pasar por su lado. No era tan idiota para hacer un numerito en ese sitio. Solo quería que terminara e irse a dormir a su colchón mugriento, que le parecía un lugar mucho más acogedor que esa especie de granja de cribado. ¿Valía la pena pasar

por eso a cambio de nada? Entendía por qué Julian no lo había vuelto a intentar. Y desde luego que a él no le tendrían allí el próximo año, dejándose inspeccionar la dentadura y la polla como si estuvieran preparando a un semental para la monta. La promesa de poder descansar esas horas hasta tener los resultados le ayudó a atemperar los ánimos. Eso y la idea de que si no lo elegían, al menos le habían hecho un chequeo completo y gratuito.

La sala era otro almacén de menor tamaño que solo contaba con dos puertas: aquella por la que acababa de entrar y otra al lado contrario, intensificando la sensación de laberinto y absurdez arquitectónica. Eric se preguntó si todo aquello existía en los bajos del casino antes de la prueba o había sido construido deprisa, con paredes de pladur. Puede que ni existiera, que hubiera entrado en las *backrooms* sin darse cuenta, esa realidad paralela de habitaciones iguales que se replicaban en un infierno de monotonía. La única vigilancia provenía de las cámaras y se permitió dar unos golpecitos en la pared. Pladur fino, pintado de un verde apagado que no cumplía su misión de resultar relajante. Era demasiado anodino para ser parte de uno de esos *creepypasta* retro que habían vuelto a ponerse de moda.

Al fondo había diez por diez filas de butacones reclinables, similares a los de un cine, bajo una luz tenue. En ellos una treintena de ocupantes, tratando de descansar o dormir en diferentes posturas. La música ambiental ponía los pelos de punta, como el hilo musical de un centro comercial antiguo o una película erótica de bajo presupuesto. Justo al lado de la puerta, una mesa alargada contaba con el primer detalle agradable del lugar: bandejas de sándwiches, chocolatinas y *snacks* salados, con una máquina de agua y otra de café que no necesitaban monedas. Eso compensó las horas que acababa de pasar. Se preparó un café con leche bien caliente y cogió un buen puñado de aperitivos, tanto salados como dulces, que hicieron que en ese pequeño paréntesis valieran la pena las pruebas y el sentirse como una vaca camino del matadero. Al terminarlos, sin darse cuenta, cayó dormido bajo el peso de la fatiga.

3. Vamos a joderles a todos hasta que lloren, 1984.

Una sirena sacada de los documentales de guerra sobresaltó a todos los durmientes en algún punto de la noche o el amanecer. Hubo gritos, maldiciones y hasta un sollozo. Una voz femenina de estación de trenes los interrumpió. Los altavoces no estaban a la vista, parecía provenir de todas partes a la vez.

Atención.

Atención.

Atención.

Una pausa. Eric no sabía si los tambores que escuchaba provenían de su corazón o de los otros.

Gracias por su participación. A continuación, enumeraremos a los participantes que pueden salir por la puerta orientada al norte. El resto deberá regresar por donde entró. Está prohibido llevarse comida. Pueden llevarse un vaso de agua. Pueden llevarse un vaso de café. Atención.

Tres guardias armados entraron para escoltar la mesa, sin esconder los tásers que llevaban en la mano.

Mil novecientos cincuenta y siete. Adelante.

Mil novecientos sesenta y tres. Adelante.

Mil novecientos sesenta y siete. Adelante.

Eric se apresuró a servirse un café, con el corazón aún retumbando en sus oídos. No se atrevió a intentar robar algo de la mesa. Para ser un multimillonario capaz de montar aquel tinglado le parecía muy miserable que no les dejara llevarse un cochino sándwich.

Mil novecientos setenta. Adelante.

Mil novecientos ochenta y cuatro. Adelante.

Mil novecientos noventa y uno. Adelante.

Los participantes no enumerados pueden proceder a abandonar la sala por la puerta principal.

¿Habían dicho su número? Lo escuchó a la perfección, pero a la hora de enfilar hacia una u otra puerta, tuvo dudas. Miró a los guardias con los tásers y se preguntó si viviría una nueva experiencia eléctrica al equivocarse de puerta. Se miró la muñeca. 1984. Era su número. Lo había oído bien. Y con todo, enfiló hacia la puerta del norte con cierta inseguridad. Esperaba que no hubiera más pruebas tras ella.

Aquello sí se parecía al sótano de un casino, las tragaperras abandonadas en los laterales no dejaban lugar a dudas. La iluminación de los fluorescentes era cegadora en contraste con la sala anterior. Una serie de mesas en forma de cubículo individual ocupaba el centro. Eric vio cabezas asomando en seis de ellas. Eran cincuenta. Ninguno ocupaba la fila delantera, demasiado cercana a la puerta para permitir una perfecta concentración. Los portátiles cerrados aguardaban, como el silencioso guardia que vigilaba la siguiente salida.

—¿Aquí no hay nadie dando indicaciones? —le susurró un muchacho a Eric, con tono nervioso.

—Parece que no. Supongo que habrá que ocupar los cubículos. Hay cascos colgando junto a los portátiles. Puede que nos pongan un vídeo o algo así.

Eric trató de resultar tranquilizador y para que el chico se calmara fue primero hacia uno de los cubículos y se sentó a revisar el ordenador. La pantalla reaccionó en cuanto activó los cascos. Seguía estando en negro, pero una cara sonriente, dos puntos y una línea, apareció de golpe con

un sonido de música triunfal. Algo parecido a confeti y serpentinas caía en regueros vibrantes por encima de ella. El diseñador de aquello era un niño de cinco años o un nostálgico del final del siglo XX.

Enhorabuena, participante. Has logrado pasar a la fase más importante del Pase al Paraíso. ¿Podrías introducir tu número?

La voz era andrógina y anticuada. Con cada sílaba, la cara sonriente crecía y menguaba, como si estuviera ansiosa. Como si estuviera hambrienta. Si aquello pretendía resultar simpático o acogedor, era un fracaso estrepitoso. Eric introdujo su número.

1984

Las letras aparecían en la pantalla a la vez que la voz le hablaba por los cascos.

Bienvenido, 1984.

Vamos a jugar una partida de póker online. ¡Yupi!

Leo en tu informe que el póker no se encuentra entre tus aficiones.

De repente la cara estaba triste y sonó una musiquita de fallo. Uh-uh-uh-uhhhh.

Tenemos que comprobar que sabes jugar, 1984. Era el requisito del cartel, ¿recuerdas?

No nos gustaría que hubieras mentido.

No nos gustan las mentiras.

Nos ponen tristes.

¿Mentiste?

En la pantalla aparecieron dos cuadrados de un azúl brillante, sí y no, en mayúsculas.

—Yo no llamo afición a lo que tengo que hacer para comer —rezongó Eric, apretando con fuerza el botón del no—. Voy a machacarte, cacharro de mierda.

La cara simple recuperó su sonrisa.

Has escogido la opción «no».

Competirás contra seis jugadores pregenerados de diferentes dificultades.

A partir de ahora, no puedes levantarte de la silla hasta que acabe la partida.

Si lo haces, recibirás una descarga eléctrica.

Si quedas en último lugar, recibirás una descarga eléctrica.

Si quedas en penúltimo lugar, recibirás una descarga eléctrica.

Si ganas, pasarás por la última puerta.

Por favor, escoge la ambientación de tu partida.

En la pantalla aparecieron cuatro opciones: animales del bosque, *western*, espacial y fantasía. Eric miró alrededor. ¿Era una jodida broma? No podía ver a sus compañeros en esa prueba enfermiza, pero debían haber puesto la misma cara que él. Descargas eléctricas. Y él había temido el táser de los guardias. Se bebió el café que había traído consigo. Iba a necesitarlo.

—Otra genial idea, Eric —se dijo entre dientes, escogiendo la ambientación espacial—. Pero soy bueno en esto. No me va a ganar al póker una jodida IA.

La pantalla se pixeló, mostrando lo que parecía la sala de una nave espacial con gráficos de videoconsola poligonales. Una mesa de póker con siete participantes sentados: un robot de lata, un androide con senos, un marciano de manual, una especie de monje galáctico, un tipo humanoide con un lanzagranadas, un monstruo gelatinoso con enormes pestañas y una pantalla de televisión con ojos.

Escoja su skin.

Eric pulsó sobre el monje. Era lo más digno entre ese montón de polígonos y necesitaba aferrarse a una brizna de dignidad después del circuito de pruebas al que acababan de someterle. Se frotó las manos cuando el ángulo de la cámara se movió hasta el punto de vista del personaje.

—Esto es pan comido.

Repartieron. El monje galáctico se iluminó y giró la cabeza hacia Eric en un movimiento falso y mecánico.

¡Adelante, caminante de las estrellas!

Debajo de tu mesa hay un cajón con una botella de agua, mantente hidratado.

Era una voz de vaquero. Eric supuso que las voces serían iguales en cada escenario, que en algún portátil el Señor Conejo o Merlín el mago repetían algo similar.

Vamos a empezar.

Vamos a hacerles daño.

Vamos a joderles a todos hasta que lloren, 1984.

Antes de que pudiera reaccionar a aquello la pantalla se enfocó en su mano, las cartas giradas de los demás y las que estaban sobre la mesa. Eliminar al primero fue sencillo: el marciano tenía una inteligencia artificial muy deficiente que le instaba a apostar todas sus fichas fuera cual fuera la jugada. Estaba hecho para eliminar a aquellos que no habían visto una baraja en su vida. Perdió todo en una ronda. Al hacerlo, comenzó a llorar lágrimas pixeladas. El monje de Eric se levantó con sus gestos mecánicos y le cortó la cabeza con una especie de espada láser.

La sangre que salpicó la pantalla no estaba compuesta de gráficos anticuados, era realista hasta la inquietud.

Eric apartó las manos de la mesa, sorprendido. Los detalles cada vez eran más inquietantes, como notas disonantes en una canción evidenciando que algo no iba bien. Tomó aire y se dio unos segundos antes de volver a la partida. El monje esperaba sentado en su silla. La sangre ya había desaparecido.

—Vale… Vamos a por el próximo. Quiero terminar con esta mierda.

Antes de que pudiera continuar, un grito real de dolor se impuso al volumen de los cascos. No podía ver nada desde la mesa cubierta, tampoco hacía falta: un participante había sido eliminado demasiado pronto.

Acabar con otro jugador pregenerado fue igual de sencillo. El robot despilfarraba sus fichas, aunque de un modo menos descarado. La simulación fue igual. El tercero comenzó a complicarse. El tipo del lanzagranadas tenía una buena mano y Eric no quiso arriesgar. Acabó viendo cómo ganaba y utilizaba su arma contra el monstruo gelatinoso, provocando una explosión de sangre que dejó al resto de muñecos pestañeando con la cara manchada de hollín. Quedaban tres, que duraron varias manos. La televisión eliminó a la androide un rato después, electrocutándola con un rayo que salió de su antena.

Eric notó una gota de sudor resbalando por su cuello. Estaba tenso y tenía la boca seca. Solo quedaban dos. Podía ganar esa partida, pero tenía que relajarse. Sacó la botella de debajo de la mesa y bebió. Terminó la mitad de una sentada y usó un poco de agua para humedecerse la frente y la nuca. Regresó a la partida justo cuando los avatares empezaban a volver las miradas a él y hacer gestos de impaciencia. Era sencillo asumir que si tardaba demasiado, podría recibir otra descarga. A nadie le gustaban los jugadores lentos que rompían el ritmo de la mesa. Quedaban el idiota del lanzagranadas y la televisión viviente. Por primera vez tuvo una mano magnífica desde el principio: tres reyes en su mano y otro en la mesa. Era póker sin necesidad de añadidos, pero le ganarían con escaleras. Parecía poco probable y fue comedido al apostar. Dejar pasar esa mano sin sacar a nadie de la mesa sería absurdo. Su plan funcionó. El granadero se vino arriba. Eric vio su apuesta. La televisión pasó, perdiendo una parte importante de sus fichas por prudencia.

Alguien gritó en la fila delantera, pero pudo concentrarse e ignorarlo, ya había oído a varios

desde el comienzo.

Las cartas se mostraron. El granadero estaba de farol y su sangre salpicó la pantalla.

—¡Bien! —Eric apretó el puño y soltó una risa nerviosa. Volvió a beber, terminando esta vez la botella—. A por la caja tonta.

La adrenalina se expandía por sus venas en ese momento, protegiéndolo del miedo y las dudas. Le gustaba jugar, se le daba bien incluso sin hacer trampas y se sintió lleno de confianza al enfrentarse al último oponente.

Perdió la noción del tiempo con aquel contrincante. Las rondas pasaban sin que ninguno tuviera la seguridad de apostar todas sus ganancias en un *all in*. Las fichas cambiaban de mano poco a poco, se perdían y regresaban. No había manos salvadoras que aseguraran el éxito, pero Eric logró, al final, una escalera de color sencilla. La televisión apostó todas sus fichas: o tenía escalera real… o iba de farol. Todo o nada.

Las cartas giraron. La televisión tenía otra escalera menor, aunque similar. Una anomalía estadística, una partida casi imposible en una mesa real. Su sangre salpicó la pantalla.

—¡Sí!

Se puso en pie tan rápido que tiró la silla a sus espaldas. No pudo evitarlo, levantó el puño y soltó una exclamación triunfante, olvidados todos los detalles turbios que habían marcado la noche. No iban a escogerlo, pero acababa de dejar claras dos cosas: que no era un jodido mentiroso y que tenía el suficiente orgullo para salir de allí con una victoria.

El monje galáctico se subió a la mesa con sus movimientos espasmódicos e inició una ridícula danza de la victoria mientras el confeti y las serpentinas volvían a caer. La pantalla inició una transición a negro y la sonrisa de siempre le guiñó un ojo.

Felicidades, 1984, has ganado.

Puedes salir a la siguiente y última sala.

Por favor, deposita esa botella de agua vacía y el vaso de café en la papelera que tienes a tu derecha.

—¿Otra sala?

Eric resopló y tiró la basura con un lanzamiento a la papelera. Estaba cansado, pero ganar la partida le había vigorizado. Solo quedaba una sala, esperaba que sin descargas eléctricas ni más sorpresas desagradables. Había ganado, ¿no? Salió del cubículo para buscar la entrada. Era una habitación dividida en dos secciones por el horrible biombo. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado que simulaba ser madera, y una mujer rechoncha vestida con un hermoso traje blanco que estilizaba sus formas levantó la vista de su teléfono al oírlo pasar. Su mesa estaba formada por dos caballetes y una tabla, con una caja de agujas, una grabadora y una agenda de gran grosor. Al otro lado del biombo las luces eran cegadoras. Un joven se asomó tras él.

—Mándamelo pronto, deben quedar pocos y quiero irme a casa.

Ella asintió, levantándose.

—Quítate la ropa, tengo que tomar tus medidas.

Otra vez. Casi había olvidado la sensación. Eric empezó a desvestirse. No quería discutir ni alargar la situación.

—¿También la ropa interior?

—Todo.

La mujer agarró un metro de tela y fue midiendo cada parte de su cuerpo, comentando las medidas en voz alta para la grabadora. Cuello, brazos, pecho, cintura, piernas y cada recoveco posible de aquellos lugares. Había métodos digitales para hacer aquello deprisa, pero o no sabía usarlos o no le habían proporcionado los materiales adecuados. Cuando acabó con todo lo demás,

pegó el metro a su pene flácido, verbalizó lo que sumaba y señaló el otro lado del biombo.

—Cuando acabes con eso regresa a por tu ropa y la pulsera que te daré.

Eric aún estaba asimilando que le acabaran de medir el miembro. Después de todo lo que había vivido aquella noche, era lo menos surrealista que le podía pasar.

«Debí esperar a que Julian me contara toda esta mierda».

Se cubrió la entrepierna con las manos y pasó tras el biombo. Su resignación ya no tenía que ver con el shock o la incredulidad, ahora simplemente estaba agotado.

El chico tenía una carísima cámara de fotos de la mano. Le señaló la parte donde enfocaban todas las luces.

—Ponte ahí y ve girando. Frente, perfil, tres cuartos, todo eso. Tú solo ve moviéndote.

Eric miró las luces y miró al fotógrafo. Estaba cansado, quería irse, pero todo tenía un límite y eso le cabreó.

—¿Me acabáis de medir la polla y ahora queréis fotos? No, no pienso salir en esas fotos desnudo. Esto vale más que una mierda de café y una participación en la lotería enfermiza de ese millonario.

El chico estaba levantando la cámara, pero volvió a bajarla. Puede que fuera el primero que se molestó en mirarlo a los ojos sin contar al oculista.

—Mira, cielo. En los últimos días han pasado miles de tíos por los bajos de este casino. Solo un veinte por ciento ha llegado a la partida y menos del uno por ciento ha ganado. ¿De verdad vas a irte ahora? ¿Por hacerte un puñado de fotos?

Eric se lamió los labios y resopló. Estaba dudando. ¿Solo un uno por ciento ganaba? Eso no se lo esperaba. La partida no había sido de las más duras de su vida, aún sin la posibilidad de hacer trampas. ¿Las fotos eran peor que el dedo en el culo o el trato que le habían dado desde que entró? No eran una guinda agradable, desde luego, pero por primera vez en la noche pensó en que tenía posibilidades reales de llegar al Pase… e incluso de ganarlo. Los millones que prometía ganar esa partida le podían solucionar la vida. Salvarla, de hecho.

—¿Tengo que apartar las manos de aquí? Esto está siendo bastante humillante desde que ha empezado.

—Me temo que sí. Sonríe al pajarito y enséñale el pajarito.

Eric gruñó. La trampa del orgullo le había vencido. Se puso bajo los focos.

—Gilipollas. No tiene gracia.

Pero apartó las manos y giró para que le fotografiara por todos los ángulos. Tras un par de docenas de fotos, le hizo un gesto para que regresara con la sastre.

—¿Ves? No ha sido tan difícil. ¡Que tengas suerte!

Ella estaba esperando con una pulsera de la mano y se la puso antes de que se vistiera. Era una tira de tela blanca con las palabras «Pase al Paraíso Nº1984» escritas en tinta roja. Se cerraba con una especie de enganche metálico y pesado, grueso, que debía tener debajo alguna clase de dispositivo.

—Puede vestirse. No pierda esta pulsera o será complicado localizarle —le explicó mientras tanto—. Dentro de tres días, a las diez en punto de la noche, se conocerán los ganadores. Si resulta elegido, la pulsera emitirá una señal sonora y alguien pasará a recogerle. Si no resulta elegido se abrirá sola y caerá. ¿Alguna pregunta?

Eric se estaba poniendo los pantalones.

—¿Quién organiza esto?

Ella asintió, no era una pregunta demasiado original.

—Prefiere no darse a conocer, lo sabrá si gana. Detrás del biombo de fotografía hay una

puerta que da directamente a la calle. Ah, se me olvidaba. —Se revolvió y buscó algo en el cajón de la mesa. Le tendió a Eric una tarjeta con cinco viajes de metro y un billete nuevecito de cincuenta euros—. El regreso y la cena corren a cuenta del Pase al Paraíso cuando se llega hasta el final —sonrió de oreja a oreja—. Esperamos que haya disfrutado de la experiencia. Suerte.

—Solo un psicópata disfrutaría de esto —dijo cogiendo las cosas.

Era una miseria, pero podría volver a casa sin gastar más dinero y hasta comprar café y algunas cosas para compartir con los demás. La luz del sol le sorprendió al salir. Eran las once de la mañana. La luz artificial en el interior del casino le había hecho perder la noción del tiempo. De día las cosas tomaban otro aspecto. Las interminables pruebas médicas, el siniestro videojuego o las fotos ya no le parecían tan terribles. El trato impersonal había hecho que lo exagerase todo. Era del uno por ciento que llegaba al final y debía sentirse orgulloso, aunque eso significara estar tres días localizable para vete a saber quién.

Llegó a casa una hora después, con dos bolsas llenas de productos de primera necesidad y el café que tanto echaba de menos Julian. Este todavía estaba dormido en su colchón. Tras buscarse la vida durante toda la noche, rara vez se levantaba antes de las dos del mediodía. Andrei estaba en la mesa, tratando de arreglar una radio, con todas las piezas desmontadas.

—Dichosos los ojos, ya creía que te había pasado algo —dijo sin levantar la vista.

—Ha sido una noche larga y muy rara —respondió Eric entrando en la trastienda para guardar la compra—. Pero he podido comprar algunas cosas para la despensa, así que ni tan mal.

—Se agradece, amigo. ¿Muchos clientes? ¿Uno generoso?

—No. Para nada. El único que he tenido se largó sin pagar. —Eric hizo una pausa mientras guardaba las cosas. Al salir dejó un paquete de bollos rellenos de chocolate sobre la mesa, para que Andrei pudiera servirse—. He estado en el Holocard para las pruebas del Pase al Paraíso.

El mendigo dejó lo que estaba haciendo, soltando el destornillador y limpiándose las manos con un trapo. Esperó sin decir nada a que Eric se sentara junto a él. Estaba muy serio.

—¿Quién te ha metido esas tonterías en la cabeza? Julian, ¿verdad? Como lo de prostituirte. Como lo de beber o drogarte para aguantarlo —dijo con sequedad.

—No hago caso a todo lo que me dice. Pero sí, él me habló del evento. Se presenta muchísima gente, ya sé que es una tontería.

—¿Te contó los rumores? ¿Que nadie ha vuelto?

Eric sacó un bollo de la bolsa y se lo tendió a Andrei.

—No. Supongo que es normal que circulen rumores sobre un evento tan estrafalario.

Él agarró el dulce y le dio vueltas en sus manos antes de retirar el plástico y dar un bocado. Su expresión de felicidad infantil hablaba por sí misma, aunque mantenía un velo de preocupación de los que solo se perciben en los ojos.

—Dicen que esto es una porquería insana, pero, chico, no me importaría desayunarlo a diario. Abre las orejas: nadie ha vuelto de esa isla. Los rumores existen por algo. Por supuesto, hay que saber filtrarlos, pero en este caso… Yo lo creo. No he conocido a nadie que ganara —le señaló con el plástico—. Y espero que siga así. Pero hace tres años, un conocido fue a esas pruebas. Un chiquillo atolondrado como Julian, que tuvo la mala suerte de perder a sus padres poco antes de terminar la universidad. Fue allí y bum, nunca más se supo.

Todo lo relacionado con las pruebas había sido inquietante, en especial el juego final, y eso hacía que los rumores de los que hablaba el mendigo tuvieran más empaque. Todo parecía más turbio añadiéndole esas historias.

—Puede que decidiera quedarse en esa isla, ¿no? ¿Crees que le han matado o algo así?

—Me oyes, pero no escuchas. No conozco a nadie que llegara a la isla, desapareció en las

pruebas. Los desaparecidos que ganan y nunca regresan pueden ser batallitas de hoguera, a fin de cuentas, si es cierto que consiguen mucho dinero no creo que vuelvan a la calle. Pero lo que te digo es cierto. —Una voz les maldijo en algún idioma que desconocían desde la zona de los colchones, y Andrei le hizo a Eric un gesto con las manos para que bajaran el volumen—. Cuanto antes te lo saques de la cabeza, mejor. La vida no ofrece soluciones mágicas a los problemas. Julian rellenó dos docenas de papeles y cuando acabó, le mandaron de vuelta aquí sin una palmadita en la espalda. Tú has podido comprar todo esto, ¿hasta dónde has llegado?

Eric se lamió los labios en un gesto nervioso. Se había olvidado del bollo que tenía en la mano. Se inclinó hacia Andrei y bajó la voz.

—He superado todas las pruebas…

Andrei frunció el ceño.

—No es garantía de nada… pero ándate con cuidado de todos modos.

Eric dio un bocado a su bollo y masticó pensativo. Prefería no contarle a su amigo lo deshumanizante y bizarro que había sido todo lo referente a ese sótano gigantesco.

—No te preocupes, tendré cuidado.

4. ¿Y ahora, qué?

Julian no había pasado de los primeros tests. Se lo contó al despertar, cuando Eric le recriminó que no lo avisara de las pruebas médicas invasivas ni de la inquietante partida final. Lo que no le había contado a Andrei, se lo contó a él con todo detalle. Lejos de asustarse o preocuparse, el chico lo felicitó, ilusionado porque tuviera una oportunidad de conseguir el Pase, y le quitó hierro al asunto de las desapariciones. Andrei contaba muchas historias para asustarlos como si fueran críos y él no lo tomaba del todo en serio. Pero Eric sí lo hacía. El mayor era la voz de la experiencia y no se le daba mal sobrevivir sin poner en riesgo su integridad más de lo debido. Lo que quedaba de día y la noche que siguió, Eric solo comió y durmió. La experiencia le había dejado agotado y llenó su descanso de sueños inquietos sobre personajes pixelados que lo perseguían para matarlo y enfermeras que querían experimentar con él.

Los siguientes días no pudo quitárselo de la cabeza. Hacía girar la pulsera y a veces pensaba en cortarla y tirarla a un contenedor. No era tan inconsciente como Julian. Andrei podía tener razón. ¿Quién echaría de menos a esos chicos sacados de la calle? ¿Quién se preocuparía si de pronto dejaban de existir? Para Elysium eran una carga menos. Una parte de él, sin embargo, se negaba a creer que esas cosas pudieran pasar y se aferraba a la esperanza de ganar esa partida y volver tras un año con un millón. El trabajo que tuviera que hacer en la isla le daba igual si al final estaba bien pagado. Le costaría menos acostumbrarse a follar con un solo tipo, sin los riesgos de la calle, que aceptar a cualquiera que pasara por el callejón. Era algo desesperado y prácticamente imposible, pero la esperanza es traicionera y a veces nubla el juicio. Y tenía tanta que no volvió al callejón.

Solo pensarlo le revolvía el estómago. Y era agradable esa ilusión que hacía tanto tiempo que no sentía. Se permitió la indulgencia de descansar, sentarse en alguna esquina a esperar que cayeran las monedas en su regazo e imaginar un futuro en el que estaba vivo y tenía un hogar. No quería el dinero para lujos. Solo para vivir, ¿por qué tenía que ser tan complicado? Al final, esos tres días se convirtieron en una tensa espera.

El último día la ansiedad había sustituido a la ilusión. Las horas pasaron lentas y mató algunas jugando por enésima vez a una de las viejas máquinas que aún funcionaban en el refugio. Eso le distrajo durante un par de horas, pero al caer la noche decidió salir y perderse en las calles comerciales del barrio próximo, haciendo girar la pulsera una y otra vez entre sus dedos incapaz de pensar en otra cosa que en el Pase.

El cartel luminoso de una farmacia parpadeaba la hora: eran las diez menos cinco. Cinco minutos que serían eternos, en los que no dejaría de escuchar una voz burlona en su interior:

«La pulsera se caerá. Se abrirá con un chasquido y se caerá, y tus ilusiones caerán con ella. ¿Qué vas a hacer después? Deberías dirigirte al callejón antes de que empiece a llover otra vez. Así al menos podrás coger sitio en el hueco de un portal en lugar de esperar empapado a que algún coche pare».

Solo pensarlo hizo que le doliera la boca del estómago. Apretó el paso y agitó las manos. Había bastante gente por la calle, aunque nadie reparaba en él. Parecía uno de tantos drogadictos con los primeros síntomas del mono, caminando deprisa, cambiando de dirección erráticamente, sacudiendo las manos como si quisiera espantar su agitación.

—No quiero volver ahí —musitó—. Dios, joder, si me concedes esto empezaré a creer en ti.

Una vez pasada la farmacia no tenía forma de saber qué hora era. Puede que hubieran pasado dos o tres minutos. La llovizna comenzó de un modo tan suave que no se percató hasta que el

suelo empezó a ponerse brillante. La gente se apresuraba, sacaba paraguas o chubasqueros. Gente que regresaba a hogares calientes con ordenadores y televisiones, que iba a cenar o acababa de hacerlo y todavía sentía en la lengua el agradable sabor de un postre. Gente cuyas vidas no dependían del próximo minuto.

Se refugió bajo una marquesina, arrebujándose en su chaqueta. Su corazón latía fuerte y marcaba unos segundos largos y angustiosos retumbando en los oídos.

«Va a caer. Es mejor resignarse ahora. Va a caer y voy a pudrirme en el Haven».

La suerte había demostrado no estar de su lado. No iba a ser diferente ahora. Cerró los ojos y tomó aire despacio, tratando de controlar su pulso. Ya tenían que haber pasado esos cinco minutos. Una mujer con una enorme mochila pasó a su lado, no parecía la típica que fuera a echar a correr o disparar un *spray* de pimienta contra su cara.

—¿Disculpe, tiene hora? La hora justa, por favor.

Ella no se giró ni se detuvo, pero echó un vistazo al *smartwatch* de su muñeca.

—¡Las diez y dos!

—¿Y dos?

La mujer siguió su camino. Eric miró la pulsera y la golpeó con un dedo. Debía haber fallado el mecanismo de apertura y por eso no se había soltado. Tampoco había dado la señal de la que habló la mujer. Se la llevó al oído, pero no emitía ninguna clase de sonido.

«Hasta aquí duró. No me ha tocado».

Suspiró y se dejó caer en el banco bajo la marquesina. Tenía que asimilar que tendría que volver al callejón. Por eso habría sido mejor resignarse antes. Se arrepintió de haber escuchado a Julian y de haberse dejado arrastrar por las ilusiones. Una parte de su cerebro le recomendaba llorar, gritar, buscar algo a lo que dar patadas hasta que el dolor de los pies tuviera toda su atención. Pero no podía hacer ninguna de esas cosas. El vacío de la desesperanza consumía cualquier energía como el fuego consumía el papel.

Estaba levantándose cuando notó un zumbido en la muñeca. Al levantar la mano para verla caer, comenzó a pitar. Era un sonido suave, tímido, que no quería llamar la atención. Solo para él.

—¿Pero qué…?

Se quedó mirándola sin reaccionar, como si no entendiera qué estaba pasando.

«La pulsera está sonando. Sí me han elegido».

El pensamiento tardó en manifestarse en sus emociones, que hicieron estallar la amarga rabia que se le acumulaba dentro en un fogonazo de euforia un instante después. Su energía regresó multiplicada por diez. Se sentía más alto, más grande y más fuerte.

—¡Me han elegido! —gritó y se puso de pie de un salto. Una señora mayor que esperaba el autobús se sobresaltó y se apartó—. ¡No se asuste, yo ya me voy! ¡Le van a dar por culo al Haven, al callejón y a los recreativos!

Salió a la lluvia como si fuera a echarse a correr hacia un lugar concreto y se detuvo bruscamente. No tenía que ir a ningún sitio, tenía que esperar a que le recogieran, pero no había nadie en la carretera. Aunque «nadie» no era la palabra exacta. Un dron blanco, sin letras ni logos, se acercaba en silencio a unos cinco metros de altura, cortando la lluvia. Se detuvo justo encima de Eric. Al hacerlo, el pitido cesó. Miró al cacharro con desconfianza y levantó la mano de la pulsera.

—¿Y ahora, qué? —gesticuló abriendo las manos para darle más énfasis a la pregunta.

El dron no respondía. Hacía girar sus aspas ajeno a la impaciencia, la lluvia y cualquier tipo de experiencia externa a su programa. Tras unos minutos, se marchó a toda velocidad. Unas

luces blancas iluminaron a Eric, un silencioso coche autónomo se había acercado tanto que podría haberlo atropellado sin que se diera cuenta. Una de las puertas traseras se abrió, dejando a la vista a un guardia igual a los de la prueba, con la cara oculta por el casco.

—Suba.

Eric se quedó un momento bajo la lluvia, tan consciente de sí mismo que por un segundo quiso salir corriendo en la dirección contraria. Estaba calado hasta el hueso, llevaba unos vaqueros rotos y sucios y una parca remendada llena de parches. El pelo se le pegaba a la cara, empapado. Estaba para afeitar. Fue solo un momento de pánico en el que se le pasaron muchas cosas por la cabeza, incluida la cara de preocupación de Andrei al advertirle del peligro.

A pesar del casco, Eric pudo intuir el gesto de impaciencia del guardia y ese fue el detonante que necesitó para recuperar el movimiento. No iba a perder esa oportunidad, a pesar de los riesgos que asumía. Entró en el coche y se sentó a su lado con un carraspeo. La puerta se cerró y el coche arrancó antes de que pudiera ponerse cómodo.

Por favor, abróchense el cinturón de seguridad.

Era el mismo vehículo el que emitía ese tipo de alertas y fue la única interacción que tuvo en todo el viaje. El distrito dio paso a los descampados, las chabolas y los horrendos puentes de la circunvalación. Estaban saliendo de la ciudad. Preguntar al guardia cayó en saco roto y Eric probó con el coche, sintiéndose un poco estúpido hasta escuchar la voz robótica y amable.

Llegaremos a nuestro destino… sin nombre… en treinta y cinco minutos.

Eso parecía una eternidad y nadie iba a amenizarla en el interior del automático. Eric trató de relajarse en el asiento y adivinar por dónde circulaban. La lluvia se intensificó, poniéndolo difícil. Intentó recordar ciudades cercanas a Elysium, pero ninguna estaba a menos de dos horas. La megalópolis había devorado pueblos y ciudades en su expansión sin ningún tipo de consideración y la vida en los entornos rurales era inviable a cientos de kilómetros a la redonda. Desde el interior del coche, con el murmullo de la lluvia como acompañamiento, solo veía oscuridad más allá de las luces que pasaban vertiginosas junto a la autopista.

Pensó en la posibilidad de no regresar jamás a Elysium y sintió una punzada de lástima al no haberse despedido de Julian ni Andrei. Si conseguía el dinero, no iba a olvidarse de ellos, pero aún tenía que ganar esa partida.

Lo que ya era un temporal arreciaba con todas sus fuerzas cuando el coche se detuvo en una zona sin iluminación. Entre la carretera desconocida, la oscuridad y el agua, Eric estaba desorientado hasta la angustia.

—¡Vamos, baje! —gruñó el guardia cuando la puerta se abrió sola.

—Pero… ¿dónde tengo que ir?

—Enseguida lo verá. Baje o le bajo de una patada en el culo.

—Ojalá a mí también me pagaran por ser un cretino —rezongó echándose la capucha de la parca y salió del coche antes de que el guardia perdiera la paciencia.

El coche se largó. De repente, sin ningún aviso, una figura se materializó a unos cuatro metros. Puede que fuera mucho decir, solo… se encendió. Un paraguas blanco proyectaba una cascada de luz hasta el suelo de gravilla, iluminando a su portador como si estuviera a punto de abducirlo. Era un hombre joven y era fácil saberlo porque solo llevaba unos calzoncillos que en algún momento fueron blancos como el paraguas, pero la lluvia los había empapado hasta el gris sin hacerle tiritar. Delgado pero musculado, hasta su pelo largo hasta la cintura hacía juego con el color del paraguas. Llevaba una máscara que sonreía: dos paréntesis boca abajo a modo de ojos y uno, muy alargado, a modo de sonrisa.

—Hola, Eric —dijo con voz cantarina.

Echó la mano libre hacia atrás y tocó algo. Una puerta apareció a su lado, con la silueta dibujada por leds multicolores.

—Ah… ¿No tienes frío? —preguntó tratando de aparentar indiferencia. La cara sonriente de la máscara, aunque exagerada, no resultaba simpática ni entrañable. Eric se acercó a la puerta mirándolo de reojo—. ¿Tengo que llamar?

—Vaya, aplomo. Eso sí que no me lo esperaba.

El joven abrió la puerta empujando con los dedos y le invitó a pasar con un gesto de la mano. Al acercarse y gracias a la iluminación del otro lado, Eric percibió la silueta de la casa, aunque sin poder hacerse una idea de su tamaño. El interior era cálido, un contraste muy agradable. Parecía un *bungalow* sencillo, sin ventanas, dividido en tres espacios: cocina funcional junto a mesa con sofá, dormitorio y aseo. Sobre la mesa había una tarta con la palabra «enhorabuena» en letras de chocolate. Era una tarta de cereza, la preferida de Eric cuando era niño. La puerta se cerró a su espalda cuando el joven encargado de los recibimientos pasó tras él, aunque se quedó en la alfombrilla.

—La ropa está en el armario. El aseo tiene un neceser con todo lo necesario para su higiene. El señor agradecería que comieran, descansaran y estuvieran listos antes de que el sol despunte: al ganador le espera un largo viaje hasta la isla.

Al entender que podría descansar en una cama limpia y usar un baño completo y bien equipado para él solo tuvo ganas de echarse a llorar. Incluso el inquietante portero le pareció acogedor en ese momento.

—Se agradece —le dijo mirando alrededor con la sensación de que estaba atrapado en un sueño—. Quieres… ¿Quieres un trozo de tarta? Es enorme.

Debajo de esa máscara horrible debía haber un chaval muerto de frío. No tenía por qué tenerle miedo.

—No, es toda para ti. Un deseo cumplido. Eso pusiste en tus redes sociales justo antes de dejar de tener acceso a Internet: me encantaría volver a probar una tarta de cereza de las que hacían cuando era pequeño, pero es eso o pagar el alquiler. Y una risa. Algo como… jajaja. ¿No?

Eso lo enturbió todo. Eric se apartó de él inconscientemente y miró a su alrededor. Tal vez había cámaras. Seguro que había cámaras.

—¿Habéis investigado mis redes? No me las pidieron en los formularios… Ni siquiera yo recordaba que tenía.

—Es el peligro de exponerse en público. Pero en esta ocasión, ha servido de algo. ¿Deseas alguna otra cosa, Eric?

—Quiero estar solo —dijo con sequedad, perdida la amabilidad de unos segundos atrás.

El joven hizo una reverencia y se marchó con andares felinos.

—Mis redes eran privadas —espetó una vez estuvo solo. Echó un vistazo por si había cámaras, pero no encontró ninguna.

No debía sorprenderse, la privacidad era relativa desde hacía años. Las grandes empresas pagaban por los datos y las leyes gubernamentales que antaño protegían la intimidad de los ciudadanos ahora estaban al servicio de las corporaciones. No debía ser tan difícil acceder a sus redes para un multimillonario excéntrico.

Y lo de la tarta era un detalle, por extraño que fuera. Su estómago le recordó que estaba hambriento con un gruñido, pero decidió retrasar el momento de hincarle el diente. Estaba incómodo con la ropa mojada y sucio. Fue capaz de llenar la bañera y disfrutar durante un buen rato del agua caliente a pesar de la promesa de la tarta. Salir con el mullido albornoz que olía a suavizante y servirse un trozo hizo que valiera la pena que hubieran hurgado en sus redes.

Tirarse en el sofá y comer mientras veía una de las series que había dejado a medias un año atrás fue algo cercano a una experiencia religiosa.

Habría hecho eso hasta el amanecer si no hubiera sido consciente de que debía estar fresco para la partida. Se jugaba mucho en ella. Su futuro. Volver o no al callejón apestoso en el Haven. Antes de que se hiciera demasiado tarde, Eric se metió en la cama. Tuvo tiempo de disfrutar del tacto de las sábanas limpias, de su olor floral, de la consistencia de nube de su almohada nueva y fresca. Se removió para sentir la caricia en todo su cuerpo y suspiró de satisfacción antes de dormirse.

5. La mano del muerto.

El despertador sonó a las seis de la mañana. No recordaba haber dormido tan bien en toda su vida. Ni siquiera hubo sueños, solo un descanso profundo que hizo que le costara despejarse. Se dio una ducha bien caliente, aunque estaba limpio de la noche anterior, lo hacía por el mero placer de lavarse bajo un chorro de agua clara y humeante. En el neceser encontró todo lo necesario para afeitarse y para su aseo. Salió perfumado y con el pelo peinado hacia atrás, tan limpio y desenredado que sus rizos habían vuelto a la vida y se retorcían en las puntas de su corta melena castaña.

Encontró ropa interior, zapatos y un traje en el armario. Gris perla, con la camisa blanca, un chaleco negro y una corbata a juego. Cuando se lo puso se dio cuenta de que le venía como un guante. Ajustado a su cintura, estilizaba su delgada figura y le hacía parecer más alto. Nunca se había visto tan sofisticado al mirarse a un espejo. Tampoco dispuso de mucho tiempo para recrearse en ello.

Atención.

Atención.

Pueden dirigirse hacia la sala de juego.

La partida dará comienzo en quince minutos.

Cuando la voz se calló, Eric escuchó un chirrido. En el estrecho trozo de pared que separaba la habitación del aseo, un panel se había desplazado a la derecha dejando a la vista un pasillo iluminado que simulaba ser de madera.

—Qué efectista… —murmuró. Miró la entrada con desconfianza antes de decidirse a traspasar el umbral.

No había ventanas, ni puertas a los lados. Solo un pasillo anodino de madera. Se dio la vuelta para ver el lugar del que venía y encontró la puerta cerrada. Un panel sin picaporte ni agarradera para que pudiera abrirse. Se había cerrado sin provocar un mínimo murmullo. Solo había un camino posible, así que lo siguió tratando de controlar los nervios.

Otro panel se abrió al fondo, el pasillo era corto. Justo cuando salía, Eric vio a otro hombre, más bien un muchacho, aparecer cerca de él. Había estado durmiendo pared con pared con los otros concursantes. Estaba seguro de que desde el exterior se vería una fila de casas prefabricadas que iban a dar a la misma sala. Una sala decorada como el comedor de una mansión encantada.

Era papel pintado. Con su chimenea pintada, sus antorchas de pared pintadas y sus tenebrosas ventanas pintadas. La mesa del centro era muy real. Cuatro de los participantes ya estaban sentados y se giraron a mirarles, a pesar de su prisa había sido uno de los dos últimos en llegar.

Lo sórdido del lugar contrastaba enormemente con la belleza de los chicos sentados a la mesa. Uno tenía los ojos rasgados y rostro aniñado, se cubría la mitad del rostro con un flequillo largo teñido de rosa, lo que le confería un aura de timidez e inocencia infantil. De no ser por el requerimiento de la edad, Eric habría pensado que solo era un adolescente. Otro llevaba el pelo largo atado en un moño, era rubio y tenía un rostro anguloso, aunque muy atractivo, con los labios gruesos. Los dos más mayores seguían siendo más jóvenes que él, morenos los dos, altos y estilizados, uno tenía unos ojos tan azules que resaltaban en su rostro de modelo de revista, el otro, con el pelo largo por la cintura, tenía la nariz afilada y una mirada profunda e inteligente. Había muchas diferencias entre ellos, pero lo que destacaba sobre cualquier detalle era lo guapos que eran. Aquello parecía más una sesión fotográfica con modelos de *Vogue* que una timba de

póker. Eric se sintió inseguro entre los Adonis. No creía que pudiera competir en atractivo con ellos, pero al recordar las fotos que le habían hecho tuvo claro que su aspecto había jugado un papel primordial para ser elegido. A alguien le había resultado lo suficientemente bello para sentarle allí con sus contrincantes.

—Buenos días —dijo tras aclararse la voz—. Parece que ha llegado Halloween —bromeó y se metió las manos en los bolsillos. Así intentaba disimular su nerviosismo, aparentando una seguridad que estaba lejos de sentir.

Hubo alguna risita nerviosa, aunque ninguno contestó. El centro de la mesa estaba ocupado por un asistente robótico de un palmo de tamaño, un *croupier* en forma de cocodrilo infantil con la baraja en la boca y los ojos brillantes. Era fácil encontrar el asiento para cada participante: Eric vio delante de una silla libre al monje espacial que había utilizado al jugar contra el ordenador. Su figura pixelada estaba impresa en plástico duro y sostenida por una peana. Al sentarse se fijó en las *skins* de los demás, ninguno había elegido la misma: una sirena en una bañera, un dragón, un conejo abrazando una zanahoria, un tejón con un vestido rojo de flores y el pianista de un salón del oeste, con su bigote, su corbata de lazo y su piano.

Todos estaban mirando lo mismo, aunque fue el chico de su izquierda, el del flequillo rosa, quien sacó el tema. Él llevaba al conejo. Señaló al pianista, propiedad del moreno de ojos azules.

—¿Qué hacía?

Su dueño había estado abstraído y le miró sin entender.

—¿Cómo?

—¿Qué hacía ese tipo a los contrincantes? Quiero decir, mi conejo les clavaba la zanahoria en los ojos. Vi a ese tejón levantarse como enloquecido y morder el cuello a otro. El dragón y el tipo de la espada —señaló a Eric—. Son evidentes. Pero me gustaría saber qué hacía ese. Y la sirena.

Fue el dueño de la sirena quien contestó primero, el rubio del moño.

—Cantaba. Le salían como unas ondas de la boca. El escenario era una torre medieval y el perdedor se tiraba por la ventana al escucharla.

El del piano contestó a regañadientes, se notaba que no era demasiado sociable, o que no le apetecía charlar con la gente con la que debía competir.

—Arrancaba las teclas y las lanzaba como estrellas ninja.

Hubo un breve silencio. El conejo —a Eric iba a resultarle más sencillo visualizarlos así— retomó la palabra, circunspecto.

—¿Creéis que…, quiero decir, que habrá que hacer algo similar con los que vayan perdiendo?

Eric tomó su lugar, sentándose despacio.

—Es un poco difícil que él nos hipnotice para tirarnos por una ventana —dijo señalando al pianista rubio— o que tú nos claves una zanahoria en los ojos. Yo tampoco tengo un sable láser, aunque me encantaría. Al tío que ha montado todo esto le gusta la parafernalia siniestra… No creo que espere que nos liemos a cuchillazos aquí.

Lo dijo muy seguro, aunque no las tenía todas consigo. La escenografía era digna de una atracción cutre de feria y tal vez por eso resultaba tan inquietante. El millonario que organizaba la partida tenía dinero para vaciar el casino Holocard entero para el evento, pero había escogido un lugar alejado y decorado como una película de terror de serie B. La idea de que quisiera grabar una *snuff movie* para una colección personal enfermiza le asaltó de repente. A juzgar por algunas expresiones, no era al único al que se le había pasado por la cabeza.

—Las puertas por las que hemos entrado tienen un detector de metales —intervino el dragón,

abriendo la boca por primera vez. Todos le miraron y luego miraron al lugar por el que habían entrado. Había que fijarse con atención para ver la línea brillante que bordeaba esa zona de la pared—. Lo sé porque mi madre se dedicaba a instalarlos. En bancos y sitios del gobierno. No pitan ahí mismo como los que son evidentes, pero mandan una alerta sonora a la sala de vigilancia, junto a un escáner completo del cuerpo. Así que hay una sala de vigilancia cerca… y se ha asegurado de que ninguno metíamos armas en el traje.

—Eso es tranquilizador. Aunque tampoco se me había ocurrido traer una navaja. Esos guardias imponen —comentó Eric.

—Sí, qué bien, se ha asegurado de que nadie intenta asesinarle o de que no nos matamos entre nosotros. Muy tranquilizador que asuma que puede haber motivos para eso —replicó el pianista—. ¿Eres gilipollas? Me siento como un cerdo en el matadero, con los colmillos serrados para no morder a los otros y estropear su carne.

—¿Y de qué nos va a servir que señales lo evidente? —inquirió Eric, golpeteando la mesa con los dedos y clavándole una mirada fría—. ¿No te sentiste así durante las pruebas? Supongo que ninguno estaríamos aquí si no valiera la pena correr el riesgo de acabar desmembrado en una cuneta.

—Calma. Es este lugar, que hace perder los nervios a cualquiera —dijo el tejón en voz baja.

Sonó un crujido de madera. La zona de la chimenea pintada se deslizó a un lado para dejar paso a su anfitrión. No había ninguna máscara cubriendo su rostro, pero tampoco resultaba necesaria para reconocer el pelo dorado, casi blanco de puro claro, que les había recibido a todos. Seguía teniendo el torso desnudo y bajo su cadera colgaban unos pantalones bombachos de tela fina a juego con el pelo. Les guiñó un ojo. Un rostro encantador, de rasgos juveniles y afilados, enmarcado con línea de ojos negra y brillo de labios.

—¿Llegó tarde? —Pasó por delante de la mesa, hacia el único asiento libre, enfrente de todos, con Eric a un lado y el pianista al otro. Antes de sentarse agitó la mano ante su nariz—. Uf. Todos habéis hecho buen uso de la colonia, ¿verdad? Un momento. Voy a ventilar.

Fue hasta la otra pared, donde estaba el dibujo de una de las ventanas de caserón siniestro que mostraba un exterior enrejado, una noche de tormenta con su propio rayo. Estiró los brazos, fingiendo abrir unas contraventanas. Luego se giró a mirarles con servicial interés.

—¿Así mejor?

«Está como una cabra», pensó Eric al caer en la cuenta de quién era. Le sorprendió lo joven que era para tener tanta pasta, si es que él era el millonario, aunque eso no era lo más extraño.

Que les diera la bienvenida en calzoncillos y con una máscara electrónica ya era siniestro y extravagante. Lo que acababa de hacer solo enfatizaba que algo no iba bien en la cabeza de ese chaval, por si todo el tema de la competición no era una pista gigantesca. Los jugadores estaban callados, pensando cosas muy parecidas, lo más seguro. Eric no pudo soportar la tensión de ese silencio y la rompió, sonriendo con una ceja enarcada.

—Mucho mejor, aunque corremos el riesgo de que entre un rayo.

«Y el pianista tiene razón. Yo soy gilipollas».

El anfitrión se echó a reír y por fin tomó asiento.

—Vamos, chicos, cambiad esas caras de susto. Era solo una broma, para romper el hielo. Hay un extractor en el techo que se encargará de limpiar el ambiente si está cargado. Podéis llamarme Victor. —Inclinó medio cuerpo sobre la mesa para pulsar un botón en el cocodrilo, que comenzó a moverse por la mesa repartiendo fichas por una abertura del trasero—. Todos sabemos cómo va esto, así que no me entretendré. Las fichas a la vista, nada de taparlas con el brazo. Nada de miraditas. Las manos donde podamos verlas. Podéis tomaros con calma las

jugadas, pero sin hacer perder el tiempo.

Cuando todas las fichas estuvieron repartidas, el cocodrilo robot barajó las cartas con un zumbido desagradable y fue escupiéndolas ante cada jugador, colocadas a la perfección. La partida comenzaba.

Tiempo después, Eric recordaría aquello de forma borrosa, ausente, como si hubiera sido un espectador. Tendría dificultades para recordar las primeras jugadas, incluso las suyas, pero se acordaría bien de que el dragón lo perdió todo en primer lugar.

Podía ver con claridad su mirada asombrada, como si no supiera qué acababa de suceder, por qué se había arriesgado tanto. La puerta por la que había entrado se abrió y él se marchó con dignidad, sin súplicas ni preguntas, sin mirar a ninguno. No hubo gestos, ni de triunfo ni de preocupación, aunque todos se sintieron aliviados por que ningún resorte saltara para cortarle la cabeza al perdedor ni nada parecido. Los jugadores ya estaban concentrados, tomando nota mental de las primeras pistas sobre la forma de jugar de sus contrincantes. Eric parecía relajado, era difícil leer en él cuándo sus cartas eran buenas o malas. Tenía experiencia en aquello y era bueno haciendo trampas cuando se podía, por lo que sabía desempeñarse bajo presión sin que la ansiedad fuera evidente en su expresión.

Los otros actuaban de forma similar, callados, con expresiones neutras y apuestas prudentes. Solo Victor sonreía, una sonrisa constante y siniestra que se acentuaba cuando su mirada se cruzaba con la de otro jugador. El único sonido provenía del robot cocodrilo repartiendo suerte. Las parejas y los tríos se sucedían. Una escalera del pianista puso contra las cuerdas al tejón, menguando sus fichas de forma alarmante. En la siguiente ronda todos apostaron relativamente fuerte para que no pudiera alcanzar el mínimo, obligándole a un *all in* que le sacó de la partida. Tiró las cartas al suelo, rabioso.

—¡Muchas gracias por compincharos contra mí!

—¿A qué creías que habías venido? —se rio el pianista mientras la puerta adecuada se abría.

Quedaban cinco. Ninguno iba a ceder. Cada uno por sus razones, pero a Eric no se le iba de la cabeza el callejón donde tendría que regresar si perdía. Eso le mantenía centrado y si evitaba mirar a Victor incluso lograba una calma real que le infundía confianza. No tenerle de frente era una ventaja, porque en ese caso le habría sido difícil que sus ojos no se posaran en él y algo en ellos le causaba escalofríos. Su montón de fichas había crecido con las últimas manos y Eric comenzó a aumentar el riesgo de sus apuestas.

Fue pasando el tiempo. Alrededor de una hora después no había caído ningún otro, aunque las fichas estaban repartidas muy desiguales. Conejo era uno de los que menos tenía, pero un golpe de suerte le hizo eliminar a Sirena con color, saneando su estado. Quedaban cuatro. Eric tenía la boca seca y lamentó no haber llevado agua del pequeño frigorífico, todos lo habían olvidado y Victor no ofrecía nada. Eliminó a Pianista en la siguiente ronda.

—Ojalá lo único que se lleve el ganador sean millones de visualizaciones en la *Deep Web*. Una será mía —siseó antes de marcharse, rojo de rabia.

Conejo hablaba en la nueva ronda, pero mantuvo sus cartas sin tocar. Sudaba de forma visible al apartarse el pelo de los ojos.

—¿Y si lo dejamos así? ¿Y si ganamos los dos? Quiero decir, seguro que hay un montón de espacio en esa isla.

Victor se reclinó en su silla y cruzó las piernas de forma afectada.

—Pero esas no son las normas —explicó con tono paciente, incluso dulce.

—A mí no me importaría —dijo Eric—, pero yo no pongo las reglas. No voy a desearte la muerte si me ganas.

A esas alturas era difícil sentir la calma que demostraba. Eliminar a Pianista había sido un pequeño triunfo, pero el que más le preocupaba era el propio Victor. Conejo le provocaba una compasión por la que no iba a dejarse arrastrar: allí todos menos el anfitrión venían del mismo infierno y no iba a sacrificarse por nadie. No era nada personal: tenía que sobrevivir.

—Míralo por el lado bueno —dijo Victor—: si ya habéis logrado llegar hasta aquí una vez, puede que también ocurra lo mismo el año que viene. Me gustan las segundas oportunidades. Apuesta.

Conejo suspiró. Había sido una mala idea, motivada por la angustia, sugerir aquello. No tenía una buena mano y pasó, perdiendo lo mínimo. Victor pasó y Eric hizo lo mismo. Aquello se repitió varias veces, una serie de pequeñas pérdidas para la banca, como si el cocodrilo quisiera alargar la tensión repartiendo inmundicias. La última, Victor se echó a reír al enseñar su mano sin necesidad: sus cartas eran tan bajas que cualquiera le hubiera ganado con un simple siete.

Un nuevo reparto. Conejo apostó todo al enseñar el cocodrilo la quinta carta de la mesa, un as. Una combinación bestial: dos ases, dos reyes y un dos a la vista. Victor no se arriesgó y perdió una buena cantidad de dinero al pasar. Eric tenía un póker, cuatro malditos ases con los dos de su mano. Daba igual lo buena que fuera la mano de Conejo, no podía ganar.

No podía creer su suerte. Nunca había tenido una jugada tan clara ante él. ¿Le estaba sonriendo el destino por una vez? Era pronto para decirlo, después de eso aún quedaría Victor. Eric igualó la apuesta y mostró sus cartas. Sintió una punzada amarga cuando la ilusión en el rostro de Conejo se apagó al mostrar sus reyes y doses, velándose con la desesperanza que tan bien conocía. A eso habían ido, a ganar en el retorcido juego de un millonario que se aprovechaba de su desesperación para divertirse. Así funcionaban las cosas. Y eran injustas, pero él no había hecho las normas en ese mundo de mierda.

—Lo siento, chaval. Era muy buena.

Fue terrible ver cómo lloraba en silencio, tratando de esconderlo con la manga mientras se levantaba.

—¿Qué probabilidades había? —sorbió por la nariz—. Podría calcularlo. Puedo calcularlo si me dais un minuto.

Victor volvió a recostarse, observándolo con genuina curiosidad. El chico había cerrado los ojos y murmuraba algo, arrastrando los dedos contra las palmas.

—Cero… coma cero… veinticuatro. Eso significa una posibilidad cada cuatro mil ciento sesenta y cinco manos de obtener un póker como el tuyo. Seiscientos noventa y cuatro manos para mi *full*. Para la combinación de ambas… —Seguía arrastrando los dedos muy deprisa, con los párpados apretados—. Casi trescientos millones de manos.

Dicho así, sonaba imposible. Esperaba que toda su suerte no se hubiera consumido en ese golpe. A pesar de que ya solo le quedaba un contrincante, Eric no parecía contento con haber eliminado a Conejo y no había razón para fingir indiferencia con eso.

—Es muchísima suerte… Espero que la que no has tenido aquí la tengas ahí afuera a partir de ahora.

Eran palabras vacías, pero Eric las pronunció igual, tal vez por aliviar su culpa. No iba a tener suerte, aunque fuera inteligente, aunque seguramente tuviera carrera y capacidades de sobra para despuntar en muchos campos, pero eso ya no valía de nada.

Victor había cruzado las piernas, tan sorprendido como Eric.

—¿Seguridad? —dijo levantando la voz—. Ignorad el protocolo con doscientos treinta y nueve barra uno. Pasará la noche aquí, después lo trasladarán a la sede, a recursos humanos. Lo quiero en plantilla a partir del lunes. Nadie me había dicho que era el maldito Kazan de *Cube* —

acabó riendo.

La realidad le acababa de dar un bofetón al cinismo de Eric, que se alegró casi tanto como Conejo. Las lágrimas del chico eran ahora de alegría, pasado el momento de incomprensión. En solo unos minutos el chico había pasado por casi todas las emociones humanas posibles en un momento así.

—Al final también has tenido suerte —dijo Eric.

—¡Sí! Gracias, señor… Señor. Le prometo que seré el mejor empleado que ha tenido jamás.

Antes de que la situación se volviera incómoda, la puerta asignada a Conejo se abrió. El chico dudó, como si no supiera si debía decir algo más o tener algún gesto hacia el anfitrión. Finalmente se fue, dejándolos solos.

—He pillado la referencia —dijo Eric, recogiendo las cartas que repartió el cocodrilo—. ¿Te gusta el cine retro?

Era el momento de mayor tensión, pero a Eric no le temblaban las manos, hablaba como si solo estuvieran jugando por deporte. Lo de Conejo le había ayudado a calmar los nervios y recuperar el ánimo.

—¿Y a quién no? Hay una sala de cine en la isla, con un catálogo, con todo el catálogo existente desde la primera película filmada que se conserva, en realidad. ¿Sabes que ya has ganado, no? —le preguntó Victor sin cambiar de postura, observándole de arriba abajo con descaro mientras el cocodrilo repartía.

—¿No tengo que ganarte? —Eric le miró extrañado.

Ya no le inquietaban tanto sus ojos, se dio cuenta de que llevaba lentillas. Eran moradas y hacían que su mirada fuera más punzante y directa, aparte del color poco natural.

—¿Y si pierdes? ¿El concurso queda desierto?

—Pasa en muchos concursos. —Eric se encogió de hombros, mirando sus cartas. Luego sonrió, esa era una genial noticia, pero aún no terminaba de creerla—. ¿Y gano algo extra si te elimino?

El millonario tardó en responder. Se agarraba un mechón de pelo, enredándolo en el dedo y estirando.

—No.

—¿Por qué jugar, entonces? —Eric dejó las cartas boca abajo en la mesa y le miró con interés.

Victor se inclinó hacia él, tan cerca que sintió su aliento dulce. Pese a su aspecto limpio y cuidado, reconoció el brillo depredador y lunático de sus ojos.

—Por diversión. Porque nos gusta jugar. Por placer. ¿Te has fijado en que voy descalzo?

Era inquietante, como tener a un tigre albino a tres centímetros de su cara, salvaje e impredecible, pero tan extraño que un impulso absurdo lo empujaba a levantar los dedos para tocarlo. El corazón de Eric comenzó a latir con fuerza. El olor de Victor se quedó clavado en su subconsciente, lo hizo pensar en las amapolas, ocultando en su interior un corazón tóxico y narcotizante.

—Sí… Y eso no hará que baje la guardia —respondió sin apartarse—. ¿Qué vamos a apostar?

El millonario era consciente del efecto que provocaba y se regodeó en ello al pasarle la lengua por los labios con una sonrisa traviesa.

—Ropa. Diría que llevas ventaja —recuperó la postura en su asiento—. Tú hablas.

Eric tenía el vello de la nuca erizado. El rastro húmedo en sus labios se enfrió. El aire se volvió más ligero cuando Victor puso distancia. Le costó apartar la mirada de esos labios jugosos

y se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Había imaginado muchos rostros y cuerpos para Victor y ninguno encajaba con lo que tenía delante, algo parecido a una escultura viva dedicada a la juventud y la voluptuosidad.

—Para que sea más justo para ti, voy a jugarme el chaleco y la camisa —dijo cogiendo las cartas de nuevo.

—Puedes jugarlo todo. No voy a perder. Y también tengo una cinta en el pelo.

Y fue así, al menos en esa mano. Una flamante pareja de treses se llevó las primeras prendas de Eric. En esa ocasión no replicó. No hubo quejas. Había aceptado los términos del juego y ese terreno era conocido para él. Se sentía cómodo y la sensación de peligro que exudaba Victor solo hacía más interesante el juego. Se levantó para quitarse el chaleco, lo dejó bien colocado en el respaldo de la silla y se desabotonó la camisa sin darse prisa. Apenas tenía vello en el pecho, con el traje parecía más delgado, pero estaba bien proporcionado y sus músculos se dibujaban discretamente bajo una piel de aspecto suave.

El cocodrilo volvió a repartir.

—Tú dirás. —Eric se volvió a sentar.

Pasar ya no tenía sentido, siendo dos. Victor mostraba una mueca concentrada.

—Voy. Mi lazo del pelo contra tu calzado.

Eric asintió. Tenía una reina y un cuatro en la mano. Sobre la mesa las cartas le permitían formar una doble pareja que ganó al par de sietes que mostró Victor cuando descubrió sus cartas. Sin quejas ni aspavientos, levantó un brazo con delicadeza y desató el disimulado lazo blanco que recogía parte de su pelo. Se lo lanzó sobre las piernas.

—Considéralo tu trofeo. Te lo regalo.

—Gracias. —Eric inclinó la cabeza con caballerosidad, guardando el lazo en su puño como si eso le fuera a dar suerte. El cocodrilo barajó y volvió a repartir—. Mis zapatos y pantalones contra tus pantalones.

Cuando la mesa mostraba un par de ochos, Victor frunció el ceño y cruzó sus manos sobre el borde, mostrando unos dedos finos y una manicura cuidada.

—Pareces muy seguro de ti mismo. ¿Llevas una buena jugada ahí encondida? ¿Con estos dos ochos?

—Puede que esté de farol —respondió Eric enarcando una ceja—. ¿Tú qué crees?

—Apenas has ido de farol en toda la partida. Y apenas has arriesgado. Pero sería un buen momento para empezar.

El cocodrilo fue girando: un tres, una reina y un cinco acompañaron a los ochos. Victor mostró sus dos cartas. Una reina y un rey.

—Pareja de reinas.

Eric chasqueó la lengua. Por su expresión Victor esperaba que descubriera una jugada menor, pero lo que escondía eran dos ases.

—Doble pareja de ases y ochos. —Eric sonrió.

Victor ladeó la cara y esbozó un «uh» con los labios sin emitir ningún sonido. Se levantó de golpe, con un modo tan rápido y agresivo de arrastrar la silla hacia atrás que Eric se encogió por instinto.

—La mano del muerto. Un buen final. Acorde. Muy bien.

Sin ningún tipo de pudor, coló los dedos en el elástico de sus pantalones y lo estiró para dejarlos caer, levantando los pies para apartarlo con descuido. No llevaba nada debajo. Eric no lo esperaba y su mirada recayó un instante donde debería estar la ropa interior. Un acceso de pudor hizo que la levantara tan rápido como pudo a los ojos de Victor. El shock le duró poco, o era

muy bueno controlando sus reacciones.

—Bueno… Sigo vivo y no llamaría a esto tener mala suerte, ¿no?

—¿Es que no quieres mirar tu premio?

—Ah… No es que no quiera mirar. Es que me has pillado por sorpresa, la verdad.

Eric se removió en la silla. Era Victor el desnudo, sin embargo, se sentía como si la situación estuviera invertida.

—No es lo que esperabas. Imaginabas un viejo asqueroso como los del callejón de Haven, ¿eh? Y, aun así, participaste. ¿Prefieres la novedad o estás decepcionado? —susurró Victor acercándose, sinuoso.

Eric levantó la cabeza según se acercó. Que hablase del callejón ya no le sorprendió. Ese tío lo sabía todo sobre él, le había dado el consentimiento para que hurgara en su vida. Era una sensación extraña, sentirse avergonzado y también atrapado bajo la seducción viperina de Victor. Se atrevió al fin a bajar la mirada y sintió el impulso de tocarle. La piel pálida parecía suave, los músculos de su abdomen se definían en una armonía hipnótica, la estilizada cintura era estrecha y lo que había entre sus piernas, aún en reposo, acompañaba al conjunto sin resultar desagradable. Era una escultura viva. Volvió a mirarle a los ojos para responder.

—Prefiero esto —dijo con la voz algo ronca por la sed.

Victor se apartó de golpe, rompiendo la ilusión.

—Bien. No me gustaría tener a un pervertido gerontófilo rondando por mi isla. Muévete, el avión espera.

Echó a andar hacia la chimenea, sin mostrar mayor pudor al dejar ver su trasero que el que había tenido con la delantera. El panel se abrió, ofreciendo una hueca negrura.

6. Los sótanos están cerrados.

Confuso, Eric se puso en pie y agarró la camisa, dejando olvidado el chaleco en la silla. Se sentía desubicado, con la misma sensación con la que bajó del coche la noche anterior. No volvió a mirar a Victor al pasar junto a él y entrar en el corredor. En algún momento escuchó un chasquido a su espalda, pero el túnel era tan estrecho y oscuro que no pudo identificarlo. Unas señales luminosas al fondo, simples líneas brillantes, marcaban una serie de escalones empinados. Cuando llegó al final, la última puerta de su última prueba se abrió, desbordando tanta claridad que no pudo ver nada durante unos segundos.

—Bienvenido a la avioneta privada del Pase al Paraíso, ganador. Por favor, tome asiento y mantenga el cinturón abrochado hasta que parpadee. Nos dirigimos al océano pacífico, se espera una ruta sin incidentes con una duración aproximada de cuatro horas.

La voz era tan neutra que la achacó a una megafonía hasta ver al chico vestido de diligente azafato, con una diligente sonrisa.

—El aseo está ubicado a su izquierda. La nevera con mueble bar está a su disposición junto al asiento. Encontrará una guía para el resto de dudas en la rejilla trasera. Dispone de todo tipo de formas de ocio. Manténgase hidratado y disfrute —acabó con una reverencia, desapareciendo por la puerta delantera sin esperar una sola pregunta.

Eric estaba solo.

Era la primera vez que subía en algo parecido a un avión y su imaginación no se había atrevido a recrear nada semejante. La avioneta solo tenía espacio para cuatro pasajeros, pero era amplia y los asientos, dos a cada lado y todos en ventanilla, eran anchos, mullidos y forrados en piel de color champán. Pensó en lo mucho que le gustaría que Julian y Andrei vieran aquello y pudieran disfrutarlo, decirles que seguía vivo, que estaba bien y que iba a volar en una avioneta en la que podría haberse quedado a vivir sin rechistar.

Se sentó y siguió las instrucciones que esta vez le dictaron por megafonía. El despegue le recordó a la sensación de subirse a una montaña rusa que no sentía desde que era niño. Sintió miedo y excitación a partes iguales. La euforia llegó cuando la avioneta se mantuvo estable, surcando las nubes sobre las extensiones casi interminables de las ciudades que poco a poco fueron quedando atrás. Cuando las vistas dejaron de ser interesantes, decidió matar las horas jugando a videojuegos antiguos en la enorme pantalla frente a los asientos. Al final, la comodidad del asiento, que era como una nube abrazándole, le hundió en un profundo y reparador sueño.

Un cambio en el ruido sedante de la avioneta le despertó con un sobresalto. Eric no entendía de aviones, pero era como si el tenue zumbido horizontal se hubiera convertido en un estruendo justo encima de su cabeza. Un vistazo a la ventana le sacó de dudas: las alas se habían plegado a los lados y unas aspas gigantescas estaban al descubierto: aquel cacharro tenía la capacidad de hacer aterrizajes verticales, como un helicóptero. Al ver solo mar por aquel lado, se dirigió a la ventana contraria. Allí estaba la isla.

Los carteles que había creído fruto de una IA se quedaron cortos, parecían una postal roñosa al lado de lo que estaba viendo: jardines, canchas de baloncesto y pequeños campos de fútbol, extensiones verdes de césped recortado y pequeños bosquecillos tropicales bien cuidados, jardines y terrazas. Una enorme mancha verde de selva que parecía impenetrable. Un pueblecito a un lado, el único lugar con borde de playa y no de acantilado. Lejos del pueblo, un enorme edificio incrustado en la roca alta, similar a un resort. Era tan increíble, tan perfecto, que la

sensación de irrealidad le mareó. Fue allí donde aterrizaron.

Nadie salió a recibirle. La azotea, marcada con su flamante hache dentro de un círculo, estaba desierta. Nadie bajó, tampoco, para ofrecer unas mínimas indicaciones. Puede que Eric hubiera esperado un recibimiento con fanfarrias y banderolas, pero tampoco necesitaba que alguien le explicara lo evidente: solo había dos modos de bajar de allí, la escalera de incendios y el cubículo transparente de ascensor que aguardaba a su espalda. No había prisa. Se acercó al borde para observar el lugar a sus anchas.

Desde allí no se veía la playa, que fue lo primero que buscó, pero los bosques selváticos y los jardines encandilaron su mirada. Apenas recordaba cómo era el último bosque que vio, cuando solo era un crío, por lo que ver una extensión tan verde, abigarrada de árboles de todo tipo y creciendo salvaje, le anudó la emoción a la garganta. El aire tenía un olor muy diferente al de la ciudad, la brisa fresca que corría traía el olor peculiar del salitre, él no era capaz de reconocerlo, pero sabía que a la fuerza ese debía ser el olor a mar del que hablaban en las películas y los libros. Allí se mezclaba con el perfume verde y salvaje de la selva. Incluso el sonido del viento era diferente, lleno de trinos y sonidos naturales que para él eran tan ajenos como el rugido de los soles en la galaxia. También le llegaron risas y gritos agitados de la gente que jugaba en los campos. Iban todos vestidos de blanco, pero no podía distinguirlos bien desde esa altura. Se fijó mejor en el cúmulo de casitas blancas que formaban un pequeño pueblo a un lado de la isla. Se preguntó si esos eran los hogares del servicio y si él iba a poder vivir en una de ellas.

«No te emociones tanto, aún tenemos que ver para qué nos quiere ese enfermo», le recordó la voz de su sensatez.

El pueblo estaba unido al resto por un camino que en ese momento recorría una pequeña furgoneta que le recordó a un carrito de golf. También había piscinas, una de ellas parecía una playa en miniatura, rodeada de arena y palmeras. Habría pasado horas allí, mirando el paisaje y respirando el aire puro, dejando que las vistas limpiaran su memoria de los recuerdos de neón de Elysium. El callejón parecía una pesadilla lejana que había vivido otra persona. A desgana, se puso en marcha para explorar el edificio sobre el que habían aterrizado.

El ascensor tenía cinco paradas, incluyendo un sótano. Tras un momento de duda, Eric desterró la idea de curiosear planta por planta y pulsó el cero, puede que hubiera algún tipo de recepción. El cubículo no tenía vistas. Penetraba en la roca del acantilado, mostrando sus paredes recias, rugosas, con parches de liquen. Una agradable nota aguda precedió la apertura de puertas. Allí no había ninguna recepción. La planta baja era un rectángulo con suelos de mármol y un par de aberturas enormes, una a cada lado, con los carteles «Gimnasio» y «Comedor». Un hombre que ya nunca cumpliría los sesenta años repasaba el suelo con un cepillo y cascos de música, ajeno a su presencia. Cuando Eric estaba a punto de salir a la calle, las puertas automáticas se abrieron, dando paso a un pecoso muchacho sofocado. Llevaba una especie de túnica griega adornada con un cordón dorado y su melena suelta era una cascada de hermosos bucles pelirrojos. Un lado de su cabeza estaba rapado al cero a excepción de un número pintado de negro.

—¿Eric, verdad? —Apoyó las manos en las rodillas para tomar aire. No solo parecía sofocado, sino asustado. Echó un vistazo alrededor antes de continuar, deteniendo la vista un momento en el limpiador—. Soy Catorce, el encargado de enseñarte esto —bajó la voz—. Por favor, no le cuentes a nadie que he llegado tarde.

—Soy Eric, sí. No has llegado tarde. Has llegado justo a tiempo, así que no hay nada que contarle a nadie —dijo el nuevo frunciendo el ceño.

Una sonrisa dudosa de agradecimiento le iluminó la cara al chico.

—Soy Catorce, el encargado de guiarte y enseñarte esto —repitió—. Las normas, los horarios, todo eso. Aunque estás exento de ello hasta mañana, el primer día es para verlo todo y aclimatarse. Podemos…. Mmmm… ¿Empezar por el comedor? —señaló.

—Por donde tú creas conveniente. Este sitio es enorme, nunca había visto nada igual —dijo Eric intentando contener el entusiasmo.

—Ninguno de nosotros. Ya verás cuando lleguen las lluvias. Solo hay dos climas: calor y tormentas tropicales. Pero eso es mejor que el frío, es lo que digo siempre. Ven.

El comedor era una estancia alargada, con media docena de mesas y una barra de autoservicio cubierta de mamparas, que en ese momento tenía las bandejas vacías. Al fondo había una especie de máquina expendedora y una nevera transparente llena de botellas de agua y zumos. Varios carteles adornaban la pared, todos ellos con las líneas de cara sonriente.

«Socializar es imprescindible para la salud mental».

«Respeta las colas».

«Una dieta saludable alegra el día».

Era como un comedor de escuela infantil, alentando a los niños a portarse bien de forma positiva. Catorce señaló el primer cartel.

—Eres libre de coger una bandeja y comer en tu cuarto. Muchos lo hacen al principio. Pero si pasas mucho tiempo así, los demás empezarán a mirarte raro. ¿Qué más? El desayuno es a las ocho y media, a las nueve los fines de semana. La comida a la una y la cena a las nueve. Si te retrasas más de diez minutos, no te servirán. Y si por eso o por otra cosa te pierdes varias comidas, estarás en problemas. Pero siempre hay fruta disponible. Y agua y zumos.

Eric se debatía entre el inmenso alivio de tener tantas comidas aseguradas y los detalles que le incomodaban: la cara sonriente, los mensajes paternalistas, esa positividad aséptica y hueca. No eran detalles que pudieran enturbiar su ánimo en ese momento. Quería llorar de alegría. Llevaba un año peleando cada euro para comer y escarbando en la basura, aquello era lo más parecido al paraíso que podía imaginar.

—¿En qué clase de problemas? —preguntó aun así.

—Se considerará que has incumplido una norma, y habrá un aviso —dijo Catorce tras una pausa, con tono nervioso—. Pero no me corresponde hablar de eso. Solo decir que es muy importante cumplir con las normas. La buena conducta se recompensa.

Le llevó hasta la máquina expendedora.

«¡Has sido un buen chico!», rezaba la cara sonriente de la parte superior.

—Esto lleva poco tiempo instalado. El señor debió leerlo en un libro de Stephen King, *El Instituto*, porque yo lo he leído y es igual. Funciona con chapas. Ganas chapas por el buen comportamiento. Te las puede dar él, o la doctora, los guardias… casi cualquiera que trabaje aquí.

La máquina contenía principalmente golosinas y *snacks*, pero también tabaco y bebidas alcohólicas. El tabaco era lo más caro, con un coste de quince fichas por paquete. Las pequeñas botellas de alcohol valían de tres a cinco y la comida solo una.

—Ha funcionado muy bien. Esas chapas se han convertido en moneda de cambio entre residentes.

Eric echó un vistazo a la máquina. Pensó en Pianista, en lo que dijo sobre los cerdos con los colmillos serrados durante la partida, solo que allí, todo parecía dispuesto para entrenar a un buen perro con recompensas. Desde cierta perspectiva, era igual que los sistemas de incentivos de algunas empresas. Y era algo que podría usar a su favor si sabía aprovecharlo.

—El señor es Victor, ¿verdad? Rubio, delgado. Me extrañó que fuera tan joven y pensé que

tal vez encontraría a otro aquí.

Catorce asintió.

—No siempre es rubio, pero sí —contestó con tono neutro antes de conducirle al otro lado de la planta.

El gimnasio era grande y bien equipado, repleto de maquinaria de todo tipo. Al contrario que el comedor, que mantenía cierta sensación de intimidad con unos simples ventanales que daban a la entrada, tenía las paredes totalmente acristaladas, con vistas al mar, la selva y los acantilados. Una música ambiental agradable sonaba de forma constante.

—En esa pared están los auriculares, algunas máquinas tienen un puerto para que escuches la música que quieras. Es obligatorio hacer una hora de deporte al día, cuando consideres oportuno. Ay, se me olvidaba —dijo sacando una tarjeta de un pequeño bolsillo de la túnica—. Esto abre tu habitación. Aquí registras tu hora de deporte, la entrada y la salida, en ese lector de allí. Es igual en la zona de trabajo. Procura no perderla. La primera vez no pasa nada, pero perderla dos veces es romper una norma.

—Espero recordar todas las normas —comentó Eric—. ¿Cuántos somos aquí?

—En la biblioteca hay folletos para recordarlas y puedes llevarte uno a la habitación, que además tiene un cartel con los horarios. Tú serás el número Trece, sustituyéndolo. Ven, vamos a las escaleras. El ascensor que has usado solo sirve para bajar de la azotea, no podrás abrirlo después de eso. Es para el señor y el servicio.

Cuando llegaron a la segunda planta, Catorce continuó subiendo sin detenerse.

—Aquí están las habitaciones, reconocerás la tuya por el lazo rojo de bienvenida. Tiene aseo con lo básico, pero no duchas. Las duchas están también en esa planta y son comunes. Obligatorias a las diez de la noche, después de cenar.

Lo de que le llamaran por un número ya le desagradaba, pero que encima fuera el trece le parecía especialmente malo. Como buen jugador de póker, tenía sus supersticiones y otras manías más prácticas relacionadas con los lugares donde sentarse y el entorno. Los espejos fuera de lugar le ponían nervioso, odiaba tenerlos a la espalda, igual que las puertas o los espacios abiertos. Lo del trece no tenía que ver con el juego, pero evitaba tentar a la suerte tanto como podía. Había tenido suficiente con La mano del muerto. Y, además, estaba sustituyendo a alguien.

—¿Qué le pasó al anterior Trece? ¿Y no os llamáis por vuestro nombre entre vosotros?

—Terminó su tiempo aquí y escogió irse. A veces usamos los nombres, pero terminas acostumbrándote al número.

La tercera planta era más amplia que la primera, con varias puertas y corredores.

—El cine está al fondo, aunque solo abre por la tarde. Al lado está la biblioteca, que siempre permanece abierta, incluso de noche. Tiene zona de ocio y zona de consulta. Puedes usar tu tarjeta para llevarte cualquier libro. En ese cuartito —señaló una puerta pequeña— nos cortan el pelo todos los domingos, para repasar el número. Eso de ahí es el médico. No hace falta pedir cita, aunque puedes hacerlo. A veces se hacen revisiones, sobre todo en la época de tormenta, que la gente se resfría. Reparten vitaminas. Esa otra puerta… Bueno, espera. —Se dirigió a una pantalla de ordenador encajada en la pared. Al tocar la pantalla salió la consabida cara sonriente, con el texto: «¿En que puedo ayudarte hoy?»—. Esto es algo así como un buzón de sugerencias y necesidades. También va con la tarjeta. Si por ejemplo se estropea tu despertador, la persiana automática no funciona o necesitas ropa interior nueva, se pide aquí. Suele funcionar enseguida, en cuestión de horas.

—Es el primer buzón de sugerencias que funciona que he visto en mi vida, entonces —

comentó Eric—. Creo que voy a pasar todo el tiempo que pueda en esta planta. —Miró el número en el lado de la cabeza de Catorce—. ¿Van a raparme y tatuarme un número?

—Solo a hacer la forma y teñirlo. Y sí, la mayoría de la gente pasa el tiempo entre el exterior y esta zona. De hecho habrá gente en la biblioteca. ¿Ves ese pasillo? Al fondo están las salas de trabajo, de distintos tamaños según las necesidades. Tienes que fichar cuatro horas al día, ya te encomendarán algo de tu campo, suele ser investigación. Lo mío, por ejemplo, es la optimización de espacios en el diseño —arrugó la nariz—. Obviamente no diseñé este sitio. Es más bonito que funcional.

Echó a andar, entrando a una salita llena de vitrinas cerradas con llave. También había unos expositores cuadrados repletos de pósters y cuadros. En las vitrinas había jarrones, figuritas, muñecos y todo tipo de objetos de decoración, de lo friki a lo útil, de lo hortera a lo moderno. Al fondo, material de pintura, manualidades y ocio relajado.

—Esto es como un supermercado, supongo. Puedes comprar cosas para ti o para la habitación, de las que no te reponen. Pero para hacerlo debes pedírselo a Victor en persona. Él pone el precio.

—Esto parece un videojuego —observó Eric, paseando entre las vitrinas. Había muchísimas cosas, pero no era lo más espectacular que había visto ese día—. ¿Tú has decorado tu habitación?

Catorce asintió.

—Tengo un par de pósters. Uno de ardillas, otro de *Fall Guys*. Por cierto, hay muchos juegos disponibles en el dormitorio, pero los multijugador están limitados a los residentes. También tengo un coche teledirigido, el único de la isla. Me lo regaló Victor. A veces hace regalos.

—Qué amable. —El sarcasmo de Eric era tan fino que apenas se notó—. Supongo que el acceso a Internet está limitado y ninguno tiene móvil, ¿me equivoco?

—Aciertas, aunque Dos tiene móvil. Tres y él son los miembros más antiguos. —Bajó la voz hasta que apenas se le entendió—. Tres es simpático, Dos es un idiota. Se encarga de supervisar que no falte de nada en los almacenes y comunicarse con el pueblo de los trabajadores. —Le dio la espalda para regresar a la escalera—. Los sótanos están cerrados. Y a la última planta solo puedes acceder con Victor, es su casa. Te enseñaré lo de fuera.

El clima en el exterior era muy agradable, cálido, sin la brisa fresca de la azotea. Eric podía entender que acabara resultando sofocante, pero agradeció el contraste al compararlo con las vísperas de invierno en Elysium. Vio a otros jóvenes charlar y moverse, todos con su número y su corta túnica. También había guardias, vestidos de uniforme blanco, sin armas a la vista, todos musculosos e imponentes. Bordados en el bolsillo, pequeños tréboles, corazones, picas o diamantes.

—Allí están las pistas de deportes y ahí abajo las piscinas. Puedes usarlo todo durante el día, pero después de la cena no se puede salir, salvo los fines de semana, que hay que entrar a las doce. Al fondo, los jardines y el invernadero. Tres se ocupa de mantenerlo, junto al servicio, pero puedes ayudar si se te da bien. Y al fondo, la selva. Está prohibidísimo ir allí sin Victor. —Había una clara nota de miedo en su voz—. Y es muy peligroso. Hay animales raros. Y mosquitos enormes. A veces llegan hasta los jardines o las piscinas en temporada de tormentas.

—No te preocupes. Me conformo con verlo desde aquí. Nunca he tenido tanta naturaleza tan cerca. Seguro que no sobrevivía cinco minutos en esa selva —bromeó Eric, aunque todo era cierto—. ¿Tú y los demás venís también de Elysium? ¿Ganasteis el pase??

—La mayoría. Yo sí, el año pasado, por eso tengo que ayudarte, se supone que lo tengo fresco. Aunque a veces sustituye a alguien sin que sea época de Pase, no te puedes fiar de los números. No se habla mucho de eso. Para la gente es duro mirar atrás.

—Ya. No me extraña. Yo tampoco quiero mirar atrás. Aquí parece fácil olvidarse del pasado —respondió Eric con la mirada en la estampa serena del paisaje. Suspiró y miró a Catorce con una sonrisa—. ¿Hay algo más que deba ver?

Catorce se agarró uno de los rizos y empezó a chuparlo. No parecía darse cuenta.

—Creo que no. Creo que te he contado todo lo que debes saber para empezar. Si no tienes preguntas… —Un guardia pasó a su lado. Ignoró del todo a Eric, pero echó un vistazo a su acompañante con una sonrisita desagradable—. Mantente alejado de ellos. No les hagas enfadar, y no les provoques —dijo Catorce en voz baja.

Eric siguió con la mirada al tipo. Era alto y musculoso, como todos los guardias que había visto. Parecía exactamente lo que era. Esperó a que se alejara para volver a hablar.

—¿Tienen la mano larga?

—Sí, es una forma de decirlo. Seguro que otros chicos te cuentan cosas, yo… prefiero no meterme en problemas. Victor me ha prometido diez chapas si quedas satisfecho con la visita guiada. ¿Estás satisfecho? ¿Se lo dirás? —preguntó suplicante.

—Sí, claro que lo estoy. Podrías ser relaciones públicas. Le diré que la visita guiada ha sido excepcional. ¿Hay algo que pueda decir para que te dé más chapas?

—¡No, no creo! ¡Pero muchas gracias, te invitaré a algo de la máquina para compensar, así funciona! Ahora…, no sé, haz lo que quieras. Aprovecha tu día de libertad y recuerda, la cena a las nueve. Sonará una campana —comenzó a alejarse, andando hacia atrás—. ¡Hoy no estás obligado a ir, pero te quedarás sin bandeja!

7. ¿Te has perdido?

Al quedarse solo se sintió confuso. El lugar era enorme y, aunque orientarse era sencillo, no sabía a dónde ir. En el avión había estado comiendo, así que no tenía hambre. Podía esperar hasta la cena. Descartó volver al comedor. El cuerpo le pedía quedarse en el exterior y disfrutar del sol, tan escaso en los bajos de Elysium, y de la naturaleza. Se quitó los zapatos y los calcetines y los dejó en un banco próximo. Los chicos que hacían deporte y los guardias seguían a lo suyo y él no los molestó. Notar el contacto del césped contra los pies descalzos le provocó un hormigueo de placer en las plantas y un escalofrío agradable en todo el cuerpo. Se sentía como un astronauta tras aterrizar en un mundo desconocido, lleno de olores y sensaciones nuevas, de maravillas por descubrir. Se dedicó a caminar por los jardines, sin un rumbo fijo, y la desorientación desapareció poco a poco. Al torcer una vereda de setos, vio a dos muchachos sentados en un banco de forja, pasándose un cigarrillo. El que lo sostenía, alto, tenía el pelo castaño, corto y revuelto y los brazos tatuados. El rostro anguloso enfatizaba una dura expresión y apenas le dedicó una mirada. El otro, moreno con mechas azules, le observó con descaro. Sus rasgos eran más suaves, casi andróginos, y llamaron instantáneamente su atención. Llevaba un aro plateado en los labios.

Sus números eran siete y ocho.

—Perdonad, no sabía que estabais aquí —se disculpó al detenerse. Su momento de éxtasis terminó—. Soy Eric, el nuevo.

—No hace falta que lo jures —dijo Siete, el de las mechas azules, señalando su vestimenta. Tenía uno de los tonos y ademanes más afectados que Eric había visto nunca—. Recién salido de las pruebas, qué tierno. ¿Te has perdido?

Ocho seguía en silencio. Le pasó el cigarro a su compañero.

—No. Creo que no —respondió Eric mirando el camino por el que había venido. Se metió las manos en los bolsillos del traje—. Catorce me ha enseñado la isla y estaba explorando los jardines. Por lo visto tengo un día de libertad.

—Oh, ese sin sangre de Catorce se habrá sentido importante por un día —dijo Siete—. Seguro que no te ha contado nada de las cosas importantes, solo tonterías evidentes para cualquiera que tenga ojos en la cara y sepa interpretar el mapa de incendios que hay en el vestíbulo.

Eric se encogió de hombros.

—Con un folleto habría servido, pero el chico estaba muy preocupado por lo que pueda decir a Victor. Y no ha sido desagradable.

—Es un lameculos —escupió Ocho—. Y te va a ser inútil, él y los folletos para idiotas. La norma principal es que cualquier norma puede cambiar si a Victor se le antoja.

—Sí, eso es básico. Y las sopas. Siempre puedes elegir sopa de primero en la comida y la cena —añadió Siete tras una calada.

—¿Eso te parece importante?

—Bueno, tú has dicho algo que puede cambiar y yo algo que nunca cambia. Trato de complementarte. ¿Qué otras cosas añadirías?

Ocho subió las piernas al banco y observó a Eric. Parecía duro, pero no hostil.

—¿Te ha hablado de los guardias?

Eric sintió una simpatía instantánea hacia ese par. Agradecía la sinceridad en un lugar como ese, donde todo parecía un escenario dispuesto para una función.

—Me ha dicho que me mantenga alejado. Nos hemos topado con uno y se ha asustado. No hay que ser muy listo para ver que son los matones del lugar, aunque no he visto que lleven armas.

—Algunos sí llevan. Pero nunca les he visto usarlas, por suerte. Les vale con las manos —dijo Siete moviendo las suyas.

—Mira, hay tres tipos de guardias: los ausentes, los cabrones y los cabrones sobornables. Los ausentes hacen su trabajo, no te dirigen la palabra si no es necesario y se esfuerzan lo justo. Los cabrones siempre están al acecho, intentando verte incumplir alguna norma. Y los cabrones sobornables exactamente igual, pero puedes conseguir cosas de ellos —explicó Ocho.

—Se parece bastante a la policía de Elysium. —Eric se acercó el par de metros que les separaban—. ¿Puedo sentarme con vosotros?

—Claro. Pero no voy a compartir el tabaco contigo, todavía no te conozco —dijo Ocho con naturalidad, recuperando su cigarrillo.

—No fumo. O no suelo hacerlo… —Eric se sentó en el banco y estiró las piernas, moviendo los dedos de los pies. Se le habían ensuciado de verdín—. ¿Habéis tenido problemas con ellos?

—Oh, sí. ¿Quién no? Tú también los tendrás. Hasta la mosquita muerta de Catorce los ha tenido. Pero relájate y disfruta tu último día de libertad —canturreó Siete.

Eric tomó ese consejo al vuelo. Sabía que al día siguiente todo podría cambiar, que las cosas iban a mostrar su verdadera cara con el tiempo, así que hizo preguntas menos comprometidas. Ya tendría tiempo para indagar y comprender el funcionamiento de aquel microcosmos. Pasó un rato con Siete y Ocho, conversando sobre los temas más banales de la isla: con quiénes era mejor practicar deporte, qué comida estaba más rica o cómo saber cuándo se iba a poner a llover. No le costó sentirse cómodo con ellos y ver los primeros rasgos de sus personalidades: Siete hablaba por él y por Ocho, era sarcástico y afilado. Su compañero, aunque silencioso, no escatimaba en tacos cuando abría la boca y era más directo y certero con las observaciones. Ambos le cayeron bien.

Al separarse de ellos, cuando el sol ya bajaba, siguió explorando los jardines hasta que se topó con la piscina que imitaba a una playa que vio desde la terraza. Se desnudó sin pensárselo y dejó que el tiempo perdiera sentido nadando en las aguas cristalinas. Estuvo solo en todo momento, quizá porque a aquella hora nadie tuviera ganas de baño, o porque estuvieran evitando al nuevo. Un violento picotazo en el cogote le hizo valorar una tercera opción.

—¡Mosquitos!

Se sumergió y buceó hasta la orilla donde había dejado la ropa. Salió a toda prisa, intentando espantar a los insectos con aspavientos y saltitos. Esperaba que no hubiera testigos, porque inventó una ridícula coreografía. Cuando estaba poniéndose los pantalones sonó una campana. Eric recordó que la cena era a las nueve, así que ese debía ser el aviso del que habló Catorce. Su estómago, al pensar en comida, comenzó a quejarse. Se puso la camisa a toda prisa y regresó al edificio. No encontró los zapatos donde los había dejado y tuvo que entrar descalzo a buscar el comedor. Fue el centro de las miradas de los doce chicos que se encontraban allí. Siete, Ocho y Catorce le saludaron, el resto hablaba entre sí, unos con miradas más disimuladas que otros.

La barra de autoservicio estaba abastecida con cuatro contenedores metálicos llenos hasta arriba y cucharones y pinzas a su disposición. Siete había dicho la verdad: sopa de tomate o ensalada de primero, pechuga a la plancha o empanada de salmón de segundo. Buena variedad de postres envasados al final. Algunos chicos miraban a Eric con curiosidad, pero la mayoría se ocupaba de sus asuntos.

—Puedes servirte los cuatro platos si te apetece. La mayoría lo hacemos nada más llegar,

luego vas olvidando el hambre —le dijo el chico que tenía al lado al verlo dudar. Eric agradeció el consejo y lo tuvo en cuenta, echando un poco de cada en su bandeja.

Quería comer tranquilo, sin preguntas, sin conversaciones y sin miradas de curiosidad o desconfianza, así que cogió su bandeja y fue a la segunda planta en busca del lazo rojo. Necesitaba descansar.

No le costó encontrar la señal en el amplio pasillo lleno de puertas idénticas. El dormitorio, como Catorce había dicho, tenía un bonito lazo rojo para que fuera imposible pasarlo por alto. Del lazo colgaba una bolsita de tela casi transparente con cinco bombones envueltos en papel brillante, como el regalo de bienvenida de un hotel caro. Al introducir la tarjeta en la ranura, la puerta se abrió con un susurro hidráulico. Lo que encontró le dejó clavado en el sitio de impresión. La habitación era espaciosa. Los suelos eran de madera, pero lo impresionante no era el lujo o la decoración, sino las dos paredes de cristal. Una se asomaba al mar y la otra daba a la roca cubierta de liquen y vegetación del acantilado. Arriba, recogidas, estaban las persianas por control remoto. Dicho control estaba en un escritorio, junto al mando de la televisión de pantalla plana que ocupaba casi media pared. La habitación no era demasiado grande, pero estaba bien distribuida. Un armario empotrado en el que encontró ropa interior, bañador, sandalias y calzado deportivo, todo de su talla. Todo blanco. Una cama de aspecto confortable, con la túnica doblada junto a la almohada. Un butacón. Una balda vacía. Una mesilla de noche, coronada por un despertador estilo siglo XX con su cara sonriente en la enorme esfera. Ninguna otra decoración. El aseo, al que se accedía por una puertecita lateral, debía estar enclaustrado en la roca, pues sus paredes eran de piedra viva, pero al menos tenía la intimidad de la que el resto carecía. Retrete y lavamanos. Papelera. Una abertura para dejar caer la ropa sucia hacia la lavandería. Un armario abastecido a todos los niveles, con secador y todo lo necesario para la higiene, la depilación y el afeitado. Sobre el lavamanos había un repelente de mosquitos, crema para picaduras, una caja de analgésicos suaves y un neceser de primeros auxilios. El espejo estaba cubierto por una pegatina:

Mantén tu dormitorio limpio.

Ayuda al servicio.

¡Gana fichas!

Arrancó la pegatina del espejo y la tiró a la basura antes de regresar a la habitación. Al sentarse en el escritorio, donde había dejado la bandeja, ni siquiera encendió el televisor. Comió observando la extensión del mar hasta que la noche se lo tragó y aparecieron las estrellas. El silencio era una bendición. Pensó que podía acostumbrarse a aquello, que no parecía tan terrible como pensó al hacer las pruebas.

No creía que el precio por vivir allí fuera comparable al de hacerlo en la calle. Al menos allí tendría las necesidades cubiertas e incluso podría desarrollar su trabajo en un entorno óptimo. ¿Quién querría regresar al agujero infecto de donde todos habían salido?

Se tomó su tiempo para cenar, saboreando cada bocado. Comió más allá de la saciedad y se tiró sobre la cama bajando las luces con el sistema de control por voz que descubrió en el televisor. En la pantalla se ensanchó la ya conocida sonrisa.

Bienvenido. Puedes llamarme Freya. ¿En qué puedo ayudarte?

—Reproduce *Figlio Perduto*, de Beethoven. A un volumen medio.

La música comenzó a sonar llenando toda la estancia en un crescendo suave. Esa vez no pudo evitarlo, tampoco quiso, y dejó que las lágrimas resbalaran hasta sus sienes. Envuelto en una ilusión de seguridad y agradecimiento con el destino, Eric se quedó dormido.

8. Que levante la mano quien no quiera jugar.

El timbre agudo y machacón del despertador le arrancó de la cama con el corazón en la boca. Eran las ocho en punto, el colchón le había absorbido como un abrazo de látex y tela. Tuvo un instante de pánico al mirar el mar antes de recordar dónde estaba. Le hubiera gustado tomárselo con calma, disponer de todo el tiempo del mundo para remolonear en la cama era uno de los escasísimos privilegios de vivir en la calle. Pero su día de libertad absoluta había acabado. Ahora existían esas normas en las que todos ponían énfasis y la primera era llegar puntual al desayuno. Estaba acabando de lavarse los dientes cuando alguien aporreó la puerta.

—¡Vale, vale! ¡Ya abro!

Se apresuró tanto para que el ruido cesara que salió con el cepillo de dientes en la mano y vestido solo con los pantalones del pijama.

—Tú. El señor dice que hoy también deberás ducharte por la mañana. Acompáñame —espetó en su cara un guardia antes de que tuviera tiempo de enfocarlo entero.

A Eric le costó procesar la orden sin haber tomado siquiera un café para despejarse y tardó un poco en responder.

—Ah. Bien, vale. Deja que me lave los dientes y me eche algo encima.

Empujó la puerta para cerrar. El empellón del guardia a la madera estuvo a punto de derribarle.

—Deja el cepillo, escupe y sígueme. Ahora.

Eric puso las manos por delante por inercia, con el mismo gesto con que reaccionaba cuando la policía se ponía violenta.

—¡Eh, tranquilo! Es lo que voy a hacer. Mira. —Y lo hizo, entrando al baño un momento. Salió con las palmas de las manos visibles—. Tendré que ponerme los zapatos y eso, ¿no?

—No hace falta. Vas a las duchas, no a la jodida calle. Están aquí enfrente.

Pese a los malos modos, tenía razón. La puerta con el letrero estaba muy cerca de su habitación. El guardia le agarró de un brazo con agresividad, abrió la puerta de golpe y le empujó dentro.

—¡Joder, no hace fal…! —La frase se cortó con un grito.

Eric pensó que le acababan de arrojar al acantilado por una fracción de segundo. Bajo sus pies había una caída de unos sesenta metros a las rocas afiladas azotadas por el oleaje. Tardó en procesar que no estaba cayendo y que el suelo era un grueso cristal. Aun así, se pegó a la pared junto a la puerta con el corazón tan acelerado que pensó que iba a reventarle el pecho.

—¡Casi me da un infarto, cabrón!

Las risotadas ya se alejaban por el pasillo.

—¿Qué maldito interés tiene ese enfermo en que los peces nos vean las pelotas? —rezongó Eric.

En cuanto recuperó el aliento, se acercó a las duchas. Las vio en el techo, que junto a las paredes laterales era lo único que no era de cristal en aquel cuarto. Decidió que caminar mirando hacia arriba era lo mejor y eso le ayudó a encontrar cierta estabilidad. No tenía un miedo especial a las alturas, pero aquello desafiaba al instinto de cualquiera. Accionó el mando de una de las duchas y se lavó bajo el chorro, aunque esa vez no fue nada agradable ni relajante. Ese imbécil no le había dejado coger una toalla. Para cuando quiso salir, secarse, ponerse la túnica y encontrar el modo de abrochar las sandalias, el resto estaban terminando de desayunar. Tuvo tiempo de servirse un poco de café y dar unos bocados apresurados a un bollo antes de escuchar

la inconfundible voz de Victor por megafonía.

—Buenos días, residentes. Tened la amabilidad de dirigiros a la cancha de baloncesto, me gustaría presentaros a alguien.

Todas las miradas se volvieron hacia Eric.

—Sí, parece que habla de mí —dijo él devolviéndoles las miradas.

No renunció al bollo y se puso en pie dándole otro bocado, no sin antes terminar el café de un trago largo. Al salir, ya no tenía nada entre las manos y tragaba el último trozo de su escaso desayuno.

La pista tenía un tamaño reducido, lo justo para pasar un rato entretenido con escasas posibilidades de competir. El pavimento era liso y suave, hecho de algún tipo de resina para facilitar su limpieza al estar al aire libre. Cuando llegó de los últimos, Eric vio que en algún momento habían dispuesto sobre él un puñado de obstáculos que le resultaban familiares. Había visto algo similar en un documental. Un concurso de agilidad canina.

—Trece, ¿puedes acercarte?

Los chicos que tenía delante se separaron para dejarle paso. No fue algo educado, era como si tuviera algún tipo de enfermedad contagiosa y no quisieran tenerlo cerca. Victor llevaba unos pantalones negros ajustados y un elegante jubón blanco, desatado, que mostraba parte de su pecho. Ya no iba descalzo, el conjunto estaba rematado por unas botas altas que se fundían con el pantalón. Tampoco tenía el pelo largo, sino una media melena peinada hacia atrás en cuidados mechones separados. Tras él había un banco alargado, para los que quisieran mirar mientras otros jugaban. En ese momento tenía una caja de buen tamaño encima y Victor apoyaba la mano en ella, expectante. En cuanto tuvo cerca a su nueva adquisición, le pasó un brazo por los hombros.

—Este es Trece, aunque el peluquero solo viene los domingos y tendrá que esperar para llevar su número. Al principio estará un poco perdido. Debéis recordar que estuvisteis en su lugar, y ser amables.

Eric soltó una risa seca y baja al ver el tinglado.

—¿De verdad vamos a hacer un *agility*?

En realidad tenía mucho sentido. Había empezado tratándoles como a animales de granja. El Pase, al menos, te garantizaba alcanzar el rango de mascota. Victor le ignoró por completo.

—Para celebrar su llegada, jugaremos. ¡Y habrá premios! Una chapa para cada participante, diez para el ganador… que tendrá otro premio extra. Estoy generoso. Pero me temo que solo seis de vosotros tendrán el honor de enseñarle el juego a Trece. Adelante, Trece. Escoge a seis —acabó empujándolo con suavidad hacia delante.

La cabeza de Eric empezó a calcular posibilidades en el mismo instante en que Victor comenzó a hablar. Era bueno leyendo la postura corporal de la gente, y un vistazo le dijo lo que necesitaba saber sobre lo que venía: Catorce tenía miedo. Ocho se mantenía atrás, en silencio, con un gesto de evidente desagrado. Siete parecía resignado. Los demás se movían en un espectro de emociones similar: miedo, asco, resignación. El jodido juego solo era divertido para Victor, pero esa había sido la tónica. No había una forma de hacer las cosas que las hiciera más agradables para todos o fuera a hacerle quedar en mejor lugar y negarse a participar podría ser la peor opción. Todos habían estado en su situación. Decidió usar el azar.

Miró a Catorce.

—Chico, dime: ¿uno o dos?

Catorce se quedó blanco. No se movió, aunque parecía usar la mirada para preguntarle por qué le metía en aquello, si tan mal lo había hecho el día anterior.

—¿Dos? —titubeó.

—Vale, gracias. Pares entonces. Pero yo soy impar, aun así, me elijo a mí mismo —dijo Eric volviéndose hacia Victor—. Yo, Cuatro, Seis, Ocho, Diez y Doce.

El alivio en la cara de Catorce fue como la presa invisible de un río, abriéndose de golpe para relajar su postura. Los elegidos no sentían lo mismo. Ocho apretaba la mandíbula con empeño. Eric había visto esa expresión muchas veces, incluso en el espejo: ya que estaba en esa situación, Ocho pretendía sacarle provecho. Pretendía ganar. Doce, por su parte, tenía los ojos llenos de odio y fijos en él. En el resto era la resignación lo que pesaba.

—Vaya. Muy valiente. ¿O estabas deseando jugar?

Victor lo tomó de la barbilla. Era tan afectado como Siete, pero en su voz había otra cosa. Una suerte de burla juguetona, bien acompañada por la media sonrisa y el brillo divertido de sus ojos. Eric lo miró desafiante, esforzándose por no apartar bruscamente la cara para mantenerle la mirada.

—Ninguno estamos deseando jugar. Lo sabes bien.

—¿Tú crees? —Victor se dirigió al resto, con expresión apenada—. Eric dice que ninguno quiere jugar. Eso me pone muy triste, pero quiero asegurarme. Que levante la mano quien no quiera jugar.

Todas las manos permanecieron bajadas, incluso las de aquellos que ya se habían librado al no ser elegidos.

—¿Ves? Imaginaciones tuyas. Bien, acercaos y dadme la espalda.

El dueño de aquella isla, que ya no parecía tan paradisíaca, sacó unas tijeras de la caja. Sin que nadie rechistara, fue levantando la parte de atrás de las túnicas y haciendo un corte en la ropa interior. Cuando le llegó el turno a Eric, Victor esperó pacientemente a que se diera la vuelta.

—¿Para qué es esa raja? —inquirió el nuevo sin hacerlo, desconfiado.

—Paciencia. Vamos, obedece.

—¿Y si me niego?

—No pasa nada. Todos los nuevos son un poco rebeldes, es parte de su encanto. Catorce estará encantado de sustituirte.

—Cabrón retorcido —escupió Eric. Le mantuvo la mirada un momento antes de darse la vuelta.

Al contrario que con los demás, el corte fue violento y rápido. Eric notó cómo lo agarraba de la nuca, apretando los dedos contra su cuello.

—Todavía no sabes cuánto. Pronto vas a ver una muestra —le susurró al oído con frialdad.

Al soltarse se volvió a los demás, recuperando el tono alegre y desenfadado.

—¡Bien! Casi estamos listos. Todos lleváis vuestra tarjeta encima, ¿verdad? Se activarán al empezar el primer obstáculo y así sabremos quién ha hecho el mejor tiempo. El orden está marcado con las flechas del suelo. Pero antes… —Victor terminó de apartar las solapas de la caja y expuso sobre el banco lo que ocultaba. Eran una serie de *plugs* gruesos, contundentes, rematados en suaves y peludas colas perrunas—. Os tenéis que poner esto. Por parejas, para agilizar.

—Es que lo sabía —rezongó Eric. Agarró uno de los *plugs* con brusquedad y se apartó a esperar a que se hicieran las parejas.

Ocho se acercó antes de que terminaran, con otra de esas colas en la mano y la misma cara de cabreo determinado.

—Al menos nos deja el lubricante en la túnica —dijo en voz baja, haciéndole un gesto para que buscara en el bolsillo.

Eric lo encontró enseguida.

—¿A esto os referíais con que Catorce no me había contado todo?

—Entre otras cosas.

Ocho funcionaba a la velocidad del que ya había pasado muchas veces por cosas similares. Abrió con los dientes la pestaña de un envase monodosis, lo llevó hasta su propio trasero y cumplió con lo que se esperaba de él sin apenas una mueca de incomodidad. Ante la paternal mirada de Victor, que los observaba cruzado de brazos, le dio su cola a Eric y se apoyó contra el banco.

—En fin… —El nuevo se acercó con cierto titubeo—. Esto podría haber estado bien en otro contexto, pero en este lo siento de veras, tío.

Ocho solo hizo un gesto restándole importancia y miró hacia adelante. Eric fue cuidadoso y trató de lubricar el *plug* tanto como pudo con lo que ya había entre las nalgas de Ocho. Lo empujó despacio, sosteniendo a su compañero por la cadera con la mano libre para que no venciera el peso hacia adelante por inercia. Ocho gruñó con molestia antes de conseguir la relajación suficiente. Cuando lo hizo, Eric notó cómo la resistencia menguaba y la goma resbaladiza iba deslizándose en su interior. La parte más gruesa desapareció poco a poco. El cuerpo de Ocho atrapó la parte estrecha con un suspiro de alivio por su parte: ya estaba. Una bonita cola peluda asomaba por el corte de su ropa interior. A su alrededor, los que ya lo tenían puesto probaban a andar unos pasos titubeantes. Por sus caras, era imposible moverse mucho sin sentir cada centímetro de aquella cosa.

Eric decidió no retrasar el momento. No le gustaba ser el último y que los demás tuvieran tiempo para mirar, aunque Victor era el único que no perdía detalle. Cuando se inclinó en el banco, apoyando los codos en el respaldo, giró la cabeza para mirarle y le mostró el dedo corazón. Ocho ya había puesto lubricante en la cola que restaba, pero una mano en el pecho lo detuvo antes de que pudiera empezar.

—Espera. Ese gesto que me ha hecho, creo que significa que se lo ponga yo.

Antes de que Eric pudiera volverse, Victor lo agarró con saña del pelo de la nuca y apoyó su peso en la espalda inclinada. El primer empujón del *plug* abrió su delicada carne a la fuerza, ensanchando a medida que entraba.

—¡No! ¡No!

Eric no pudo evitar el primer grito y tampoco el reflejo de defenderse. Victor era más fuerte de lo que parecía, pero se revolvió con tanta violencia, queriendo golpearlo con el codo, que dos de los guardias se acercaron a toda prisa y le sujetaron ambos brazos contra el banco.

—¡Te voy a matar! ¡Cabrón! ¡Y a vosotros también! ¡Soltadme!

La vergüenza y la rabia teñían todos sus pensamientos de rojo y la adrenalina se ocupaba de convertir el dolor en una molestia sorda. Victor movía el *plug* adentro y afuera, extendiendo el lubricante hasta que entró entero de un solo empellón. Se apartó con un jadeo, pero los guardias no lo soltaron.

—Este cachorro no está muy preparado para el circuito. Puede que tenga que arrastrarlo con una correa, serviría de muestra para los demás. ¿Tendré que hacer eso, Trece?

Eric se revolvía. Trataba de soltarse del agarre de los guardias, pero era imposible, eran mucho más grandes que él. Mucho más fuertes. De no haberse dejado llevar por la furia, de tener la situación controlada, habría contestado que no tenía que hacer eso. Pero eso no era una partida de póker, controlar la euforia al ver una escalera real era mucho más fácil que controlar la rabia que le ardía dentro ante la humillación.

—¡Que te follen!

El resto estaba horrorizado, incluso Ocho, que le chistó y negó con la cabeza. No te resistas, no lo compliques. Victor había vuelto a rebuscar en la caja y puso el resultado de su búsqueda ante la cara de Eric.

—Un bonito collar con una bonita correa —canturreó al apretarlo en su cuello.

No era un bonito collar. Era uno de esos horribles collares de castigo para perros grandes, de los que apretaban púas romas contra el cuello si el animal tiraba demasiado. Tampoco era una bonita cadena, sino una simple cadena.

—Y tengo otra cosa, Trece, soy un hombre preparado.

Algo acarició la escasa piel expuesta de su trasero, cerca de la cola. A juzgar por el tacto, una especie de fina vara metálica.

—¿Vas a dejar de hacer perder el tiempo a tus compañeros, que estarán deseando empezar, acabar y poder volver a sus labores? Hace un día estupendo para la piscina…

El primer y único tirón que dio y que clavó las púas en su garganta fue más convincente que las palabras. Sirvió para que el esfuerzo por controlarse tuviera efecto. Se quedó quieto, jadeando, agarrado al banco. Asintió despacio, sin mirarle, ni a él, ni a los guardias, ni a sus compañeros de tortura. Los guardias lo soltaron despacio al ver que ya no se resistía.

—Buen chico. Vamos, empecemos.

Varios guardias habían acudido al griterío, convirtiéndose en nuevos espectadores del juego ridículo. Observaban a una distancia prudencial, cruzados de brazos, cuchicheando o riendo abiertamente.

Victor se colocó delante del primer obstáculo: un túnel.

—Aquí voy a tener que soltar la cadena, espero que no hagas tonterías. Abajo, chico.

A Eric le resultó complicado no escupirle. No responderle mal, pero los demás no merecían que hiciera aquello aún más penoso. Agarró la cadena con un tirón brusco y se agachó para recorrer el túnel a cuatro patas. Moverse con la maldita cola insertada en el cuerpo era incómodo. Le dolía por la brusquedad con que Victor había actuado, pero los bamboleos de los pasos también provocaban unos familiares calambres que le avergonzaron hasta el rubor. No quería sentir nada parecido a eso mientras le trataban como a un perro. Con todo, cruzó con rapidez. Victor agarró la cadena en cuanto asomó la cabeza al otro lado, pero no fue lo único que hizo. Una fuerte vibración que provenía del *plug* estremeció a Eric de la cabeza a los pies.

—¡A por el siguiente! —jaleó Victor señalando una pequeña estructura de salto.

Eric tuvo que detenerse para tomar aire, apretando las palmas de las manos contra el suelo. Estaba sofocado por el forcejeo, pero el culpable de su falta de aliento era el calambrazo de placer más amargo que había sentido en su vida. Sacudió la cabeza y puso todo su empeño en ignorar esa sensación yendo hacia el obstáculo tan rápido como pudo, saltó y fue directo a por el siguiente. Solo quería que terminara.

Tuvo que subir por una rampa, gatear por un tablón de madera y bajar, deprisa, pues Victor avanzaba delante para tirar a la menor señal de holgazanería. Otra rampa empinada, con listones horizontales de sujeción, fue un suplicio para las rodillas. La siguiente prueba era el eslalon: diez varillas plegables que debía sortear en zigzag.

—Mueve el trasero, cachorrito, es mi preferida —le azuzó Victor sonriente, soltando la cadena.

Si algo tenía de bueno ir a cuatro patas en ese momento, con la estúpida túnica, era que eso dificultaba ver la erección entre sus piernas, aunque sería un problema cuando tuviera que ponerse en pie. La vibración que le sacudía de forma constante y ahora el movimiento en zigzag, estaban convirtiendo el placer en una tortura y en algo humillante. A veces tenía que detenerse,

pero apenas era un segundo antes del esfuerzo evidente por seguir. Solo le quedaba un obstáculo, un aro casi a ras del suelo por el que debía saltar. A esas alturas sus compañeros lo jaleaban, lo que casi lograba ocultar las risas de los guardias. Casi.

—¿He comentado ya que el ganador tendrá derecho a sexo oral del perdedor, aquí mismo? —dijo Victor en voz alta, con tono distraído.

Eric no tenía con qué comparar. Era incapaz de calcular en qué posición podía quedar. Jugar el primero era una clara desventaja, así que siguió adelante sin pensar en nada más que en terminar cuanto antes. Cuando pasó al otro lado de la rueda Victor le hizo una seña para que se pusiera en pie. Seguía llevando esa vara horrible de la mano, pero al menos apagó la vibración de algún modo. Los guardias aplaudían y silbaban.

—Muy bien, ve con el resto. No hace falta que disimules al andar, todos podemos ver cuánto has disfrutado. Siguiente. Iremos por orden, así que le toca a Cuatro.

Eric se cubrió aun así. Y no regresó con el resto, aunque se quedó cerca para evitar que los guardias o Victor se fijaran en él. El resto de la enfermiza competición pasó como un sueño que estuviera teniendo otra persona. No los miró. No quería participar de la humillación del resto, aunque tampoco los habría visto de tener los ojos puestos en ellos. Las cosas pasaban ante él sin que fuera capaz de asimilarlas o entenderlas. Ni siquiera pensaba en estrategias, en lo que vendría, en el siguiente paso. En ese momento solo había silencio en su mente. Solo la algarabía del final logró sacarle un mínimo de ese estado. Doce, el último participante, estaba atrapado en el eslalon, con el peluche de la cola enganchado a una de las barras por el doblez que servía para desmontarlas. Se removía y gemía, incapaz de darse la vuelta para tirar de la cola o avanzar sin perderla por el camino. Victor acabó poniendo los ojos en blanco y acercándose a él para soltarlo. Cuando el chico intentó avanzar lo detuvo poniéndose delante.

—No hace falta que sigas, has hecho el peor tiempo de todos incluso saltándote una prueba.

Doce se quedó de rodillas, jadeando al cubrir su erección con ambas manos.

—¡Ocho, tienes el mejor tiempo con una diferencia de diez segundos con el siguiente! ¡Es impresionante!

La mayoría empezó a aplaudir. Aquello casi había terminado y era motivo de celebración. Eric no lo hizo. Tampoco se dio la vuelta ni se fue como todo su cuerpo quería hacer. Había otros, pocos, que como él no vitoreaban, pero esperaban con calma a que se diera la prueba por concluida. Entre ellos estaba Siete, al que cazó dirigiéndole una mirada de preocupación.

Ocho se dio prisa, asumiendo aquello como asumía el resto de cosas desagradables de la isla. Aunque eso no era desagradable para él y tampoco podía esconderlo. El *plug* había hecho su trabajo y todavía estaba excitado. Se acercó a Doce, que abrió la boca con docilidad, sin moverse del sitio. Ocho fue brusco, tomándolo de la nuca y guiando su cabeza en rápidos empellones. Era un momento absurdo para fijarse, pero Eric reparó en las formas geométricas de los tatuajes de Ocho; su mente buscaba una excusa para distraerse. Para su disgusto, pudo sentir la excitación del resto como si fuera un aroma dulzón y pesado que enrarecía el ambiente. Algunos querían estar en el lugar de Ocho, otros puede que anhelaran el de Doce. Aquello terminó enseguida con un gemido quedo por parte del primero.

Victor repartió las fichas que había prometido y dio una palmada al acabar.

—Hemos terminado, muchachos. Quitaos eso. Os recomiendo las piscinas, se os ve acalorados. Trece, espera un momento.

Eric permaneció donde estaba. Ni siquiera se quitó la cola y solo esperó a que Victor se acercara a él mientras el resto de esclavos se dispersaba. Eso eran. Le había costado ponerle nombre, pero ahora lo comprendía: era un esclavo. Ese era el premio del Pase al Paraíso.

Victor volvió a agarrarlo de la barbilla. Fue un gesto suave, casi cariñoso.

—No eres ningún tonto, ninguno lo sois aquí. Me aseguro de ello. Pero eres orgulloso. Terco. Y eso te puede traer problemas peores que el de hoy. Tienes dos opciones: disfrutar del paraíso con sus pequeños defectos u obcecarte e intentar joderme. La segunda opción nunca sale bien. ¿Te digo lo que pasará? —Lo miraba a los ojos—. Me divertiré con tu lucha, como me divierto con la de todos los nuevos. Pero saldrás mal parado en el proceso. ¿Lo entiendes?

Eric estaba lívido. Le devolvía la mirada a Victor, pero parecía mirar más allá, como si pudiera atravesarlo y ver lo que había detrás: la playa, el cielo azul. El millonario había visto muchas veces esa mirada, el shock aún ahogaba los sentidos de Trece.

—Lo entiendo. —Cuando habló, enfocó sus ojos al fin en una mirada de absoluto desprecio —. Estás muy enfermo…

Victor suspiró, teatral. Antes de que Eric lo viera venir, besó sus labios al tiempo que aplicaba una leve caricia a su sexo.

—No, me acabas de confirmar que no. Pero ya lo entenderás. Hoy no tienes que trabajar, aún están buscando dónde colocarte, empiezas el lunes. Llama a la puerta de la cuarta planta esta noche, después de las duchas —ordenó antes de irse.

Eric escupió y se aseguró de que escuchaba cómo lo hacía. El muy cabrón tenía razón, era orgulloso y se aferró a ello para huir de la parálisis. Se quitó la cola y la tiró al suelo. Sus nuevos compañeros se habían dispersado por la isla, pero él regresó a su cuarto. Esa jaula de cristal ya no le pareció tan hermosa como la noche anterior. Le hizo sentir más expuesto, así que se encerró en el baño a masticar lo que acababa de suceder. Casi podía escuchar la voz de Andrei diciéndole que se lo había advertido.

9. No todos lo tienen claro, pero yo sí.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí encerrado cuando oyó unos golpes en la puerta. Muy tenues, distintos al aporreo brutal del guardia.

—¿Trece? Abre, soy Siete.

Tardó un poco en dar señales de vida hasta que Siete escuchó la puerta del baño. La de la habitación se abrió después, un resquicio, lo justo para ver quién era. Eric se había puesto el pijama y tenía el pelo mojado. Debía haberse aseado en el lavabo.

—¿Qué quieres?

Siete le enseñó una botellita de vodka, de las que se compraban con chapas.

—Intentar animarte. Venga, déjame entrar antes de que pase un guardia y se pregunte qué hago aquí parado como un tonto.

Eric se apartó de la puerta evitando mirarlo a los ojos. La cama estaba revuelta, no se había molestado en hacerla. La bandeja de la cena también permanecía donde la dejó la noche anterior, con los platos sucios, el vaso y los envoltorios vacíos.

—Solo tengo un vaso —apuntó Eric.

—Es para ti, yo no bebo. Te acepto uno de los bombones de bienvenida —señaló la olvidada bolsita.

Eric le dio la bolsa entera.

—Yo tampoco bebo. —Pero abrió la botella y dio un buen trago.

—Sé cómo te sientes. Todos hemos pasado por eso. Quiero que sepas que… al menos nadie te guarda rencor por la elección, ni a Catorce. Fue muy noble hacerlo así y muy valiente nombrarte a ti mismo. Nadie va a burlarse, tampoco —explicó Siete peleando con el nudo. Se mordió el *piercing* del labio con un gesto concentrado que, en otro momento, habría resultado encantador.

Eric se sentó en la cama con la botella en la mano. Bebió más, apretando los párpados cada vez que tragaba. No estaba acostumbrado, pero recordaba lo que le dijo Julian. Y un día fue un adolescente, también recordaba que el alcohol ayudaba a enfrentar la vergüenza. A Siete le dio tiempo de abrir la bolsa y comer un bombón antes de que hablara.

—¿Cómo te llamas?

—Soren —dijo con la boca llena, y sonó como «Foren». Sonrió al darse cuenta.

Eric asintió. No iba a olvidarse. Dio otro trago. El calor que bajaba por su garganta y se expandía por sus entrañas empezaba a reconfortarlo. No bebía por miedo a caer enfermo antes de tiempo, pero en ese momento le dio igual. Vivir no parecía tener mucho sentido.

—Es bonito. Mejor que Siete. El marqués de Sade podría ser más original con los nombres de sus mascotas.

—Los números están pensados para la comodidad del papeleo, el servicio y los guardias. Y para despersonalizarnos, claro. Pero se sabe todos los nombres, no lo dudes. En privado los utiliza. —Soren agarró la butaca y la arrastró para sentarse enfrente de Eric. Sus ojos eran muy claros, amables. Le miraron con verdadera comprensión—. No sabías a lo que venías, ¿verdad?

—¿Lo sabía alguno de vosotros? Los carteles publicitarios prometen el paraíso. No soy un iluso, ¿sabes? Tenía claro que venía a prostituirme, ¿pero esto? —Eric movió la botella señalando alrededor—. No tengo la mente tan enferma para imaginar algo así.

Soren asintió. Se había comido un par de bombones y lanzó la bolsa con el resto a la balda.

—Ya, algo más suave. Pero todos los que vinisteis por el Pase decís que imaginabais un

anciano horrible. ¿De verdad crees que hubiera sido mejor un anciano pervertido, aunque no hiciera juegos tontos? Quiero decir, si estabas dispuesto a lidiar con eso, creo que podrás acostumbrarte a esto cuando se te pase la impresión.

Eric tuvo que pararse a pensar.

—No lo sé, la verdad. Esto es humillante de más. —Dio otro trago. Se dio cuenta de que al menos no había vomitado—. ¿Cómo viniste tú? Pensé que todos estábamos aquí por ese Pase de mierda.

—Oh, no. Como la mitad. Yo estaba pagándome los estudios de arquitectura con una agencia de chicos de compañía de alto nivel en Elysium. Era bueno. Empecé a ganar mucha pasta, la gente que venía era influyente. Pero me metí en problemas con el alcohol… eso se llevó casi todo el dinero y la categoría. Victor vino a buscarme en persona. Acabé la carrera aquí, a distancia. Y me limpié. Pero en resumen, yo sabía a lo que iba a enfrentarme.

Eric miró la botella y la dejó a un lado.

—Lo siento, tío. Supongo que de una forma o de otra todos tenemos historias parecidas. Y me alegro de que te hayas limpiado, pero esto es muy injusto. Nosotros no deberíamos estar aquí.

—La vida es injusta. Pero, al menos yo, prefiero esto a lo que hacía antes. El putero que paga mucho, exige mucho. Y exige verdaderas perversiones, no juegos tontos. —Soren se estiró como un gato y miró el paisaje que se veía tras la pared de cristal—. Victor solo molesta con esto una vez al mes, o así. No está aquí más de la mitad de los días. Y como somos muchos, nos deja en paz la mayor parte del tiempo.

Eric pensó en el callejón. Aún le revolvía el estómago. No podía poner en una balanza lo que prefería, porque prefería no haber perdido su trabajo, prefería poder pagar un lugar en el que vivir dignamente, prefería dedicarse a aquello para lo que había estudiado. Soren tenía razón: la vida era injusta.

«No es la vida. Son los tipos ricos como Victor. Son los políticos insaciables. Es este mundo de mierda».

—En el Haven habría tenido cinco clientes por noche… y eso las noches malas. Cinco tipos distintos cada maldita noche para poder comer y soñar remotamente con vivir en un sitio digno.

—Bien. Ahora solo tendrás uno de vez en cuando, si te cuidas de los guardias y le bajas un punto a la chulería. Con un lugar que la mayoría no pueden ni soñar y la comida… que no está mal. Demasiada sopa.

—Se me estaba poniendo cara de arroz con tomate, así que se agradece —respondió Eric con una risa desganada. Luego suspiró—. Tengo que ir esta noche con él. ¿Qué debo esperar?

—Mmmm… Tratará de ser amable. De contrastar con lo de hace un rato. Conmigo nunca ha ido con prisas, no creo que te asalte nada más entrar. Pero le va duro, ten claro eso.

—Tiene pinta. —Eric miró la botella, sopesando si debía ir borracho—. Creo que he asustado a Ocho insultándolo. Tendrías que haber visto sus caras cuando le he gritado a Victor que iba a matarlo.

—Ocho estaba preocupado por ti. Él era como tú cuando llegó, pero todavía más faltón y agresivo. Le vistió un ojo de luto a Victor el primer día.

Eric abrió mucho los ojos.

—¿En serio? Es mi héroe. ¿No lo castigó?

—Ya lo creo que sí. Creo que se ha llevado más palizas y castigos que todos los demás juntos. Pero eso debería contártelo él, cuando tengáis confianza.

—Sí, claro. Ya lo admiro. —Eric se levantó para dejar la botella sobre la mesa. Se sentía un poco mareado por el alcohol, pero había servido para adormecer las emociones más incómodas.

La habitación volvió a parecerle bonita—. Este sitio parece un sueño, la verdad. Aunque hace un rato estaba pensando si sería mejor subirme a la azotea y saltar al mar.

—No eres el único que ha tenido esos pensamientos. Catorce habría firmado esas piedras puntiagudas con los sesos de no ser por Tres, al poco tiempo de llegar. Ha sido uno de los motivos por los que he venido, para quitarte tonterías de la cabeza. —Soren estiró el cuello como un suricato para mirar el despertador—. Oye, quiero hacer mi hora de gimnasio antes de la comida, ¿te sientas con nosotros después?

Eric se lo pensó. La vergüenza seguía con él como un sudario pegajoso y sabía que iba a tardar en desprenderse de su conciencia. Sin embargo, cuanto antes se enfrentara a ella, más fácil sería. Tenía que relacionarse con los demás, conocerlos y acostumbrarse a las rutinas del lugar. Eso sería lo mejor para su salud mental.

—Sí, iré —dijo volviéndose hacia él—. Y gracias. Creo que necesitaba escuchar exactamente lo que has dicho.

Siete, Soren, le palmeó la espalda tras levantarse. Ensanchó la sonrisa y sus bonitos ojos azules brillaron. Los mechones teñidos del mismo color de su flequillo enfatizaban su mirada.

—Tenemos que cuidar unos de otros. No todos lo tienen claro, pero yo sí. ¡Nos vemos abajo!

***

Llegó temprano al comedor, aunque la mitad de ellos ya estaban haciendo cola o sentados. El cartel de «Socializar es imprescindible para la salud mental» cobraba un significado muy distinto al que le había dado el día anterior. Se sirvió una apetecible crema rojiza que al parecer era sopa de cangrejo, un pescado en salsa y una tarrina de yogur antes de dirigirse a la mesa donde Soren y Ocho estaban sentados. Había otro chico con ellos, que le dedicó una sonrisa acogedora. Tenía el pelo corto, castaño y rapado por ambos lados. Sus ojos verdes llamaban la atención por lo claros que eran.

—Soy Once. Caleb para los amigos.

—Por eso todo el mundo lo llama Once —explicó Ocho, ganándose un trozo de pan contra la frente.

Comprobar que Soren tenía razón y todo marchaba como si no hubiera pasado nada lo tranquilizó. La bienvenida de Caleb lo ayudó a sentirse menos fuera de lugar, algo a lo que Soren y Ocho habían contribuido también.

—Encantado, Caleb. Yo soy Eric. —Se dirigió a Ocho, del que aún no conocía el nombre real—. ¿Cómo te llaman a ti los amigos?

—El Borde. Pero se llama Chris —dijo Soren antes de que el aludido pudiera abrir la boca.

—¿Qué pasa, vas a escribir un libro?

«No está de más saber el nombre del tío al que le has metido un dildo por el culo nada más comenzar la mañana», pensó Eric. Recordarlo casi le amarga la primera cucharada de sopa, pero el sabor agradable y el calor de la comida ayudaba a llevar mejor las cosas.

—No es mala idea, tal vez lo haga. Pero por ahora solo quiero conoceros y acostumbrarme antes a esta distopía. —Sonrió y sopló sobre la cucharada de sopa que se llevaba a la boca—. Soren me ha comentado que no todos llegamos aquí por el Pase.

—Sí, hay variedad. Al principio… —comenzó Once, Caleb para los amigos, antes de que Soren le tapara la boca.

—¡Yo! ¡Yo se lo cuento! ¡Tú solo lo sabes porque yo te lo conté!

—Si Soren hubiera jugado al Pase, habría puesto hablar en aficiones. En letras grandes y rojas, todo un folio —rezongó Chris sin levantar la vista de la comida.

—¿Me acabas de tapar la boca? —preguntó Caleb, exagerando el tono de horror.

Soren los ignoró a ambos y empezó a hablar en voz baja.

—Dos y Tres fueron los primeros, es evidente. Por aquel entonces no había pruebas ni requisitos. No sabemos dónde los encontró, a lo mejor solo fue por su cara bonita, porque no tienen estudios. Victor ha intentado que se formaran aquí, pero Dos es un patán, un negado absoluto, y a Tres solo le interesa el huerto y la jardinería.

—Y demos gracias, es un genio con eso —apuntó Caleb pinchando su última albóndiga con el tenedor.

—Cuatro, Cinco y Seis llegaron después. También sin estudios, pero ellos sí aceptaron utilizar la universidad a distancia. Siempre están juntos, yo los llamo Las Tres Mellizas, aunque no son traviesos.

—Eso convierte a Victor en la Bruja Aburrida —dijo Chris con una risita.

—Los ricos hacen cosas raras cuando se aburren. Y se ve que algunos se aburren mucho. Le pega —apuntó Eric haciendo un gesto circular con el dedo, señalándolo todo—. ¿Qué hay del resto?

—Yo vine después y ya conoces mi historia. Ocho… Quiero decir, Chris, fue el primero en ganar el Pase al Paraíso.

—Bien por mí.

—Luego vino Nueve, un tío normal, aunque bastante fiel a las normas. Sin Pase… y Diez. El que está sentado solo.

Eric siguió el gesto disimulado de su cabeza y vio a un chico con toda la cabeza rapada al uno, comiendo en silencio. Era el que le había echado una mirada de odio por la mañana.

—Estaba liado con el anterior Trece. Peor que eso: se querían. Como comprenderás, no está muy simpático desde entonces —dijo Caleb.

—Doce tiene manía a Catorce porque le quitó la atención de Victor cuando llegó, puede que ahora te la tenga a ti. Y a Once y Catorce ya los conoces.

—Si por mí fuera puede quedarse con toda la atención de la Bruja Aburrida. No voy a competir por eso. —Eric masticó un trozo de pescado, encogiéndose de hombros. Tragó y continuó—. Solo me gusta competir en el póker. Tendremos que echar alguna partida, ¿eh, Chris?

—Hay juegos de mesa y de azar en la biblioteca, pero no cuentes conmigo. Le cogí manía al póker después del Pase. Quizá a otra cosa. Y cuidado con lo que dices. A mí me da igual, pero a ti no debería. —Chris acabó señalando la cámara de una esquina, que se movía y enfocaba sin disimulo, con el piloto rojo encendido.

Eric miró la cámara y puso los ojos en blanco. Le habría encantado enseñarle el dedo corazón al trasto, pero después de lo que pasó la última vez prefería tomar en cuenta los consejos.

—Sí, tienes razón. —Carraspeó—. Será mejor tener cuidado.

No regresó a la habitación. Después de comer, el grupo con el que había estado fue a las piscinas y decidió ir con ellos. Tuvo la oportunidad de hablar con Cuatro, Cinco y Seis, que iban juntos como había dicho Soren. En realidad se llamaban Samuel, Nicolas y Simon y fueron agradables y corteses, aunque no tardaron en irse sin mezclarse demasiado con el grupo. Doce, como le habían dicho, parecía tenerle animadversión y ni siquiera le dirigió la palabra cuando coincidió con él en el gimnasio en la hora del deporte obligatorio.

Todo parecía normal, e incluso agradable. La cena transcurrió sin incidentes, la mañana parecía olvidada y las conversaciones giraban en torno a asuntos banales como las últimas series que habían visto o la proximidad de la época de las tormentas. Cuando llegó la hora de las duchas, Eric había logrado dejar a un lado lo sucedido por la mañana, pero eso se lo recordó.

Lavarse en aquel cubículo de suelo transparente, con otros doce tíos desnudos a los que casi no conocía, le hizo sentir pequeño y vulnerable. Era consciente de que ese sistema estaba concebido para eso e intentó resistirse a esas emociones, pero era imposible. Al regreso a su habitación para vestirse el malestar había vuelto y sus ánimos se inclinaban más a encerrarse en el cuarto de baño que a hacer lo que tenía que hacer.

«Es peor el callejón. Y seguro que te deja en paz una temporada después de esta noche. Es mejor hacerlo cuanto antes y acostumbrarse».

No había opciones, aunque encerrarse pudiera parecer una. La guardia no tardaría en ir a buscarle y no quería tentar al diablo, así que subió a la cuarta planta a la hora acordada. Las cosas serían menos traumáticas si no se resistía. Eso le había quedado claro. Solo esperaba poder controlarse.

10. Música suave, volumen bajo. Quítate la ropa.

A las diez de la noche, puntuales, sonaron los golpes en la puerta de Victor. Decididos y vigorosos, justo lo contrario al estado de ánimo de quien los daba.

No se escuchaba nada, ni siquiera unos pasos acercándose, pero tras unos segundos, unos golpes se sucedieron desde dentro, como una burla. Antes de que Eric volviera a sentirse demasiado rabioso o hiciera un comentario agudo que nadie escucharía, se dio cuenta de que esas réplicas estaban a la altura del suelo. La puerta se abrió con un sonido de rasguño en el pomo, titubeante, dejando a la vista una de esas aspiradoras robóticas, redonda y plana. Del centro le salía un gancho que iba menguando según lo recogía. Toda su parte superior era una cara sonriente. Finalizada su torpe labor, el cacharro se perdió pasillo adelante, hacia la luz que se veía al girar la esquina.

La primera estancia era el salón y dejaba las habitaciones a la altura de los hoteles cubículo que tanto triunfaban en Elysium. Solo una pared de cristal, pero equivalente a dos alturas completas, con unas vistas a la selva que quitaban el aliento incluso a la luz de la luna, incluso con la escalera al piso superior cortándolas en perfecta diagonal.

Una chimenea, que sin necesidad de uso en aquella época estaba cubierta por una pantalla que mostraba de forma constante las imágenes y el crepitar de un fuego brillante. Las lámparas de techo parecían gotas de resina y, en conjunto con el falso fuego, teñían el lugar de un color anaranjado y acogedor. Un largo sofá en forma de ele, con mullidos cojines, enmarcando una mesa baja de madera maciza repleta de adornos tales como cuencos aromáticos, velas y porta inciensos. Un puñado de libros desordenados en la esquina, cerca del sofá, a mano. Todo el suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra que instó a Eric a descalzarse sin que nadie se lo pidiera. La pared contraria a la chimenea tenía un televisor del tamaño de una cama doble, aunque en ese momento estaba apagado.

Victor salió por una disimulada puertecita que hacía un ángulo de noventa grados con la pared de cristal, en el lado de la chimenea. Estaba empapado, desnudo, frotándose el pelo con una toalla negra.

—Siento que haya tenido que abrirte la aspiradora, todavía no lo hace muy bien. Están trabajando en sus mejoras.

La aspiradora no le había parecido un mal anfitrión a Eric. Se dio cuenta de que, de hecho, había contribuido a rebajar la tensión que llevaba dentro y que volvió en cuanto vio a Victor. Su amabilidad parecía más natural en ese entorno, hasta el punto de no resultar siniestra, pero Eric ya sabía lo engañosa que era. Aunque verlo desnudo no le impresionó tanto como la primera vez, prefirió no mirarlo directamente.

—No lo ha hecho mal teniendo en cuenta que es una aspiradora —respondió distrayendo la mirada en el paisaje tras el ventanal.

—¿Por qué no pones algo en la televisión mientras me pongo decente? Los mandos están en aquel estante, pero también va con voz. De hecho, todo va con voz, puedes pedir algo de beber o comer. El asistente se llama Freya.

El recelo de Eric fue evidente. Le miró como si esperase que Victor saltara sobre él y el hecho de que no lo hiciera le inquietaba aún más. No sabía en qué momento podía ocurrir. Al no suceder nada de eso, Eric se movió hacia el televisor, aprovechando para poner distancia.

—Freya, reproduce *La Cosa*. La de 1982.

El televisor se encendió solo y apareció la conocida sonrisa, luego la cartelera de la película.

—Reproduciendo *La Cosa*, de 1982.

Sentarse en el sofá era como apoyar el trasero en una nube. El calor húmedo del exterior no existía entre esas paredes, que mantenían una temperatura seca y agradable. Tuvo tiempo de ver diez minutos de la película que ya conocía antes de que Victor regresara. Su aseo debía tener dos puertas, estar conectado con otra sala, porque cargaba una bandeja con una pipa de agua cargada, frutas exóticas y mojitos que dejó sobre la mesa.

—Buen gusto para el cine, sí señor. Es una de mis preferidas.

Un agradable perfume, especiado y dulce, invadió el espacio y provocó un cosquilleo en la nuca de Eric. Victor llevaba una falda blanca con la cintura en uve, que dejaba a la vista su ombligo y estilizaba aún más su figura. Un chaleco con las costuras doradas, también blanco, marcaba su talle y permitía ver el pecho pálido y sin vello al llevarlo abierto. Eric no quería hacerlo, pero sus sentidos absorbían cada detalle y lo interpretaban de la manera más humillante para él: la melena rubia, casi blanca, era la que desprendía ese agradable aroma, sus movimientos felinos atraían la mirada y las suaves telas de su ropa se le pegaban al cuerpo como un guante. Todo eso lo asimiló en solo tres segundos, antes de volver la mirada al televisor como si nada de lo que hiciera el millonario le interesara.

—Me gusta el cine antiguo, por suerte. Es el único que echan en los canales en abierto —comentó.

—Es el único que merece la pena.

Y tenía su parte de verdad. La televisión pública como tal había dejado de existir cuando Eric rondaba los ocho años, sustituida por las plataformas de pago. Lo único que se podía captar de forma gratuita eran dos canales, uno de ellos infantil, que emitían sin descanso reposiciones de dibujos animados, series y películas antiguas. Cualquier crío pobre de Elysium tenía una cultura audiovisual que se consideraba histórica y miraba con recelo las novedades modernas, creadas en su aplastante mayoría por una inteligencia artificial, desde el guión hasta el reparto.

Victor se sentó a su lado, muy pegado, avasallando el espacio. No tuvo reparos en pasar un brazo sobre sus hombros como si fueran una pareja de enamorados. Le tendió uno de los mojitos.

—¿Te apetece o has tenido suficiente alcohol con el vodka de esta mañana?

Eric se tensó de inmediato.

—¿También hay cámaras en las habitaciones?

—La Bruja Aburrida lo tiene todo controlado, cariño. O no. Puede que viera a Siete comprar esa botella y sé que él no prueba el alcohol. Pero, sssshhhh, quiero ver la película —dijo Victor acariciándole el cuello con aire distraído.

Eric aceptó entonces el mojito y se bebió la mitad de un trago. Eso no le ayudó a relajarse esa vez. Mantuvo silencio, pero Victor podía notar la tensión en su cuello, cómo a veces cerraba los dedos o se removía incómodo. Al cabo de unos veinte minutos el toqueteo no pasaba a mayores, el mojito entonaba su sangre y Victor solo hacía comentarios referentes a la película, permitiendo cierta sensación de seguridad, donde las peores inquietudes estaban al otro lado de la pantalla. Tal vez gracias al alcohol, su atención fue centrándose en la pantalla. La había visto muchas veces, pero le gustaba volver a ver las películas y las series que amaba, saber lo que iba a pasar y cómo terminaba le permitía relajarse y solo disfrutar de los detalles. Eran un lugar seguro y compartirlo con el hombre que representaba la mayor amenaza para él allí era extraño y contradictorio, pero logró que la tensión fuera desapareciendo poco a poco.

Victor había subido los pies a la mesa y alternaba su bebida, ya poco más que hielo picado y hojas, con caladas largas a la pipa de agua. Soltaba aros de un humo áspero y espeso. Uno de ellos enmarcó los créditos finales.

—Sé lo que estás pensando.

Eric se dio cuenta de que lo que le había relajado era que Victor estaba absorto en la pantalla y no le prestaba atención. Cuando volvió a hablarle, apretó los dientes y tragó saliva.

—No debe ser distinto a lo que pensaron los demás la primera vez —replicó, mirándolo a la cara por primera vez desde que empezó la película.

—Ah, no. Iba a decir que parezco Absolem con esta pipa. La oruga de Alicia en el país de las maravillas. ¿No crees? —repuso formando otro círculo de humo.

—No eres muy buen mentalista —respondió Eric. Y no pudo evitarlo, aunque sabía que era mala idea—. A mí me recuerdas a la Reina de Corazones.

—No te falta razón. Hace mucho que perdí todos mis pétalos y solo quedan las espinas. —Victor alzó la voz—. Música suave, volumen bajo. Quítate la ropa.

Otra coincidencia le provocó un escalofrío a Eric: empezó a sonar una canción que le gustaba.

Sometimes I feel I've got to run away

I've got to get away

From the pain you drive into the heart of me

No quería tener nada en común con Victor, pero no sabía si aquello era premeditado. Si el cabrón tenía tanta información sobre él que podía conocer hasta sus gustos musicales. Tardó en reaccionar, como si no hubiera escuchado la orden entre la cháchara y el canturreo, pero al final se puso en pie.

The love we share seems to go nowhere

And I've lost my light

For I toss and turn, I can't sleep at night

Agradeció llevar tan poca ropa para no alargar de más aquello, ya que solo tuvo que abrirse la túnica y dejarla caer para quedarse en ropa interior.

Tainted love

Tainted love

Victor dejó su vaso vacío en la mesa y le observó hasta la incomodidad, con detenimiento, como si analizara cada detalle de su cuerpo. No era la primera vez que le veía desnudo, Eric recordó las fotografías de la última prueba y se preguntó cuánto peso habían tenido en su elección.

—Ven, siéntate sobre mi regazo —susurró el millonario tendiéndole la mano.

—¿Por qué no follamos y ya? —replicó Eric a la defensiva.

Victor ladeó la cabeza como un perro extrañado.

—¿Eso es lo que prefieres? ¿Estás seguro?

—No prefiero nada.

Vio un cambio en Victor, un cambio peligroso. Su mirada oscura y tranquila había adquirido un brillo afilado e impaciente. Se dio cuenta de que, sin lentillas, tenía los ojos negros.

—Decídete —espetó con sequedad.

Touch me, baby, tainted love

Eric extendió la mano y cogió la de Victor. No quería ver qué había detrás de esos pozos de brea. Intuía que aún no había visto más que de refilón a la bestia que se agazapaba dentro de él. Cuando el millonario tiró, cedió y se sentó en su regazo, aunque su recelo no desapareció.

Touch me, baby, tainted love

Victor metió sus dedos largos y finos entre el pelo de su nuca, acariciándola. Solo los separaban la tela del boxer de Eric y la del finísimo vestido, lo que permitió al primero sentir

entre las piernas la forma del sexo de su captor, relajado, aunque no del todo. Victor se inclinó hacia delante y abrió los labios contra su boca, atrapando los suyos con un sonido húmedo. Al no encontrar respuesta su lengua los separó, invasiva, y la mano que acariciaba su nuca se convirtió en una garra que lo forzó a apretarse y participar. Eso fue como la chispa que provocó una deflagración. Los dedos de Eric se cerraron con violencia en el chaleco del millonario. La tensión en su interior estalló y sin posibilidad de escapatoria, se arrojó a la única lucha posible: tiró con fuerza de la tela al responder al beso, rabioso y brusco, y le bajó el chaleco hasta los codos. Victor soltó un gemidito agudo que chocaba de frente con su imagen dominante, pero que se las arregló para penetrar en el oído de Eric y hacer ecos en las cámaras de su cerebro.

—Brusco… eso me gusta —le susurró el millonario al oído con una inflexión divertida.

La zarpa aferró el pelo castaño en una dolorosa prisión cuando volvió a besarlo, un beso sucio, rabioso, que hizo brillar de saliva los labios de ambos antes de que Victor lo forzara, con un tirón, a exponer su cuello. La succión empezó como un hormigueo agradable y fue convirtiéndose en un foco de dolor sordo que le hizo revolverse. Como respuesta, Victor apretó las caderas entre sus piernas, dejando claro que ya estaba listo.

Los pensamientos de Eric estaban hechos jirones. No podía atraparlos, solo podía actuar, responder a la agresión de la única forma posible. Lo empujó con la fuerza nacida de la rabia, obligándolo a pegar la espalda al sofá y le agarró la cara. El odio era fuego en sus venas. Cuando se sentó a horcajadas sobre él, Victor vio en los ojos de ámbar de su esclavo que esa hoguera llevaba su nombre. El beso que Eric le arrancó fue como una puñalada y vino acompañado del dolor de un mordisco en los labios. Una de las ásperas manos del esclavo se coló por la cintura de la falda y aferró el sexo dispuesto. Las caricias que siguieron fueron tan rudas y desbocadas como los besos que encadenaba intentando ahogarlo. Esa brusquedad, esos dolorosos tirones que tensaban la delicada piel del glande hasta el dolor, habrían intimidado a más de uno, reduciendo su erección a una laxitud descontenta. No era lo que Eric buscaba, pero tampoco se había parado a pensarlo, arrastrado por la rabia y la adrenalina del momento. Fuera como fuera, no sucedió con Victor. Se dejaba avasallar como quien reía las gracias a un gatito mientras clavaba sus colmillos como alfileres, sabiendo que los rasguños no eran peligrosos. Cuando se cansó del juego puso una mano en su pecho para imponer distancia entre ambos.

—Eres toda una fierecilla, ¿verdad? —susurró.

La bofetada tomó desprevenido a Eric. Brutal y sonora, ladeó su cara y dejó una marca ardiente en su mejilla.

—Desnúdate del todo. Eso es lo que te pedí antes, pero no tienes muchas luces. Y no tengas tanta prisa, vas a pasar la noche aquí hagas lo que hagas.

Eric le agarró del chaleco y levantó un brazo, el puño cerrado y tenso. Una fuerza invisible pareció sujetarle antes de que lo proyectara hacia el rostro de Victor, al que miraba resollando entre los dientes apretados. Su rostro crispado era una máscara de ira y contención en la que podía verse la lucha que se libraba en su interior. Apenas fueron unos segundos, sosteniéndole la inquietante mirada negra. La sensatez debió ganar la batalla, porque le soltó con desprecio y se puso en pie para quitarse los boxers. Los lanzó tan cerca de Victor que estuvieron a punto de darle en la cara.

—Te entendí perfectamente.

Victor exhibía una sonrisa ganadora. Le agarró de la muñeca para que se diera la vuelta y se sentara otra vez encima de él, pero dándole la espalda. Su sexo erguido le presionó el trasero antes de deslizarse entre sus muslos.

—Así no tendrás que verme la cara, voy a ponértelo fácil. Inclínate y saca el gel del bolsillo

de tu túnica. Luego dámelo.

No lo hizo de inmediato, pero en cuanto lo hizo, Victor le tomó de la cintura para deslizarlo contra él con suavidad, adelante y atrás, adelante y atrás, usando su cuerpo para estimularse. Eric solo colaboró en pro de la comodidad, le tendió el gel y se agarró con una mano del costado de Victor. Sus movimientos eran algo mecánicos, aún agarrotado por la tensión que contraía sus músculos. Escuchó el sonido del plástico al romperse, a su espalda, y esperó notar la sensación fría y viscosa en su interior, un recuerdo muy reciente. En lugar de ello, sintió la mano resbaladiza cerrarse en torno a su sexo blando, que para su disgusto, palpitó al instante.

—Vaya, fíjate en eso —le susurró Victor al oído, rozando la forma de su oreja con los labios —. Tu cuerpo todavía recuerda la vibración de esta mañana, ¿verdad? No lo has aliviado.

Fue una evocación inevitable. Traía consigo la vergüenza y el resentimiento, pero estaba ahí. La huella de aquel grosor vibrante que había hecho temblar sus entrañas a cada movimiento, contra su voluntad, del mismo modo que el vaivén de la mano aceitosa iba endureciéndolo. Se maldijo a sí mismo. Maldijo a su cuerpo y a las sensaciones incontrolables. ¿Por qué no podía limitarse a follárselo, correrse y dejarlo en paz? Eso hacían los puteros, pero ningún hombre de aliento apestoso le había hecho sentir nada más que asco. Y el placer que se desperezaba en su carne bajo la presión de los hábiles dedos de Victor no venía acompañado de ese asco, sino de vergüenza por sentirlo. Porque el tipo al que ahora pertenecía le provocaba rabia, despertaba un odio sordo, pero la náusea que revolvía su estómago en el callejón no hizo acto de presencia. Su cuerpo parecía anhelar el contacto tanto como su mente lo rechazaba.

—No hagas eso… —dijo con un resuello ahogado.

Para detener el impulso de agarrarlo y rechazarlo, cerró la mano libre en el borde del sofá y apretó con fuerza también el costado de Victor. Al moverse intentando dificultarle la tarea solo logró apretarse más contra su cuerpo. Sintió la carne firme y caliente entre sus muslos deslizarse al ritmo de las precisas caricias.

—¿Por qué? Te encanta.

La mano libre del millonario, también embadurnada de gel, le hizo dar un respingo al colarse bajo su trasero. No tuvo miramientos en aquella parte: sin dejar de masturbarle a un ritmo constante, palpó su entrada con dos dedos y los encajó hasta el nudillo.

—¡No me…! —Eric se mordió los labios para no gemir y negó con la cabeza, obstinado.

Los dedos de Victor se vieron atrapados por la tensión de los músculos, pero la lubricación evitó que el dolor acompañara a la irrupción. La contracción hizo que las primeras caricias fueran más notorias para Eric, que sentía cada movimiento de los dedos con una intensidad inusitada. Se estaba resistiendo con todas sus fuerzas, pero no era capaz de alejarse de las sensaciones. Victor atacaba sus dos puntos de placer sin pausa, sin darle un respiro, preparando a conciencia aquello que él mismo disfrutaría después. Arrastró la lengua por su cuello y volvió a hablarle al oído.

—¿Cómo te gusta, Eric? ¿Cómo estamos? ¿Frente a frente, para que veas bien quién hace que te corras? ¿Quieres que te ponga en el sofá y te folle como el buen perro que has sido esta mañana? Dímelo. Y sé sincero, o te dejaré tantas marcas que todos lo verán la próxima vez que te duches.

El lubricante resbalaba entre los muslos de Eric, sentía las gotas rodar por su piel, tan caliente que el contraste del líquido con el aire resultaba fresco. La tensión fue deshaciéndose como un nudo entre los dedos de un artesano que transformaba cada envite en un calambre delicioso. Como un potrillo que al fin respondía a los intentos de doma y se acercaba para comer de la mano de su dueño, Eric dejó de tratar de huir de las caricias y comenzó a buscarlas.

—De frente… Quiero ver tu cara de jodido enfermo… —incluso entre los jadeos y los esfuerzos por no gemir la inflexión de desprecio en su voz sonó como un escupitajo.

—Te daré el gusto por esta vez. —Victor se levantó de golpe sin sacar los dos dedos de su trasero, obligándole a levantarse con él o caer indignamente sobre la mesa—. Túmbate.

El tono que usaba volvía a ser frío y cortante. Eric se apartó. Respiraba agitadamente y tenía las mejillas enrojecidas. El brillo rabioso en sus ojos era el mismo. Victor encontró la mirada insolente que ya conocía y llegó a pensar que iba a volver a la inútil resistencia. Eso no sucedió. El esclavo estaba empezando a asimilar su lugar, pero dejaba claro con cada gesto su descontento. Se tumbó en el sofá y apoyó los codos para no dejarse caer del todo, abriendo las piernas como si estuviera desafiándolo en lugar de invitándolo. Victor se arrodilló entre sus piernas, le agarró de los muslos y tiró para que le rodeara la cadera con ellas. Eric estaba tan lubricado que el sexo rígido del millonario penetró cuatro o cinco centímetros sin esfuerzo. Manteniendo la cadera de su cautivo levantada, Victor movió la suya en círculos, sin entrar más.

—Vamos a hacer una cosa. Tienes treinta segundos para convencerme de que esto no te apetece tanto como a mí. Treinta segundos para que eso… —señaló la parte de Eric que apuntaba al techo— vuelva a su estado natural. Y te dejaré en paz.

El placer aún latía en las entrañas de Eric, despertada la necesidad por más. Victor provocaba los instintos más físicos que había sentido nunca y tuvo que retenerse, no arquear la espalda y empujar las caderas contra él para que terminara de entrar.

—¿Qué? —espetó, descolocado. Intentó recular, pero el millonario no se lo permitió. Le aferraba las caderas y siguió moviéndose—. ¡Eso no funciona así!

—¿Ah, no? Siempre hay formas, si se desea de verdad.

Victor se detuvo, como si quisiera ponérselo fácil. Aunque su quietud no eliminaba la imagen de sus pectorales, ni del torso trabajado, ni de las suaves hendiduras que enmarcaban su pubis de vello claro cortado con pulcritud. El tigre blanco volvió a aparecer en su imaginación y la bestia ejercía una extraña fascinación en él. Eso le hizo perder unos segundos preciosos. Tuvo que cerrar los ojos y buscar emociones más allá de la rabia, que no iba a ayudarlo esta vez. Pensó en la vergüenza de esa misma mañana, en el tipo del callejón, en el descampado y la sordidez del coche. Pensó en el colchón roñoso del refugio, en el día en que la policía le echó de su casa. En los médicos. Y estuvo a punto de lograrlo.

—Casi, ¿verdad? —dijo Victor con un tono y una mueca de falsa comprensión—. El hielo granizado del vaso hubiera funcionado, por si vuelves a encontrarte en una situación así. Pero bueno, ya que tanto lo deseas…

Tiró de sus muslos al tiempo que empujaba con las caderas, llenándolo de golpe con un jadeo excitado. El gemido sonó a recompensa para Victor. Fue ambiguo, entre la sorpresa y la frustración.

—¡Cabrón!

Eric golpeó el sofá con el puño cuando su sexo, que apenas había perdido consistencia, volvió a recuperarla. Echó la cabeza hacia atrás y se arqueó, acomodando el tamaño en su interior. Le llenaba y Victor podía sentirlo en la deliciosa presión que lo envolvía y parecía tirar de él. La bofetada que respondió a su insulto de Eric fue tan inesperada como la primera, aunque esa vez no pudo ni boquear por la sorpresa. Victor le agarró del cuello, apretando con maldad, dificultando la respiración.

—Tienes la lengua demasiado larga para tu bien. Y creo que no puedes evitarlo, pero también creo que aprenderás a hacerlo —gruñó sin detener unas violentas embestidas, inclinado como si estuviera contándole un secreto.

Eric, que aún se apoyaba en los codos, se dejó caer, hundiéndose en el sofá por la fuerza que ejercía sobre él. Le arañó las manos y las muñecas intentando que le soltara y descubrió para su horror que el mito de la asfixia era real. La adrenalina y la falta de oxígeno estaban elevando su excitación hasta cotas dolorosas.

—Basta… Basta… —boqueó, debatiéndose con él.

—No. Debería usarte hasta acabar sin dejarte hacer lo mismo y luego mandarte a tu habitación para ver cómo te tocabas, sabiendo que aparecería en tus fantasías, quisieras o no. —Le lamió los labios—. Pero voy a hacer todo lo contrario.

Le soltó el muslo. Encajado como estaba, no era necesario. Volvió a tomar su sexo, deslizando la yema del pulgar por el glande en círculos enloquecedores.

—Mírame. Si dejas de mirarme un segundo, te castigaré —masculló con la voz ronca de excitación, corcoveando entre sus piernas.

Eric jadeó al volver a respirar sin el cepo. Su rostro había enrojecido por el sofoco y tenía la piel húmeda de sudor. Se agarró del chaleco de Victor como si tratara de mantenerse a flote o estuviera exigiéndole más. Los gemidos se escapaban entre sus resuellos sin que pudiera evitarlos por la rudeza de las embestidas y el electrizante placer de las caricias. Le costaba enfocar la mirada, pero obedeció. Mantuvo los ojos en los de Victor, aunque a veces los cerraba sin darse cuenta y se mordía los labios, para parpadear con fuerza al abrirlos y fijarlos con obstinación en él. Victor se cernió sobre su boca, tomó cuanto quiso y volvió a apartarse para que siguiera mirándolo, embistiendo con furia. Una furia que contrastaba con la mueca burlona que esbozaba. Sus intenciones eran evidentes: quería que Eric acabara primero y que recordara esa imagen.

Había algo liberador en aquello. Victor le arrollaba sin permitirle pensar, sin que pudiera centrarse en nada más que en las sensaciones inmediatas. Una vez abandonado el control, solo podía reaccionar sin restricciones, y fue lo que hizo al sentir que el clímax se acercaba. Tiró de las solapas del chaleco con más brusquedad y se incorporó tanto como pudo para reclamar otro beso, como si el último hubiera sido insuficiente. Recibió su premio. Los labios del millonario se abrieron para él, tentadores, e incluso dejó que fuera su lengua la que tomara el control, sin apenas pugnar en esa resbaladiza batalla. Conservaba el sabor del mojito, dulce y amargo, fresco y tropical. Al estar medio incorporado las penetraciones eran todavía más profundas.

No pudo aguantar más ni detener la oleada de placer que estalló al reventar el dique de la contención. Tuvo que soltarle y apoyarse en los codos, arqueándose como si hubiera recibido una descarga. Apenas había empezado a correrse cuando un bofetón inesperado de Victor cortó un gemido y le hizo volver el rostro. El vientre del millonario se vio cruzado por una salpicadura blanca y varios espasmos provocaron que el sexo del esclavo siguiera escupiendo su semilla tras la represión a la que se había sometido a sí mismo esa mañana. Eric aún no parecía consciente de lo que acababa de ocurrir, presa de los últimos coletazos de un orgasmo arrollador.

Victor, todavía dentro de él, le agarró con suavidad de la barbilla para que tuviera que mirarle.

—Buen chico. Eres un buen chico, Eric —susurró en cuanto lo hizo, acariciando la mejilla magullada con cuidado—. Lo has hecho muy bien.

Le besó despacio, con mimo, como si su relación fuera muy distinta. Eric respondió con torpeza, mostrándose sumiso por primera vez desde que había aterrizado allí. El agarre de sus dedos en el chaleco sí buscaba un asidero esta vez, algo real a lo que agarrarse para que los restos de la tempestad no se lo llevaran. Todo era confuso, quería esos besos y las palabras dulces consolaban el miedo y el dolor que su mismo dueño le había infligido. Era absurdo, era estúpido,

y más tarde se despreciaría por ello, pero en ese momento quiso echarse a llorar. El millonario le peinó con los dedos con un talento relajante, echándose hacia atrás para liberar su erección de la caliente prisión que la retenía.

—Ve a lavarte un poco, es la puerta por donde me viste salir. Puedes tomarte tu tiempo, yo iré después.

Eric gimió quedamente. La sensación de vacío después de follar no era nueva para él, pero esa vez fue más punzante. Le dejó temblando. Se movió hasta quedar sentado en el sofá. No volvió a mirar a Victor, era muy consciente de que estaba viendo toda su fragilidad, aunque nada parecía tener demasiada importancia en ese momento. Se levantó y caminó hacia el baño sin cubrirse. Las piernas apenas le sostenían.

Agradeció tener un baño como aquel a su disposición, de mármol blanco, con un suelo sólido… con una bañera como no había visto en su vida, ya llena de agua caliente que humeaba invitadora. Al sumergirse en ella encontró un silencio acogedor dentro y fuera de él, y se refugió en él sin que ningún pensamiento amargo acudiera a su mente.

11. Dime cuánto me odias.

Victor cumplió con su palabra y, aunque Eric tardó más de una hora en acabar, lo dejó disfrutar de ese momento a solas. Al salir se encontraba relajado y cuando el millonario le pidió que lo esperase en la cama, lo hizo sin replicar. Pensó que volverían a tener sexo, ya que no creía que se hubiera dado por satisfecho con el primer asalto, pero, para su sorpresa, Victor se metió en la cama con él después de bañarse y lo abrazó hasta que se quedó dormido, tan agotado que ya no podía hacerse más preguntas ni resistirse al lado más amable de su captor, aunque fuera falso.

Fue Eric el primero en despertar. No sabía cuántas horas había dormido, pero el sol ya estaba fuera y sentía el descanso profundo y reparador de un buen sueño. Victor dormía vuelto hacia él, con el pelo desordenado cayéndole ante el rostro sereno. Parecía una estatua más que nunca, pálida, con las facciones tan perfectas que resultaban irreales. Tal vez lo fuera; una escultura llevada a la vida por un hechizo, o un robot tan realista que era imposible distinguirlo de un humano, de no ser por la frialdad de su mirada. Recordó sus ojos negros fijos en él como la abertura a un vacío aterrador, donde no se atisbaba un resquicio de alma o calor.

«Podría matarlo ahora. Buscar un cuchillo o un punzón y atravesarle el corazón como a un vampiro», fantaseó Eric, observando la forma recta y señorial de la nariz de Victor, las pestañas casi blancas y la forma armoniosa de sus cejas. «Ahogarlo con la almohada. Estrangularlo… Golpearle la cara hasta reducir a nada esa belleza irreal».

A medida que despertaba, las imágenes de la noche anterior envenenaban su mente. La mirada depredadora, los besos, el cuerpo cincelado y los susurros hipnóticos. El placer salvaje que había sentido, aderezado con el perfume narcótico que desprendía su captor, provocaron de nuevo emociones confusas dentro de él. Rabia, odio y vergüenza. Y la traición de su propio cuerpo que, animado por el despertar, le regaló una erección matutina.

El chirrido enervante de un despertador igual que el suyo le agujereó las ideas antes de que Victor lo apagara de un manotazo. El millonario suspiró, se estiró y miró alrededor como si tuviera que asegurarse de dónde estaba.

—Oh. Todavía sigues aquí.

Eric reaccionó de inmediato apartándose para sentarse en el borde de la cama. Se cubrió la entrepierna con las sábanas.

—Ya me voy.

—De eso nada —dijo Victor, perdiendo el tono adormilado—. Te dejé en paz toda la noche, busca el modo de compensarlo.

—¿Qué? ¡Hiciste de mí lo que quisiste! Yo diría que estamos en paz —replicó Eric.

—Gracias por exponer tu opinión. Ahora, vuelve aquí.

—Llegaré tarde al desayuno.

Eric trató de escabullirse, agarrando las sábanas, pero Victor tiró de ellas. No tuvo que decir nada, solo le miró en silencio esperando a que su nueva mascota entendiera la situación. Y lo hizo; regresó al confortable interior de la cama a regañadientes. El rastro caliente de su cuerpo seguía ahí, junto al millonario, que le miraba apoyado en un codo. Las sábanas habían resbalado hasta su cintura y dejaban a la vista el pecho desnudo y parte de su abdomen. Incluso recién despierto, con el pelo alborotado y la somnolencia pesándole en los párpados, Victor tenía una presencia tan fuerte que llenaba la habitación.

—¿Puedo elegir yo el modo, entonces? —preguntó Eric con cautela. Parecía que su captor no había advertido su desliz matutino y lo prefería así.

—No espero que seas muy imaginativo todavía, pero sí.

—Me parece muy arriesgado ponerme imaginativo contigo… —rezongó Eric antes de meterse bajo las sábanas con una clara intención.

—Ya no estás tan valiente como ayer, ¿eh? —repuso Victor levantando la tela lo justo para verlo. O para que viera su mueca de burla.

—¿Lo echas de menos? —Eric le lanzó una mala mirada desde abajo—. A lo mejor estoy esperando a que te relajes para morderte la polla.

Acompañó las palabras de una primera caricia al agarrar el sexo de Victor. Una mamada no era tan terrible, ¿no? Evitaba reacciones indeseadas de su propio cuerpo y no duraría demasiado.

—Mmmmm, un poco. Y a lo mejor eso me gusta, prueba —dijo tirando de la sábana para descubrirse al completo.

Eric ya se había acomodado tumbado y apoyado en los codos junto a él. Le miró con un gesto desdeñoso y agarró el sexo dormido con desgana para metérselo en la boca. Estaba relajado, por lo que acompañó las primeras succiones con la mano, acariciándolo para despertarlo. Si hubiera alzado la vista para ver la reacción de Victor, habría descubierto una ceja levantada, aunque no fue necesario.

—Parece que estás tumbado en la playa, removiendo un cóctel que te gusta poco. ¿Así es como intentabas conseguir clientes fijos? Porque no tendrías muchos.

Eric apartó la boca de su sexo para replicar y, de paso, lanzarle una mirada de desagrado.

—Esta mierda no es lo mío, debiste informarte mejor antes de elegirme. ¡Y acababa de empezar!

—¿Y es lo de alguien? Anda, déjame ayudar.

Victor abandonó su cómoda postura para reptar hacia los pies de la cama. Eric se puso a la defensiva al instante, apartándose sin entender qué pretendía hacer.

—¿Qué haces? ¡No necesito ayuda!

—Yo creo que sí. Creo que puedes ser un perrito muy glotón si tienes el aliciente adecuado. ¡Quédate de lado!

Victor se tumbó sobre un costado, con el rostro a la altura de la entrepierna de Eric. Su dureza matutina había perdido parte del esplendor, pero no todo. No hizo comentarios al respecto, asumiéndolo como algo natural. Lo tomó en la boca con la misma naturalidad, completo, para endulzarlo de inmediato con su lengua afilada y juguetona.

—¡Ah… Joder! —jadeó Eric, tensándose. Había sido un iluso pensando que Victor se dejaría hacer y le liberaría sin más. El calor de su boca le provocó un estremecimiento. La lengua desató un cosquilleo de placer ineludible. Tragó saliva y tomó aire—. Eres odioso…

Antes de que un gemido le delatara más que la erección que creció en la boca de Victor, Eric volvió a tomarlo, cerrando una mano en su muslo. Esta vez un cabeceo acompañó al movimiento, más vivo, que fue animándose a medida que la excitación crecía y calentaba la sangre del cautivo. Aquello se convirtió en una competición en la que el esfuerzo propio aumentaba la iniciativa del rival. Su captor leía con habilidad las reacciones del cuerpo, dosificando su energía para centrarla allí donde podía dar más placer con menos desgaste. Eric era una fuerza desatada que compensaba con empeño su menor experiencia. La extensión y la dureza de Victor casi ahogaba a su forzado amante, que le acogía hasta la garganta con una glotonería creciente y furiosa. En un momento dado, tuvo que soltarlo para jadear agarrado a su muslo, sofocado y azotado por el placer. Un gemido lúbrico acompañó a su total rendición.

—Cabrón vicioso… Agh… —resolló Eric, que no tardó en sustituir los gemidos por el sonido húmedo y chasqueante de su boca lamiendo y tragándose el sexo de Victor.

Lo que el millonario le provocaba era demasiado animal, tan instintivo que comenzó a mover las caderas contra su obscena boca, respondiendo sin pudor a sus embates. Todas las dificultades que él tenía para albergarlo eran indiferentes a Victor, y no porque Eric distara mucho en tamaño. El millonario tenía una facilidad pasmosa para relajar la garganta y dejarlo hacer sin roces ni arcadas, como si aquello fuera una minucia. Resultaba curioso, extraño, aunque en ese momento Eric no fuera capaz de dedicarle materia gris al asunto. Se sintió aprisionado cuando Victor abrazó su cadera para limitarle el movimiento, chasqueando la lengua contra la base de su sexo. Sus gemidos vibraban contra la carne hinchada de su captor, todo su cuerpo se agitaba, aunque lo mantuviera preso. Seguía empujando contra su boca y movía la cabeza al ritmo de las embestidas cada vez más rápidas y profundas. Apenas podía entrar y retirarse entre los labios de su captor y sus propias arremetidas lo estaban volviendo loco, atrapado por el calor y la humedad de esa garganta hambrienta que lo rodeaba y devoraba. La sensibilidad y la práctica de Victor le avisaron antes de que sucediera: una corriente en la piel contra su lengua, el latido acelerado, la tensión en los músculos, el temblor. Eric tuvo que soltarlo. Se agarró a sus caderas, desesperado. Los gemidos que intentaba ahogar contra el muslo de su captor eran más sensuales de lo que habría deseado y fueron el preludio a la caliente descarga sobre la lengua del millonario.

—¡No… No! Joder… Aaah… Mmmm…

Un aguijón de miedo enturbió el final de su orgasmo. No se atrevía a mirar a Victor, pensando en las posibles represalias por aquello, pero tuvo que hacerlo. La ansiedad era peor. Lo que encontraron sus ojos no fue esa mirada fría de tiburón, sino una media sonrisa divertida, por la que el millonario deslizó el dorso de la mano para limpiar una gota blanca y brillante.

—¿Vas a continuar o pretendes dejarme a medias dos veces seguidas?

Eric se sentía aturdido por el clímax y las emociones que le zarandeaban de un lado a otro, pero aún había suficiente dopamina y adrenalina en su sangre para permitirle hacer aquello sin pensar demasiado. Se revolvió para que lo soltara y lo empujó por las caderas contra el colchón como respuesta. Antes de que tuviera que volver a preguntar u ordenárselo de alguna manera, Eric lo engulló, acomodándose entre sus piernas. La desgana había sido sustituida por esa ansiedad casi rabiosa que Victor ya conocía bien. Y resultaba especialmente excitante cada vez que su esclavo levantaba la mirada, desafiante, mientras su sexo húmedo de saliva desaparecía una y otra vez en el interior de su boca. Victor se pasó la lengua por los labios, con las mejillas pálidas coloreadas.

—Sí…, mírame, cachorrito. Puede que la próxima vez solo me apetezca ver tu espalda… —le susurró colando los dedos entre su pelo antes de aferrarlo con un tirón dominante—. Dime cuánto me odias.

El sexo de Victor rebotó contra su vientre al soltarlo. Eric mordió la carne dura, resistiéndose al agarre, con la fuerza justa para que lo notara, pero temiendo hacerle daño y provocar un castigo que no deseaba. No apartó la mirada de él en ningún momento.

—Te odio —escupió con desprecio, la voz temblorosa—. Te mataría ahora mismo si pudiera…

Lamió toda su extensión antes de metérselo en la boca de nuevo, rozándoló con los dientes deliberadamente antes de succionar y liberarlo en una consecución febril. Su actitud parecía apuñalarlo con cada movimiento.

—Puede que tengas la oportunidad. Puede que la próxima vez te ponga un cuchillo en la mano mientras te follo. Me gusta el riesgo —murmuró el millonario con dificultad, cerrando los ojos, el rostro contraído de placer.

La excitación seguía rebullendo en las venas de Eric. Ver a Victor rendido ante el placer, sus

fantasías espoleadas por las palabras, solo le daba más energía.

—Hazlo… —murmuró venenoso, acariciándolo con la mano mientras hablaba—. Ten cojones para eso. Es fácil dominarnos cuando tienes el poder de tu lado.

Esa vez lo tragó hasta la base, provocándose una arcada que atrapó con más fuerza el miembro del millonario. Luego dejó que ese odio se expresara de la única forma en que podía: exprimiéndolo con cada arremetida de su boca. Aquello hizo brotar un genuino gemido de sorpresa. Victor se arqueó y lo apretó contra su cuerpo impidiendo cualquier intento de alejarse. Se derramó en su garganta, sujetando la presa, reduciendo las opciones a tragar deprisa o ahogarse. Obligado a elegir la primera, Eric no dejó que una sola gota escapara de su garganta y se debatió con el agarre de Victor para liberarse. Cuando por fin apartó la mano, tuvo que tomar aire y jadear entre sus piernas, ante la mirada perezosa y relajada que le observaba.

—¿Lo has disfrutado?

—No. —Nunca una verdad había contenido tanta mentira. Eric se apartó limpiándose la boca con el dorso de la mano compulsivamente—. ¿Puedo irme ya?

—Sí, ve a contarle a tus nuevos amiguitos lo horrible que ha sido tu noche. Enséñales el chupetón del cuello —replicó haciendo un gesto vago hacia la puerta antes de tirar de las sábanas y darle la espalda, dando por concluida la conversación.

—Ellos saben de sobra cómo son las noches contigo —espetó Eric vistiéndose a toda prisa.

Salió de la habitación frotándose el cuello como si así pudiera borrar el rastro que Victor había dejado. Antes de bajar al comedor, pasó por su habitación para cambiarse. Tenía la impresión de que el olor picante y dulzón de su captor lo impregnaba todo y esa sensación no desapareció al ponerse la ropa limpia. Se lavó cuanto pudo en el baño, tratando de mitigar la sensación de que las manos de Victor seguían estando en su cuerpo. Nada funcionó y las imágenes de lo vivido desde la noche pasada se repetían en bucle en su cabeza.

La única opción era distraerse. Olvidarlo. Y la compañía de los demás le ayudaba a hacerlo. A normalizar aquella pesadilla que a veces se disfrazaba de paraíso.

12. ¡Pañuelo!

Llegó el último al desayuno, pero aún había comida para llenar las bandejas. Se sirvió un café con leche ardiendo, algo de fruta y un *croissant* relleno de lechuga y jamón cocido. Ver la comida expuesta siempre le abría el apetito. Cuando fue a sentarse junto a Siete y Ocho, intentó levantarse el cuello lo suficiente para que no vieran el chupetón, pero la mirada penetrante de Doce le seguía a todas partes desde que había aparecido en el salón.

—Buenos días, chicos. Se me han pegado las sábanas hoy…

Ocho levantó una ceja, pero se mantuvo en silencio dando buena cuenta de sus cereales. Ya había dejado claro que era callado, especialmente mientras comía. Siete, en cambio, debía estar encantado de tener a alguien que participara de forma activa en lo que antes eran casi monólogos.

—¿Te dejó dormir en algún momento? Porque recuerdo mi primera noche en esa habitación y fue larga. No demasiado horrible, la verdad, estaba impresionado y distraído con tanto lujo, con esa arquitectura entre biofílica e intimista.

—¿Qué coño es eso? ¡Resumido en una frase! —saltó Ocho.

—¿Biofílica? Conectada con la naturaleza.

La incomodidad de Eric era evidente, aunque intentara disimularla bebiendo café y masticando su *croissant*. La naturalidad de Soren hizo inevitable hablar sobre lo que no quería hablar. Tal vez así las cosas acabarían siendo más fáciles, si simplemente las transformaba en una rutina. En algo sin importancia de lo que podía hablarse a la hora de desayunar.

—Me dejó usar el baño por casi dos horas. Y dormí buena parte de la noche —carraspeó y bajó la voz. No los miraba al hablar—. Esperaba algo mucho peor después de lo de la prueba, la verdad…

Sus dos compañeros de mesa se miraron extrañados y, en una especie de acuerdo tácito, volvieron a concentrarse en su comida sin decir nada.

—¿Qué? —Eric los miró sin entender. Y entró en pánico—. Eso es malo. Me va a joder. No le gusto y me va a joder de alguna manera retorcida y horrible, ¿verdad?

—¡No, no! —intervino Soren enseguida—. A ver, es raro. Victor es… casi siempre es incansable con los nuevos. Pero puede que no quisiera asustarte. Puede que le caigas simpático, fue muy permisivo cuando empezaste a insultarlo por la mañana.

Chris asintió.

—O puede que se esté haciendo mayor. Llegó en la madrugada anterior, habría dormido poco.

Eric no parecía convencido. No era buena señal que una persona como Victor cambiara sus rutinas. Le parecía peligroso.

—Será eso. Espero —respondió sin querer darle demasiadas vueltas. Y menos delante de las cámaras—. ¿Qué vais a hacer después del desayuno?

—Las tres mellizas han diseñado y montado un robot camarero para la piscina —dijo Soren con una risita—. Yo voy a ayudar a construir una especie de casucha que haga las veces de bar de playa, con otros tantos.

—Yo supongo que iré al gimnasio —añadió Ocho.

—Qué bien montado lo tiene —comentó Eric, sin añadir lo que estaba pensando sobre la mano de obra esclavizada ni nada que pudiera escuchar Victor—. Creo que me apunto al gimnasio. Estas manos no están hechas para la obra. Y aún no sé a qué voy a dedicarme aquí. El lunes me dirán algo. Por cierto, ¿qué día es?

—¿¿Perdona?? —Siete levantó ambas manos y movió los dedos delante de la cara de Eric—. ¿Insinúas que tengo manos de labriego? Mira, ya te gustaría esta suavidad, idiota.

Eric le apartó las manos de un manotazo, con una breve risa.

—Es verdad, son muy suaves.

—Sábado —dijo Ocho.

—Aún tengo un día libre. Dos contando con el de hoy —se regodeó Eric, recostándose en la silla cómodamente—. Después de la gimnasia obligatoria me pasaré el día viendo series, o en la piscina, no sé. Es una pena que no tengamos playa. Hay que aprovechar este sol, en la ciudad no lo ves ni de casualidad.

Según hablaba, se dio cuenta de que se hacía un silencio espeso. Todos callaron, haciendo que su voz se amplificara en el comedor. Las miradas se volvieron al mismo punto, algunas sorprendidas, otras asustadas. Las menos, ilusionadas. Eric se volvió sabiendo lo que iba a encontrar: Victor acababa de entrar en la sala y, por la reacción del resto, no debía ser algo habitual que bajara a visitarlos a esa zona. Iba vestido de traje, uno hecho a medida, a tenor de cómo marcaba su figura y enfatizaba su atractivo. Vestido así, con los pantalones, la chaqueta y el chaleco negros a finas rayas grises, parecía más alto e imponente. Llevaba el pelo pulcramente peinado hacia atrás con fijador y no había rastro de maquillaje o artificios en su rostro. Venía con una expresión amable y eso logró inquietar aún más a Eric, al que se acercó con andares elegantes como si los demás no existieran. Soren y Chris se pusieron en pie cuando estuvo cerca. A él le costó más reaccionar y lo hizo tras dejar la taza de café a medias sobre la mesa. Se levantó con un carraspeo incómodo. Todas las miradas se posaron en él.

—¿Cómo está mi cachorrito preferido? —dijo besando su mejilla, en voz alta—. Me alegra que hayas acabado de desayunar. Me voy enseguida, pero he decidido que lo de anoche merece un premio.

Soren y Chris no disimularon el gesto de sorpresa. En los demás, las reacciones fueron variopintas, desde el desdén a la indiferencia. Fue Doce el que emitió el único sonido. Un resoplido que hizo que Eric desviara la mirada y se encontrase con sus ojos cargados de rencor. Doce tenía cara de ángel, con unos bucles dorados enmarcando un rostro aniñado, pero en ese momento Eric leyó en sus ojos todas las formas en las que deseaba destriparlo. Desconfiado, el receptor de la atención indeseada volvió a mirar a Victor.

—¿Un… premio?

—Ajá, eso he dicho. O mejor todavía, ¡dos premios! Ven, subiremos en el ascensor para que escojas lo que quieras —dijo dando una palmada en su trasero.

—¿Tu cachorro preferido? —Doce avanzó dos pasos ante las miradas perplejas de sus compañeros—. ¿Ese…. despojo?

Victor puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para mirarlo.

—Doce… ¿Qué te pasa ahora? Ven aquí.

El muchacho se acercó. Estaba lívido y tenía los ojos vidriosos. No miró a Eric, solo prestó atención a su dueño.

—¿Desde cuándo? Ese imbécil acaba de llegar y no hace más que faltarte al respeto.

—Te estás comportando como un cretino, Doce. Y no tengo tiempo para tonterías. A ti también te consentí demasiado al principio, salta a la vista. Así que pídele perdón a Trece y vuelve a tu sitio.

Al fondo, junto a la puerta, dos guardias que no estaban allí cuando Eric entró permanecían atentos. Todo el comedor estaba atento, en realidad.

—¿Por qué le tengo que pedir perdón? Él te insultó, habla mal de ti cuando no estás, ¿y soy

yo el que debe disculparse? —Doce estaba tan tenso que le tembló la voz. Todos sabían que era un dramático, pero era la primera vez que estallaba de esa forma.

—No eres mi guardaespaldas. Necesitarías tres tallas extra y ganar cuarenta kilos para eso. Así que no te preocupes por los insultos que ha podido dirigir, hazlo por los que tú le has dirigido a él. Estoy perdiendo la paciencia —respondió el millonario con sequedad.

—¡No! ¿Por qué me haces esto? Primero Catorce y ahora él. —Doce señaló a Eric con un gesto brusco y frustrado—. ¿Es que no he hecho siempre lo que me has pedido?

—Por mí está olvidado —añadió Eric levantando las manos, queriendo salir del escenario.

Nadie le prestó atención. El sorpresivo puñetazo que Victor encajó en el estómago del chico lo derribó, encogido sobre las rodillas, gimoteando.

—Da gracias de que no quiera lastimar esa carita preciosa, Doce, porque es lo único bueno que tienes —escupió con desprecio—. ¡Pañuelo!

Uno de los guardias se acercó a la carrera. Doce apenas podía hacer otra cosa que encogerse sobre sí mismo para soportar el dolor. Al escuchar los pasos cercanos, trató de retroceder y cayó de espaldas. Eric sí retrocedió.

—¡No, por favor! —gimoteó Doce desesperado—. ¡Señor, yo siempre te he servido bien!

—Trece, nos vamos.

El guardia había sacado de su bolsillo un pañuelo de gasa rojo, muy largo. Sin remilgos, agarró del tobillo al chico al que doblaba en tamaño y lo ató a su tobillo. Doce se echó a llorar, pero todos lo ignoraron, dándole la espalda y volviendo a sus comidas en un silencio incómodo y tenso. Eric buscó respuesta en Chris y Soren, pero estos comían con la cabeza gacha, sin mirar a nadie. Victor le rodeó la cintura con un brazo y lo instó a caminar.

—¿Qué acaba de pasar? —le preguntó cuando salieron al pasillo.

—Siempre hay opciones. No iba a pedirte perdón y yo le he dado la alternativa. Si te refieres al pañuelo, puedes preguntar a tus compañeros. Seguro que están encantados de contarte los detalles escabrosos que ignoro.

—¿Que ignoras? Permíteme dudarlo —inquirió Eric—. Intentas ponerlos en mi contra.

—Odian estar aquí tanto como tú. Que ponga mi atención en alguien es liberador para el resto —dijo Victor usando su reloj inteligente para abrir el ascensor.

—No para Doce, por lo visto.

Eric entró en el cubículo y se cruzó de brazos. Intentaba minimizar el contacto. De haber sido posible, no habría respirado en sus inmediaciones por tal de no reconocer su perfume. Victor no mostró ningún interés en acercarse ni en seguir hablando. Utilizó el espejo de un lado para ajustar su corbata y revisar el peinado. Cuando llegaron fue derecho a la sala de regalos.

—Un par de cosas. Tienes cinco minutos para decidirte, el avión ya está esperando.

Eric entró sin perder el tiempo, pero una vez dentro fue más difícil usar solo cinco minutos en eso. Solo eran objetos de decoración: posters, tapices, figurillas, juguetes y *souvenirs* diversos, muchos eran dignos de estar en un museo expuestos, o en la galería de un coleccionista. Dio un par de vueltas y se decidió por una nave espacial de Lego de una antigua saga de ciencia ficción y el poster de una película de vampiros que adoraba durante su adolescencia. Las dos cosas le recordaban a su vieja habitación en casa de su madre, cuando la vida era más fácil y aún no conocía las preocupaciones de los adultos. Salió antes de que los cinco minutos se cumplieran con sus dos tesoros. Victor había usado la misma llave digital para abrir y cerrar los expositores y se fue sin despedirse, andando a pasos apresurados al ascensor.

—¡Buen viaje! —Eric alzó la voz para asegurarse de que le escuchaba. Luego añadió en voz muy, muy baja—. Ojalá se estrelle tu avión.

No entendía el juego de Victor, pero acababa de dejar claro que estaba jugando y no había aparecido en el salón por los regalos, ni se los había hecho porque fuera su cachorro favorito. Algo que no deseaba ser y que esperaba no ser jamás. Saber que había salido de la isla le permitió ver las cosas con más filosofía. Fue a su habitación y se tomó su tiempo para escoger un lugar idóneo para el poster, en la única pared donde podía ponerlo, y guardó el Lego para más tarde.

***

Ocho ya estaba en el gimnasio cuando entró Eric, dándole golpes a un saco de boxeo con los guantes puestos. Diez y Tres se encontraban también allí. El primero ni siquiera le dirigió la mirada y siguió corriendo sobre una de las cintas. Tres le dedicó un saludo sin bajarse de la bicicleta estática. Eric fue a la zona donde estaba Ocho, allí estaban las máquinas de musculación y todo lo que tenía que ver con los ejercicios de fuerza.

—Estoy un poco perdido con esto —le comentó sentándose en una de las máquinas.

—Eso es para las dorsales. Atrás ajustas el peso que quieras. Te sientas, agarras y tiras hacia las clavículas —explicó Ocho, Chris, entre golpe y golpe.

Eric estudió la máquina con las indicaciones y probó el peso. Cuando estuvo satisfecho se sentó y comenzó con los ejercicios.

—¿Has visto a Doce?

—No, se fue enseguida. Debe estar aprovechando la tranquilidad en la biblioteca.

Eric levantó el peso unas cuantas veces sin decir nada, pero estaba rumiando lo que había sucedido.

—¿Qué pasa con ese pañuelo? Doce se ha echado a llorar como un crío y Victor no ha querido decirme nada.

Chris resopló y detuvo el bamboleo del saco, abrazándolo con el cuerpo. Se tomó su tiempo para responder, recuperando el aliento.

—Cuando incumples una norma, en este caso desobedecer una órden directa de Victor, te ponen ese pañuelo en el tobillo durante dos días. No puedes quitártelo. Quiero decir, los guardias saben quién ha de llevarlo y se darían cuenta. Nadie puede dirigirte la palabra.

Eric dejó de subir el peso y lo miró.

—¿Te castigan también si lo haces?

—Sí. Pasas a tener tu propio pañuelo. Y no, no puedes hablar entre… *pañueleados*.

—Es un castigo un poco raro en un sitio en el que tienes todo el entretenimiento al alcance, ¿no? No te ofendas, pero no me importaría mucho que no me hablarais si puedo pasarme el día en la piscina o viendo series.

—A mí tampoco me molesta. Pero imagínate a Siete…

—Le explota la cabeza. —Eric volvió a levantar el peso, pero no dejó de hablar—. Por lo que ha insinuado Victor pensaba que era algo peor.

—Oye, a veces es mejor vivir en la ignorancia y yo no quiero preocuparte. Tú solo procura que no te pongan pañuelos.

—¿Eres consciente de que diciendo eso ya me has preocupado? —Eric volvió a parar—. ¿Dónde está la trampa?

—No. Victor te ha preocupado a propósito, yo le he puesto nombre a lo que sientes.

Ocho volvió a golpear el saco, provocando un chasquido de la cadena. Era fuerte, de cuerpo grande y ancho en comparación con el resto de residentes, casi tanto como los guardias.

—No hay trampa. El problema viene si incumples otra norma y te ponen otro pañuelo. Simplemente no lo hagas.

—¿Pero qué pasa? ¿Te dan palizas? ¿Te encierran? —insistió Eric.

—Te violan.

La voz de Diez se escuchó clara desde la cinta de correr. El chico rapado se desentendió de la mirada furibunda de Ocho, incluso del gesto de desagrado que le dedicó Tres desde el fondo, sin intervenir. Detuvo la máquina y se acercó, pasándose la toalla por la cara.

—Si tienes dos pañuelos rojos, los guardias tienen carta blanca para violarte como y donde quieran durante dos días. Y créeme, te buscan.

Ocho le apartó de un empujón.

—¿Por qué tienes que ser tan cabrón? —escupió.

—¡Eh, no te pases! Es mejor que lo sepa y que no siga tomándole la medida a Victor —replicó Diez.

Eric estaba asimilando lo que acababa de oír. Esa mierda encajaba más con el millonario, no debía sorprenderlo a qué podía llegar ese tipo.

—Eh, escucha. —Chris chasqueó los dedos ante su cara—. La mayoría pasa de eso. Hacen como si no te hubieran visto, o como mucho te molestan un poco, te asustan. Solo debes preocuparte por unos pocos.

—Pero esos pocos te encontrarán —añadió Diez, agorero.

Antes de que Chris volviera a encararse con él, Tres se puso en medio. También era grande, pero su rostro transmitía serenidad, con una barba descuidada que le daba un aire más maduro que el resto.

—Ya vale, Diez. El nuevo no tiene culpa de nada. Vamos a ver cómo van con la construcción, te distraerá —dijo empujándolo con suavidad hacia la salida.

Eric los siguió con la mirada y se pasó una mano por la cara.

—No, joder… —Se puso de pie—. Tiene razón. Es mejor que sepa cómo funciona este sitio. Y no tienes que protegerme, ¿es que no he visto ya cómo nos viola él a todos? ¿Qué diferencia hay entre que lo haga él o sus guardias?

—Ese es el espíritu. Pero con ellos se puede evitar, tú ten cuidado.

—Lo tendré. No te preocupes. —Eric se acercó para darle una palmada en la espalda a Chris —. Eres un buen tío.

Siguió dándole vueltas al tema mientras seguía con los ejercicios. No quería acabar con uno de esos pañuelos atado al tobillo, así que tendría que aprender a controlarse más con Victor. Al menos, mientras no estuviera, parecía fácil portarse bien y seguir las normas.

13. Cállate, Trece, vas a meterte en líos.

El resto del día pasó sin pena ni gloria y el domingo comenzó ajetreado. Tras el desayuno todos subieron a la segunda planta para que el peluquero repasara sus números. Iban por orden, lo que significaba dos cosas: Eric tendría que esperar hasta el final y lo haría contemplando la espalda y el pañuelo de Doce.

—Para otras cosas es una ventaja, pero para esto es un asco tener los números más altos —comentó Catorce, que no dejaba de cambiar el peso de pie y removerse en el sitio.

Eric se encogió de hombros, volviéndose hacia él.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Miles de cosas. Broncearme, por ejemplo.

—Ten un poco de paciencia, no tarda tanto con cada uno —dijo Tres desde el principio de la cola. Era un tipo robusto, aunque no tanto como Ocho, y siempre llevaba la corta melena rubia atada.

—Claro, es fácil decirlo cuando eres el siguiente y no tienes a once personas por delante de ti. Deberían darnos hora y dejarnos ocupar el tiempo en otras cosas.

—Es otra forma de sofisticada tortura del amado líder, Catorce —dijo Eric con una risa desdeñosa—. Relájate y disfruta. Es lo único que podemos hacer.

—He oído que antes no te hacían el número con maquinilla y tinte. Te lo tatuaban en el cráneo —susurró Catorce, tocándose por encima de la nuca—. Aquí, en el cogote.

—Eso son tonterías —respondió Tres—. Yo llevo bastante tiempo aquí y no tengo tatuajes.

—A mí me parece raro que no nos tatúe como al ganado —comentó Eric.

En ese momento salió Dos con el rapado recién hecho y su flamante número, que contrastaba con su corto pelo platino. Pasó junto a la fila sin dirigir una mirada a nadie.

—Venga, chicos, no seáis agonías. Esto está hecho —dijo Tres antes de entrar en la peluquería.

—Es una pérdida de tiempo. Vale que no hace daño, pero… Me gustaba mi pelo como lo tenía antes —continuó Catorce tocándose los rizos—. Podrían ser tatuajes de henna. O ropa con el número cosido. Aunque eso suena un poco nazi, pero… esto también lo es, ¿no?

El guardia que vigilaba la fila entró un momento a la peluquería. Doce aprovechó para girarse como una saeta.

—¿Quieres dejar de parlotear como un idiota?

Catorce se calló de golpe, retrocediendo un paso. Parecía que fuera a decir algo, pero bajó la mirada. Eric, entre los dos, se cruzó de brazos mirando a Doce.

—No dejes que te achante, tienes razón, esto es demasiado parecido a un campo de concentración. ¿Y tú no deberías estar calladito? Tu amo y señor te ha castigado y te encanta obedecerlo.

—Cállate, Trece, vas a meterte en líos —interrumpió Ocho un poco más adelante, con un siseo.

El guardia que vigilaba la cola había vuelto y estaba a punto de intervenir, Eric vio la advertencia implícita en su mirada y decidió hacer caso del consejo de Chris.

—¿Ahora eres el defensor de Catorce? ¿También quieres tirartelo a él? —murmuró Doce con malicia, en voz muy baja, sin volverse.

La cola avanzó cuando Cuatro pasó a la sala. Tres dio un par de golpecitos en la espalda a Catorce al pasar junto a él, sin percatarse de la tensión que empezaba a crecer en la fila.

—¡Ya queda menos!

—¿Esa es tu estrategia? ¿Por eso defiendes a Victor? —Eric no pudo evitar responderle una vez Tres se alejó, también en susurros—. Pues no te está funcionando muy bien. Te iría mejor si dejaras de arrastrarte, a lo mejor vuelve a querer que seas su mascota. Creo que no le gustan los fáciles.

Fue rápido, aunque Eric tenía buenos reflejos y podría haberlo parado si la sorpresa no hubiera sido tan mayúscula: incluso llevando allí pocos días, nadie creería que un residente con pañuelo rojo atacara a otro. El puñetazo fue seco y contundente, nudillos huesudos contra su pómulo, que lo empujaron contra Catorce. Este dio un grito de angustia y lo sujetó con las manos en los hombros para que no cayera.

—¿Pero de qué cojones vas?

La respuesta fue demasiado inmediata para que Catorce o los demás lo agarraran. Eric ni siquiera escuchó las voces que le pedían que se detuviera. Su visión se volvió roja y actuó por instinto, lanzándose sobre Doce para devolverle un puñetazo. Él dirigió el golpe al estómago, haciendo que el chico se doblara de dolor. Iba a continuar, como los músculos ardiendo de adrenalina le pedían, pero una fuerza muy superior a la de Catorce le agarró de un tirón y le separó de Doce.

—¡Suéltame, joder! ¡¿No quiere pelea?! ¡Le voy a partir la boca al imbécil!

—Las peleas no organizadas entre internos están prohibidas por el reglamento —respondió el guardia con tono neutro—. Retrocede y extiende la pierna.

Otro guardia salió de la peluquería, con los pulgares en el cinturón y una media sonrisa.

—Parece que Doce tiene ganas de jugar… —dijo sacando un pañuelo rojo del bolsillo.

—¡No, por favor! ¡Dejadme hablar con Victor! —respondió Doce suplicante. Obedeció de inmediato, retrocediendo y poniendo distancia entre él, Eric y los guardias. El resto del grupo se había echado a un lado, nadie intervino.

Eric siguió forcejeando hasta que la gravedad de la situación se impuso a sus instintos de supervivencia. Se quedó quieto y retrocedió cuando el guardia lo soltó.

—¿Qué? ¿Vais a ponerme uno de esos? ¡Ha sido cosa suya!

A modo de respuesta, el hombre se agachó y colocó el pañuelo en su tobillo mientras su compañero hacía lo mismo con Doce, aunque para él, era el segundo. Eric tuvo que refrenar el impulso de darle una patada en la cara al hombre que le ataba la tela roja.

—Empezar ha sido cosa suya. Pero no podías quedarte quietecito y esperar nuestra intervención, ¿verdad? —dijo el guardia al erguirse—. Durante dos días, ninguno de los numerados podrá dirigirte la palabra, ni comunicarse contigo en modo alguno. Si lo hacen serán castigados. Si eres tú quien lo intenta, serás castigado.

Cinco entró a la sala en cuanto salió Cuatro, pero los demás estaban muy atentos a Doce. Su guardia estaba arrastrándolo hacia la biblioteca entre susurros y carantoñas que solo avivaban su llanto. La preocupación de Eric por su propio pañuelo se esfumó.

—¡Eh! ¿Dónde lo llevas? —El guardia debió leer sus intenciones, porque lo agarró por la espalda en cuanto dio el primer paso en dirección a Doce—. ¡Maldito cerdo!

—Voy a dejarte pasar esta porque eres el juguete nuevo del jefe, pero como no empieces a portarte bien tú serás el próximo —le dijo muy cerca del oído—. ¿Lo has comprendido? No creas que no te oía hablar con Doce. Eso ya era una falta antes de la pelea.

Eric se sacudió la presa del guardia.

—Vale, joder. Lo he entendido.

—¡Volved a formar la fila en orden! No quiero más interrupciones.

Mientras todo volvía a una aparente normalidad y Eric esperaba en la cola, pudo experimentar lo que era hacerse invisible. Solo Siete cruzó la mirada con él, poniendo los ojos en blanco antes de volverse hacia delante. Para el resto, su lugar estaba vacío: era la condena de la tela roja que tendría que arrastrar durante dos días.

El peluquero era un hombre viejo y, bromas del destino, totalmente calvo. Trabajaba con velocidad y pericia, como si esquilara ganado. Cuando acabó y lo dejó marchar, Catorce pasó a su lado mirándose los pies, con uno de los rizos en la boca. Quiso decirle que no era culpa suya, dirigirle una mirada tranquilizadora, pero fue imposible. Había dejado de existir. El único que se atrevió a mirarlo antes de marcharse fue el mismo guardia que le había atado el pañuelo al tobillo.

Mientras paseaba pensó que el tipo podría haberlo jodido mucho antes. Los oyó hablar y sin duda había estado escuchando sus respuestas venenosas, dejándolas pasar. ¿Era realmente por ser el nuevo o había evitado castigarlo hasta que la situación se hizo insostenible? El otro no tardó ni un minuto en llevarse a rastras a Doce, pero ese tipo permaneció en el sitio, como un soldado que solo cumple órdenes. Tenía que estudiarlos bien si quería evitar disgustos. Y recordar sus símbolos. Ese era el dos de picas.

A la hora de comer tuvo más tiempo para pensar. Nadie se sentó con él, ni siquiera Ocho, como si tuviera un aura repelente alrededor. El castigo no decía nada sobre ignorarlo o no interactuar con él, pero el miedo los volvía prudentes. Él no quiso tentar a su suerte y no trató de llamar la atención de nadie. Estuvo dándole vueltas a lo que el guardia había dicho sobre las peleas no autorizadas. Por lo visto el hambre de diversión de Victor no conocía ningún límite moral. Solo esperaba que no le tocara vivir algo así.

Comió tan rápido como pudo y se marchó antes de que los demás terminaran. La idea de que nadie le hablara ya no le parecía tan irrelevante, aunque se consoló pensando que ya solo le quedaba un día y medio. Podía aprovechar el tiempo viendo películas y leyendo, así que se dirigió a la sala de cine para pasar lo que restaba del domingo encerrado allí.

***

Al día siguiente, ya lunes, una mujer le asaltó tras un solitario desayuno. Rondaba los cuarenta años, iba vestida con traje de chaqueta y su moño apretado le recordó a los trabajadores de las pruebas. Asépticos, distantes. La fría cordialidad parecía el desempeño de una mala actriz.

—Trece, ¿sería tan amable de acompañarme a la tercera planta? Debo enseñarle su nuevo puesto de trabajo.

Eric la siguió hasta un largo pasillo que Catorce solo le había señalado. Abrió una puerta casi al final, dándole paso a una salita pequeña: la que sería su propia oficina. Todas las paredes eran reales, sin cristaleras que provocaran distracciones. La única ventana dejaba pasar claridad y evitaba usar la luz artificial en horas diurnas, pero daba directamente a una pared de acantilado, a apenas tres metros, sin ningún hermoso paisaje. Una mesa moderna y alargada, una lujosa silla ergonómica de oficinista y un ordenador de sobremesa de última generación eran todo el mobiliario. La mujer abrió el único cajón de la mesa para que Eric se asomara a mirar.

—Todavía queda gente que prefiere usar el papel para algunas cosas. El cajón está surtido con todo el material de oficina que creemos necesario, pero si siente que falta algo, puede solicitarlo en el buzón de sugerencias y, si es aprobado, lo encontrará encima de su mesa en un plazo máximo de cuarenta y ocho horas.

El castigo se hacía más llevadero con eso. No recordaba la última vez que había pisado una oficina, pero la visión de algo tan anodino como el material de trabajo y la cómoda estancia en la que podría desempeñar su función le emocionó al borde de empañar su mirada. Carraspeó para

aclararse la garganta y revisó el contenido del cajón.

—Creo que no necesitaré nada más por ahora, pero se agradece. ¿Qué se espera de mí en este puesto?

La mujer sacó su *tablet* e hizo una consulta rápida.

—Trabajará sobre una serie de supuestos basados en su especialización. En su caso, proyectos acerca de intervencionismo empresarial en países subdesarrollados y zonas rurales en vías de desaparición. Toda la información está en su ordenador. Para consultas avanzadas, tiene instalado un chat a tiempo real con su supervisor de Elysium. Se espera que trabaje cuatro horas diarias, de lunes a viernes.

Ella misma encendió el ordenador, que tras una bienvenida de la conocida y odiada cara sonriente, presentó una interfaz sencilla y un resumen básico del proyecto: sanear una de las escasas zonas rurales cercanas a Elysium, apoyando económicamente su agricultura con maquinaria y construcción de pozos. El supuesto aspiraba a crear allí una zona de fabricación, con mano de obra autóctona, aumentando la calidad de vida de sus habitantes y cualificándolos. Estaba claro que era algo a gran escala y Eric solo formaría parte de un departamento. En concreto, del que debía valorar la inversión, los riesgos y los costes sostenidos.

—Hay una máquina de bebidas justo al doblar la esquina. El despacho se limpiará tres veces por semana, solo usted y el servicio de limpieza tendrán acceso a él. Se espera que también lo mantenga limpio por su cuenta. Si no tiene ninguna duda, le puedo dejar solo ya.

Tras el resumen, aparecieron decenas de carpetas más concretas que tendría que estudiar con detenimiento.

—¿Puedo saber su nombre? —preguntó Eric al sentarse, dispuesto a empezar con el trabajo.

La mujer compuso un gesto de extrañeza y titubeó por primera vez desde su llegada.

—Supongo que sí. Me llamo Lidia.

—Encantado. Yo soy Eric —respondió con una sonrisa.

Ella asintió e hizo amago de marcharse, pero en el último momento hurgó en su bolsillo, se giró y dejó cinco chapas sobre la mesa.

—¡Eh, gracias! —exclamó Eric guardándolas.

—Disfrute de su trabajo —dijo ella antes de salir.

Eric puso al fin toda la atención en el ordenador, animado.

El proyecto tenía buena pinta. Sintió un hormigueo en los dedos y una agradable ansiedad: la de enfrentarse a un reto para el que estaba preparado. Después de perder su trabajo como investigador en la Universidad de Elysium no pudo encontrar nada más en su sector. Sus constantes encontronazos con los inversores que financiaban la institución no solo le garantizaron un despido disciplinario, sino que le impidieron reincorporarse en otro lugar, ni siquiera como contable. Económicas no era la carrera más apasionante a la que uno pudiera aspirar, pero él estudió y se licenció con una idea clara: comprender el sistema para mejorarlo. La economía del desarrollo centró todos sus esfuerzos. Proyectos como el que tenía delante eran un sueño para él, había estado desarrollando ideas similares en la universidad, pero continuamente eran desechadas por utópicas o poco realistas, cuando no le acusaban de comunista o antisistema. Poner a las grandes corporaciones al servicio de los ciudadanos y negarse a colaborar en la desintegración de los sistemas sociales y las comunidades agrarias fue su sentencia de muerte laboral, pero no pensaba poner su ética al servicio de los tiburones.

—Me extraña que esto salga de la cabeza de Victor… —murmuró mientras estudiaba el contenido de las carpetas, bebiéndolo más que leyéndolo.

No tardó en ponerse a trabajar. Fue como entrar en un trance místico en el que la isla, Victor,

el castigo, sus compañeros o cualquier cosa que tuviera que ver con ellos desapareció de su cabeza. Solo existían los números, los cálculos, las previsiones, el esfuerzo por equilibrar las ganancias de las supuestas empresas con el bienestar de sus trabajadores y el menor impacto ambiental. El mundo organizado y justo de las matemáticas. Sus dedos fluían sobre el teclado ultraplano, su mente volaba y hasta el corazón le latía deprisa lleno de euforia. Estaba trabajando de nuevo. Haciendo algo útil con su conocimiento en lugar de cargar cajas o repartir paquetes.

Tuvo la impresión de que apenas habían pasado unos minutos cuando una señal sonora le sobresaltó: el turno de cuatro horas había terminado y la sonrisa volvió a aparecer en la pantalla.

El trabajo ha sido guardado. Descansa y mantente hidratado. ¡Hasta mañana!

Eric resopló y se echó hacia atrás en la silla. Volver a la realidad fue como un bofetón. Prefería quedarse trabajando hasta que el día de castigo pasara, pero al tratar de encender el ordenador vio que estaba bloqueado.

—Sí, ya… Turnos de cuatro horas. En esto no eres un jodido explotador —rezongó Eric.

Su estómago gruñó de hambre, recordándole que ya era la hora de comer. A desgana, dejó la oficina en orden y salió para dirigirse al comedor. Si llegaba pronto podría coger su bandeja e irse a otro sitio sin más incomodidad. Al pasar por la segunda planta, escuchó voces y risas en la zona de las duchas, algo extraño teniendo en cuenta que no era su hora de uso habitual. No pensaba detenerse, no podría participar en ninguna travesura que los chicos estuvieran perpetrando, pero un gañido de dolor lo hizo parar y volver sobre sus pasos cuando ya había pasado de largo. Movido por la curiosidad, pero sobre todo por la preocupación, se asomó a la sala de suelos de cristal. Lo primero que vio fue la imponente espalda de uno de los guardias. Retrocedió un poco por instinto, pero no se había percatado de su presencia. Cuando se movió, vio que otro de ellos se movía jadeando contra la pared, tapando con su cuerpo la mayor parte del de Doce, reconocible por los pañuelos rojos en ambos tobillos.

—Ponlo en el suelo, yo me quedo con la boca para que acabemos antes, me toca ir a vigilar el comedor —dijo el que no participaba, con un nueve de tréboles bordado en el bolsillo.

El hambre se tornó en náusea y la rabia prendió como una llamarada desde el estómago de Eric.

«Vete. Ya sabes lo que hay. Estando aquí solo te buscas más líos», le aconsejó la voz de la razón, apenas audible sobre los latidos acelerados de su corazón.

Siempre deseó ser tan frío y calculador como cuando jugaba al póker, pero era el único ámbito de su vida en el que controlar las emociones se le daba bien. La patada en las corvas pilló por sorpresa al primero, que cayó al suelo de rodillas con un grito de sorpresa y dolor. El segundo se volvió a tiempo para ver a Eric arrojándose contra él para separarlo de Doce.

—¡Dejadle en paz, enfermos!

Antes de que pudiera alcanzar al segundo guardia una mano se cerró sobre el pañuelo que arrastraba. Fue justo al levantar la pierna y lo desequilibró lo suficiente como para hacerlo caer. Solo tuvo tiempo de quedar panza arriba antes de que el agredido se lanzara sobre él.

—¡Tú! Mierdecilla con ínfulas…

Se sentó sobre Eric con todo su peso, que no era poco, y le apretó el cuello con ambas manos.

—Eh —intervino el otro con un jadeo. Ni siquiera se había molestado en detener los movimientos que apresaban a Doce contra la pared—. No le pegues en la cara.

—¿Sabes lo que sucede por agredir al personal de vigilancia, perro?

El asfixiante apretón dejó pasar el aire cuando el guardia soltó una de las manos sin quitarse de encima. Eric tomó una bocanada de aire agarrado con fuerza de la pechera del guardia. Al principio solo pudo toser. Por desgracia, consiguió reunir el aire suficiente para replicar.

—¿Que os echáis a llorar?

No se lo tomaron a mal. De hecho ambos se echaron a reír. El que lo sujetaba comenzó a sacar un pañuelo rojo de su bolsillo. Lejos de suplicar o tratar de razonar con el tipo, Eric se revolvió con todas sus fuerzas y le agarró la cara para hundirle los pulgares en los ojos. La manaza que le agarró estuvo a punto de partirle la muñeca, y pasaría el resto del día con ella hinchada y latiente. Fue incluso más doloroso que la bofetada que vino a continuación, cerca del oído. Esta solo sirvió para llevarse su equilibrio, sin poder luchar de forma efectiva mientras el guardia lo obligaba a levantarse. Para entonces, el otro había terminado con Doce, que se hizo un ovillo en el suelo, lloriqueando.

—Ponle el pañuelo mientras yo le sujeto —dijo el primero.

Estaban acostumbrados a aquello y fue cuestión de segundos.

—¿Tú no tenías que irte? —preguntó el segundo, mirando el reloj. Su símbolo era el seis de picas.

—¿Y dejártelo para ti solo?

Eric notó cómo le bajaban los bóxers a tirones y metían la mano en su bolsillo para buscar el lubricante. No lo puso fácil. Les escupió, pateó y se retorció como un gato salvaje al que intentaban inmovilizar.

—¡Os voy a matar, os lo juro! ¡Cerdos degenerados!

Le ignoraban como si fuera un cachorro gruñendo, deteniendo sus embates con agarrones firmes.

—Eh, Doce. ¿Quieres ganarte un par de chapas?

El aludido no respondió. Había retrocedido por la pared en cuanto dejaron de ponerle atención, pero el guardia que lo había violado fue hasta él y lo arrastró del pelo hasta ponerlo delante de Eric.

—Venga, hazle una buena mamada a Trece para que no esté tan peleón. Si consigues que se corra enseguida, te damos dos chapas cada uno.

Antes de que Eric pudiera decir algo, su guardia lo agarró de la mandíbula desde atrás. Ya podía notar su sexo erguido y embadurnado de lubricante presionando entre sus nalgas.

—Hablar con tu amiguito será un tercer pañuelo, mierdecilla. Recuérdalo.

La boca de Doce, arrodillado entre sus piernas, tomó su sexo flácido al mismo tiempo que el guardia hería su estrecho orificio con un rápido empellón. Notó la pechera clavársele en la espalda cuando se arqueó contra él, sin poder evitar un grito de dolor. La presencia del chico entre sus piernas fue lo único que logró detener sus patadas. Después de todo, no quería hacerle daño a Doce. Los dos estaban atrapados en la misma pesadilla. Solo pudo golpear los costados del guardia con los codos y no tardó en verse inmovilizado por su presa.

—Espero que… te aproveche, cabrón —jadeó, forcejeando—. Te… cortaré la polla y se… se la daré de comer a los peces.

El lubricante suavizó el dolor inicial, pero no lo hizo más llevadero. Ni siquiera la boca cálida y hábil de Doce logró despertar su sexo. Esa vez, al menos, no sufriría la vergüenza de disfrutar con la humillación. Los gruñidos a su espalda y el amargo aliento a café devolvieron a Eric a las calles Elysium. Las cristaleras y los cristales de los coches no eran tan diferentes, y el hermoso paisaje quedaba a la altura de la basura y las fachadas sucias cuando uno se sabía atrapado. La lengua que jugaba con su oreja le provocó tales náuseas que se alegró de no haber pasado por el comedor.

—¿Cómo es? —escuchó preguntar al otro guardia con tono ronco.

—Apretado —jadeó el que le apresaba, aumentando el ritmo de sus embestidas al tiempo que

le obligaba a inclinarse. Su mirada se cruzó con la de Doce, que la apartó enseguida. Sus esfuerzos seguían sin dar resultado.

Sintió lástima por los dos, por su vergonzoso intento de ayudarle y, absurdamente, porque el chico no iba a conseguir las chapas. No iban a salir de allí con nada bueno, solo con un castigo redoblado por su jodido temperamento.

«Eres imbécil. Deberías estar en el callejón poniendo el culo. Es lo único para lo que sirves». Esa vez su propia voz le atacó llena de insidia y autodesprecio.

Dejó de retorcerse y cerró una mano como pudo en el brazo de Doce en un gesto que trataba de transmitirle consuelo. Al menos fue rápido. Un resuello y unos empujones violentos que lo habrían hecho caer de no estar bien sujeto dieron fin a la función. El guardia se apartó enseguida, recolocando su pantalón, y soltó una maldición al mirar el reloj.

—Joder. Voy a llegar tarde por estos mierdas, me voy corriendo —escupió abandonando las duchas de dos zancadas.

El otro, ocioso, se detuvo un momento a su lado.

—Patético, Doce. No me extraña que el jefe no quiera saber nada de ti. Te has quedado sin chapas. Yo que tú me andaría con cuidado con Trece, a fin de cuentas los dos pañuelos que lleva están ahí por tu culpa.

Se fue, no sin antes golpear el botón de encendido de las duchas, empapándolos a ambos. Eric miró a Doce cuando se quedaron solos y negó con la cabeza. Fue lo suficientemente sensato para no hablar, pero no quería que pensara que ese depravado tenía razón. No pensaba ponerse en contra de sus compañeros, conocía bien esa estrategia y haría lo posible por no caer en ella. Se apartó del chico y se quedó bajo el agua, aprovechando para lavarse cualquier rastro de aquel encuentro. Al volver a su habitación, echó la ropa empapada al montacargas y se secó con calma, dolorido. El consuelo de pensar que aquello había acabado quedaba lejos: le quedaban dos días completos en los que cualquier guardia, en cualquier momento, solo o en grupo, podría repetir lo que acababa de suceder.

No salió de la habitación hasta la hora de la ducha y tuvo suerte de que el guardia no fuera ninguno de los dos violadores. Nadie le dirigió la mirada, aunque supuso que todos vieron los dos pañuelos atados a sus piernas. Una vez en la cama siguió pensando en cómo evitar a los guardias, pero iba a ser imposible no verlos al menos durante los desplazamientos a su puesto de trabajo y la ducha obligatoria. No había escapatoria, así que intentaría restringir sus movimientos lo máximo posible.

14. ¿Qué crees que te mereces?

Esa noche solo hubo pesadillas. La voz rasposa del guardia retumbaba en sus oídos, su respiración era como la de un depredador, siguiéndolo en la oscuridad mientras corría. Sus manos se encontraban contra las paredes de cristal que lo cercaban en una jaula transparente a través de la que solo veía una noche infinita. No tenía escapatoria y, aun así, seguía corriendo, con el aliento que olía a café rozándole la nuca con un repulsivo calor húmedo.

El despertador le arrancó de los sueños repetitivos cuando el sol empezaba a elevarse sobre las aguas. Tenía las sábanas pegadas por el sudor y una losa de angustia le oprimía el pecho. No había descansado y el cuerpo le dolía como un recordatorio de lo que había sucedido en las duchas el día anterior. Echó cuentas mentalmente. Aún le quedaban treinta horas que, con los pañuelos pesando en sus tobillos, parecían una eternidad. Mientras estuviera marcado no sería más que carnaza para degenerados.

Valoró sus opciones, pero no tenía muchas: presentarse en su puesto de trabajo era obligatorio y no iba a arriesgarse a ganar un pañuelo más. No era capaz de imaginar a qué horrores le podía exponer eso. Mientras se vestía luchando contra la parálisis se dio cuenta de que ni siquiera en la calle había experimentado un miedo como ese y se arrepintió más que nunca de no haber escuchado los consejos de Andrei.

Era muy tarde para lamentos. Miró el espectacular amanecer desde la vidriera de su habitación. Los abruptos acantilados eran tentadores, le ofrecían una opción para escapar, un abrazo rocoso que le despertaría de la pesadilla con el rugido del viento y un estruendoso crujido. Fantasear con ello le ayudó a reunir energías para enfrentar el camino hacia el trabajo. Al menos tenía una opción, drástica y definitiva, pero que le alejaría de Victor y de su infierno. Era la única libertad que le quedaba y eso le consolaba de una forma extraña.

Esperó a dejar de escuchar movimiento en los pasillos para salir, no quería encontrarse tampoco con sus compañeros.

«Ojala fuera invisible de verdad», pensó mientras se deslizaba por los corredores, deteniéndose en las esquinas para comprobar que no había guardias a la vista.

Para su alivio, no encontró a ninguno en el camino. El trabajo le ofreció un refugio durante las cuatro horas de jornada, que volaron y le devolvieron al estado de paranoia cuando tuvo que volver a salir. Ni siquiera tenía hambre. Su estómago seguía encogido por la angustia y el miedo, así que decidió regresar a la habitación con la misma cautela con la que había salido.

Aún quedaban veintiseis horas.

Llegó la hora de comer. Su estómago seguía cerrado, pero se obligó a encontrar algo de energía en los bombones que le quedaban. El dulce hizo su magia. Pasó el resto de la tarde tratando de apartar los pensamientos funestos por medio de los videojuegos, hasta que le dolieron los ojos. Habría seguido hasta quedarse dormido de no ser por el timbre de la ducha.

Quedaban dieciocho horas.

Tomó aire profundamente, tratando de calmar la ansiedad. Enfrentarse a salir de nuevo a los pasillos era difícil. Esperó con la frente apoyada en la puerta a que todos salieran de las habitaciones y se pusieran en marcha. Pensó en el horizonte tras los cristales, en la caída libre y el viento golpeando su cara. Cuando dejó de escuchar pasos al otro lado de la puerta, salió y se apresuró hasta las duchas. El guardia que vigilaba la entrada le miró los tobillos y sonrió de medio lado, volviendo la mirada al frente y provocando un estallido frío en su estómago. Entró y se desnudó con rapidez, evitando las miradas de sus compañeros. Aun así, las sentía y sabía qué

sentimientos llevaban detrás. Eran variados, no le cabían dudas. Algunos, como Siete, le tendrían lástima. Ocho estaría rabioso: por la situación, por odio a los guardias y por la propia estupidez de Eric. Muchos estaban aliviados por no ser ellos el centro de atención de los guardias. Y Catorce, puede que tuviera una mezcla de todas aquellas cosas, aglutinada con la capa de miedo que nunca parecía abandonarlo. Fuera como fuera ninguno le habló y apenas charlaron entre ellos. Cuando estuvieron aseados y salió, el guardia lo agarró del brazo.

—Tú no.

Sintió que su estómago se convertía en un bloque de hielo. Se detuvo. Esa vez la respuesta de su cuerpo fue muy distinta: el impulso de golpear y correr no llegó. El frío en el centro de su ser se extendió por todo su cuerpo y lo paralizó, volviéndolo sumiso y manejable hasta el punto de que, cuando el guardia tiró de él, caminó como un autómata, dejándose arrastrar hacia su destino. Volvió la mirada una sola vez para encontrarse con la de Siete, que solo asintió con determinación. «Puedes con esto», parecía decirle, pero a Eric le consoló más imaginar que volaba entre las rocas y se convertía en una explosión de millones de gotas de agua roja y salada. Se detuvieron al fondo del pasillo de un lado, donde el edificio creaba un pequeño recoveco sin ventanas.

—Mira, a mí no me gustan los forcejeos, no soy de esos, ¿vale? Si colaboras un poquito, si sabes ser cariñoso, puedo darte diez chapas. ¿Qué te parece? —dijo pasándose la mano por la boca.

Eso no era distinto a lo que había hecho en el callejón. No era distinto a su vida en el Haven.

—¿Qué quieres? —preguntó tensando la mandíbula sin darse cuenta. Tendría que tragarse la náusea. Podía hacer que durase poco.

—Podemos ir a tu habitación… Estar cómodos. —Se acercó a él, colocando una mano en su cadera y tratando de que se apretara en un torpe intento de ser sensual, de fingir que aquello podía ser placentero para ambos. Eric vió las dos picas de su bolsillo.

Iba a añadir algo cuando la voz cantarina de Victor sonó por los altavoces de todo el complejo.

Trece, ven ahora mismo a mis aposentos.

El guardia compuso un gesto de fastidio, pero para Eric se abrió el cielo. Jamás habría imaginado que pudiera alegrarse tanto de escuchar la voz de su captor.

—Mala suerte. Otro día será —respondió Eric, empujando al tipo que aún mantenía la mano en su cadera.

—No lo dudes —replicó el guardia, que no hizo el esfuerzo por retenerlo.

El trayecto hasta los aposentos de Victor fue el más tranquilo que había tenido desde que le pusieran el segundo pañuelo, aun así, lo hizo casi corriendo. Sabía que tras sus puertas estaría a salvo de los guardias y en ese momento no se le ocurría nada peor que estar a merced de esos cerdos. Cuando llegó, llamó insistentemente, como si una jauría de perros le estuviera persiguiendo. Unos familiares golpes a ras de suelo precedieron al robot que abrió la última vez. En lugar de apartarse, irguió un pequeño banderín que ondeó con un sonido vibrante. «Sígueme», estaba escrito en la tela. Otra pequeña excentricidad en un mundo donde, desde hacía décadas, aquellas cosas funcionaban por controles de voz y la replicaban con su propia inteligencia artificial.

La aspiradora, la portera o lo que fuera aquello, le condujo por un pasillo que todavía desconocía, repleto de obras de arte antiguas. Había pinturas de Artemisia Gentileschi, de Lehanan Aida, de Remedios Varo, de El Bosco y de Rafael; una Venus de Willendorf, figurillas egipcias y hasta una escultura de Camille Claudel. No podía saber si eran originales, pero estaba

seguro de ello. Una puertecita abierta daba paso a unas escaleras de madera altas, empinadas y tan estrechas que dos personas no podrían subir a la vez. El robot bajó allí su banderín y se marchó al asumir que Eric se daría por enterado.

El viento del exterior le golpeó la cara. El sol ya se había ocultado, pero el cielo aún se teñía de una luz agonizante. Era un jardín privado a un lado del acantilado, con las propias rocas afiladas como muros desiguales, que en algunas zonas le llegaban por la cintura y en otras superaban su altura con creces. El suelo era de una hierba salvaje tan apetecible que parecía un insulto pisarla cubierto, así que se descalzó. La pared del edificio estaba cubierta de enredaderas y macetas con coloridas flores que caían hasta el suelo. Plantas aromáticas brotaban directamente de la tierra, desordenadas, y al fondo esperaba un bonito invernadero blanco, del tamaño de uno de los dormitorios, medio enclaustrado en la piedra marrón.

Los contrastes de aquel lugar le sumían en una confusión que rozaba el shock. El estado de alerta desapareció y se relajó tan deprisa que incluso se sintió mareado. Sus sentidos interpretaban ese rincón como un lugar seguro, como si un paraíso tal no pudiera ocultar peligros. Su instinto, por el contrario, sabía muy bien lo engañoso que era. Con todo, tras haberse librado de las manos del guardia y haber pasado casi dos días en estado de alerta, apenas le quedaban energías para el recelo.

Ya sin prisa, se acercó al invernadero sintiendo el agradable roce de la hierba en los pies. El interior era tan idílico como el exterior, lleno de flores raras y hermosas ordenadas en hileras. Victor estaba allí, de pie en el camino cubierto de musgo que separaba en dos el espacio, podando uno de los bonsáis de una extensa colección. Una fuerte sensación de irrealidad le asaltó al verle. Sabía que era él, aunque llevaba uno de sus disfraces. Le recordaba a un elfo de una película antigua, con la cabellera rubia y larga peinada hacia atrás y una tiara plateada ceñida en la frente. Llevaba una túnica gris bordada en oro y un cinturón que entallaba su estrecha cintura. Necesitó unos segundos para reponerse de la impresión que le causó.

—¿No te da asco que esos cerdos toquen tus cosas? —inquirió rompiendo el agradable silencio.

Victor no se volvió, manipulando la pequeña rama del bonsái con la concentrada pericia de un cirujano.

—Esos cerdos están igual de vacunados, limpios y libres de enfermedades que cualquiera de vosotros. Y no sois mis cosas, sois mis acompañantes en el paraíso.

Eric entró en el invernadero y observó los bonsáis. Eran extraños, con las hojas de colores que iban del verde al morado, algunos tenían pequeños frutos luminiscentes que parecían gemas.

—Una jauría de depravados muy sana, sí —replicó. Se apoyó en una de las mesas de madera, aún presa del mareo.

Victor suspiró.

—Mira a tu alrededor. ¿Cuántas de estas plantas crees que siguen vivas fuera de esta isla? ¿Cuántas crees que sobrevivirían si las devolviera a ese mundo?

Eric se irguió y observó el precioso contenido del invernadero. No había visto ninguno de esos especímenes en persona y apenas reconocía dos o tres por haberlos visto en los libros o en Internet.

—No entiendo demasiado de botánica, pero creo que la respuesta a ambas preguntas es ninguna.

Victor asintió, pesaroso.

—De hecho, se consideran extintas, como muchas de las especies animales que pueblan la jungla prohibida. Ese es mi propósito: preservar la belleza y lo valioso de un mundo en

decadencia. Aunque a veces tenga que retorcer sus ramas.

Eric se inclinó para oler una hermosa flor de color azul intenso. Su aroma era suave y dulzón. Le erizó el vello de la nuca ser consciente de lo afortunado que era al poder hacer algo así. Estaba rodeado de los vestigios de un mundo que ya había muerto. Pero él formaba parte de esa colección.

—¿Eres solo un coleccionista o aspiras a devolver esa belleza de la que hablas al mundo?

—Depende del día. Algunos me levanto pensando que todavía no es tarde. Otros pienso que nadie merece que le devuelvan algo a lo que nunca dio valor.

Cortó con cuidado una pequeña fruta roja que pendía de una planta rastrera y la sostuvo cerca de la boca de Eric.

—¿Y tú no formas parte del problema? —Eric lo miró a los ojos y mordió la fruta para masticarla. El hambre que apenas había sentido por culpa de la ansiedad empezó a desperezarse en su interior con el intenso sabor, entre ácido y dulce. Era un sabor nuevo para él, delicioso—. Son tipos podridos de dinero y poder los que nos han llevado a esto.

—Fresa silvestre. Los ricos de Elysium todavía la consumen como artículo de lujo, pero es una variante insípida que nada tiene que ver con esto. Pertenecía a los bosques. Comenzó a cultivarse en grandes áreas. Hibridada para aumentar su tamaño. Fumigaban con venenos para eliminar cualquier rastro de hongos o plagas. Aquello contaminaba todos los ríos y pueblos de los alrededores, enfermando a la gente. En todo el proceso se utilizaba mano de obra casi esclava, la mayoría de fuera del país donde estuvieran sus cultivos. —Victor le observaba mientras degustaba aquel lujo—. Lo que llegaba a las casas era poco mejor que lo que se consume ahora. Y no, yo no soy mucho mejor que ellos. Pero ya nací en un mundo condenado. Ven conmigo, podemos volver aquí después —acabó yendo hacia la salida.

Eric le siguió. Sus tripas protestaron sonoramente tras la promesa del primer bocado. La conversación alejaba su mente del miedo vivido las últimas horas y abría su apetito con rapidez. No había comido desde el día anterior.

—Tienes dinero suficiente para cambiar las cosas. E ideas. El proyecto en el que estoy trabajando, aunque sea un supuesto, vas a ponerlo en marcha en algún lugar. Si no, ¿por qué perderías el tiempo en algo así?

—El dinero no cambia las cosas por sí mismo. Solo ayuda a que te presten atención… y a no acabar en la cárcel. —Pasaron por otro pasillo que Eric ya conocía. Victor tomó de encima de una estantería la vara de descargas eléctricas y señaló la puerta de cristal que daba a las terrazas —. Sal.

Eric levantó las manos como un resorte. La expresión le cambió con el sobresalto y palideció.

—Tío, si es por lo de Doce, ya he aprendido la lección, no tienes que… —habló atropelladamente.

—No te asustes. Esto no es para ti.

Decidido a demostrar sus palabras, Victor abrió la puerta y salió primero. Las terrazas bordeaban toda la planta, adornadas con setos cortos, hamacas y mesitas. Guirnaldas y farolillos iluminaban el lugar como si allí se fuera a celebrar una fiesta. Pero lo que llamó la atención de Eric fue ver al guardia que le había violado en las duchas, desprovisto de armas y protecciones, en ropa interior. Mantenía la mirada al frente y la mandíbula apretada. El corazón se le disparó, no terminaba de creer lo que veía. Se quedó tras Victor, temeroso de ser la víctima de otro retorcido entretenimiento. Tener al guardia delante removía todas las emociones que le habían mantenido encogido desde el día anterior.

—¿Qué hace aquí…?

Victor se giró y le pasó un brazo por los hombros, protector.

—Bien sabe Dios que trato bien a mis trabajadores de la isla. Salarios altos, vivienda propia para ellos y sus familias, en el pueblo, horarios flexibles y turnos cortos. A cambio solo pido responsabilidad, eficiencia y puntualidad. —Señaló al guardia con la vara—. Pero parece que, a veces, es demasiado. Y hay fallos. Errores. La rama se tuerce en una posición indeseada y me corresponde enderezarla para que no vuelva a ocurrir. ¿Lo entiendes?

Eric asintió. Tragó saliva con cierta dificultad y pasó la mirada de Victor al guardia. La sola visión de su cara le causaba repugnancia. Su estómago volvió a retorcerse al recordar su agarre, el envite lacerante de su miembro en sus entrañas. Bajo ese recuerdo, el brazo de su captor sobre el hombro le resultó casi acogedor. Comprendió que la vara era para el cerdo.

—¿Y qué pinto yo en esto? —preguntó con un titubeo.

—Este empleado, Nueve de tréboles, en el día de ayer, debía haber estado en la entrada del comedor a la una menos cinco. No se presentó allí hasta la una y diez. No parece muy grave. Una urgencia en el aseo, un incidente en los exteriores, son cosas que pasan. Y que no habrían tenido consecuencias. Pero estaba en las duchas, divirtiéndose contigo. —Victor le ofreció la vara a Eric —. Por eso, del mismo modo en que, a veces, son las habilidosas manos de Tres las que arreglan mis bonsais, te doy la oportunidad de ponerlo en el buen camino.

—Quieres que… —Eric parecía confuso, como si las palabras no hubieran acabado de calar en su cerebro—. Quieres que lo castigue.

Cogió la vara que Victor le ofrecía. La confusión fue despejando su mirada, que chispeó con un fuego que el millonario conocía muy bien: la rabia. Esa que no podía morir a pesar de todo y que Victor redirigía con eficacia en ese instante. No necesitó más indicaciones. Apretó el arma hasta que sus nudillos se volvieron blancos y se volvió hacia el guardia haciéndola chispear. Su sangre también prendía, el miedo era tan voluble y peligroso como la nitroglicerina.

—Cómo pueden cambiar las tornas en unas horas, ¿eh, *Mierdecilla*? —Se acercó pronunciando aquel apelativo con especial énfasis—. ¿Qué crees que te mereces?

El guardia no le miró, los ojos fijos en la vara. Pero tampoco hizo ningún amago de protegerse.

—Tras acabar, regresa al jardín. Nada de muertes ni mutilaciones, cuando te canses y se recupere debe volver a su puesto por la escalera de incendios. Pero tampoco te entretengas demasiado, la comida se enfría —dijo Victor antes de volver al edificio, dejándolos solos.

—¿No piensas responderme? ¿No crees que merezco eso, al menos? —Eric había escuchado a Victor, pero no se volvió, la mirada fija en el guardia medio desnudo.

—Piensa bien lo que haces, chaval… El jefe no tiene ojos en todas partes y después voy a ser yo el que esté al otro lado de esa vara —siseó en cuanto Victor no pudo oírlos.

—Creo que he hecho una pregunta muy simple incluso para tu cerebro de gusano. Piensa bien tú qué vas a responder, porque ahora la vara la tengo yo. Y soy de los que viven el presente.

El guardia escupió al suelo.

—Pienso devolverte lo que me hagas multiplicado por dos.

—¿Y qué pasará después? ¿Crees que a Victor le gustará si me tocas sin razón?

La sonrisa que el guardia compuso estaba cargada de desprecio, aunque en sus ojos brillaba un miedo vivo, imposible de ocultar.

—¿Sin razón? Llevas dando razones desde que llegaste. Creo que en realidad estabas deseando ese segundo pañuelo… y volverás a tenerlo.

Lo que veía en los ojos del guardia le dio muchas respuestas. Sin el consentimiento de

Victor, una falta como esa tendría consecuencias peores que una paliza o un par de descargas. Eso le gustó. Tenía un resquicio de poder en esa partida. Una carta que podría jugar bien.

—No me has contestado, así que seré creativo —respondió Eric dando otro chispazo al aire con la vara, muy cerca de él—. Arrodíllate.

El hombre obedeció sin protestas, como si quisiera acabar con aquello cuanto antes. Como si no fuera la primera vez que alguien le obligaba a hacer lo mismo.

—Pídeme perdón. —Eric escupió las palabras, estrangulando la vara—. Y haz que sea convincente o te juro que no podrás volver a meter la polla en ningún sitio.

El guardia se lo pensó. Estaba escogiendo las palabras, casi se podía ver el proceso mental en una nube justo encima de su cabeza.

—Lo siento. Siento haber cometido el error de hacer aquello que tengo el derecho de hacer con el nuevo protegido del jefe, porque está claro que no fue una buena idea. A partir de ahora te evitaré.

—No me convence.

Eric fue rápido soltando la estocada que electrificó la entrepierna del guardia.

El alarido fue muy explícito a la hora de mostrar lo que esa vara podía hacer. Un recuerdo se filtró entre la rabia de Eric: Victor llevaba de la mano ese mismo objeto cuando le obligó a hacer el circuito para perros. No llegó a utilizarlo, pero lo habría hecho si se hubiera detenido en algún momento. El guardia, hecho un ovillo, rodó por el suelo con ambos brazos entre las piernas, gimiendo. No sintió lástima, pero tampoco alivio a su propio sufrimiento. La rabia, por el contrario, creció.

—Vuelve a intentarlo.

—¡Lo siento! ¡Lo siento, joder! —chilló el hombre, tratando de retroceder lejos de la vara.

—¿Qué derecho crees que tienes sobre nosotros, *mierdecilla*? —Eric avanzó sin clemencia y golpeó con más saña. Primero en el muslo; cuando descubrió la entrepierna, volvió a castigarlo allí donde más dolía.

Los gritos fueron haciéndose agudos a cada descarga, como de matadero, hirientes para el oído… y extrañamente placenteros para una parte de Eric. Una parte de sí mismo que acababa de descubrir y que estaba hambrienta.

—¡Ninguno! ¡Ninguno! ¡Basta, por favor! —consiguió sollozar el hombre en un respiro.

—¡Tú nunca has escuchado las súplicas de quienes están encerrados aquí! —estalló Eric. Otra descarga hizo que el guardia supiera lo que se sentía al depender de la clemencia de alguien que no estaba dispuesto a entregarla—. No volverás a hacerlo. Pienso asegurarme. Y si lo haces, encontraré la manera de ponerte en esta situación de nuevo. Asqueroso depravado. Cerdo de mierda.

No se detuvo. Las descargas siguieron hasta que los gritos cesaron y el guardia quedó tendido en el suelo. Todo su cuerpo le pedía seguir golpeándolo, descargando su ira contra el tipo desmadejado, pero un destello de conciencia lo detuvo. Jadeaba y su corazón galopaba bajo las costillas. La sangre corría excitada por la violencia. Había una cierta euforia latiendo en sus venas. Aunque el dolor de lo vivido no desaparecía, la venganza era tan dulce como decían.

Sin embargo, le preocupó que el hombre hubiera dejado de respirar y se acuclilló a su lado para buscarle el pulso. Encontró el latido en el cuello, para su alivio: no quería sufrir el castigo de Victor. Estaba harto de montañas rusas. Esperó unos instantes a recuperar el aliento y escupió sobre el tipo inconsciente antes de ir en busca del millonario.

El jardín estaba adornado por guirnaldas brillantes que seguían todo el recorrido del muro, iluminando la vegetación y otorgándole al lugar una apariencia todavía más mágica, como si

fuera el patio de esparcimiento de las hadas. O, teniendo en cuenta la estética de Victor aquella noche, de los elfos. El millonario había preparado una mesita de forja con dos sillas a juego. El centro lo ocupaban una maceta con coloridas flores rojas y un antiguo candelabro de cinco brazos. La música provenía de la entrada, a bajo volumen. Se mezclaba con la rompiente de las olas. Reconocía la canción de Agnes Obel, una de sus favoritas. La hermosa voz acompañada del melancólico piano ayudó a calmar sus excitados nervios como un bálsamo.

Be gone, be faraway

Like fuel to fire

Victor ladeó la cabeza al verlo llegar y las alargadas puntas de sus orejas, muy conseguidas, se movieron con gracia.

—Empezaba a temer que se enfriara la cena. ¿Te agrada la gastronomía temática? —dijo empezando a levantar los cubreplatos transparentes—. Pan de lembas, ensalada caliente de higos, jamón y queso azul; mejillones asados de los Puertos Grises, pollo con estragón de Túrin Turambar, bizcochos de miel de Beorn y tarta de moras de Cebadilla Mantecona.

Eric dejó la vara apoyada en un seto y tomó asiento frente a él. El olor de la comida era delicioso y la sola visión de los platos le hizo recordar lo hambriento que estaba.

—Nunca la he probado, pero puedo asegurarte que sí solo viendo la pinta que tiene esto —dijo abriendo la toallita de hidrogel que había junto a su plato para limpiarse las manos. No necesitó que Victor le indicara nada—. ¿Quién eres hoy? ¿Thranduil? Me encantaba *El Hobbit* cuando era un crío.

—Premio —dijo Victor picando ensalada con el tenedor—. Deberías leerlo ahora, de adulto. Lo verás con otros ojos. Está en la biblioteca. Puedo hacer disfraces para ti…

—Lo haré en cuanto pueda relajarme —respondió Eric, que ya había comenzado a comer. Se contenía para no atacar la comida como un mendigo, pues cada bocado le parecía más delicioso que el anterior y en lugar de saciar su apetito, lo aumentaba—. Ya veo. Te van los juegos de rol. ¿De qué quieres disfrazarme?

—No he tenido tiempo para pensarlo. Han sido unos días muy ajetreados, regresé hace un par de horas. Pero lo meditaré para la próxima vez. Si hay algo que te apetezca, puedes dejarlo en el buzón de sugerencias.

El millonario apenas probaba de aquí y allá, observando a Eric con sus intimidantes ojos negros, que no había ocultado con lentillas. Su acompañante le sostuvo la mirada un momento, luego la bajó a la comida y bebió con aparente calma. Se tomó su tiempo para saborear un par de bocados más antes de volver a mirarlo.

—¿Los habrías detenido? —preguntó con gesto grave y una mirada incisiva.

—Sí, para encargarme en persona del correctivo que necesitabas. Fue una estupidez agredir a alguien que, aparte de doblarte en tamaño e ir armado, tenía una posición de poder sobre ti. Y no me gustan los estúpidos.

No lo dijo en alto. Fue un pensamiento fugaz y molesto en la cabeza de Eric: habría preferido que fuera él, y no entendía los mecanismos que le hacían plantearse algo así.

—Ya. Mala suerte. —Una nueva pausa en la que devoró un par de mejillones—. No pude contenerme. Doce será un imbécil, pero no se merecía eso. Puede que tú seas capaz de pasar de largo ante cosas así, o las disfrutes, no sé, pero yo no puedo. Si soy un estúpido por eso, pues lo soy. Devuélveme a Elysium si he dejado de ser interesante para tu colección.

Sonaba ofendido, como si el hecho de no gustarle a Victor tuviera alguna relevancia para él a esas alturas. Victor señaló a un lado, donde la sombra del edificio mostraba otra planta: la última, la del helipuerto.

—Mi avión privado sigue allí, aunque se marchará en unas horas. ¿Quieres irte? Vete. Romperemos el contrato. Pero hazlo ahora mismo.

Eric bajó el tenedor. Miró en la dirección que le señalaba y se rio por lo bajo.

—Estás de farol.

Victor se sirvió una copa de vino y lo paladeó posando sus labios finos en el cristal.

—Esto no es el póker. Nadie iba a creerte y, si alguien lo hiciera y te diera altavoz en algún medio, la teoría de la conspiración solo serviría para darme publicidad. Si no eres capaz de ver la oportunidad que tienes delante, no me interesas. Seguro que tu colchón de la calle 15 ya está ocupado, haré que te manden otro como regalo de despedida.

Eric entrecerró los ojos.

—Yo no he dicho que quiera irme.

—Y yo no he dicho que hayas dejado de ser interesante para mi… colección, así que estamos en tablas.

Eric volvió a los platos. Recordaba la sopa aguada de Las Caridades, el arroz con tomate insípido, el pan duro y la pasta apolillada. ¿Se estaba vendiendo por pensar que lo que tenía delante era mejor, a pesar de todo? No creía que hubiera una opción digna en esa encrucijada. Y tampoco creía estar eligiendo, aunque Victor lo planteara como una elección. En una cosa tenía razón; allí tenía oportunidades, un puesto de trabajo, un lugar limpio donde dormir y la comida garantizada. Podía vivir sin comer fresas y mejillones, pero lo que hacía en Elysium no era vivir y la estancia en la isla tenía un precio. O lo pagaba, o moría joven en el Haven como la mayoría de los que acababan allí.

—Si vuelvo a ganarme los pañuelos Pollaquemada va a joderme vivo. Es una buena motivación para pensar mejor las cosas.

—Allá donde fueres, haz lo que vieres. Tus compañeros no son malas personas por no ayudar. Han aprendido que, en el mejor de los casos, resulta inútil. Prueba la tarta de moras.

Eric obedeció. La explosión de sabor en su boca casi le hizo gemir. Ni siquiera cuando las cosas iban bien en su vida había probado algo tan sabroso, tan alejado de los sabores sintéticos y vacíos a los que su paladar se había acostumbrado. No dijo nada hasta dar cuenta del trozo de tarta y luego comió uno de los bollos de miel. Ya se encontraba saciado y comía por mero placer.

—¿Piensas cebarme como la bruja de Hansel y Grettel?

—Estoy compensando las horas que llevas sin comer. Y hasta donde sé, la bruja tenía al niño encerrado en una jaula. Dime, Eric, ¿alguna vez has contemplado la oscuridad absoluta?

—Mi jaula es un poco más grande —replicó Eric—. ¿A qué te refieres?

Se echó hacia atrás en el asiento, dando por terminada la cena. Con el estómago lleno, la brisa agradable de la noche en los jardines y la hermosa música ambiental, lo ocurrido con el guardia parecía lejano, incluso soportable. Victor acabó su copa de vino y se inclinó sobre la mesa, levantando el índice.

—Vale, escucha con atención. Es muy importante que no mires hacia arriba. Estoy seguro de que apenas has salido del complejo por la noche, o nada. De todas formas siempre está iluminado, incluso tu ventana tiene cierta iluminación residual dando al mar. Supongo que sabes lo que es la contaminación lumínica.

—He vivido bajo una cúpula de *smog* toda mi vida. —Eric tuvo que contener el impulso de mirar al cielo—. Nunca he visto la oscuridad más allá de los cuartos cerrados de Elysium.

—Las macrociudades como Elysium ya no solo producen una contaminación lumínica cercana: su luz llega a miles de kilómetros. Ilumina el planeta… casi por completo. Atiende: antiguamente había una escala para medirlo, la escala de cielo oscuro de Bortle. Tenía nueve

niveles. El noveno es la visibilidad del cielo que hay en medio de la ciudad: nula. Si te vas alejando, los números bajan. El tres era el cielo rural, donde se apreciaban muchísimas estrellas. Ahora eso ha cambiado, desde los escasos pueblos, tan cercanos a las ciudades, ya no se ve nada. El noventa por ciento del planeta no baja del rango cinco: cielo periurbano. Porque casi todo el planeta ya es ciudad.

—Y por eso todos los críos sueñan con ser astronautas, para ver las estrellas de verdad y no en las pantallas. —Eric suspiró—. No siempre es bueno que gane la luz.

—Buen punto. La cuestión es que esta isla es uno de los lugares más aislados del planeta. Un uno en la escala: ubicación con cielo oscuro excelente. O puede serlo cuando yo quiero. —Victor acercó la boca a su reloj—. Freya, apaga todas las luces de la isla, incluídas las del pueblo y mi ubicación actual. Eric, ya puedes mirar.

Ya sabía lo que iba a encontrar, así que Eric respiró profundamente antes de levantar la mirada. Y descubrió que no lo sabía. Que su sueño más detallado y hermoso no se acercaba siquiera a lo que halló sobre su cabeza. Era tan inmenso, tan profundo, que tuvo la impresión de estar precipitándose hacia él. Se levantó de la silla y cayó al suelo, tan a plomo que Victor pensó que se había desmayado. La música aún sonaba en esa bendita oscuridad. Las estrellas parecían seguir el ritmo del piano con sus parpadeos.

But I know you with a heartbeat

So how does the night feel?

—Joder… —dijo en un resuello. Seguía consciente, tendido sobre el césped fresco con los brazos y los ojos bien abiertos—. Victor… Joder…

When the lights fade out

When the lights fade out

Seguía cayendo hacia el firmamento cuajado de destellos. Un cúmulo de estrellas desfilaba de lado a lado de su visión. Supo que era la Vía Láctea, el vecindario del trozo de tierra solitario en el que flotaban y al que habían arrebatado toda belleza. Soltó una risa breve, incrédulo y maravillado.

—No me extraña que antes tanta gente creyera en Dios —dijo en voz baja.

Victor se echó a reír. Siguió el sonido de la voz de Eric y le resultó sencillo acercarse con cuidado para ayudarlo a levantarse. Abrazó su espalda, como si quisiera protegerlo de otra caída.

—Me pasó algo parecido la primera vez. Confucio decía que las estrellas son agujeros por los que se filtra la luz del infinito. Tiene parte de verdad, eso es lo que se siente —susurró en su oído.

La voz de Victor atravesaba las defensas pulverizadas por la escena, permeando el instante de maravilla. Eric apoyó la nuca en su hombro, con el rostro vuelto hacia la noche. La luna era una breve sonrisa, misteriosa y afilada entre los ojillos brillantes de las estrellas. Pensó en lo hermosa que debía ser en el plenilunio, en su luz durante esas noches, si siendo apenas una línea era tan fascinante.

—Sé que es imposible, pero estoy cayendo hacia ellas —susurró embelesado.

—Teniendo en cuenta la posición geográfica, se podría decir que las estás mirando desde arriba. Sería bastante inexacto, pero… ya me entiendes. ¿Sigues mareado?

Eric tardó en responder. Era como si el mundo entero tuviera que reconfigurarse. Se dio cuenta de que estaba dejando el peso sobre el pecho de Victor y una punzada de incomodidad lo ayudó a volver a poner los pies en la tierra. Se irguió y negó con la cabeza.

—No. Estoy bien… Ha sido la impresión. No lo imaginaba así.

En cuanto se apartó, Victor hizo lo mismo.

—Freya, vuelve a encender todo. Bueno… Ya no será lo mismo, pero, desde tu habitación, ya que no apunta hacia el pueblo, podrás seguir contemplándolas. Puedes marcharte —acabó agarrando un pastelillo.

Eric se quedó clavado en el sitio cuando las luces regresaron. Aún quedaban unas trece horas. Demasiadas oportunidades para que los guardias volvieran a asaltarlo, incluida la vuelta desde esos jardines hasta su habitación.

—¿Hay alguna forma de que me quites los pañuelos? —preguntó, tratando de ocultar el miedo que regresaba a él.

—No. Pero dudo que vuelvan a molestarte. Esta vez. —Victor consultó el reloj—. Ahora, si me disculpas, voy a pasar la noche con otro de tus compañeros.

No parecía muy seguro, pero Eric tuvo que aceptar esa respuesta, extrañado por que Victor no le reclamara nada después de la cena y de mostrarle el firmamento limpio. Sintió una punzada de decepción.

—Vale. Pues… Buenas noches —se despidió, retrocediendo un par de pasos sin darle la espalda.

Esa noche podría descansar, sin ansiedad, sin miedo, con el estómago lleno y la satisfacción de la venganza. Y con la imagen grabada en las retinas de un cielo cuajado de estrellas. Aliviado, Eric al fin enfiló el camino de vuelta, dejando a Victor y a la música atrás.

But the road through mines will lead you back, and I will be with you
Before the road of your mind will eat you up, on your island of doom
Where the voices have all gathered up, to a choir of fools
But I know my mind will reach you there, and I will be with you.

15. Es importante estar unidos.

—¡Trece!

Los golpes en la puerta habían sido tan suaves que fue la voz lo que sobresaltó a Eric poco después de que sonara el despertador, mientras se lavaba la cara. Todavía faltaban unas horas para que su castigo terminara y fue a abrir con el estómago encogido de miedo. Los guardias no podían asaltar a los internos dentro de las habitaciones, pero a esas alturas no podía dar nada por seguro.

El guardia que esperaba al otro lado era el mismo que le había puesto el primer pañuelo junto a la sala de peluquería, el Dos de Picas.

—Buenos días. Vengo a comunicarte que podrás quitarte ambos pañuelos a las dos en punto del día de hoy. Debes dejarlos en el montacargas de ropa sucia de tu aseo. —Hizo una breve pausa, observándolo con un ápice de lástima—. Tienes que bajar a desayunar. Te has saltado demasiadas comidas y eso se acaba penalizando.

Eric lo miraba por el hueco entreabierto de la puerta, sin terminar de fiarse.

—Sí, voy a bajar ahora. Supongo que no tendréis demasiadas ganas de fiesta después de lo de ayer. ¿Cómo está tu colega?

—No es mi colega. Y tú tampoco. Solo hago mi trabajo, así que pónmelo fácil —dijo señalándolo con el índice. Su tamaño y su equipación lo convirtieron en un gesto de amenaza, pero el tono era de simple advertencia.

Se marchó por el pasillo antes de que Eric cerrara la puerta. Cinco, aún con la corta melena negra suelta y despeinada, pasó corriendo y riendo con una sandalia extra de la mano, seguido de Seis, a medio recortar su barba cuidada, que le maldecía medio descalzo y con los rizos morenos aún húmedos. Eric terminó de asearse y fue al comedor. De camino, una especie de extraño gañido sonó dos veces en los jardines. Eric se asomó, pero no volvió a escucharlo y continuó su camino.

La cena de la noche hizo que no llegara demasiado hambriento al desayuno, por lo que se sirvió un bol de yogur con frutas y unas tostadas con mantequilla junto al café con leche y se sentó a comer sin ansiedad. Sus compañeros desayunaban enzarzados en conversaciones en pequeños grupos. Doce ya no llevaba los pañuelos y parecía de buen humor, estaba sentado junto a Nueve, riendo por algo que acababa de decirle. Caleb, Soren y Chris, que se sentaban juntos, le dirigieron una mirada y Soren esbozó una suave sonrisa. Supo que se alegraban de verle allí, vivo, entero y dispuesto a alimentarse junto a los demás. El resto se limitó a fingir que no existía.

El trabajo fue tan gratificante como los días anteriores. Cumplía con eficiencia las metas del día e incluso avanzaba en áreas previstas para otras jornadas o en secciones del proyecto que pensaba podía mejorar con nuevas ideas. Las horas volaron y también lo hizo él una vez sonó el timbre y pudo regresar a su habitación y tirar los pañuelos en el conducto de lavandería.

Soren le dio una efusiva bienvenida, abrazo con palmada en la espalda incluido. Chris no fue tan entusiasta y, aunque le llamó imbécil, supo que se alegraba de no ver los pañuelos en sus tobillos. No se habló del tema durante la comida, nadie hizo una sola mención a lo ocurrido y Eric solo quiso hablar del trabajo apasionante que tenía entre manos, algo que a Chris le pareció un peñazo y de lo que Soren no entendía ni papa, por lo que pasó el rato haciéndole preguntas sobre economía rural y azuzando los pocos comentarios ácidos de Chris. Cuando los platos estaban vacíos, Caleb se acercó con una toalla de la mano.

—Eh, las tres mellizas han acabado el chiringuito de la piscina justo antes de la comida y

quieren enseñárselo a todo el mundo, ¿quién se viene?

Eric se puso en pie, deseoso de volver a relacionarse y retomar una rutina que lo alejara de lo vivido.

—Yo voy. Tengo que celebrar que vuelvo a existir. ¿Crees que servirán margaritas?

Caleb negó con la cabeza.

—Nada de alcohol sin chapas, pero podemos pedirlo en el buzón de sugerencias.

Todos se apuntaron a ver la novedad, que resultó una sorpresa incluso para los que habían colaborado. El chiringuito emulaba con auténtico realismo las cabañas con barra de los resorts para ricos de los anuncios. Las paredes tenían una estructura metálica, pero estaban cubiertas de bambú. El techo de enormes hojas secas que pendían hasta crear una sombra agradable y media docena de taburetes para los primeros clientes creaban un entorno idílico, aunque lo mejor era el camarero: un robot humanoide con sombrero, pajarita y aires de *lord* antiguo. Cuatro toqueteó algo en uno de sus brazos articulados y se ajustó las gafas antes de animarlos a que se sentaran.

—¡Venga, pedidle una bebida!

—Ponme una cola —pidió Eric al camarero—. ¿Lo has montado tú? Está muy logrado. Me gustan más este tipo de robots que los que tienen la cara de látex. Esos acojonan.

—Con Cinco y Seis. A mí no me habría importado darle un aspecto realista, pero ya sabes que Victor prefiere el estilo *vintage*… Este cacharro es casi *steampunk* si le añadimos algunos engranajes de adorno.

Los demás se sentaron a su lado, esperando mientras el robot vibraba.

—Deberíais ponerle los engranajes a la altura de la cabeza, porque se toma su tiempo, el cabrón… —dijo Chris con una risita.

—¡Está procesando! Irá más rápido cuantas más veces reciba la misma orden.

Por fin, el robot se deslizó sobre unas ruedas y agarró una lata de cola para dejarla ante Eric.

—¿Y sabe hacer alguna otra cosa? —preguntó Caleb.

—¿Pajas? —sugirió Soren, colocando la mano en la misma posición del robot, como una herradura, y agitándola verticalmente a toda prisa.

Aquello provocó un coro de risas que Cuatro no acompañó.

—Cuenta chistes malos. Cosas de Cinco.

—Como Soren, ¿no? —bromeó Eric, ganándose un codazo del interpelado.

—¡Qué ataque más gratuito!

—Acabas de hacernos una demostración. —Eric volvió la atención al robot—. ¿El vaso con el hielo sabes ponerlo?

Tras unos segundos, el robot se las arregló para tomar un vaso de debajo de la barra y llenarlo de hielo con la pequeña pala del cubo, ganándose un aplauso generalizado.

—Roborero, cuéntanos un chiste —dijo Cuatro.

Hubo un sonido zumbante en el interior del robot, que se puso muy recto.

—¿De dónde sale la porcelana? —preguntó con una voz masculina, señorial y de timbre anticuado.

—No lo sabemos, ¿de dónde? —Soren miró al camarero con ansias.

—De las porceovejas —respondió el robot al instante. De su interior salieron sonidos de aplausos y risas enlatadas.

—Desguázalo. Eso ha sido horrible —dijo Chris.

—No está mal. Es bastante creativo —lo elogió Caleb.

Soren golpeó la mesa con la palma y soltó una carcajada.

—Estaba seguro de que te iba a gustar —comentó Eric.

—¡Pero si es buenísimo! Ponme una limonada y cuéntanos más chistes, Camarebot. O Robomarero. Lo que sea.

Tras servir una ronda completa para todos los presentes, desplazándose por el reducido espacio con movimientos calculados, el robot sugirió una nueva pregunta.

—¿Qué pasa si tiras un pato al agua?

—¿Que flota?

—Joder, Siete, deja de seguirle la corriente —se quejó Chris.

—Nada.

La salva de aplausos internos tuvo coros reales en el exterior, justo detrás de ellos.

—¡Muy bueno! —dijo Victor, acercándose—. Buen trabajo, Cuatro.

Todos se sorprendieron y callaron, salvo Cuatro, que sonrió de oreja a oreja, henchido de orgullo.

—¡Gracias! Estábamos discutiendo si ponerle algunos engranajes meramente estéticos.

Eric se volvió para mirarlo. El millonario llevaba un bañador azul y el pelo atado en un moño a la altura del cogote. También unas gafas de sol, aunque se las bajó un instante hasta la punta de la nariz para guiñarles un ojo. Un gesto que debía haber sido solo simpático, pero como todo en él, fue sensual y atractivo.

—Eso estaría bien. Y un chaleco de punto, rojo. ¿Cómo se llama?

—Los chicos y yo lo llamamos Roborero de forma temporal, pero todo el mundo parece tener su propia opinión —suspiró Cuatro.

Victor inclinó medio cuerpo sobre la barra para agarrar una lata de refresco, sin que el robot se moviera.

—Tenéis que hacer algo para que no se deje robar. Y todo el mundo debería proponer nombres —miró al resto—. ¿No creéis?

—Sí, democracia —dijo Soren. Chris le miró mal—. A mí me gusta Camarebot.

—Su creador es Cuatro, ¿no es justo que le bautice él? —preguntó Eric.

—Con Cinco y Seis —puntualizó Cuatro, que nunca dejaba pasar la oportunidad de recordar que era parte de una santa trinidad.

Victor abrió su lata y le dio un trago con gesto pensativo.

—Eso también es cierto. Bueno, habladlo entre vosotros.

—Podría servir cócteles. —Chris intentó sacar provecho del encuentro.

—¿Mmmmm? No puedo tener a un robot sirviendo alcohol de forma constante. A corto plazo habría peleas, suciedad y, a la larga, problemas.

Soren asintió de forma casi imperceptible, aunque Chris lo vio. Debía conocer su anterior adicción al alcohol, porque apretó los labios, consciente de que podía ser una mala idea, al menos para su amigo.

—Quizá los fines de semana, uno por persona —sugirió Caleb.

—Para eso está el buzón de sugerencias. Pero… sí podría organizar una fiesta, antes de la estación de tormentas, con cantidades reducidas. ¡Mejor aún! ¡Vosotros seréis los organizadores!

Eric no dijo nada, a la expectativa. No podía evitar recelar de la presencia de Victor entre ellos, como si siempre tuviera una intención oculta para aparecer.

—¡Es genial! —exclamó Soren—. Podemos hacerla temática. Rollo hawaiano o algo así.

—¿Y algo más digno? Como el *Far West* —sugirió Caleb.

Victor, que había permanecido apoyado en la barra, se apartó negando con vehemencia.

—Trece se ocupa de la temática, vosotros tenéis un gusto horrible. Cualquier cosa que necesitéis, habladlo con Dos para que lo busque en el almacén o haga el encargo.

—¿Se lo digo a los chicos? —preguntó Cuatro.

—No. Vosotros estáis fuera, ya tenéis suficiente carga de trabajo. Es cosa de Siete, Ocho, Once y Trece. Me voy a dar un baño a la otra piscina… para no perturbar vuestra tranquilidad. Aunque si alguno quiere acompañarme, es bienvenido.

Antes de marcharse agarró a Soren del mentón y le obsequió con un beso jugoso, al que no se opuso. Cuando estuvo lejos, Caleb tomó la palabra.

—Alguien debería ir, ¿no? O se lo tomará a mal.

—Habrá que sortearlo —suspiró Chris.

Se miraron entre sí. Eric sorbió su bebida sin añadir nada.

—No os preocupéis, iré yo y ya me lo devolveréis. —Soren sonrió exagerando un gesto de orgullo—. Al fin y al cabo me ha elegido.

—¿Seguro que no quieres que lo echemos a suertes? —preguntó Chris.

—Sí. El jefe está de buen humor.

—Brindaré en tu honor y te guardaré bombones —dijo Eric levantando el vaso.

—Bastante tienes con el marrón de elegir el tema. —Soren les guiñó un ojo antes de irse con su limonada—. Luego nos vemos.

El resto se quedaron allí un rato, hablando de todo y nada, alternando los baños refrescantes con la sombra agradable del chiringuito. Momentos en los que era fácil distraerse e imaginar que solo estaban de vacaciones, disfrutando de algo reservado para muy pocos. Cuando llegaron Seis y Cinco, su charla se recondujo al robot. Chris, aburrido, se marchó al gimnasio. Caleb, que acababa de salir del agua, le señaló a Eric los jardines, recogiendo su ropa.

—¿Te apetece dar un paseo? Dicen que Victor ha traído pavos reales de este último viaje.

—Esos deben ser los gritos raros que he estado escuchando —comentó Eric. Se echó la túnica por encima, poniéndose en pie mientras la ajustaba a su cintura. Se dejó los zapatos olvidados cuando fue junto a Caleb—. Vamos. En realidad odio a los robots, pero no quiero ofender a los chicos —añadió con una risilla.

—Venga, es bastante simpático, con su pajarita y sus chistes que dan pena. ¿Qué tienes contra ellos? —preguntó Caleb mientras caminaban hacia el verdor de los setos.

A un lado, en la cancha de baloncesto, Dos y Tres jugaban un partido de baloncesto entre ellos. Estaban sudados y sofocados, sin tomárselo muy en serio. Cuando Tres saludó, Caleb le hizo un gesto de beber y señaló el chiringuito que quedaba atrás, recibiendo dos pulgares levantados como respuesta, el suyo y el de Dos. Eric también les saludó.

—En realidad no es nada personal contra ellos, sino contra el uso que les dan. Mucha gente en Elysium se ha quedado sin trabajo y sin la renta universal que prometieron con la implementación de las inteligencias artificiales. La verdad es que serían una herramienta maravillosa para crear una sociedad idílica si no estuvieran en manos de millonarios avariciosos y tuviéramos mejores políticos.

Caleb asintió.

—Como la mayoría de inventos. Pero eso es así desde la revolución industrial… El avance está construido con la sangre y el sudor de las clases trabajadoras. ¿Tú te quedaste sin trabajo? Eres… economista, ¿no? O eso cuchichean.

—Sí. Estudié económicas y era investigador en la universidad. Desarrollaba proyectos sobre economía social y del desarrollo, pero mis ideas incomodaban a los accionistas. Las consideraban inútiles. —Eric se encogió de hombros—. Luego encadené trabajos de mierda en Valkyria hasta que me echaron porque un robot de reparto hacía el trabajo más rápido.

—En Valkyria… —murmuró Caleb.

Se habían adentrado en los jardines, siguiendo las sinuosas formas de los setos y las plantas autóctonas. El grito los sobresaltó tras un muro de enredaderas. Después del sonido apareció la elegante cabeza del pavo y, tras ella, su cuerpo rechoncho y enorme. Tenía la cola cerrada y los observaba con suspicacia. Eric se apoyó en el muro para observar al animal sin molestarlo. Era un ave hermosa, estilizada, de colores irisados e hipnóticos. Recordaba haber visto pavos reales cuando era un crío, en el triste zoológico de Elysium. Los animales encerrados allí suponían el único contacto que un niño de ciudad tenía con la naturaleza, junto a los árboles de los escasos parques. No solían lucir tan buen aspecto como el que tenía delante en ese momento. Su mirada ladeada, como si sospechara de ellos, lo hizo sonreír.

—¿Y tú? ¿De dónde vienes? Soren te mantuvo en el misterio —dijo volviendo la mirada a Caleb, acodándose en el muro.

—También de Elysium. Traductor e intérprete. Daba clases nocturnas para adultos, tenía mi propio negocio. Pero la gente empezó a aprender con aplicaciones especializadas, las que ahora conceden los títulos… y no tuve suerte a la hora de encontrar trabajo en otro lugar. Oye, vamos por el otro lado, he oído que son muy territoriales. En fin. Tenía talento para el juego. Cuando me echaron de un par de casinos probé suerte con el pase y aquí estoy.

Eric le miró con un gesto cómplice, riendo por lo bajo. Caminaban por un sendero de piedra rodeado de muros bajos y enredaderas. La tarde traía una brisa fresca con olor a salitre.

—A mí también me echaron de un par de casinos. Bueno, ya sabes que estoy aquí por el pase, también. Una feliz idea… —añadió con sarcasmo.

—Se hace peor cuando piensas en cuánta gente mataría por estar en nuestro pellejo, incluso sabiendo la letra pequeña —suspiró Caleb. Luego cambió de tema de forma radical, sin cambiar el ritmo ni el gesto—. Aquí hay cámaras, pero no micros. Solo quería decirte que estaba preocupado por ti, estos días. No vuelvas a jugártela con los pañuelos. No te arriesgues a un tercero.

No era la primera vez que alguien al que apenas conocía se preocupaba por él. En la calle, uno aprendía sobre la humanidad de los que no tienen nada, podía ver lo peor del ser humano y también lo mejor. Allí estaban en un entorno privilegiado, pero también les unían las mismas experiencias traumáticas. El mismo miedo. Eric intentó que su expresión tampoco cambiara cuando le miró, lleno de agradecimiento.

—Vi lo que le hicieron a Doce. Se me fue la cabeza, Caleb. No quiero volver a pasar por eso. Si el segundo es así, no puedo imaginar el tercero.

—Solo le ha sucedido a Chris. Y ha vuelto para contarlo. Deberías hablar con él. Soren y él vienen aquí a fumar a menudo.

Llegaron hasta un banco y Eric recordó que allí les había conocido. Se sentó y apartó con el pie algunas colillas, escondiéndolas bajo el asiento.

—No creo que quiera hablar de ello, pero si se da la ocasión, se lo preguntaré. —Eric hizo una pausa, no estaba seguro, pero acabó preguntándole—. ¿Tú los has llevado alguna vez? Los dos.

—Todos hemos pasado por eso. Algunos guardias quieren probar carne nueva y están muy atentos a la menor falta cuando todavía no han estado con alguien, aprovechando para ponerlo por cualquier tontería que en otros casos ignorarían. —Señaló las colillas—. Si ahora pasara por aquí uno con malas intenciones, nos acusaría de ensuciar el jardín. Vamos a recogerlas de todos modos, Soren a veces es descuidado.

Eric se agachó, casi golpeándose con Caleb. Los ojos verdes de Once se iluminaron cuando se echó a reír. Entre los dos, recogieron las colillas y se las guardaron en los bolsillos.

—Esto se hace más llevadero así, sabiendo que hay gente que se preocupa por ti —dijo Eric al volver a sentarse.

—Es importante estar unidos.

***

Una hora más tarde y tras una larga conversación con Caleb sobre temas insustanciales, Eric recordó que aún tenía que cumplir con su hora de deporte. No quería tentar al diablo, así que se despidió a desgana de Once una vez llegaron al edificio y se dirigió al gimnasio. Al cruzar la puerta, se encontró de frente con Doce, que había terminado su sesión de ejercicios en ese momento y salía con una toalla colgada del hombro. Los dos se quedaron parados, mirándose. El chico parecía dudar y tenía una expresión muy diferente a la que solía mostrar con él. Un brillo extraño en sus ojos llamó la atención de Eric, que rompió el incómodo silencio.

—Te veo bien, Doce —comentó cauteloso.

—Tú también tienes buen aspecto —contestó Doce tras unos segundos. Al ver que Eric seguía su camino lo agarró del brazo—. ¡Espera! Yo… quería disculparme por la actitud de estos días. Lo que hiciste fue muy valiente, nadie habría hecho lo mismo.

Sorprendido, Eric tardó un momento en encontrar las palabras para responder.

—Mira… da igual si no comenzamos con buen pie, no te lo merecías.

—Puede que no. Pero a ti te pusieron esos dos pañuelos por mi culpa. Y… te debo una. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Pude quedarme callado y pude pasar de largo, pero soy un bocazas impulsivo. Me gustaría haber podido hacer algo. Aun así, lo tendré en cuenta. —Eric iba a seguir su camino, pero se detuvo antes de dar el primer paso—. ¿Cómo te llamas?

—Oh. Soy Daniel. ¡Disfruta del entrenamiento! Y si después quieres algo de la máquina, lo que sea, tengo chapas —dijo antes de irse con una sonrisa inusual en él.

Sin terminar de creer lo que acababa de ocurrir, Eric entró para realizar sus rutinas y reunirse después con los demás para cenar. Fue un momento agradable, distendido y sin miradas extrañas por parte de nadie. Ya se había acostumbrado a sentarse con Chris y Soren, Caleb se les unía a veces y esa noche lo hizo, sentándose a su lado para seguir conversando. Para la hora de la ducha, Eric se encontraba de mejor humor y había logrado ignorar el miedo que aún le asaltaba cuando veía a los guardias. Pasó el rato en la biblioteca, formalizando el préstamo de un par de libros sobre cine antiguo. Si era su responsabilidad elegir la temática de la fiesta, tendría que pensarlo bastante. Iba a girar la esquina para ir a su habitación cuando escuchó unas risitas en el pasillo. El instinto, la curiosidad y la sensación de que interrumpiría algo hicieron que se asomara con cuidado antes de avanzar. Catorce y Nueve estaban delante de la puerta del primero, que trataba de pasar la tarjeta sin muchos resultados: las manos de Nueve estaban ocupadas distrayéndolo, perdidas bajo su túnica. Cuando Catorce por fin lo consiguió y se giró para besarlo, estuvieron a punto de caer dentro. Eric sonrió y esperó a escuchar que la puerta se cerraba para ir a su habitación.

La vida seguía, a pesar de todo. Cada uno de ellos sobrevivía a su manera a las vivencias por las que pasaban en una isla que era un paraíso y un infierno a partes iguales. Era difícil gestionar emociones tan antagónicas, pero Eric empezaba a entender cómo lo hacían: fingían olvidar los abusos, los normalizaban, algunos creían enamorarse de su captor, otros se aferraban a las cosas buenas que tenía la vida allí. Y, sobre todo, se tenían los unos a los otros para consolarse y darse fuerzas.

16. La puerta está abierta.

Las semanas pasaron rápidas para Eric, enfrascado en el trabajo y repartiendo su tiempo libre entre la biblioteca, sus nuevos amigos y el gimnasio. No estaba en mala forma al llegar, una buena genética y la escasez de vicios lograron que la calle no le pasara factura a su forma física. Pero las máquinas y la alimentación empezaban a resaltar su musculatura. Se sentía enérgico y centrado, capaz de enfrentar cualquier reto.

Al menos hasta que Victor volvió a llamarle al atardecer. La incertidumbre de aquella puerta cerrada siempre le atenazaba el estómago. Respirando hondo, llamó y esperó los familiares sonidos de la aspiradora golpeando. Fue el millonario el que abrió. No tuvo tiempo de verlo. Victor agarró con fuerza el pecho de su túnica y lo empujó contra la pared, apretando un beso agresivo contra sus labios. Aprovechó la protesta muda para que su lengua se abriera paso, eléctrica, hambrienta.

Antes de que fuera consciente de lo que ocurría, el cuerpo de Eric empezó a reaccionar, despertando bajo el agarre impulsivo de Victor. El corazón le taladraba los oídos, la sangre se aceleró y comenzó a quemar en sus venas. Un hambre retorcida controlaba sus acciones.

Él también se aferró a la chaqueta del millonario, que aún no se había cambiado, y replicó al beso echándose hacia adelante para hundir la lengua en su boca. Esa era la única forma de lucha que se le permitía.

—¿Un mal día en el trabajo…? ¿Umm? —resolló entre las embestidas de sus labios.

—Muy avispado. ¿Quieres subir a mi jardín privado o prefieres la comodidad de la cama? —contestó Victor bajando la lengua por la línea de su mandíbula, con las manos inquietas buscando el mejor lugar para colarse dentro de la túnica.

—Qué honor. —Eric levantó la cabeza, mostrándole el cuello al tomar aire—. Me dejas elegir. Prefiero el jardín.

Pero no se movió. Había colado la mano hasta la nuca de Victor y lo agarró del pelo, empujándolo hacia sí.

—Si no me sueltas cambiaré de parecer y escogeré yo. Aquí.

Victor había encontrado lo que buscaba y apretó el trasero de Eric con fuerza, con ambas manos. Eric gruñó, disconforme, pero le soltó el pelo despacio e hizo resbalar los dedos por su nuca.

—¿Tienes prisa? Porque yo tengo la agenda libre —dijo apoyando la cabeza en la pared para mirarlo con una ceja arqueada.

—En realidad, no. —El millonario no se apartó, pero dejó de tocarlo para solo observar. No llevaba lentillas y, con la escasa iluminación de la entrada, sus ojos parecían brillar—. He tenido un día de mierda, Eric. No tengo prisa, ni ganas de pensar, ni ganas de dar más órdenes. Así que te ofrezco un maravilloso regalo: haremos lo que tú quieras, en el ámbito sexual, hasta las doce. El hechizo se romperá a esa hora.

Por el silencio que siguió a esas palabras, Eric estaba sorprendido, o no terminaba de fiarse. Victor estuvo a un segundo de perder la paciencia, pero entonces su elegido bajó las manos por las solapas de su chaqueta y abrió los botones despacio, la mirada fija en sus ojos.

—¿Eso significa que podré regresar a mi habitación o que a partir de entonces recuperarás las ganas de dar órdenes?

—Esta noche dormirás aquí —fue la escueta respuesta.

No era lo que Eric creía querer escuchar. Con todo, el plan no le parecía mal. No

comparándolo con todas las opciones que imaginaba cada vez que Victor lo llamaba. Unas horas de libertad, aunque fuera para follar, podían dar mucho de sí. Pensarlo hizo que una emoción perversa lo excitara. Asintió y terminó de quitarle la chaqueta, tirándola al suelo sin más ceremonias. Luego le dio un beso largo y lúbrico y se deshizo de su agarre para subir al jardín. El sol todavía aguantaba sin tocar el horizonte. Con la claridad las plantas tenían un aspecto menos místico, pero ganaban en detalles. Su aroma acarició el olfato de Eric en cuanto avanzó descalzo por la hierba, seguido de Victor. Este señaló la botella y los elegantes vasos que esperaban sobre la mesita.

—Es un licor de frutas muy suave, lo hacen en el pueblo.

—¿Ya lo tenías preparado? —Eric se acercó y sirvió el licor en ambos vasos, tendiéndole uno a Victor—. Sabes que no suelo beber, pero haré una excepción por esta noche.

—Por eso he escogido uno muy suave, es ridículo brindar con un zumo y yo conozco los gustos de mis residentes —dijo Victor, tomando la bebida para brindar.

Las copas tintinearon al rozarse. Eric miraba a su captor con curiosidad. Su expresión había cambiado, la rabia del principio seguía titilando en el fondo de sus pupilas, como un tigre agazapado, pero en esos momentos parecía intrigado.

—¿Por qué se brinda esta noche?

—Por tu trabajo, muy destacable —dijo Victor sin añadir detalles, dándole la espalda para acariciar una de las flores—. Y por la estación de tormentas, que llegará pronto.

El halago hizo que una sensación de orgullo colmara el pecho de Eric. No quería sentirla, lo que su *jefe* pensara sobre su trabajo no debería importarle, lo que tenía que prevalecer sobre todas las cosas era el odio que sentía por él. Imaginó que lo agarraba del pelo y le bajaba los pantalones. Que le hacía lo mismo que el guardia le había hecho a él. Esos pensamientos oscuros provocaron un hormigueo en su sangre. Se acercó despacio, degustando el licor sin prisas, hasta que estuvo muy pegado a su espalda. Una caricia contenida trepó hacia la nuca de Victor, que pudo sentir el aliento bajo su oreja.

—Las tormentas deben ser impresionantes aquí…

—Todas las plantas que no están a resguardo en el invernadero morirán —suspiró el millonario.

—No todas. Seguro que algunas crecen más altas y fuertes.

El pelo de Victor era muy suave. Eric enredó los dedos y disfrutó de la textura de las finas hebras. Le recordaban a los hilos de una tela de araña. Con el sol poniéndose el color de su melena se volvía más dorado, menos fantasmagórico. Esa luz lo hacía parecer más humano.

«Pero no lo es. Es un monstruo. Una estatua animada llena de oscuridad. Un demonio», se recordó. El millonario desprendía un olor parecido al del jardín, a madera y flores misteriosas. Le erizó el vello de la nuca. Cerró los dedos sin darse cuenta en el cabello de la de Victor. Este no se volvió.

—Recordarás esas palabras cuando veas la primera, a salvo desde tu ventana, y descubrirás cuán errado estabas. Cada cosa que no esté anclada, que no tenga gruesos muros, cemento o cristales blindados, desaparecerá… —explicó Victor con tono ausente—. Salvo, quizá, los tallos lo bastante débiles como para someterse. La barca que baila con el mar en lugar de luchar contra él.

—Si sobreviven es que no eran tan débiles. El deseo de vivir nos hace tenaces.

El tirón fue lento. Eric lo atrajo hacia sí y lo obligó a ladear la cabeza para dejarle la marca húmeda de licor de sus labios en el cuello. La mano cerrada en un puño en la nuca del millonario. En su mente parpadeó la imagen: lo empujaba, lo tiraba al suelo, de rodillas, lo

azotaba, lo tomaba sin preparación. Solo era una fantasía, la realidad era que a las doce terminaría el hechizo y entonces llegarían las consecuencias.

—Pero tú no quieres oír hablar de plantas y tormentas. —Victor se giró del todo, quedando cara a cara—. ¿Qué quieres? ¿Lo sabes? ¿O estás demasiado preocupado por el futuro para decidir el presente?

Eric no le soltó. Su presa era rígida, pero lo dejaba moverse, expresando un anhelo por sí sola.

—Yo no puedo decidir. —Victor vio las líneas de tensión en su mandíbula. El destello en su mirada que lo dejó atisbar por un momento al hombre que en realidad era—. Lo sabes.

—No tienes disponibles todas las opciones. ¿Acaso alguien tiene un control absoluto de su vida? Pero tienes una, al menos. Así que puedes aprovecharla o puedes correr a esconderte a tu madriguera como un conejito y dejar que te pase por encima. La puerta está abierta —contestó el millonario con frialdad.

Victor también sabía cuál iba a ser su decisión. A veces creía que era capaz de meterse en su cráneo y rebuscar sus deseos más ocultos, leer en su alma hasta el más vergonzoso de sus secretos. No podía hacer todo lo que quería. Pero podía hacer algo que deseaba.

El millonario pudo ver la frustración en su rostro antes de que se abalanzara sobre él. Esa vez el tirón fue brusco y doloroso. La copa de licor resbaló de los dedos de Eric y rodó sobre la hierba cuando empezó a abrirle la camisa. Mordió la boca de Victor antes de besarla como si fuera una fruta madura, con gula, y encontró en ella el sabor dulce del licor que acababan de compartir. Notó que sonreía contra sus labios.

No se quedó quieto, aunque le hubiera ofrecido las riendas a Eric, Victor distaba mucho de ser un conejillo asustado. Una mano de dedos largos y finos se deslizó entre ambos cuerpos, primero desatando la túnica, luego colándose dentro de la goma del boxer. Enseguida se topó con el sexo que se desperezaba. Un solo roce provocó un latido que engrosó la carne entre sus dedos. Eric gruñó de descontento y terminó de abrirle la camisa. Empujaba contra sus labios con tanto ímpetu que lo obligó a dar un paso atrás para recuperar la estabilidad. La carísima camisa de Victor cayó al suelo sin ningún cuidado, dejando el pálido y escultural torso a la vista. El día se resistía a morir. Quedaba luz suficiente para que Eric, al bajar la vista, pudiera fijarse en algo que no había observado en otros encuentros: los pezones de Victor, redondeados y jugosos, tenían agujeros laterales allí donde en algún momento había llevado aros.

Las caricias de Victor lo hicieron crecer con rapidez, pero esa visión, su imaginación adornando la realidad con los pendientes que un día debieron colgar de los apetitosos nódulos, también ayudó. No resistió la tentación de pellizcarlos y retorcerlos hasta que se endurecieron, abandonando la boca para morderle el cuello y el lóbulo de la oreja.

—Un pasado rebelde, ¿eh?

—Podría ser. ¿Quieres unos a juego? —fue la respuesta susurrada en su oreja antes de que Victor le soltara para pasar los brazos por encima de sus hombros, relajado, como si fuera a comenzar un baile lento.

—No. Prefiero que te los pongas tú.

Eric lamió la piel suave del cuello con salvaje voluptuosidad, desde la base hasta el lóbulo de la oreja. El olor de Victor era narcotizante, una droga que provocaba una mayor excitación. Agarró su trasero con ambas manos y lo apretó contra sí, presionando la erección en la entrepierna del millonario. Lo hizo girar hasta que chocó contra la mesa y lo soltó para acariciarle los brazos hasta que sus manos hicieron presa en las muñecas. Con un movimiento rápido, hizo que Victor se viera de pronto frente a la mesa. No hubo resistencia alguna. Era como

un bailarín que sabía dejarse llevar, acompañando los movimientos del que guiaba con delicada fluidez, haciendo que cualquier improvisación pareciera una danza aprendida. Alzó los ojos hacia Eric, a la expectativa. Incluso con la mejilla apoyada contra la mesa, desprendía poder. Incluso así resultaba intimidante.

Eric era muy consciente de quién tenía las riendas en todo momento. De que lo que tenía delante era una fiera peligrosa que podía atacar en cualquier momento. No le había cedido ningún poder, deseaba aquello. Y Eric estaba demasiado excitado para que eso lo frustrara. Le hizo extender los brazos hasta estirarlos sobre la mesa. Los recorrió con las manos y luego hizo lo mismo con sus costados, disfrutando de la anatomía delicada y contradictoriamente fuerte de Victor. Al llegar a las caderas le abrió el cinturón, soltándolo de los pantalones de un tirón. La prenda cayó al suelo y Eric no tardó en dejar expuestas las nalgas tersas de otro tirón. Se pegó a ellas al inclinarse para rodearle la cintura y agarrar su sexo.

—Te mereces cosas horribles... —le susurró al oído, acariciándolo en toda su extensión.

—Puede. Pero tú no tienes ni la imaginación ni el estómago para hacerlas, así que nos limitaremos a pasarlo bien, ambos —ronroneó Victor, haciendo un movimiento sutil con los tobillos para deshacerse del pantalón caído. Al verse libre separó las piernas, incitador. El brillo húmedo delató el lubricante: estaba preparado.

La botella de licor estaba sobre la mesa, cerca. Se preguntó si sería lo bastante humillante o si, por el contrario, Victor lo disfrutaría. Era un degenerado. Y en eso se diferenciaban. Él no lo era. Pero podía darse el gusto de decidir el momento. Agarró la correa que acababa de quitarle y se la pasó por el cuello, dejando que deslizara para que se ajustara a él.

—Tengo en quien inspirarme... —respondió Eric—. Pero no soy como tú.

Tiró de la correa, apretándola más. Se acercó a él y cogió la botella para ofrecerle su contenido directamente a la boca.

—¿Eso crees?

Victor sacó la lengua, larga y de punta estrecha, de un rosado saludable, y lamió el cuello de la botella antes de darle forma de cuenco para recoger el licor. Tragó gran parte, y otra gran parte se escurrió por su barbilla. Eric se la agarró y lamió las gotas. Le hizo girar la cabeza para tomar el contenido de su boca. Al inclinar la botella, el licor regó los labios de ambos, haciéndolos resbalar en un beso lúbrico y chasqueante. Victor notó el roce caliente abriendo sus nalgas, la punta del sexo de Eric frotándose contra su entrada, resbalando sobre el lubricante sin llegar a entrar. Acompañó el movimiento sin apresurar las cosas, sin echarse hacia atrás, sacudiendo la cadera. Un gemido impúdico y tenue obsequió los oídos de Eric mientras la lengua de millonario recorría su cuello desde la nuez hasta la barbilla, limpiando cualquier rastro de bebida.

—Si fuera como tú... —El susurro jadeante quedó a medias cuando empujó a Victor sobre la mesa.

Fue brusco y tiró de la correa para inmovilizarlo. La boca de la botella rozó la espalda de Victor de arriba abajo. La caricia líquida de su contenido resbaló por el surco entre los músculos hasta colarse entre sus nalgas y gotear sobre el césped. La lengua de Eric abrasaba al contacto en contraste con el frío del licor y el roce de la botella en el muslo.

Victor le observó de lado, con una sonrisa torcida, y se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué? ¿Crees que el pequeño cuello de esa botella va a asustarme? Hazlo. Lo disfrutaré. Si lo que quieres es humillarme, tengo mejores juguetes en la habitación. ¿Prefieres el dolor? También tengo cosas para eso —dijo con la voz entrecortada por la presión de la correa.

Eric tiró la botella a un lado. Presa de la frustración y de la excitación que latía dolorosamente en su sexo, tiró de la correa para arrojar a Victor al suelo.

—Estás enfermo —espetó.

Victor cayó con gracilidad, la danza continuaba. Flexionó los brazos para acariciarse todo el pecho contra la hierba y levantó el trasero, incitador. Eric no había tenido mucho tiempo para conocer a los otros chaperos de Elysium, pero podría afirmar sin temor a equivocarse que apenas un mínimo porcentaje de ellos sabían mostrarse tan sensuales, tan disponibles y deseosos. Se arrodilló tras él sin soltar la correa, que cada vez le oprimía más la garganta, y le embistió sin delicadezas, enterrándose hasta el límite con facilidad gracias al lubricante y al licor. El gemido roto se alzó por encima de la rompiente y agarrotó el sexo de Eric incluso más que la caliente presión del cuerpo que conquistaba. Victor, apoyado en manos y rodillas, echó la cabeza hacia atrás para atenuar la presión de la correa, jadeante, escandaloso como nunca lo había sido.

La mente de Eric se nubló de un deseo salvaje e instintivo. La espalda de Victor se curvó más cuando se ayudó de la correa para empezar a embestirlo con saña, el puño cerrado en la recia prenda y una mano sujetándolo por la cadera, como si estuviera domando a un potrillo. Solo que Victor no necesitaba ser domado y su sumisión alimentaba la excitación de Eric hasta enloquecerlo.

Las mejillas del millonario se coloreaban deprisa por la falta de aire. Pronto los armoniosos gemidos se convirtieron en resuellos sofocados. Podría haber aliviado la tortura irguiendo el cuerpo, pero las palmas de las manos seguían apoyadas en el suelo, con los dedos agarrotados entre las briznas de hierba. No se movía, un sujeto pasivo real en aquella ecuación, dejando que solo Eric marcara los ritmos. Y estos eran duros y furiosos. Eric entraba en su cuerpo como si en realidad lo estuviera apuñalando, sujetándolo con tanta fuerza que le clavaba las uñas en la cadera. Era la única forma en que podía expresar su odio y volcarlo en él, en que podía someterlo. Y cuanto más lo hacía, cuanto más ardía su rencor, más crecía su deseo y el placer oscuro que lo sacudía con cada envite.

—Levanta —espetó. No le dio tiempo a Victor de obedecer, tiró de la correa hasta que irguió la espalda. Acercó el rostro al suyo y siguió apretando después mientras lo follaba con dureza—. ¿Esto te gusta? Podría dártelo cada noche.

Victor aprovechó para recuperar el aliento en grandes bocanadas, metiendo dos dedos entre el cinturón y la piel de su cuello, que ya mostraba una marca rojiza de bordes bien delimitados. Pese a todo, esbozó una sonrisa al mirarlo.

—Oh, estoy seguro de eso. ¿Qué más podrías hacer? —susurró echando la mano hacia atrás para acariciarle la nuca.

—Te pondría una cadena y una cola ridícula, como hiciste conmigo —susurró Eric en su oído, entre jadeos—. Te ataría a un poste y dejaría que los demás hicieran contigo lo que quisieran. Que te follaran la boca, que se corrieran en tu cara. Uno a uno.

El cuerpo de Victor se sacudía con las embestidas. De no estar sujeto por la agresiva presa de Eric no habría sido capaz de mantenerse sobre las rodillas. El sexo de su esclavo arremetía en su interior como un ariete, duro, latiendo de excitación.

—Te encerraría en lo más profundo de tu propia casa. Te azotaría hasta que suplicaras que parara y seguiría cuando lo hicieras. Te usaría hasta cansarme.

—Entiendo. —Victor giró el rostro para darle un beso rápido y dejar ir sus labios arrastrando los dientes por la delicada piel—. Es una pena que no puedas hacerme eso. Pero tienes buenas ideas. Tal vez yo te lo haga a ti.

Las palabras se ahogaron en los labios de Victor cuando Eric apretó más la correa, cortando el acceso al oxígeno. Lamió y mordió su oreja antes de responder.

—Te sobra creatividad para perversiones mayores...

Victor no contestó, conservando la energía y la respiración. Pero comenzó a moverse por iniciativa propia, sin apartar la mirada de Eric, sacudiendo la cintura en círculos como un experto en danza del vientre. La excitación creció, tan imparable que Eric se apresuró a detenerlo, empujándolo sobre la hierba. Le aplastó la mejilla contra el suelo y abrió más sus piernas al separar las rodillas, impidiendo que pudiera moverse con tanta fluidez. La presión de la correa cedió cuando la soltó para agarrarlo del pelo.

—No… Ahora no… decides tú —espetó en su oído, cernido sobre él, arqueándose con cada brutal envite de sus caderas.

Era muy frustrante confirmar que su captor controlaba la situación sin que su papel en las relaciones sexuales influyera lo más mínimo. Victor dejó de moverse porque no necesitaba hacerlo para excitarlo, conocía todas las mañas posibles. Tenían los rostros casi pegados. Se llevó el índice a los labios, lo lamió y succionó y lo arrastró por su barbilla, dejando un rastro húmedo y brillante en la piel inmaculada.

Eric quiso golpearlo con la misma fuerza con la que creció su excitación. No importaba lo que hiciera, no podía tener un mínimo control sobre lo que ocurría. Ni siquiera lo tenía sobre su cuerpo, que le pedía más a pesar del odio. Ya no sabía dónde terminaba para convertirse en ese hambriento y retorcido deseo.

Lo empujó más contra el suelo, amarrando su pelo con el puño, y arremetió contra él con los dientes apretados, como si en lugar de penetrarlo lo estuviera golpeando con saña. El cúmulo de frustración, rabia y placer se desbordó al fin sin que pudiera contenerlo y Victor pudo sentir la pulsación que derramó el calor líquido en su interior: un orgasmo explosivo que hizo temblar el cuerpo de Eric contra el suyo. El gemido agudo de Victor fluyó como fluía su semilla: ardiente, entrecortado, imparable. La situación le nubló los sentidos, un mareo confuso e irreal, como si aquello le estuviera sucediendo a otra persona.

Las luces de las bombillas colgantes se encendieron, el sol acababa de ponerse. Victor se apartó para quedar sentado en el suelo, a su lado, estirándose. Tenía profundas marcas en el cuello y los costados, fruto de la presa de sus dedos y el cinturón. No parecían molestarle. Era una contradicción, pero Eric parecía más afectado que él, con las manos apoyadas en el césped mientras los puntos de colores que habían arrasado su visión desaparecían. Se tumbó sobre la hierba para recuperar el aliento y volver en sí. Tenía la piel húmeda de sudor y el pelo se le pegaba al cuello y la mejilla, desordenado. La sensación de irrealidad seguía y por un instante creyó que iba a despertar de un sueño febril.

—Joder... —susurró.

Victor consultó su reloj, tranquilo, relajado. El canto de los grillos comenzó a cascabelear alrededor de ellos, como si hubieran estado esperando a su silencio.

—Te quedan dos horas y media. Si estás cansado, eres libre de volver abajo, ya sea a las instalaciones o al salón. Siempre hay comida preparada.

Eric se pasó las manos por la cara. Era tentador, pero en ese momento prefería sentir la hierba bajo el cuerpo. Escuchar la música de los grillos, sentir la brisa en la cara y el extraño sonido de las aves nocturnas. En algún momento la túnica abierta había caído al suelo y permanecía olvidada. Estaba desnudo, vacío de emociones por un precioso instante.

—¿Haces esto con todos? —preguntó mirando el cielo que oscurecía.

—No. Eres el único que conoce este lugar, salvo Tres, que hace su magia con las plantas cuando mis conocimientos no alcanzan. Y si te refieres al sexo, tampoco. De los compañeros que conoces solo un par han tenido ese privilegio, ninguno en el último año. ¿Te hace sentir lo bastante especial?

Eric se incorporó hasta quedar sentado para echarle una mala mirada. Toda su serenidad se fue al traste en un solo segundo.

—No creo que ser especial para ti sea algo bueno —espetó—. Solo intento entender qué tienes en la cabeza. Por más vueltas que le doy no comprendo el sentido de todo esto. Soy incapaz de imaginar cómo funciona esa mente retorcida.

Victor acarició su barbilla, con una mueca difícil de interpretar, como si estuviera conmovido.

—Quiero que entiendas algo. Hay tres maneras de hacer esto: sufrir, aprender a fingir que te gusta… o aprender a disfrutarlo.

Un manotazo rápido apartó la mano de Victor cuando apenas le había tocado. Eric se levantó poniendo distancia entre los dos. Lo que más le molestaba era que tuviera razón. No, lo peor era que, en el fondo, no tuviera ganas de bajar al comedor, de disfrutar del tiempo que le quedaba de libertad alejado de él. Quería aprovechar el escaso poder que Victor le había dado.

—Quiero darme una ducha e ir a tu cuarto.

—Ya sabes dónde está el aseo, aunque hay otro, sencillo, al bajar a la derecha. ¿Te espero en el dormitorio?

—Sí.

Eric recogió la túnica sin mirarlo. No se molestó en cubrirse en su breve viaje al baño. Allí encontró lo necesario para asearse: una ducha equipada, el lavabo y un inodoro en un pequeño cuarto adyacente.

Mientras se lavaba a conciencia se dio cuenta de que le había mentido a Victor. De que no estaba frotándose la piel en un intento por arrancar su impronta o una desagradable sensación de suciedad: quería estar limpio. Ser especial. Que le eligiera. Creer en ese espejismo de libertad que le ofrecía y simplemente disfrutar. Escoger no sufrir.

Pero era difícil cuando deseos tan contradictorios desataban tempestades en su interior.

17. Las heridas serán solo cicatrices.

Cuando llegó al dormitorio encontró a Victor tumbado sobre la cama, leyendo. Llevaba ropa interior limpia, pero ninguna otra prenda. Sonaban The Ink Spots. *I don't want to set the world on fire*, Eric reconoció la canción por un antiguo videojuego. Le gustaba. Olía a algún tipo de incienso refrescante, ligero, pero lo que más llamó su atención fue el muestrario que había a los pies de la cama, en un cajón oculto que ocupaba la medida del colchón: todo tipo de juguetes sexuales. Vibradores, dildos, colas, arneses, cepos, herramientas de sujeción y otras que parecían de tortura, antifaces y objetos tan extraños que ni atisbaba su utilidad. Para no mostrar un interés tan evidente, chasqueó la lengua y se fijó en la portada del libro. *Peli Porno,* de Ana Prego. Sobre la mesilla había otro, *Maldito (y tentador) Ronnie Reed*, de una tal Corelia Lane. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que ambos eran homoeróticos.

—En el armario hay más cosas. Y en esa cómoda, geles variados. Puedes curiosear a gusto y decirme si echas algo en falta. —Víctor señaló el techo, de donde pendían varios ganchos, sobre la cama y cerca de una pared acolchada—. Eso es para las correas.

La sorpresa se dibujó en la mirada de Eric, que observó los objetos como si tratara de adivinar la funcionalidad de algunos de ellos. Soltó una risa incrédula.

—Sí que estás bien equipado. ¿Para qué es ese brazo de plástico?

—Quédate con que nunca lo he utilizado ni tengo intenciones de hacerlo, venía en un pack. ¿Ves algo que te guste? —dijo Victor, todavía leyendo, sin mirarle.

Eric agarró el brazo. Por un momento Victor pensó que sopesaba en serio usarlo, pero el esclavo movió la mano como si golpeara el aire y un amago de sonrisa delató sus intenciones.

—Podría usarla para abofetearte. O para lo que sirve… ¿Esto te parece peor que una botella de vino, Victor?

Los ojos negros se apartaron del papel para observarlo como si fuera tonto.

—Pues sí. Comparo el grosor de cada uno y me parece peor. ¿A ti no?

—Al fin hay un límite. Lo tendré en cuenta.

Eric tiró el brazo horrible dentro del cajón y empezó a sacar las correas, cuyo uso tenía bien claro. Las fue lanzando a los pies de Victor. Cuando encontró la fusta su mirada se oscureció con una sombra de ansia. La hizo chasquear contra su mano.

—Esto me gusta bastante.

—Oh, ¿vas a sacar por fin al sádico que llevas dentro? Suena interesante.

Victor tomó un marcapáginas de la mesilla, lo dejó entre dos hojas y guardó el libro en el cajón para comenzar a ponerse las correas. No tuvo tiempo de ajustarlas. Eric subió a la cama y lo agarró de las muñecas, llevándolas a su espalda para colocarlas él mismo.

—¿Yo soy el sádico, querido marqués? —le susurró al oído. Los cierres tintinearon cuando los abrochó sin arredrarse, apretándolos bien. Era la primera vez que lo hacía, pero las ganas compensaron la inexperiencia.

—Ahora mismo sí, no te quites méritos.

—Esto debe parecerte hasta inocente —replicó Eric, enganchando las correas a las argollas del techo. Eran lo suficientemente largas para que Victor pudiera permanecer de rodillas sobre la cama—. Seguro que tienes una mazmorra llena de instrumentos de tortura.

Los brazos en alto dibujaron las suaves formas de las costillas de Victor a los lados y tensaron los músculos de su espalda. Eric se tomó su tiempo para ponerle uno de los arneses de la colección, que enmarcaba los pectorales y dejaba los pezones expuestos en el centro de dos

argollas. Lo apretó tan bien que el cuero se hundió en la piel. Le bajó la ropa interior hasta las rodillas. Dos de las correas del arnés abrazaron sus muslos a la altura de la ingle, enmarcando el trasero, resaltando su redondez, convirtiéndolo en un fruto apetecible.

Victor movió las muñecas dentro de los grilletes, mirando hacia arriba, haciendo sus propios cálculos mentales acerca de la comodidad.

—No, ya no. ¿Te gusta lo que ves? —preguntó con tono coqueto, inclinándose todo lo que daban de sí las cadenas.

—Puede estar mejor —respondió Eric tras él. Victor sintió la erección bajo la exigua túnica cuando se apretó contra su cuerpo. Lo agarró del pelo, obligándolo a levantar la cabeza—. Abre la boca.

Victor trató de ver lo que tenía en la mano, pero no pudo. Se humedeció los labios y obedeció con gesto curioso. Eric le ofreció beber de una pequeña botella de agua que había en el escritorio. Luego, el tintineo metálico le dio una pista de lo que pretendía. Sintió el tacto de los aros de metal en los labios antes de que Eric los empujara despacio al interior de su boca. Era una mordaza, pero esta mantenía la mandíbula abierta.

—Ahora sí…

La imagen fue una descarga eléctrica para sus sentidos. Aquel que le había torturado estaba a su completa disposición, sin poder escapar, sin poder apenas revolverse. Podía utilizar ese cuerpo a su antojo hasta cansarse y tenía dos horas para ello. Solo una pequeña parte de su cerebro, la que siempre molestaba, lanzaba advertencias, balizas diminutas en el océano de la excitación: «¿Desde cuándo te gustan este tipo de cosas?».

El veneno de Victor corría ya por sus venas. Estaba intoxicado de rabia y la brutal alquimia de la isla sublimaba ese sentimiento devastador en una lascivia sucia y oscura. Podía renunciar a ella. Irse y regresar después, sin probar de aquel cáliz corrupto que su captor le ofrecía. Podía hacerlo, pero no quería. Recordar la satisfacción de la venganza sobre el guardia que le violó inflamó aún más sus venas.

Recorrió el pecho de Victor con una mano, sujetándolo de nuevo del pelo, y agarró su sexo para despertarlo antes de comenzar.

—Ahora no eres nada. Podría ir a la cocina, traer un cuchillo y dibujar mi nombre por toda tu piel antes de librar al mundo de un monstruo —le susurró al oído—. Nadie te echaría de menos.

Ambos sabían que no era tan sencillo, pero era una fantasía tentadora. La respuesta de Victor fue un gemido largo, deseoso. Su sexo creció al primer contacto y agitó la cadera contra su mano. Nadie que se creyera en peligro podría reaccionar así. Aunque quizá fuera justo lo que lo excitaba.

Dejó de acariciarlo cuando la carne alcanzó toda su dureza y se apartó de él, dejando una sensación de frío donde había estado en contacto. Se incorporó a los pies de la cama y cogió la fusta. Tenía el pulso disparado por la anticipación, pero no se precipitó. Dejó que Victor sintiera el contacto en la espalda, la leve caricia del cuero erizando la piel a su paso, dibujando los surcos de los músculos. Se recreó tensando la situación, golpeando con suavidad aquí y allá para engañar a los instintos de su captor —ahora su presa—. Uno de esos amagos de azote se convirtió de pronto en lo que debía ser: un estallido punzante de dolor, ardiente, en el muslo derecho.

—¿No te da miedo meter a un loco en tu casa sin darte cuenta? Algún día, alguien se romperá y te hará pedazos. Lo sabes bien. —Eric volvió a azotar con saña, al otro lado—. Y podría ser yo.

Conversar era imposible con toda aquella parafernalia, y Victor ni se había inmutado con los

golpes. Ni el menor movimiento, ni siquiera un pequeño respingo.

—Creo que entiendo esta mierda. —Eric siguió golpeando, más fuerte cada vez que la fusta besaba la piel, más violento, espoleado por la falta de reacción—. Debe ser difícil mantener todo el poder, todo el control… —Los chasquidos subían de intensidad. Uno a la derecha, otro a la izquierda, en una consecución que empezaba a encontrar un ritmo—. No poder relajarse jamás. No poder… soltar. Estar tan solo en este sitio inmenso. Tienes mucho peso sobre los hombros. Y estás demasiado aburrido. Lo tienes todo. Demasiado. —El siguiente azote fue en la espalda, tan fuerte que resonó como un estallido. La respiración de Eric ya estaba agitada. La excitación era evidente en su voz—. A veces necesitas olvidar quién eres.

Hubo un cabeceo de asentimiento, que vio de puro milagro, pero le hizo darse cuenta de algo: debía poner atención a los detalles. Victor no iba a darle un espectáculo de gritos y llantos a no ser que se lo pidiera y, entonces, solo sería teatro. Tenía una desconcertante tolerancia al dolor, pero lo sentía. Se veía en el modo en que apretaba los puños, en la tensión de su musculatura y en cómo intentaba relajarla después de cada golpe.

—Y si aún te queda un resquicio de conciencia, tal vez lo estés deseando —siguió mientras golpeaba, apretando los dientes. Los golpes empezaron a dejar líneas rojas bien visibles en la piel blanca—. Que te castigue… Que te destroce. Que haga contigo todo lo que mereces.

No quería su jodido teatro. Quería arrancar un atisbo del hombre que en realidad era, un destello de verdad. Y creyó verlo allí, colgando de las correas. Sus sentidos parecían afinarse en la vorágine que tenía dentro. Captaba el olor del sudor que empezaba a perlar la piel de Victor, especiado, limpio, oía su respiración, cómo la reprimía en cada azote y jadeaba después. Y siguió, dibujando una roja tela de araña en su cuerpo. Cuando la fusta volvió a caer con una marca roja por encima de los riñones obtuvo lo que quería. Victor se arqueó, ahogando un sollozo de dolor. La carne castigada se abrió y una fila de brillantes puntos rojizos brotaron como tímidos capullos de flor.

Se detuvo, temblando de tensión. Un parpadeo de racionalidad evitó que siguiera. La sangre, el sollozo, eran señales que no podía obviar, aunque deseara que siguieran fluyendo. El miedo latió en su mente: aquello tendría una réplica. Victor se vengaría. Lo sabía, pero saberlo no apaciguó su excitación. El temor no era tan fuerte como lo que sentía ante la visión del cuerpo rendido de su captor. Tiró la fusta y trepó a la cama para colocarse ante él y apartarle el pelo de la cara.

—Sé que esto no me va a salir gratis, pero valdrá la pena.

El millonario jadeaba. La saliva resbalaba por debajo de la mordaza en hilillos brillantes. Alzó la vista para observar a Eric. En su mirada no había rastro de rencor, deseo de venganza o la ira mal solapada que había encontrado otras veces, aunque como era de esperar, había perdido la erección.

Eric besó la línea de su mandíbula y lamió la saliva, recreándose en la situación. No parecía temeroso ni incómodo, toda la angustia que Victor había visto en él en otras ocasiones había desaparecido e incluso había algo nuevo en él: una nueva sensualidad nacida de un deseo que, al menos por el momento, aceptaba sin restricciones. Le besó el cuello, agarrándolo por la nuca, y volvió a acariciar entre sus piernas para despertarlo. Lo consiguió, aunque las reacciones del cuerpo dolorido eran lentas. Victor cabeceó hacia la cómoda, donde guardaba los geles.

—¿Quieres que te folle? —susurró Eric en su oído y le lamió el lóbulo de la oreja.

Victor negó con la cabeza. Podría ser verdad, podría ser parte del juego, o una estratagema para que, confuso, Eric le quitara el incómodo bozal.

Las caricias apretadas se detuvieron.

—Bien, estamos de acuerdo por una vez —dijo pasándole los dedos por la babilla—. Sería una pena desaprovechar esto, ¿no?

Despacio, Eric le empujó hacia abajo, obligándolo a inclinar el cuerpo. Al abrirse la túnica, descubrió la erección ante la boca abierta y lo agarró del pelo con ambas manos. Con los brazos suspendidos por las correas y apoyado solo en las rodillas, el movimiento del cuerpo de Victor fue fluido y acompañó la primera embestida de Eric contra su boca. La saliva caliente empapó toda la longitud de su sexo como una ola lamiendo los pies a la orilla del mar. Le acogió hasta la garganta sin resistencia, sin posibilidad de ella, hasta que los labios rozaron la base del tallo. Se detuvo ahí unos instantes, disfrutando de la presión de la garganta y sus contracciones, sin dejar espacio para el oxígeno. Por suerte para Victor, no pudo aguantar por mucho tiempo el impulso de retirarse y volver a ocupar su boca, dándole el tiempo justo para llenarse los pulmones. Eric se dejó llevar sin contemplaciones, sujetándolo con firmeza al mover las caderas contra él con embestidas cada vez más vivas y agresivas.

Habría deseado prolongarlo, pero la intensidad de las sensaciones, aderezada por la tempestad emocional que lo sacudía por dentro, hizo que fuera más rápido que la sesión de azotes. Eric echó la cabeza hacia atrás cuando el clímax agarrotó sus músculos, empujando contra el rostro de Victor. El sabor ya conocido de su semilla llenó la boca del millonario. Eric soltó un gemido áspero y lo liberó jadeando. Esa vez no sintió la zozobra que lo había asaltado en el jardín y lo obligó a tumbarse. Al recuperar un poco el resuello, aún espabilado, agarró un pañuelo del dispensador en la mesita y le quitó la mordaza a Victor para limpiarle la boca.

Tuvo que esperar a que terminara de toser y gastar varios pañuelos.

—Agua —logró articular el millonario, todavía encadenado, cuando estuvo limpio.

Eric le acercó la botella y la inclinó con cuidado para que bebiera sin atragantarse.

—¿Has cambiado de opinión?

El millonario bebió despacio, calmando su garganta irritada. Pero el último trago no pasó de la lengua: lo escupió en la cara de Eric con una risotada de lunático. La reacción fue instantánea: un revés que le hizo girar el rostro y le zarandeó en las correas.

—Jodido loco —espetó Eric—. Ya veo.

Lo agarró del arnés a la altura de la cintura y le dio la vuelta con un fuerte tirón. Las correas crujieron al cruzarse. Eric tuvo el tino, a pesar de su reanimada rabia, de meter la mano en el cajón y sacar un frasco de lubricante. Derramó más contenido del necesario entre las nalgas de Victor y lo extendió con su propio sexo. Enterrarse en él agarrándolo por las correas que aprisionaban sus nalgas fue fácil y tremendamente placentero. Para Victor también debió serlo, pues sus gemidos pronto vibraron por encima de la música. Se movía al mismo ritmo que Eric, usando las cadenas para balancearse. Le habría hecho terminar en cuestión de minutos si hubiera sido el primer polvo de la noche, pero al cautivo apenas le quedaba nada dentro y alargó la situación hasta que unas campanadas rompieron el hechizo.

—Las doce —jadeó el millonario, echando un vistazo al anticuado reloj de pared—. ¿Qué tal si usas tus manos aquí delante antes de soltarme?

El hechizo terminó, tal vez por eso, consciente de las normas y apegándose a ellas sin rechistar, Eric obedeció. Le rodeó la cintura con un brazo y lo ayudó a incorporarse sobre las rodillas para acceder con mayor facilidad a su sexo.

—¿Quieres que pare? —preguntó al empezar a masturbarlo. Aún empujaba lentamente en su interior, capaz de aguantar más allá del límite establecido.

—Cuando acabemos.

La respuesta vino acompañada de un murmullo de placer en el momento en que Eric aferró el

miembro rígido. Las caricias se adaptaron al ritmo de las caderas de Eric, que embotado por el placer y vacío al fin de rabia apenas prestó atención al temor de lo que pudiera pasar cuando acabaran. Sus arremetidas aún eran enérgicas y profundas. El lubricante que resbalaba ya por la cara interna de los muslos de Victor volvía resbaladizo cada roce, aumentando el calor y la intensidad del placer. Notó cómo se dejaba ir primero, con unas sacudidas. Para él era la primera vez y debía llevar tiempo deseándola, era sorprendente que hubiera aguantado tanto o que no hubiera suplicado antes por esas caricias. Eric le siguió al poco, pegándose a su cuerpo con fuerza al sentir el tercer orgasmo de la noche. Un placer sordo prendió como el último estallido de la tormenta en la que se había perdido aquella noche y le dejó vacío de pensamientos y sensaciones por unos preciosos segundos.

Pasado un tiempo de recuperación para ambos, Victor se aclaró la garganta para llamar su atención.

Eric reaccionó enseguida, saliendo de él con cuidado y apartándole el pelo de la cara antes de empezar a abrir las correas de sus muñecas.

—¿Piensas vengarte? —preguntó con un extraño tono neutro, como si llegado a ese punto ya le fuera indiferente la respuesta.

—No, esta era tu venganza, no la mía. Mmmnn… pero voy a necesitar un poco de ayuda. En el aseo hay un mueble alto con una bolsa verde llena de cosas, ve a por ella.

Estaba lleno de marcas. La que el cinturón le había dejado en el cuello iba a juego con las de las muñecas y las mejillas, pero lo peor era la espalda, surcada de arriba abajo con las señales de la fusta en diversos tonos de rojo. Con la rabia consumida, Eric sintió una punzada de contrición. ¿Había sido capaz de hacerle eso? No podía negar el placer que había sentido y que, incluso en ese momento, en el que su conciencia al fin despuntaba, las marcas le provocaban una vergonzosa satisfacción. A pesar de ella, una desconocida serenidad le invadía por dentro.

—Túmbate boca abajo. Vuelvo enseguida.

Fue donde le indicaba, se aseó someramente y se recolocó la toga antes de salir con la bolsa de mano.

—Rebusca dentro, hay calmante muscular en spray para los brazos y pomada antibiótica para las heridas.

Victor estaba boca abajo. Con total tranquilidad, había vuelto a coger el libro y lo tenía abierto, apoyado medio de pie en el borde de la almohada.

Eric sacó algunos frascos de la bolsa y empezó por desinfectar las heridas con gasas y la clorhexidina que había en el pequeño botiquín. El contraste entre el hombre que ahora curaba sus heridas con consideración y el que momentos antes lo había azotado hasta hacerlo sangrar resultaba chocante.

—Algunas tardarán un poco en curar… —dijo en voz baja, concentrado en extender bien la pomada con una mano enfundada en un guante de látex desechable.

—Lo imagino —dijo Victor pasando de página—. ¿Te sientes culpable?

Pudo leer un par de páginas más, notando los toques suaves y refrescantes de los dedos de Eric en la espalda, antes de que respondiera.

—Sí. —Decidió ser honesto. Era más fácil en ese momento, sin rabia y con el odio adormecido, aunque no extinguido—. Pero lo volvería a hacer.

—Todo mejorará con el tiempo. Tu situación, la rabia, las heridas… serán solo cicatrices.

Era justo eso lo que Eric estaba observando. Muy viejas, apenas perceptibles si no se les ponía atención. Una multitud de marcas pálidas trazaban una red caótica en la espalda del millonario, en sus piernas y sus muslos.

Frunció el ceño. Esas palabras consolaban su espíritu como la gasa limpiaba las heridas. Por primera vez sintió cierta proximidad con Victor, como si comprendiera demasiado bien lo que estaba viviendo. Como si fuera capaz de ponerse en su lugar.

Roció la piel de los brazos con el antiinflamatorio mientras le observaba con detenimiento. Luego masajeó lentamente los hombros doloridos.

—¿Quién te las hizo a ti? ¿Son marcas de venganza? —murmuró.

—No, no lo son. ¿Tienes sueño? ¿Te apetece ver una película? Ahora que lo pienso, debería haberme duchado primero, debo apestar —suspiró Victor levantando la cabeza.

Por mucho que le intrigara, Eric no insistió. Se inclinó para olfatear junto a su cuello mientras le apretaba los hombros con una presión agradable.

—Puedes esperar a mañana. He olido cosas peores. —Eric guardó las cosas en la bolsa verde y se dejó caer a su lado—. ¿Podemos poner una película aquí?

—Freya, saca la pantalla y pon la cama en posición dos.

Con un chirrido, parte de la pared de enfrente se desplazó para mostrar una inmensa pantalla de televisión. Casi al mismo tiempo la parte superior de la cama se dobló para adoptar una forma similar a la de un sofá. Victor se levantó y sacó cojines gruesos de una arqueta, lanzándolos para que Eric los colocara.

—Freya, atiende las órdenes de Eric respecto a la película. —Señaló un armarito—. Eso es un mueble bar, ahora vuelvo.

—Pon *El quinto elemento.*

Eric fue al mueble bar mientras la pantalla seleccionaba la película. Cogió un paquete de galletas de chocolate, un par de *snacks* salados y una botella de agua y regresó a la cama. Estaba sediento, no se dio cuenta hasta dar el primer trago, con el que terminó casi con la mitad de la botella.

—Es gracioso cómo veían el futuro en los noventa. Al menos ya acertaron con lo de los pisos compactos de diez metros cuadrados, aunque dudo que lleguemos al siglo XXIII —comentó cuando Victor volvió.

—Sea como sea, nosotros no vamos a verlo —respondió él, sacando un zumo de color rojo y sin etiqueta. Se había puesto uno de sus pantalones amplios de tela fina y se recostó junto a Eric antes de seguir hablando—. Todas las historias del pasado hablaban de coches voladores. Hemos fallado en eso.

—Bueno, tenemos drones. —Por lo visto Eric también estaba hambriento. Su estómago protestó al primer mordisco a una galleta. Recordó que no había cenado, pero el mueble bar estaba lleno de cosas apetecibles—. Y la gente podrida de dinero, como tú, no tardará en conseguir la inmortalidad. Podrás ver cómo se acaba el mundo desde Marte.

—Eres un ingenuo. Supongo que es parte de tu encanto. Pero ya que sacas el tema, deberíamos hablar de tu enfermedad.

La galleta se le amargó en la boca a Eric. Dejó de tener hambre, como si Victor hubiera pronunciado una palabra mágica. No le sorprendía, sabía de sobra que tenía todo su historial, pero solo había tratado aquel tema con una persona: el médico que detectó el problema, hacía ya cinco años. Estar en la isla afloraba sus instintos de supervivencia y apenas había pensado en lo que le había obsesionado desde entonces.

—¿Qué hay que hablar sobre eso?

—Quiero que te pases por la consulta de la doctora esta semana. Ella está al corriente de todo y ya tiene lo necesario para hacer las pruebas.

Eran caras. Eric lo sabía, tan bien como que eso no era un problema para Victor. Las

alteraciones genéticas no eran algo fuera de lo común, pero para la suya no había un seguimiento fácil, ni un tratamiento barato. El médico se lo dejó claro: necesitaba hacerse chequeos al menos una vez al año: comprobar el corazón, los pulmones, el sistema digestivo, el neuronal, los nervios y articulaciones. Demasiadas pruebas para alguien que apenas podía pagarse un seguro básico en Elysium. Quedarse en la calle fue como activar una cuenta atrás hacia la muerte: todas las posibilidades de saber si su enfermedad se había despertado y pillarla a tiempo para salvarlo de una muerte lenta y penosa se redujeron a cero. Ese miedo había sido una losa en su mente.

—Son… Son muchas pruebas —dijo tras un carraspeo. No sabía cómo reaccionar.

—Ajá. Por eso es mejor que empieces cuanto antes. Si han tardado más es porque hacía falta maquinaria específica que no tenemos aquí, pero el pueblo cuenta con un hospital bien equipado… y ahora está mejor aún —dijo el millonario robándole una galleta, con la vista fija en la pantalla.

La película ya no existía para Eric, que miraba a Victor confuso y aliviado. Un ruido de fondo, como una radio mal sintonizada, se apagó en su cabeza. El miedo dio paso a un rayo de esperanza. Y era jodido deberle eso a Victor, sobre todo después de lo que acababa de hacerle.

—Iré. Mañana mismo —dijo al fin.

No quiso decir nada más por si le temblaba la voz. Por si caía en la debilidad de agradecerle algo que, al fin y al cabo, Victor le debía por la total entrega que se le exigía. Su vida le pertenecía, lo mínimo que podía hacer era cuidarla. A pesar de la injusticia que subyacía a todo aquello, Eric no pudo evitar sentirse agradecido y tampoco que la culpa se agudizara al pensar en las marcas que había dejado en su espalda. Durante el resto de la película su cabeza fue un enjambre de abejas revoltosas, un nido que alguien había zarandeado de todas las formas posibles. Pero Victor se durmió poco después de la charla.

No hubo venganza, solo una recompensa que, como todo en aquella isla, resultaba contradictoria. ¿Victor cuidaba de lo que le pertenecía o realmente quedaba un resquicio de humanidad en él? Las marcas antiguas en su piel tampoco dejaron de dar vueltas en su cabeza, ¿era una víctima convertida en verdugo o las cicatrices eran fruto de sus perversiones? Su captor era un enigma cada vez más oscuro y complejo. Eric tuvo que reconocer su deseo por descifrarlo.

Al final, agotado física y mentalmente, cayó dormido a su lado y disfrutó de un sueño sereno y reparador.

18. Es mejor no preguntar.

Durante el mes siguiente, Victor le llamó a menudo para que subiera a la parte privada de las instalaciones. Descubrió su colección de arte, la biblioteca privada repleta de ediciones especiales, los archivos audiovisuales casi infinitos que Freya almacenaba y el sosiego de sus terrazas. Cada vez surgía una nueva sorpresa, un recoveco desconocido, como si en lugar de un edificio moderno aquello fuese una mansión encantada repleta de tesoros y pasadizos. Fue agridulce darse cuenta de que deseaba escuchar su nombre en los altavoces, y no solo por eso. En el ámbito sexual, disfrutaba más de lo que admitiría. Victor era un amante de sobrada experiencia para su edad, innovador, divertido, incluso atento cuando la ocasión lo ameritaba.

Aquella noche en la que Victor se dejó en sus manos marcó un antes y un después para Eric. Había olvidado la rabia y el odio, como si los hubiera vaciado a base de latigazos sobre la espalda de Victor. La rutina en la isla le resultaba agradable, centraba su mente y las sesiones de gimnasio estaban moldeando su cuerpo. Nunca se había visto tan bien.

Y tampoco se había encontrado tan bien. Las visitas a la doctora y las pruebas a las que fue sometido durante ese mes le permitieron dejar atrás la incertidumbre: todo estaba en orden. Los análisis no indicaban que su enfermedad estuviera en desarrollo, así que durante una temporada dejaría de pensar que cada mínimo hormigueo o dolor era el principio de una muerte lenta.

En cuanto a su vida social, estaba más viva que nunca. Tenía verdaderos amigos allí: Soren, Chris y Caleb eran su zona de confort y tenía la impresión de que Diez no le odiaba tanto como al principio. Su relación era cordial y agradable con Samuel, Nicolas y Simon —Cuatro, Cinco y Seis, o Las Tres Mellizas—, con Liam —Tres—, hablaba a veces cuando le encontraba trabajando en los jardines. Noah y Ethan seguían con su historia de amor a escondidas y Eric fingía no darse cuenta de sus miradas y coqueteos. Dos, que descubrió que se llamaba Marcel por Soren, seguía igual de esquivo y antipático.

Y para su sorpresa, Doce estaba amable pese a saber que estaba subiendo a menudo con Victor. En más de una ocasión le ofreció chocolatinas compradas con su, al parecer, fuente infinita de chapas, dulces regalos a los que costaba negarse. No se sentaba con su grupo, pero a veces charlaba con ellos en el chiringuito de la piscina. Incluso le reía los chistes a Roborero, lo que mejoró considerablemente su relación con Soren, pues eran los únicos.

Por eso fue Soren el primero en darse cuenta de su desaparición. Estaban desayunando cuando, tras llegar el último, lo comentó.

—Chicos, ¿alguno ha visto a Doce? No hoy, ayer. O sea, hoy tampoco, pero es que no lo veo desde hace un par de días, creo.

—Tres, contando con hoy. No ha bajado a desayunar —apuntó Eric, señalando el lugar que solía ocupar Daniel. Frunció el ceño—. Tampoco lo hizo ayer. No le veo desde que comimos antes de ayer. No recuerdo que Victor le haya llamado.

—Tal vez lo tiene ocupado con algo del trabajo —comentó Caleb—. No es la primera vez que alguien está desaparecido unos días.

—No sería raro en Dos o en Tres, pero él… —Chris negó con la cabeza.

Las miradas de extrañeza pasearon por el comedor, como si eso fuera a hacerlo aparecer mágicamente. Cinco y Seis, cada uno en una punta, llevaban pañuelos rojos por una tonta disputa sobre Roborero que acabó a puñetazo limpio, pero solo les quedaban un par de horas para verse libres y nadie había visto que Doce fuera castigado.

—Ya aparecerá. Es mejor no preguntar —sentenció Chris con gesto hosco, volviendo a su

desayuno.

La burbuja de tranquilidad de Eric tembló. Era demasiado frágil. Los pañuelos le traían recuerdos. Las posibilidades sobrevolaban sobre ellos como pájaros de mal agüero. El espejismo de perfección de la isla se quebraba cada vez que miraban a los rincones oscuros. La desaparición del antiguo Trece era algo de lo que no se hablaba, pero siempre estaba presente en forma de temor. Chris tenía razón, era mejor no preguntar. Dejarlo pasar. Aparecería.

—Creo que deberíamos buscarlo. —Eric no pudo evitarlo—. O al menos asegurarnos de que está bien. Le preguntaré a Victor.

—¿Y en qué crees que ayudará eso? —dijo Chris.

—¿Y ayuda que no lo hagamos? Al menos no nos quedaremos con el reconcome —respondió Eric—. Sabéis que estaremos pensando en eso hasta que averigüemos algo.

Chris se encogió de hombros y guardó silencio. Caleb también se concentró en su comida, muy serio, pero Soren le dio una palmadita en el hombro.

—Yo te acompaño. Con suerte nos dirá la verdad y soltará alguna chapa por el interés. ¿Pero cómo pretendes hacerlo? ¿Le has visto paseando por ahí?

—Gracias, Soren. —Eric le sonrió, aunque el gesto duró poco en sus labios—. Su avión no ha salido hoy, supongo que se queda el fin de semana, pero subir a sus instalaciones no es buena idea. Solo nos queda esperar a que salga, enviarle el recado si llama a alguien o… usar el buzón de sugerencias.

Subieron a la tercera planta y Soren se acercó primero a la pantalla táctil, que mostraba la carita sonriente.

—Mira, funciona así. —Pulsó encima y aparecieron dos opciones: peticiones y sugerencias. Soren pulsó la segunda. Una cuadrícula blanca llenó la pantalla, esperando a que tecleara—. Primeros… platos… variados. No… más… sopa. ¿Ves? —dijo al acabar. Apretó el dedo junto a un cartelito de finalizar y el texto cambió a un escueto: «Gracias por su sugerencia».

—Jamás lo habría entendido sin ti —bromeó Eric. Pulsó el botón de peticiones—. Es una pena que nos estén grabando, porque sería maravilloso enviarle notas anónimas. —Eric tecleó el mensaje: «Estamos preocupados por Doce. Nos gustaría saber dónde está»—. ¿Cómo lo ves?

—Muy sencillo y directo, no es mi estilo. Yo pondría algo como: llevamos tres días sin ver a Doce y nos gustaría saber si le ha pasado algo, porque no llevaba pañuelos ni estaba enfermo y es raro que desaparezca así.

—Vale, añado eso. —Eric escribió los detalles literalmente y pulsó el botón de envío—. Supongo que tardará en verlo. Podemos probar suerte en los jardines.

No lograron ponerse en contacto con él en todo el día. Estaban saliendo del comedor tras la cena cuando uno de los guardias que vigilaban les dijo que Victor quería verlos en el exterior. Lo encontraron en uno de los bancos del camino, consultando su teléfono.

—Oh, chicos. Me han hecho llegar vuestra pregunta.

—Buenas noches, jefe —saludó Soren.

—Debería ser más fácil contactar contigo. ¿Y si hubiera alguna urgencia? —inquirió Eric.

—Los guardias me llamarían. Pero si tienes una idea mejor puedes volver a utilizar el buzón de sugerencias. Así que preocupados por Doce… Bueno, pues podéis estar tranquilos. Antes de ayer decidió recoger su cheque y marcharse.

—¿Así, sin más? Estaba mucho más tranquilo desde la última vez que discutimos —dijo Eric con el ceño fruncido.

—Sí. Tuvimos varias charlas tras eso. Acabó entendiendo que lo que sentía por mí no era correspondido y supongo que esa era la única razón que todavía le retenía en la isla. Lamento si

no se despidió, la avioneta tiene horarios estrictos.O quizá no quiso, creo que nunca llegó a encajar.

Eric miró a Soren, que no dijo nada. Quería creer a Victor. Lo que decía tenía sentido, ¿por qué iba a permanecer allí si nada le ataba? ¿Por qué le iba a retener Victor? A él mismo le ofreció la posibilidad de marcharse, sin más, estando en sus jardines. Seguramente, el anterior Trece también se fue. Era difícil saber quién regresaba con el secretismo que rodeaba todo lo concerniente al pase.

Tenía sentido, pero la inquietud no desapareció. Pensó en Andrei y lo que le dijo sobre la gente que nunca regresaba.

—Debe ser eso. Nos habría gustado despedirnos, la verdad, pero supongo que le irá bien con ese dinero —respondió Eric—. Temíamos que hubiera tenido algún accidente o... hubiera pasado algo con los guardias.

Victor le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Los residentes están muy tranquilos desde lo que os pasó a Doce y a ti con los guardias, salvo por esa pelea de Cinco y Seis, que a veces se ponen competitivos con el trabajo. Y los guardias están más cuidadosos desde que tú le recordaste a uno de ellos que no tienen carta blanca para hacer lo que quieran. Todo el mundo está a salvo a no ser que se acerque demasiado al borde del acantilado, o a la selva. Al menos hasta que empiecen las tormentas.

Eso lo había podido comprobar el propio Eric. Era consciente de las miradas de algunos guardias, no le tenían miedo a él, y estaban deseando poder cobrarse lo que le hizo a su compañero, pero estaba seguro de que eran más cuidadosos a la hora de impartir los castigos. Tal vez habían exagerado con lo de Doce, pues era cierto que, salvo esa temporada, no era especialmente sociable.

—Entonces no te molestamos más. Si tienes manera de contactar con Doce, dile que esperamos que le vaya todo bien.

Victor se levantó y besó la mejilla de ambos antes de echar a andar hacia el edificio.

—Lo haré. Por cierto, Trece. El nuevo Doce llegará mañana, sobre las diez de la noche. Eres el encargado de enseñarle las instalaciones y darle su tarjeta, alguien la dejará en tu habitación a lo largo del día. Sed amables —acabó despidiéndose con un cabeceo distraído.

Los dos se mantuvieron en silencio hasta que Victor desapareció dentro del edificio. En un acuerdo tácito, caminaron con tranquilidad hasta una de las zonas del jardín donde las cámaras tenían ángulos muertos y no había micrófonos. Eric ya se había aprendido todos los recovecos.

—¿Crees que nos ha dicho la verdad? —le preguntó a Soren.

Soren, que por lo general era una cascada imparable de palabras, guardó silencio. Sacó de su bolsillo un paquete de tabaco a mitad y un mechero, ofreciendo antes de encender su cigarrillo. Eric hizo un gesto con la mano, negándose. Llegaron hasta el banco que solían compartir con Chris y se sentaron aún en silencio. Fue Eric el que lo rompió de nuevo.

—No sé qué pensar. Tampoco le caíamos tan bien a Daniel como para despedirse. Aunque creo que después de lo ocurrido, sí me habría comentado algo.

Soren dio una larga calada y soltó el humo despacio, muy serio.

—Chris te diría que nadie sale de aquí. Diez te diría que está muerto.

Eric suspiró y se pasó las manos por la cara como si tratara de despejarse.

—¿Y qué dirías tú?

—Que los dos tienen razón, Eric.

Y él pensaba lo mismo. No quería enfrentarse a ello, no después de haber encontrado algo parecido a un lugar en la isla, pero no era un iluso. Nunca lo había sido. Victor era capaz de algo

así. De mucho más. Soren vio cómo tensaba la mandíbula, como si estuviera reprimiendo un dolor interno antes de asentir.

—Tenemos que hablar con ellos. Con Chris y Caleb, y también con Alex. Hay que aclarar esto. No sé cómo, pero lo tenemos que hacer.

Soren fumaba deprisa, ansioso. Eric nunca le había visto tan preocupado. Ya le conocía lo bastante bien para saber que era el tipo de persona que prefería rehuir el enfrentamiento, que trataba de amoldarse, de conformarse con lo que tenía. Pero también era alguien que intentaba animar la vida del resto, ya fuera con bromas o consuelo. Aquella actitud era extraña.

—Oye, Eric… A todos nos ha costado mucho aceptar que Victor dispone de nuestras vidas. Pero últimamente está muy tranquilo. Solo hace juegos de vez en cuando. No es tan violento en el sexo como lo era al principio. Y va a su aire. No quiero cambiar eso. No quiero que se enfade. Tú no le has visto enfadado.

No necesitaba hacerlo. Veía a ese monstruo agazapado en el fondo del pozo negro de los ojos de Victor cuando lo tenía delante. Sabía que estaba ahí, esperando a salir. Solo era una fiera dormitando, demasiado cómoda, demasiado alimentada para saltar, pero seguía ahí. Doce y Trece debieron despertarla. Y Soren la había visto en algún momento. Tenía miedo. Como todos.

—¿Y qué propones? ¿Dejarlo pasar?

—Lo siento. Soy un cobarde, entendería que me despreciaras por ello. —Soren lo miró a los ojos a través del humo.

—No digas gilipolleces. Sobrevivir es un acto de resistencia y de valentía aquí. Tú me ayudaste a entender eso el primer día, ¿recuerdas? Quería despeñarme desde la terraza, nunca voy a despreciar al tío que lo evitó.

Eric le puso la mano sobre la pierna y la estrechó con suavidad, en un gesto de apoyo. Se dio cuenta de que a Soren le preocupaba lo que pudiera pensar de él porque, tras sus palabras, vio alivio en su expresión. Abrió la boca para decir algo, pero sonó la potente señal del toque de queda nocturno, interrumpiendo la conversación.

—Mierda, nos hemos saltado la ducha —cayó en la cuenta Eric.

—Y no nos ha dado chapas por buena gente. —Soren chasqueó la lengua, poniéndose en pie.

De vuelta a sus habitaciones, no volvieron a hablar del tema. Tal vez, lo mejor era seguir mirando las luces de la isla y obviar que existían las sombras. ¿Qué oportunidad de sobrevivir tendrían si no?

19. Lo celebraremos con un juego.

El día siguiente era domingo. Tras explicar lo que Victor les había contado a los demás, todos decidieron dar por buena su versión, aunque ninguno la creyera. El espejismo de seguridad y bienestar era lo único que tenían, nadie quería romperlo y dedicaron el resto del día a disfrutarlo, ignorando la sombra que sobrevolaba sobre ellos, que crecía alimentada por otra desaparición.

A las diez de la noche, puntual, Eric esperaba en el aeródromo, acompañado de cerca por el guardia que le había escoltado hasta allí sin dirigirle una palabra. El chico que bajó de la avioneta aparentaba unos veinticinco años y, como él mismo al llegar, parecía más emocionado que asustado. Llevaba ambos lados de la cabeza rapados y la larga trenza que recogía el pelo de la franja central se agitaba mientras miraba a todas partes. Eric pudo sentir lo que Catorce habría sentido por él al verlo bajar del ascensor: lástima, principalmente. Repitió sus palabras al ir pasando por cada planta, contestó las preguntas, fue muy claro en sus advertencias. Pero al contrario que Catorce, no pidió una valoración positiva al final. Él no era un restaurante recién abierto mendigando estrellas. Le dejó en su habitación para que se aclimatara y regresó a la suya. Esa noche apenas pudo dormir pensando en Daniel.

El lunes a primera hora el chico no se presentó en el comedor. Eric comentaba con los demás sus primeras impresiones mientras comían antes de ocupar sus puestos de trabajo. Fue testigo por primera vez del nerviosismo soterrado que generaban las nuevas incorporaciones y comprendió que siempre debían ir acompañadas de una desaparición y de un periodo de inestabilidad provocado por el nuevo compañero. Fingían sentir más curiosidad que miedo por los cambios que pudiera traer consigo. Y ese miedo quedó más patente cuando la voz de Victor sonó alta y clara por los altavoces al final del desayuno.

—Buenos días, residentes. Tened la amabilidad de dirigiros al centro de los jardines, me gustaría presentaros a alguien.

Sin ser el protagonista, como en la anterior ocasión, Eric tuvo la oportunidad de fijarse mejor en las caras de horror de sus compañeros. Se avecinaba otro juego, y no saber de qué trataría provocaba un desasosiego generalizado tan pesado que vibraba en el ambiente, como si de repente alguien hubiera encendido un calefactor de aire silencioso. La realidad de la que había logrado abstraerse durante aquellas semanas volvió a imponerse: Victor estaba enfermo e iba a volver a hacer gala de su creatividad para las perversiones.

—Ahí vamos otra vez, joder —escupió Chris, tirando la servilleta sobre su vaso vacío.

El centro del jardín era un claro rodeado de árboles, de forma rectangular, con una serie de bancos de forja. Al parecer nadie tendría que utilizarlos. Alguien había colocado sillas bajas de mimbre en el centro, seis para ser exactos. Formaban un círculo con los respaldos hacia el interior. A un lado estaban Victor y el nuevo Doce, que les saludó agitando la mano con una sonrisa bobalicona. Al fondo, dos guardias charlaban entre ellos.

—¿Vamos a jugar a las sillas musicales? —preguntó Soren—. ¿No lo jugabais en el parvulario? Hay que bailar alrededor al ritmo de la música y sentarse cuando esta se detiene. Pero siempre hay una silla de menos, así que…

—Cállate. ¿Tú oyes música, idiota? —le espetó Chris en voz baja.

—A lo mejor Victor va a dar palmas.

Victor dió un par de palmadas para llamar la atención de todos y detener los cuchicheos. Soren y Chris se taparon la cara para que no los viera reírse.

—Este es Doce. Llegó anoche y seguro que se siente muy desubicado, así que espero que

seáis buenos compañeros y le ayudéis a instalarse. Como siempre que llega un nuevo habitante a nuestra querida isla, lo celebraremos con un juego. ¡Diez chapas para cada miembro de la pareja ganadora y un premio extra para uno de ellos!

En cuanto la palabra pareja fue pronunciada, todos pasaron a ignorar a Victor para buscar con quién jugarían. Este tuvo que levantar la voz para hacerse oír.

—¡Que alguien escoja a Doce, no seáis así! ¡No conoce a nadie!

El primer impulso de Eric fue pensar en Soren, pero enseguida cambió de opinión. Un juego por parejas con las condiciones que solía marcar Victor podía condicionar para siempre la relación de los implicados. Y el nuevo Doce estaba solo, era el único al que conocía y no compartían ninguna clase de vínculo. Eric dio un paso adelante.

—Yo voy con él.

—¡Bien! Ese es mi Trece, siempre tan valiente y solidario. Ve con él —dijo Victor empujando a Doce con suavidad.

—Muy amable por tu parte —dijo este al estar juntos, sonriente, siempre sonriente.

—Mejor no agradezcas hasta que sepamos de qué demonios va esto —respondió Eric en voz baja.

A esas alturas todos estaban emparejados. Dos y Tres. Cinco y Seis, que lo habían echado a suertes, quedando Cuatro fuera. Soren y Chris, Nueve y Catorce, muy juntos, Diez y Caleb, que al cruzar la mirada con Eric, se encogió de hombros, serio.

—¿Y yo? —preguntó Cuatro.

—Tú puedes marcharte a tus asuntos, es el problema de ser impares.

El muchacho no pudo ocultar una expresión de alivio antes de irse. Victor se colocó en el centro.

—Bien. Doce, escoge a uno de cada grupo.

—¿Para qué? ¿Con algún patrón?

—Serán los que se sienten.

Doce miró alrededor. Ninguno sabía si aquello era bueno o malo y él menos que nadie.

—Pues… Dos, Cinco, Ocho, Catorce, Once y yo. Nos sentaremos. ¿Te parece bien? —le preguntó a Eric.

—Ni bien, ni mal. No te preocupes, tienes que elegir a ciegas. No me tomaré nada de lo que pase como personal —le advirtió él.

Doce asintió.

—Los nombrados os podéis sentar. El resto tenéis que desnudaros —dijo Victor.

Eric contuvo el suspiro y obedeció sin impedimentos. Tenía las palabras que Soren le dedicó tras el primer juego muy presentes: solo debía aguantar un rato y luego volverían a sus rutinas. Al quedar desnudo, los rasguños y chupetones que los encuentros con Victor le dejaban quedaron en evidencia, pero eso ya no le importaba. Una parte de él sintió cierta satisfacción al lucirlos ante los demás.

—Me gustaría hacer una pequeña advertencia. La participación es obligatoria. Eso incluye todo el proceso. No quiero quejas, insultos, intentos de huida ni nada parecido. Cualquiera de esas cosas significará recibir dos pañuelos automáticamente, amén de un castigo que yo mismo impartiría. ¿Me he explicado bien? —acabó mirando a Eric.

Aquello atrajo la atención de los guardias, que dejaron de hablar entre ellos para clavar en los residentes sus miradas depredadoras. Eric reconoció al que había violado al anterior Doce, el Seis de Picas.

—Perfectamente, jefe —respondió devolviéndole la mirada al guardia.

Victor se paseó alrededor de las sillas, señalando una pequeña tira plástica que llevaba pegada en el brazo, similar a una tirita.

—¿Alguien sabe qué es esto?

Solo Seis contestó.

—Un medidor de temperatura de la piel.

—¡Exacto! Al cabo de unos segundos la temperatura se marca en la tira, en números precisos. Su principal utilidad es médica, para determinar hipotermias, quemaduras por el sol y cosas así. Muy bien, Seis. Recuerdo que tú trabajaste en el proyecto. ¡En fin! Los que estáis sentados vais a azotar a vuestros compañeros. Y vais a hacerlo con ganas, porque el trasero menos caliente tras un minuto señalará al equipo perdedor.

Eric miró a Soren cuando se acercaban a las posiciones ante sus parejas.

—Te has acercado con lo de las palmadas.

—Pero el palmero va a ser otro. Lo peor es que estas cosas suelen ponerme muy cachondo. Espero no mancharte la túnica, Chris.

—¡No puedes ser tan guarro! —exclamó este.

Soren se encogió de hombros antes de recostarse boca abajo en sus rodillas.

—Tú llegaste aquí por listo, yo por guarro.

Eric hizo lo mismo sobre el regazo de su compañero, recostándose con un gesto digno y sin hacer ningún comentario. No pensaba darle un solo motivo a Victor para atarle los pañuelos, y mucho menos a los guardias, que estaban deseando ponerle las manos encima. Al menos esa vez no había *plugs* implicados.

Tras hacer todo el recorrido para asegurarse de que cada uno estaba en su posición, Victor se apartó y miró su reloj inteligente.

—El minuto de fuego comienza… ¡Ya!

El primer azote dejó algo claro a Eric: no iban a perder. Dio un respingo sobre las piernas de Doce y se tragó un quejido. Cada golpe era doloroso, al tercero ya tenía la mano del nuevo marcada en la nalga y aún quedaban, contando con que pudiera darle uno por segundo, unos cincuenta y siete. El cuarto azote le arrancó un gemido dolorido, pero se agarró a la pierna de Doce y a una de las patas de la silla y aguantó, cerrando los ojos con fuerza y apretando los dientes para no maldecir a nadie.

Los sonidos de las otras sillas eran similares, chasquidos fuertes y constantes intercalados con gemidos de dolor… y alguno que otro de placer, sobre todo por el lado de Soren. Victor se paseaba dando vueltas, deteniéndose aquí y allá para contemplar el espectáculo que había organizado. Habían pasado unos treinta segundos, la mitad del tiempo. Eric notaba la piel al rojo vivo, tensa y ardiente, cuando sintió otra cosa. Lenta pero segura, la erección de Doce iba apretando su vientre.

—¡No me j...! —Eric se detuvo a tiempo y gimió para disimular la maldición, aunque sabía que eso no iba a mejorar lo que había debajo de él.

La molestia del sexo cada vez más rígido no era nada en comparación con los azotes. El tiempo parecía alargarse, pero por fin Victor puso final a la tortura.

—¡Tiempo! ¡No quiero escuchar ni un solo golpe a partir de aquí! —gritó, coreado por sonidos de alivio y lloriqueos—. No os mováis. Tenéis que esperar un poco.

Uno por uno, fue colocando las tiras en cada trasero. Cuando tuvo la suya, Eric notó la mano de Doce, acariciando con lascivia lo que antes había castigado. Incluso percibía su respiración agitada. Volvió el rostro, con las mejillas tan encendidas como sus nalgas, y le dirigió una mala mirada. Fue lo único que se atrevió a hacer al recordar los pañuelos. Doce le guiñó un ojo. Su

sonrisa ya no tenía nada de bobalicona. Victor volvió a pasearse, comprobando la temperatura de cada tira.

—Podéis levantaros. En fila —dijo.

—Te has aplicado, ¿eh? —Eric cojeó al ponerse en pie, dolorido por los entusiastas azotes de Doce.

En ese momento se arrepentía de haberse emparejado con él. Se puso en fila con los demás y no pudo evitar reparar en que había más erecciones aparte de la de Soren. Seis y Dos tampoco parecían haberlo pasado mal. Apartó la mirada enseguida, posándola en Victor, a la expectativa.

—Tenemos una pareja ganadora… y una pareja perdedora —anunció, alegre, como si aquello fueran unas convivencias o una reunión de empresa para motivar a los empleados—. Empezaré por los perdedores. Catorce, Nueve, venid aquí.

Se acercaron. Nueve cabizbajo, Catorce horrorizado.

—Catorce, ¿no crees que podías haberte esforzado un poco?

—Yo… no quería hacerle daño.

—Oh. ¿Insinuas que tus compañeros querían hacer daño a sus parejas?

—¡No! —Catorce tragó saliva—. Es… pensaba que con eso serviría para no perder.

—Ya veo, estrategia. No eres un gran estratega, aunque seguro que Nueve te lo agradece. Pero tendrás que aprender a azotar mejor. Nueve, vuelve a tu sitio. Tú quédate aquí.

Eric, que conocía su secreto, fue consciente de las miradas que se echaban entre ellos. El agradecimiento de Nueve y también su preocupación. Puede que fuera el primer acto de valentía que Catorce realizaba en su vida.

—¡Doce, Trece, enhorabuena! ¡Venid aquí, ganadores!

Ganar no era sinónimo de tranquilidad para Eric, que obedeció sin decir una palabra, colocándose ante Victor aún desnudo. Sus ojos no habían perdido el brillo combativo, pero había aprendido a controlar su temperamento. Puso la mano para que le diera las chapas, rezando por que el premio no conllevara nada más. El millonario dejó caer los brillantes objetos en su palma y le acarició el mentón.

—Buen trabajo, Trece. Postura correcta, quejidos excitantes… tendremos que repetirlo en privado. —Luego se dirigió a Doce y le dió las chapas correspondientes—. Y buen trabajo tú también. Entras pisando fuerte. Competitivo. Eso me gusta.

Se apartó de ellos para recoger algo de un banco, fino y alargado. Eric pensó que era una vara de descargas, pero cuando regresó vio que se trataba de una fusta de cuero. Se la entregó a Doce.

—Catorce, al suelo. Doce va a enseñarte cómo se azota.

Eric fue a por su túnica y se reunió con los demás con un andar dolorido. Guardó las chapas en cuanto se acomodó la ropa y distrajo la mirada en un punto del jardín para no mirar a Catorce, aunque no podía ignorar los horribles sonidos de la fusta.

—Lo disfruta —dijo por lo bajo a Caleb, que estaba a su lado.

—¿Tú crees? No todos los que llegan son tan locos como fuiste en tu presentación —respondió Caleb en un susurro, ya vestido.

—Me está doliendo la vida ahora mismo. Y estaba empalmado. Por no hablar de que me ha metido mano con ganas.

Caleb tenía el ceño fruncido y observaba la escena que sucedía a la espalda de Eric. Vio a Victor sujetar el brazo de la fusta y empujar a Doce hacia atrás con violencia, como si no hubiera atendido la primera orden de detenerse. Catorce sollozaba, en el suelo, y Nueve fue corriendo para ayudarlo a levantarse.

—Habrá que mantener las distancias.

—Sí, será lo mejor —dijo Eric entre dientes.

Solo miró a Catorce cuando ya se alejaba agarrado de Nueve. Los demás esperaban de pie y en silencio nuevas indicaciones.

—Doce y…

Victor paseó la mirada por el grupo, deteniéndose un instante en cada uno, valorando lo que veía para encontrar lo que le apetecía como si aquello fuera la sección de dulces del supermercado. Sus ojos negros se detuvieron en Eric unos segundos extra antes de pasar de largo.

—Y Siete. Venid conmigo a mis aposentos. El resto, volved a vuestras ocupaciones. Recordad que todo el mundo dispone de analgésicos en su habitación. Tres, asegúrate de que Nueve lleva a Catorce a la enfermería para que le revisen.

Una punzada de celos sorprendió a Eric. Que no lo hubiera elegido en esa ocasión le provocó una incomodidad difícil de explicar. Que se llevara a Soren en su lugar, le molestó y preocupó a partes iguales. El nuevo Doce no le daba buena espina.

***

Ninguno de los dos residentes se presentó a la comida. Los sonidos del comedor se alejaban mucho del bullicio habitual, con la mitad de los comensales doloridos y la otra mitad avergonzados. Eric no tuvo mucho tiempo esa tarde, el juego le había hecho perder la mañana y tuvo que dedicarse a trabajo y gimnasio antes de llegar, apurado, a la cena. Le consoló ver a Soren sentado con el resto. El nuevo Doce también estaba allí, en una mesa vacía, comiendo apartado de todos.

—Me alegro de verte ya por aquí —saludó Eric, tomando asiento junto a su compañero—. ¿Todo bien?

Soren se encogió de hombros sin decir nada.

—No quiere hablar —dijo Caleb con suavidad—. A lo mejor no deberíamos insistir.

A Eric se le ensombreció la expresión. Echó una mirada al nuevo y miró a los demás. Chris estaba tenso, Caleb preocupado. Que Soren no quisiera hablar, que no regresara bromeando y con su habitual carácter ligero, era muy mala señal. Empezó a comer para disimular, sin ningún apetito.

—¿Te ha hecho algo ese cabrón? —Eric habló en voz baja. No quedó claro si se refería a Victor o a Doce—. Si no quieres hablar ahora, lo entiendo, pero guardarnos las cosas no nos sirve, tendremos que hablar luego. Debemos saber qué esperar. Todos.

—Ha sido ese cerdo de Doce —saltó Chris, rabioso, girándose para mirar directamente al nuevo.

No se había molestado en hablar en voz baja y varios rostros se volvieron, incluido el del aludido, que mostró una desagradable sonrisa. Chris se levantó de golpe, haciendo arrastrar la silla. Caleb, sentado a su lado, le sujetó con dificultad. Soren también extendió la mano por encima de la mesa, tratando de alcanzar su túnica.

—¡No, déjalo! —casi suplicó.

—Siéntate, idiota —siseó Caleb—. ¿Qué pretendes, ganarte un pañuelo y que no podamos hablar hasta dentro de dos días?

Con la ayuda de Eric, que se levantó de inmediato para detenerlo, pudieron sentarlo de vuelta en su silla. Eric se sentó entre él y Caleb, aún sujetándolo para que no volviera a intentarlo. Tenía que reprimir sus propias ganas de levantarse y partirle la cara al nuevo, aunque no supiera qué había hecho.

—Eso solo complicaría las cosas, sobre todo para ti, Chris. —Eric siguió hablando en voz

baja—. Te necesitamos aquí. Soren nos necesita, ¿comprendes? Siempre lo tenemos cuando estamos jodidos, así que es nuestro turno.

—Ya. ¡Ya, joder! —resopló repartiendo manotazos para que lo soltaran—. Pero esto no va a quedar así.

Chris llevaba allí mucho tiempo y no le tenía miedo a nada, si quería hacerle la vida imposible a alguien, podía hacerlo.

—¿Queréis que esta noche demos un paseo? Cuando empiece la estación de los vendavales estaremos encerrados, a mí me gustaría aprovechar antes de que esto parezca un paisaje de guerra —dijo Caleb.

—De acue… —empezó Eric, pero Soren le interrumpió.

—Yo me voy a dormir en cuanto acabe la cena —dijo sin mirarlos—. Estoy cansado.

Eric miró a Caleb y a Chris. Todos asintieron. A Ocho le ardían los ojos cada vez que miraba a Doce.

—Lo haremos mañana. Después de la cena —dijo Eric—. Necesitamos relajarnos.

Tras la cena llegó la ducha. Soren evitó de forma activa tener cerca a Doce, y el resto le imitó, aunque no de forma tan descarada, como si el nuevo transmitiera vibraciones desagradables. La marginación no parecía afectarle. Salió el último, estirando el tiempo para aclarar bien su trenza. Mientras el resto aprovechaba el último rato libre del día, Soren se marchó a su habitación. Estaba a punto de cerrar cuando la mano de Eric lo impidió.

—Eric, ¿qué quieres? —suspiró con tono cansado.

Eric metió por el hueco una bolsita de chocolatinas y la agitó.

—Mira qué he conseguido.

Soren resopló una risa triste, a su pesar. Tras unos segundos de duda que se hicieron eternos para su amigo, tomó la bolsita y se apartó para que pudiera entrar.

—¿Sabes que si hubieras traído alcohol lo habría aceptado?

—Por eso no lo he traído. —Eric cerró la puerta tras de sí. Ya llevaba puesto el pijama blanco con el que dormían: una sencilla camisa larga—. Pero sé que te gusta el chocolate.

—Tengo poco apetito. He tenido que forzarme a cenar.

Pese a todo abrió la bolsa y se metió uno en la boca. Puede que no quisiera hacer sentir mal a Eric después de gastar sus chapas, o fuera demasiado tentador, o necesitara esa alegría en forma de dulce. Eric observó la habitación, mientras tanto. Estaba al otro lado del pasillo y, aunque también daba al mar, dejaba ver un poco de selva y las luces del pueblo. Solo una de las paredes era de cristal y el resto estaban empapeladas de pósters, sobre todo de cantantes de rock. En el escritorio reposaba un hermoso tocadiscos, una verdadera reliquia. Los discos estaban diseminados por todas partes, al parecer Soren no se tomaba tan en serio la norma del orden.

Puso el aparato en marcha, a un volumen bajo. El disco que había puesto empezó a girar y las reconocibles notas de *Dream On*, de Aerosmith, comenzaron a sonar. Todo lo que había allí eran clásicos: The Scorpions, Los Ramones, Queen, Led Zeppelin, The Who… los Rolling. El rock, como tantas otras cosas, había muerto para una cultura que prefería los ritmos electrónicos y acelerados que generaban las inteligencias artificiales de la industria musical. Como ocurría con el cine o los libros, si querían calidad solían tirar de la música de acceso libre compuesta por todos los clásicos de la historia.

—Era una trampa para entrar. No pienso dejarte solo esta noche —dijo volviéndose hacia él —. Lo siento, vas a tener que fastidiarte.

Soren no replicó.

—Era verdad que tenía sueño. Pero te lo agradezco. Venir. Y no traer alcohol. —Sacó su

paquete de tabaco del bolsillo y señaló la puerta del aseo—. ¿Te da igual estar ahí? Está prohibido fumar en las habitaciones, pero hay un ventanuco. Y lo necesito de verdad.

—Sí, claro. Tú mandas.

Eric entró tras él en el baño. Era igual que el suyo, pero allí dentro también imperaba el orden personal de Soren, con las repisas repletas de cosas sin un orden aparente. Vio algunos frascos del tinte azul que usaba para sus mechas, como si los coleccionara junto a las colonias y los champús. Soren abrió el ventanuco que daba a la pared del acantilado, encendió el cigarrillo y se sentó en el retrete cerrado. Cuando cerraron la puerta para que no saliera el humo, el extractor se encendió con un ruido sordo. La música sonaba amortiguada al otro lado de la puerta.

I know it's everybody's sin

You got to lose to know how to win

—Creo que no hay cámaras ni grabadoras de sonido en los baños, al menos aquí, en el ala vieja. He revisado todo cientos de veces. E incluso si las hubiera, dudo mucho que ningún guardia le preste mucha atención a… la función principal de un aseo sin ducha.

—No me sorprendería nada de esos pervertidos, pero no. He mirado varias veces también y tenemos esa mínima intimidad. —Eric se acercó y se acuclilló frente a él para mirarlo—. ¿Te duele algo? Tengo analgésicos de esta mañana.

Soren negó de forma categórica.

—Solo el trasero. No ha sido la violencia, puedo lidiar con eso, Eric, tú sabes de dónde vengo. Pero es… es un monstruo. Es cruel.

Eric tensó la mandíbula.

—¿Qué te ha hecho?

—No quiero hablar de eso. Me hizo sentir una basura. Y débil, muy débil. Victor acabó diciéndole que se fuera, porque no podía parar de llorar. —Soren respiró hondo para evitar que el recuerdo volviera a traer las lágrimas—. Nunca me había pasado algo así.

Por si no tenían suficiente con un bastardo retorcido, ahora tenían otro entre ellos. Eric sospechaba que las cosas se iban a poner difíciles. Ver a Soren en ese estado despertaba de nuevo la rabia en él. Pero su amigo no necesitaba rabia en ese momento. Era lo último que necesitaba.

—No sé lo que te ha dicho, pero todo eso son mentiras, Soren. —Cerró una mano en su brazo para estrecharlo tratando de transmitirle ánimo—. Alguien capaz de provocar algo así en ti sí es una basura. Una mierda de persona. Porque de entre todos nosotros tú eres quien menos lo merece. Y el más fuerte.

Soren lo miró. Pudo ver el esfuerzo que hacía por contener las lágrimas en el brillo tembloroso de sus ojos cuando negó con la cabeza.

—Solo es un espejismo… —susurró e intentó apartar la mirada, pero Eric se lo impidió agarrándole el rostro con ambas manos.

—Eres mucho más que la grieta que ese gilipollas ha encontrado para hacerte sentir vulnerable, ¿me oyes? Él no te conoce.

Soren lo miraba de nuevo. Eric lo soltó al darse cuenta de su propia vehemencia. No podía soportar verlo hundido de esa forma.

—¿Y tú sí?

—Sí. Y el Soren que yo conozco ha sobrevivido a mucho y sigue cuerdo. Si eso es ser débil…

La tensión se quebró. Soren se echó hacia adelante y al fin rompió a llorar. Se cubrió el rostro, avergonzado, pero Eric se incorporó y lo abrazó sin más palabras, ofreciéndole un escondite y un refugio. Afuera seguía la música y durante unos largos minutos en el pequeño

cuarto de baño solo se escuchó el llanto ahogado de Soren, que parecía guardar un océano de lágrimas acumuladas en su interior.

Dream on, dream on, dream on

Dream until your dreams come true

Eric sabía que en ese momento no solo lloraba por lo que el nuevo Doce le hubiese dicho. La dureza de sus experiencias había partido en dos el dique que le separaba de la realidad y le ayudaba a sobrellevarla. En una vida como la suya había mucho por lo que llorar. Demasiado.

Cuando la pista del disco terminó y las lágrimas cesaron, todo quedó en silencio. Eric le soltó despacio.

—Te he llenado la camisa de mocos… —dijo Soren lastimeramente, como si aquello fuera el mayor drama.

Eric agarró el bajo de su propia camisa y lo usó para limpiarle las lágrimas de las mejillas.

—Tenemos lavandería gratis. —Soren soltó una risa a desgana. De pronto parecía muy cansado—. Vamos a la cama.

—Deberías volver a la tuya…

—Alguien tiene que vigilar que no te des un atracón de chocolate.

Dócil, Soren se dejó llevar hasta la cama. Eric apartó las sábanas y entró con él. Volvió a rodearlo con los brazos una vez se hubo acomodado, cobijándolo en su pecho con la naturalidad de un viejo amigo o un hermano. No hubo más conversaciones esa noche. Soren cayó dormido presa del agotamiento. Eric lo veló, sin poder dejar de pensar en el nuevo Doce y en los desaparecidos. En el dolor de su amigo y las heridas que el nuevo había tocado.

Las cosas no podían quedar así.

20. Todos somos idiotas en algo.

Al día siguiente, en el desayuno, decidieron que la reunión tendría lugar por la tarde. Podía alargarse y verlos salir a todos juntos después de las duchas resultaría demasiado llamativo. Se verían a las siete, en el banco de siempre, llegando dispersos.

Eric, como el resto, había dejado listas por la mañana todas sus tareas. Fue al comedor para coger algo de fruta fresca de la bandeja en la que siempre estaba disponible y vio a Chris hacer lo mismo en el dispensador de zumos. Llegaron los primeros al banco. Soren llegó después, solo, con uno de los refrescos de Roborero y una bolsa de patatas fritas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Chris antes de que Eric pudiera hacer lo mismo, dejándole sitio entre ambos.

Soren hizo un gesto poco claro con la mano.

—Mejor. He dormido bien —acabó mostrando una sonrisa agradecida a su visita nocturna.

No estaba tan hablador, vivaz y sonriente como de costumbre, pero que hubiera aceptado unirse a aquella junta clandestina era buena señal. Chris le palmeó el muslo justo cuando Caleb apareció por el recodo… acompañado de Diez. Puso cara de circunstancias al ver las expresiones consternadas de sus amigos.

—Es Alex. Sé que deberíamos haberlo decidido entre todos, pero… sabemos lo que piensa sobre la desaparición de su chico, Trece. Ahora que Doce también ha desaparecido, pensé que querría hablar del tema. Y tuve razón.

Alex los miró de uno en uno, deteniéndose en Eric.

—Sé que no soy parte de vuestro grupo. Nunca me he sentido parte de ninguno, en realidad. Y no he sido el alma de la fiesta desde que… —Se encogió de hombros y se pasó los dedos por la nuca rapada. No era necesario aclarar a qué se refería—. Eso. Pero quiero ayudar.

—Por mí está bien. No estamos aquí para organizar ninguna estúpida fiesta —dijo Chris.

Soren se limitó a asentir para mostrar su acuerdo.

—Yo creo que es necesario que estés aquí —añadió Eric—. Trece fue el primero en desaparecer y no vamos a olvidarnos de él. Sea lo que sea lo que les ha pasado a él y a Doce, nos puede pasar a cualquiera de nosotros.

Aún le costaba dar voz a lo evidente: Victor les sustituía como a juguetes rotos. Durante un tiempo, Doce había sido su favorito, hasta que dejó de ser divertido.

Los recién llegados se sentaron en el suelo, frente a ellos. Uno a uno dejaron en el medio las cosas que habían traído, como si aquello sí fuera una pequeña fiesta. Caleb incluso había comprado una de las botellas pequeñas de alcohol.

—Por si alguien quiere alegrar su zumo. Bueno, deberíamos empezar por decir lo que sabemos cada uno, ¿no?

—Sí —intervino Soren, levantándose—. Pero alguien tiene que vigilar, lo haré yo mismo.

Caleb continuó.

—Yo no he sido de los primeros en llegar. Pero se me da bien escuchar a los guardias y nunca he estado en un grupo fijo. Incluso pasé un tiempo echando una mano a Tres en el huerto, hasta que ambos asumimos que era un negado para las plantas. Oí cosas. Y les doy credibilidad. Se rumorea que antes de ser los que somos, había otros. Muchos otros. Que desaparecieron todos a la vez.

Eric se quedó con una de las manzanas que había traído. Se la pasó de una mano a la otra.

—¿Desaparecieron catorce personas antes de que empezara a reclutaros a vosotros?

Chris cogió la botella de Caleb y se echó un buen chorro en el zumo. Su ceño se iba frunciendo cada vez más en una expresión de rabia contenida.

—Yo me lo creo. Y puede que fueran más. Cuando yo llevaba aquí poco más de un año, llegó el anterior Nueve. Solo duró un par de meses o tres, desapareció en la puñetera estación de las lluvias. La versión oficial es que salió sin permiso y el temporal se lo llevó, pero aquel día él tenía dos pañuelos rojos.

—Puede que huyera justo por eso, Chris. No quiero pensar cómo es estar encerrado en el edificio, con los guardias y dos pañuelos. Lo recuerdo buscando rincones donde esconderse —dijo Soren.

—No, joder. Estoy seguro de que tuvo tres y murió en su castigo. Pero eso lo contaré después. Me gustaría saber la opinión de Diez sobre lo que pasó con su Trece. Perdón, de Alex.

Era la primera vez que le preguntaban y Alex necesitó un momento para reunir el coraje. Todos eran muy conscientes del peligro que corrían si alguien les escuchaba, así que nadie le apremió. Sus ojos marrones se tiñeron de amargura.

—Se llamaba Gabriel y trabajaba en el desarrollo de inteligencias artificiales, aquí, en la isla. Era especialista en datos... Nunca entendí muy bien lo que hacía, pero era muy bueno con la informática, en todos los sentidos. Fueron sus habilidades para el hackeo las que llamaron la atención de Valkyria... Supongo que por eso le trajo Victor. —Alex se detuvo para beber y aclararse la voz. Miró alrededor como asegurándose de que no había guardias cerca—. Él... descubrió algo gordo con relación a Valkyria. Los sistemas que él elaboraba estaban siendo utilizados en espionaje. Victor solo le dejaba trabajar bajo supuestos, pero Gabriel empezó a ver el potencial de lo que estaba desarrollando e indagó. Hackeó la red de la isla y descubrió que Valkyria estaba usando sus sistemas para espiar a gobiernos y ganar influencia internacional. Sé que Victor lo mató por eso. No sé cómo lo hizo, pero Gabriel sabía que iba a ocurrir y estaba nervioso los últimos días. Quería que huyéramos, empezamos a trazar un plan, pero... no nos dio tiempo.

Eric, que había dado un mordisco a la manzana, casi lo escupió.

—¿Qué tiene que ver Victor con Valkyria?

—Eric, piensa en el logo de la empresa —dijo Caleb—. Son dos uves superpuestas. Victor Valkyria.

Eric les miró uno a uno. Todos lo sabían. No era un secreto para nadie, aunque allí no hubiera ni rastro del logotipo o de referencias al apellido de Victor. Aunque nadie dijera una palabra sobre ello.

—¿Victor es el dueño de Valkyria? ¡Pero si no tiene ni treinta años! —Se levantó de un impulso. La manzana mordida rodó sobre el césped—. ¿Soy el único idiota que no lo sabía?

—Lo eres, asúmelo. Todos somos idiotas en algo —asintió Chris tirando de él para que se sentara—. Y sí, es raro, pero aquí todo es raro.

La voz de Soren les interrumpió, elevada y tan alegre como si no hubiera pasado nada.

—¡Dos! ¿Cómo tú por aquí? ¿Estás haciendo inventario de tomates en el huerto? Ya podías haber sacado un puñado para que los repartiéramos.

El aludido apareció doblando el seto alto que conducía al huerto. Al verlos a todos juntos arrugó la nariz, sin detenerse. Llevaba de la mano una tablet encendida y el pelo, corto y decolorado, engominado hacia atrás, lo que lo hacía parecer más estirado aún de lo que era.

—¿Qué hacéis tantos aquí? ¿Es el cumpleaños de alguien?

—Estamos terminando los preparativos de la fiesta. Y son secretos, así que aire —gruñó Chris.

—Ajá. Pues vuestros preparativos secretos necesitarán materiales y soy yo el encargado de pedirlos, Ocho. Métete tus malos modales por el culo. —Señaló el techo del invernadero, que podía verse desde allí—. Tres necesita abono. El servicio necesita bombillas, baterías y fluorescentes. Todo el mundo necesita algo. Más os vale pedirme pronto lo que queráis, porque la temporada de lluvias va a adelantarse. Lo que no venga en el próximo barco no llegará hasta dentro de tres meses.

—Te llevaremos una lista cuando terminemos —intervino Eric. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por aparentar normalidad mientras le hervía la sangre—. Será de temática retrofuturista. Un Apocalipsis retrofuturista, no será difícil encontrar las cosas. ¿Quieres algo de lo que hemos traído?

Dos se agachó y recogió del camino la manzana que poco antes Eric había dejado caer rodando. Se la entregó a Alex, el más cercano, con un gesto de disgusto.

—No quiero nada. Dejadlo todo limpio —dijo antes de marcharse.

Mientras se alejaba, Eric volvió a sentarse. Hubo un largo silencio hasta que Soren levantó el pulgar indicando que volvían a estar solos.

—Bien, sabemos qué pudo pasarle a Gabriel... —Eric decidió centrarse. Su drama personal no tenía cabida allí en ese momento. Estaban hablando de muertos, Alex había perdido a su novio—. ¿Y qué hay de Daniel? ¿Alguno le vio antes de la desaparición? ¿Pasó algo raro, que os llamara la atención?

—Que fuera amable con todo el mundo. Eso fue bastante extraño. Alex y yo veníamos hablando del tema, estamos casi seguros de que no le vimos con pañuelos antes de desaparecer. ¿Alguien lo vio? —dijo Caleb, abriendo uno de los zumos.

Todos negaron con la cabeza.

—A mí también me extrañó su cambio de actitud —añadió Eric—. Se disculpó conmigo. Pasó de querer matarme a ofrecerme chapas si las necesitaba. Pensé que la atención de Victor habría suavizado las cosas.

—Las suavizaba, pero no hasta ese nivel —dijo Alex, apartando con un dedo a un insecto regordete que subía por su túnica—. Se juntó bastante conmigo en las últimas semanas. Supongo que no me veía como una amenaza para su amor enfermizo. No es que fuera un gilipollas integral todo el tiempo, pero tampoco era de los que ofrecían disculpas, y mucho menos chapas.

—A mí me odiaba porque Victor me llama con relativa frecuencia —dijo Soren.

—En resumen: ninguno creemos que su amabilidad de las últimas semanas fuera remotamente normal. Le sucedía algo, o tramaba algo. Y ninguno pudimos verlo —suspiró Caleb, echándose el pelo de la cresta a un lado.

A lo lejos se escuchaban gritos y risas, incluso chapuzones. Algún grupo estaba divirtiéndose en la piscina. Sonaba como algo irreal, ajeno, injusto, como pasar junto a una feria de camino a un funeral.

—Puede que intentase algo y Victor se diera cuenta, ganándose los tres pañuelos de una sola vez. —Eric miró a Chris, que supo qué iba a decir antes de que volviera a abrir la boca—. Tú eres el único que sabe lo que sucede cuando te ponen los tres pañuelos…

Chris resopló y le dio un trago largo a su bebida aderezada con alcohol.

—Está bien. El día que llegué…

—¡Yo! —Soren le agarró del brazo, zarandeándolo hasta que casi derramó el contenido de la botella—. ¡Por favor, déjame contar esa parte! ¡Fue increíble!

Chris resopló una risa, que fue bastante coreada para la gravedad del tema y la situación. La mayoría ya había escuchado el inicio de esa historia y era refrescante ver al Soren de siempre.

—¿El charlatán ha vuelto?

—¡Si!

—Supongo que debería alegrarme. Está bien, cuéntaselo —suspiró Chris recostándose en el respaldo del banco, a la expectativa.

—Chris acababa de llegar. Nos lo presentó como siempre, antes de empezar un juego. No os podéis imaginar la cara de culo que tenía. Y fue poniéndose peor mientras Victor explicaba las reglas. Como si no se lo creyera y a la vez se lo creyera tanto que quería matarlo. El juego era una tontería de memorizar palabras, en círculo, podéis imaginaros lo que le sucedía a quien no lo hiciera. —Hubo una pausa dramática para que cada cual imaginara la situación, que duró hasta que Soren vio impaciencia en cada rostro—. Cuando habíamos hecho el círculo, Victor se acercó a Chris y le preguntó si lo había entendido. ¡Y Chris le pegó tal puñetazo en la nariz que lo tumbó de espaldas, sangrando como un surtidor!

—Entraste por la puerta grande. Eres mi héroe —dijo Eric—. Eso te hizo ganar el premio gordo directamente, ¿no?

—Dos pañuelos de golpe y una buena paliza de los guardias, aunque Victor no me puso la mano encima. Estos cabrones —señaló a Soren— estaban tan impresionados que no dijeron nada. Ni un grito, ni una risa, por suerte para ellos. Al segundo día ya había perdido la cuenta de las veces que los guardias me habían violado. De dos en dos, ninguno se atrevía a venir solo. Antes de que acabara el castigo, coincidí con uno en los aseos de la planta baja. Estaba meando y había dejado la vara de descargas apoyada en la pared. Le empujé la cabeza contra los azulejos hasta que se desmayó, creía que lo había matado. Y así gané mi tercer pañuelo.

—Estás como una cabra. —Caleb esbozó una media sonrisa agridulce.

—Eso pensamos todos. Y que iba a palmar, pero la mala hierba nunca muere —dijo Soren.

Eric no pudo alegrarse más de haberle dado su merecido a uno de aquellos psicópatas. Lo habría matado si hubiera sido tan valiente —o inconsciente— como Chris. No habría sentido remordimiento alguno, pero no tenía las agallas para enfrentarse a un castigo peor que las violaciones.

—Parece que esos gilipollas no escarmientan, pero al menos se quedan tranquilos una temporada cuando nos revolvemos —comentó.

—Es mejor no darles razones… —intervino Alex—. Yo no habría sobrevivido a eso.

Chris permaneció en silencio mientras lo comentaban. Luego señaló la forma rectangular en el bolsillo de la túnica de Soren y este sacó tabaco para encenderlo y pasárselo tras una calada. Cuando Chris lo cogió, todos notaron que sus dedos tatuados temblaban.

—Me pusieron el tercer pañuelo en cuanto encontraron al guardia. Y no pasó nada. Me fui a dormir. En algún momento de la noche entraron en mi habitación, me amordazaron y me sacaron a rastras fuera del complejo. Recuerdo que Victor estaba allí. Me subieron a un Jeep y fuimos hacia la selva, los faros alumbraban lo suficiente para verlo…

—No me jodas —exclamó Eric en voz baja.

Se miraron entre sí con gravedad. La selva estaba prohibida y todos la temían, aunque no hubieran puesto un pie en ella. Sabían que era un entorno hostil en el que unos chicos de ciudad como ellos tenían pocas posibilidades de sobrevivir. Por las noches oían los gruñidos, los chillidos de animales que no conocían, inquietantes y salvajes. Chris ganaba heroísmo a medida que seguía con la historia.

Su nueva fuente de admiración respiró hondo antes de continuar. No miraba a nadie al hablar y daba breves caladas al cigarro.

—Me quitaron la mordaza para usarla de venda en los ojos. Estuvimos andando un buen rato,

yo tropezaba sin parar. Con raíces, con ramas, con barro empapado. Cuando nos detuvimos me desnudaron a tirones y alguien cerró una pesada cadena metálica en mi tobillo. Me quitaron la venda y vi que me habían encadenado a un árbol con el tronco muy grueso. Llevaban linternas. Victor me dio a elegir entre tres cosas: una botella de agua vitaminada, un repelente de insectos y un machete. Escogí el machete. No los ataqué en ese momento porque tuve la certeza de que, si lo hacía, moriría allí.

—Menos mal que a veces te funciona la sesera —bromeó Soren, aunque miró a su amigo con cariño.

—Qué retorcido. —Caleb negó con la cabeza, con una expresión de desagrado.

Eric se guardó su opinión, aunque todos coincidirían con ella. Lo que Chris describía era el argumento de una película de terror. Todo en la isla lo era: un guión escrito para el deleite de Victor, en el que incluso los inconvenientes eran una excusa para dar rienda suelta a su oscuridad.

—Tenía que haber escogido el repelente de insectos. Pasé allí dos días y dos noches. Durante el día podía ver… una parte de lo que escuchaba por la noche. —Dio tres caladas rápidas, angustiadas, antes de devolverle el cigarro a Soren—. Cuando volvieron yo… yo…

Asustar a Chris no era fácil. Que ese miedo le hiciera verse tan vulnerable hablaba por sí solo. La pesadilla que había vivido en la selva, desnudo, solo y rodeado de amenazas, debió quebrarlo hasta el punto de arrebatarle toda la dignidad que la ira y la rebeldía le conferían.

—No tienes por qué seguir —dijo Soren poniéndole una mano en el hombro.

—No. Nos basta con saber a qué puede haberse enfrentado Daniel —añadió Alex.

—No. Ya he empezado y voy a acabar. Quiero sacármelo de encima de una vez por todas. Cuando volvieron no ataqué a nadie con el machete. Me eché a llorar. Abracé a Victor y lloré hasta que se me secaron los ojos. Porque me sentía agradecido de salir de allí.

Una última lágrima solitaria, rabiosa, se arrastró por su mejilla. Soren se la limpió con la mano y tomó la palabra.

—El resto solo vimos que le llevaban a la enfermería. Pasó allí tres días. Cuando salió no quería hablar con nadie, ni relacionarse con nadie. Hasta que habló conmigo al cabo de, no sé, ¿un mes?

—Es tan plasta que llegué a la conclusión de que acabaría antes haciéndole caso que ignorándolo —dijo Chris encogiéndose de hombros.

—Sí soy —dijo Soren haciendo un gesto de victoria con los dedos de ambas manos.

—Tenéis cara de abrazo. Al primero que me abrace, o sea condescendiente, o insinue cuánta lástima le doy, le arreó un puñetazo en la nariz como el que le di a Victor —advirtió Chris.

—Lástima ninguna: admiración —respondió Caleb.

—Habría que vernos al resto después de un rato en esa selva. —Diez se encogió de hombros —. Me da un infarto a la primera araña que vea.

—Es una estrategia. —Todos miraron a Eric cuando dijo eso, sin entender—. Lo del alivio. El cabrón te somete a una situación de peligro y estrés extremos y luego te tiende la mano como si fuera tu salvador. Y tú lo sientes así. En mayor o menor medida, todos hemos pasado por eso aquí. Así nos tiene agradecidos por lo que tenemos, sabemos que podría ser peor y que será nuestra culpa si, conociendo las normas, las saltamos. No podemos evitar sentir lo que sentimos, Chris. Es mera supervivencia. Y el bastardo lo hace a nivel global con Valkyria.

Hubo un silencio largo. Ninguno era psicólogo ni sociólogo, pero Eric había puesto nombre y explicado con sencillez lo que sentían.

—Sea como sea, estamos igual que al principio. No podemos hacer nada por Gabriel, ni por

Doce, ni por ningún muerto. No podemos salir de aquí. Ni enfrentarnos a Victor y su guardia con las manos desnudas —dijo Alex.

—No estamos igual. Estamos siendo claros, todos sabemos que podemos ser los próximos en ser desechados, ¿verdad? —Eric esperó al asentimiento. Todos lo hicieron, con mayor o menor convencimiento—. ¿Queremos seguir viviendo bajo estas condiciones?

—Sabes que no. ¿Pero qué opciones tenemos? El resto no va a querer implicarse. Dos y Tres viven muy cómodos. Las Tres mellizas están obsesionadas con sus mierdas tecnológicas. A Catorce le da miedo hasta su sombra y creo que Nueve y él están liados, por como reaccionó después de la última prueba. Y el nuevo… no quiero tenerlo a menos de tres metros —dijo Soren.

—¿Creéis que reaccionarían si tuviéramos pruebas de las muertes? —preguntó Eric.

—No sé cómo reaccionarían en la isla, pero presumo que mal. Aunque puede que en el pueblo no sepan, del todo, lo que sucede. —Caleb acabó su zumo y lo encestó en la papelera—. Todos tenemos *pendrives* en el despacho, ¿no?

—Yo tengo una de esas cosas arcaicas, sí —respondió Eric.

Alex y Chris asintieron y Soren levantó un dedo, él no podía limitarse a un gesto.

—Yo también. ¿Qué propones?

—Conseguir grabaciones. Hay cámaras por todas partes, tiene que haber alguna sala donde puedan verlas en directo. Entrar en el sistema es demasiado peligroso, Gabriel perdió la vida por ello. —Caleb estrechó el hombro de Alex, que apretó los labios—. Pero tal vez podamos sacarlas de allí.

—Ya. ¿Y suponiendo que lo consiguiéramos, cómo sacamos esas pruebas de la isla? —rezongó Chris.

—Para eso no tengo respuesta todavía.

—Tenemos por dónde empezar, eso es lo importante —dijo Eric—. Hay que estudiar los puntos de vigilancia: guardias asignados, horarios, localizaciones. Una vez lo tengamos claro, podremos trazar un plan para acceder a las grabaciones.

Caleb se levantó, estirándose. El resto le imitaron poco a poco.

—Aquí todo es rutinario, parece sencillo. Nos volveremos a reunir mañana, con la excusa de la fiesta. Y también prepararemos eso, qué remedio.

Horas después, cuando todos salían de la ducha grupal para ir a sus habitaciones, el crujido de los altavoces retumbó por los pasillos.

—Doce, Trece, subid a la cuarta planta —dijo la voz de Victor.

Soren, preocupado, se detuvo junto a Eric antes de llegar a su cuarto.

—Ten cuidado.

—Estaré bien. Voy sobre aviso —respondió Eric tratando de quitarle hierro.

La mirada de su compañero le siguió hasta que desapareció por el corredor junto a un sonriente Doce.

21. Deja que la magia dure.

El viaje hasta la cuarta planta fue silencioso. Eric, en cuyos ojos volvía a despertarse una tempestad, evitó prestarle atención al nuevo Doce, al que solo tenía ganas de estampar contra la barandilla de la escalera. Cada vez que pensaba en el llanto de Soren tenía que contener la rabia. No quería ganarse otro pañuelo y mucho menos para que el bastardo se regocijara. La aspiradora abrió la puerta con menos choques que de costumbre y echó a rodar hacia el pasillo. Antes de que se alejara, Doce coló los dedos de su pie descalzo bajo el borde y pateó hacia arriba, dándole la vuelta. El desesperado cacharro quedó boca arriba como una tortuga, con las ruedas girando en el aire.

—Esta porquería es tan tonta como parece —comentó con una risita.

Bastaba eso para despertar la empatía de Eric hacia las máquinas y ahondar la animadversión que sentía por Doce.

—Es una aspiradora —replicó, empujando con el pie al pequeño robot para ayudarlo a volver a su posición—. Abrir puertas ya es superarse a sí misma.

El electrodoméstico siguió con sus quehaceres como si nada hubiera ocurrido.

—Supongo. —Doce le habló cerca de la oreja—. Esta isla está llena de pequeñas cosas patéticas que tratan de superarse a sí mismas, empezando por ti.

—No, capullo, tú vas antes por número. —Eric no le dirigió la mirada.

No era la primera vez que se topaba con tipos que necesitaban aplastar a los demás para quedar por encima. Sentirse grandes haciendo pequeños a los otros. Lo había hecho con Soren, alguien que le superaba con creces como ser humano. Lo más triste era que allí ese cabrón tenía más facilidades para sobrevivir que su compañero.

Fue al salón sin darle más conversación. Victor estaba allí, sentado en el sofá. Iba disfrazado con una casaca larga, rosa a rombos azul claro. Unos pantalones negros ajustados y una camisa con mangas abullonadas completaban el atuendo del personaje de un viejo anime. Le sentaba como un guante y no le faltaba un solo detalle: lentillas de color azul, un colgante de cristal del mismo color, una realista peluca rubia de corte escalonado y hasta los pendientes en forma de lágrimas.

—Habéis tardado mucho —dijo estirándose.

Señaló, a modo de invitación, la pipa de agua que reposaba sobre la mesa, culpable del aroma amargo que pesaba sobre la enorme habitación. Doce se acercó para probarlo y frunció el ceño al descubrir que solo era algún tipo de tabaco muy aromático.

—Pensé que tendrías algo fuerte…

—Nada de drogas en la isla. Pero ahí tienes el mueble bar. Eric, ¿quieres sentarte conmigo? —Victor palmeó el sofá.

Él fue directamente a sentarse junto al millonario. La forma en que se cruzó de brazos, con una posición algo rígida, evidenciaba su incomodidad. Tenía asuntos que tratar con Victor, pero no pensaba abrir la boca con el nuevo de por medio.

—¿De qué va esto? —susurró, desviando todo su malestar a la presencia de Doce.

Victor le acarició el pelo, primero pasando los dedos con suavidad por los mechones castaños y luego arrastrando las yemas por la cálida piel de la nuca.

—Doce no sabe relacionarse bien con el resto de residentes. Y no hay mejor manera para aprender a convivir que las relaciones íntimas. Estoy escogiendo a los más sensatos para trabajar ese tema, Eric.

Doce, como si fuera ajeno a la conversación, repasaba el contenido del mueble bar.

—No debiste traer a Soren —le recriminó Eric en voz baja. El tacto de Victor le erizaba la piel. Reprimió el gesto de apartarlo con la mano—. No creo que no sepa relacionarse. Creo que le gusta joder en el peor sentido.

—No debí —asintió Victor—. Así que voy a darte a ti la oportunidad que debería haberle dado a él: puedes elegir. Os quedáis los dos, se queda Doce o te quedas tú.

Eric le miró reticente. Estaba valorando sus opciones, la elección que, de nuevo, ponía en sus manos. Podía largarse, dejar a Doce allí y volver junto a sus compañeros, pero sabía qué significaría aquello para el nuevo: le estaría cediendo terreno. No pensaba dejarlo solo con Victor, así que no tardó demasiado en responder.

—Dile que se largue.

La sonrisa perfecta de Victor asomó enmarcada por la melena rubia del *cosplay*.

—Doce. Márchate, no te necesitaremos. Puedes llevarte el vaso como premio de consolación.

El aludido se volvió con una copa llena en la mano derecha. Paseó la mirada entre ambos, pero acabó clavando en Eric unos ojos feroces.

—¿Por qué?

—A raíz del último trío, y teniendo en cuenta que podría cortar el aire con un cuchillo cuando vosotros dos estáis cerca, me he dado cuenta de que esto podría ser más incómodo que excitante —respondió Victor.

Eric le sostuvo la mirada, aún cruzado de brazos.

—Ya has oído al jefe.

—Muy bien. Avísame cuando tengas ganas de algo que no puedas conseguir de cualquier chapero derrotado de Elysium. El anterior al menos era de los caros —dijo Doce, inclinándose para dar una última calada a la cachimba.

La risa de Eric fue sorprendentemente espontánea. Incluso relajó la postura, como si Doce acabara de contar un chiste.

—Y tienes el valor de llamar patético a nadie. Tú.

—Sí, eso dije de camino. Y lo mantengo.

Doce se acercó despacio. Victor no se levantó, solo señaló la puerta. Su autoridad estaba por encima de los gritos o las amenazas. El nuevo abandonó el salón sin añadir ni una palabra. Eric se puso en pie, como si necesitara liberar la energía destinada a darle un puñetazo de alguna manera.

—¿De dónde has sacado a ese gilipollas?

—¿Qué importa? Relájate, disfruta del momento —dijo Victor antes de tocar algo en su reloj inteligente y acercar la boca a la pantalla—. Siete, sube a la cuarta planta, si eres tan amable.

—A mí me importa. Quiero saber de dónde trae esos humos.

Eric suspiró y volvió a sentarse junto a Victor. Pensó en lo mal que iba a pasarlo Soren hasta ver que no se reuniría otra vez con Doce.

—Entonces pregúntaselo cuando vuelvas a verlo. Yo no voy aireando la vida de mis trabajadores. No podremos beber, prepara algo rico y sin alcohol para los tres.

Eric obedeció sin aspavientos, yendo hasta el mueble bar para echar un vistazo a la nevera. Había fruta y todo lo que podía necesitar para preparar cócteles.

—No pienso cruzar una palabra con él —dijo troceando algunas frutas para meterlas en la licuadora—. Será lo mejor para todos. Y tú, ¿por qué eres tan discreto con lo de Valkyria? Eso sí me lo puedes contar.

El millonario frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Te refieres a que no hay logos en la isla? Esa empresa es mi trabajo, Eric, y esta es mi casa. Nadie quiere tener su casa llena de recordatorios del trabajo.

La licuadora zumbó estrepitosamente, evitando cualquier conversación durante un par de minutos. Eric sirvió los zumos en tres copas de cóctel, sin darse prisa. Eran de un bonito color rosa claro.

—Así que el dueño de la empresa que está hundiendo la economía común en todo el planeta, que ha incentivado la expansión de urbes insostenibles y llevado a la ruina a millones de personas, no quiere recordar su trabajo cuando se aísla en su isla paradisíaca con sus esclavos sexuales. —Eric colocó fresas en el borde de las copas, pajitas y una sombrilla cutre de papel y llevó las bebidas a la mesa en una bandeja. Le ofreció su copa a Victor con un ademán servicial —. Lo de las pajitas biodegradables es para compensar, ¿no?

Victor la agarró con un brillo divertido en los ojos.

—Leí lo que te sucedió. Me resulta cuanto menos sorprendente que vuelques tu rencor en haber perdido un trabajo temporal para el que estabas sobrecualificado, en lugar de hacerlo con la universidad que te echó de un buen puesto relacionado con tus estudios. O con un gobierno que, a sabiendas de que tiene más población que empleo disponible, no concede rentas básicas ni subsidios.

Eric dio un trago a su copa y la dejó sobre la mesa. En lugar de sentarse junto a Victor, lo hizo a horcajadas sobre él, con un movimiento natural que no podía evitar ser dominante.

—Todo está relacionado y para esos también tengo odio de sobra, por dejarse comprar por tipos como tú y no estar al servicio de la población. —Le agarró con suavidad de la barbilla y le observó como si hubiera algún misterio indescifrable en sus ojos de azul sintético—. Lo que me resulta fascinante es que alguien de tu juventud esté al cargo de un imperio monstruoso como el de Valkyria. ¿Se murió tu papaíto?

Una caricia suave recorrió los dos muslos de Eric, que habían quedado medio desnudos cuando la túnica se recogió por la postura.

—Exacto. Cuando tenía catorce años. A los dieciséis, mi *tiíto*, tutor legal y dueño de Valkyria pagó para que entrara en el mejor internado de élite del extranjero.

—Así que no eres el misterioso benefactor de la humanidad que vino del fango del que habla todo el mundo. —Eric fingió un gesto de sorpresa—. Qué inesperado.

—No. Ese, en todo caso, era mi tío. Wolfgang Valkyria. El diferenciar las verdades de la publicidad, lo dejo a tu juicio.

—Esas historias suelen ocultar familias con minas de diamantes en Sudáfrica. No me creo ninguna. —Eric le acarició bajo la mandíbula con ambas manos, rodeando su cuello como si fuera a estrangularlo—. ¿Aprendiste de él a montarte estos juegos enfermizos?

—Sí, Eric. De primera mano.

Victor coló los dedos entre la línea de piel y el borde invisible de la peluca, apartándola a un lado. La última vez que había visto su cabello real lo llevaba por los hombros, pero en algún momento se había rapado al cero. El corte, que en algunos hombres resultaba intimidante, a Victor le hacía parecer desvalido. Giró un poco la cabeza. No era necesario más para que Eric viera el enorme número uno negro tatuado desde la nuca a la parte superior del parietal. Esa vez la sorpresa fue sincera al dibujarse en la cara de Eric, que apartó las manos de él.

—¿Tú eres...?

Un golpeteo en la puerta le interrumpió. La aspiradora se puso en marcha en dirección a la entrada.

—¡Sorpresa! —Victor volvió a colocarse la peluca con precisión y pulcritud—. Anda, ve a

recibirle. Si no se ha cruzado con Doce estará acobardado pensando que sigue aquí.

Eric quería seguir indagando, Victor lo pudo ver en su cara, junto a un gesto de incomprensión. Se levantó y se alisó la túnica, aquello tendría que esperar, Soren debía estar angustiado y no quería seguir con el tema delante de él.

—El capullo no está —fue su bienvenida.

Para su sorpresa, encontró una sonrisa en lugar de la mueca de exagerado alivio que esperaba. Se había quitado los *piercings* y eso dulcificaba aún más sus rasgos.

—Me alegra oírlo, me preocupé por ti cuando oí cómo os llamaba por los altavoces. Y cuando me llamó pensé: bueno, si Eric está allí, no va a ser terrible, seremos dos contra uno. Mejor eso a estar solos con él. No sé si me explico.

—Perfectamente. —Eric cerró la puerta tras él antes de que lo hiciera la aspiradora y le puso una mano en el hombro, acercándose para hablarle al oído. Al hacerlo observó que la aspiradora se quedaba unos segundos presa de la confusión, con algo parpadeando en el brazo mecánico. Un sensor—. Solo nos tenemos que enfrentar a un psicópata y a este ya le conocemos.

Soren se echó a reír por lo bajo. Cuando entraron al salón, Victor abrió los brazos para recibir al nuevo invitado, que no tuvo problemas en inclinarse y recibir el afecto tóxico de su captor.

—Siete, querido. Hay algo que quería enseñarte y voy a aprovechar la oportunidad. Dime, ¿si pudieras elegir el paisaje que se ve por las paredes de cristal, cuál sería?

—Pues… —Soren se tiró en el sofá, dudoso—. No estoy seguro, así de repente. ¿Qué dices tú, Eric?

Por la rapidez de la respuesta, él sí lo tenía claro.

—Un bosque nórdico, con montañas nevadas y escarpadas y enormes pinos. —Se sentó al otro lado de Victor, con la misma comodidad con la que se comportaba Soren—. De esos en los que apenas entra el sol a través de la espesura.

—Vale, dame un segundo.

Victor sacó su teléfono del bolsillo y comenzó a teclear a toda prisa. Un chirrido mecánico dejó al descubierto, frente a ellos, una chimenea eléctrica que se encendió de golpe. El siseo de tela recia anticipó la bajada de una especie de persiana de lona negra, que tapó por completo la pared de cristal y la negrura del mar. De repente las vistas cambiaron. La lona ya no parecía existir. En su lugar había paredes de madera enmarcando un enorme ventanal. Allí también era de noche, pero la luna llena que se recortaba al fondo y la supuesta claridad del interior permitían ver un denso bosque de coníferas. Las lejanas solo eran una silueta junto a los riscos, las cercanas lucían hojas y corteza a vivo detalle. Un ciervo pasó correteando y se perdió en la espesura, como si la intromisión le hubiera asustado. Nevaba, y en el suelo comenzaban a formarse charcos blancos que también adornaban las ramas altas. Eric cogió su zumo y observó el paisaje mientras lo removía.

—Ya sería perfecto si pudieras hacer nevar en la isla —comentó antes de dar un trago.

—¡Es una pasada! Qué buena elección, Eric. —Soren se había puesto en pie y se acercó al ventanal ilusorio—. Nunca he visto la nieve en persona, debe ser increíble tocarla y pisarla.

La imagen tembló cuando Siete acercó el dedo a la lona. Enseguida lo apartó.

—Creedme, os hartarías de ella antes de hartaros del calor. Aunque al menos mantiene alejados a los mosquitos —dijo Victor—. ¿Alguna sugerencia ahora que Eric ha dado ideas?

Soren se quedó mirando el paisaje antes de decir nada. Era tan realista que provocaba una sensación de frío, lo que hizo que se frotara distraídamente los brazos.

—¿Y un desierto con ruinas egipcias visto desde el interior de una jaima? —sugirió al fin—. De noche, con luna llena y una hoguera en la entrada.

—Claro, lo que quieras. En realidad, solo es tejido captador de vídeo de última generación. Antes se intentaba con pantallas, pero era demasiado caro en estos tamaños. Y un proyector… bueno, cualquier cosa que pasara por delante estropearía el efecto.

El deseo de Soren se materializó ante los ojos de los tres. Victor incluso aumentó la sensación de realidad pulsando un par de botones: un ambientador de incienso especiado se encendió en alguna parte de la habitación.

—¡Fíjate, si hasta huele a incienso y hace calor! —Soren, que había perdido todo el miedo con el que llegó, se dejó caer de nuevo en el sofá.

—Debiste venir vestido de faraón —dijo Eric—. Te pega más que Howl.

—Puedo cambiarme en un momento. —Victor se levantó—. Así vosotros podéis ir rompiendo el hielo… No os ha tocado juntos en ninguna prueba, va a ser la primera vez, que yo sepa —dijo antes de irse.

Eric le siguió con la mirada. Esperó un tiempo prudencial para hablar, aunque sabía que les tenía más que vigilados.

—Me ha otorgado el honor de echar a Doce y no lo he desaprovechado. Supongo que ahora querrá compensar lo de la otra noche.

Soren estiró el brazo para peinarlo con los dedos, colocando a la vez sus propios mechones azules.

—¿Estás nervioso? A lo mejor va a ser un poco raro para ti. Porque somos amigos y todo eso. A lo mejor preferirías que hubiera llamado a Ocho, con él al menos has tenido alguna que otra intimidad nada más llegar.

—No. No lo sé… Ya nada es tan raro como al principio —respondió Eric. Apartó la mirada para coger su copa y beber de nuevo—. Creo que prefiero que seas tú. Aquí no suele ser tan enfermizo y retorcido como en los juegos, pero nunca he hecho un trío, eso sí me pone nervioso.

Soren se echó a reír.

—Eso es muy tierno. Supongo que está bien que alguien en esta habitación tenga un poco de vergüenza. Aunque a mí también se me hizo raro la primera vez que tuve que estar con Ocho. Con amigos es distinto. Como que… hubieras preferido que, si tenía que surgir, surgiera de otro modo, ¿no?

Nada era como debía ser en aquella isla. La presencia de Soren parecía hacer las cosas más fáciles, más deseables para Eric, aunque implicara riesgos.

—¿Te habría gustado? —preguntó volviendo a mirarle a los ojos.

—¿El qué, conocerte fuera de aquí? Claro. Aunque siento que no habríamos conectado. Yo no tenía muchos amigos fuera.

—Eso me parece muy raro, pero me refiero a si te habría gustado que surgiera de otra manera.

Soren cruzó las piernas con un aire coqueto y teatral.

—¿Quieres saber si me gustas?

Eric se rio por lo bajo. La forma en que apartó otra vez la mirada y se distrajo con la copa mostraba cierta inseguridad. Le ponía más nervioso que las cosas pudieran estropearse con Soren que el hecho de hacer algo nuevo, en realidad. ¿Y si estaba con él a disgusto? ¿Y si les pedía algo que provocaba que no lo volviera a mirar? Le importaba lo que sintiera con respecto a él.

—Sí, quiero saberlo.

Vio como Soren se levantaba, encendía la pipa de agua sin prisa y le deba una larga calada. Hizo círculos de humo que viajaron directos hacia él, desapareciendo antes de llegar. Le guiñó el ojo desde allí.

—Despreocúpate. Deja que la magia dure. No va a ser incómodo y no vamos a pasarlo mal. Solo tienes que ser claro con lo que te gusta, porque yo lo seré.

Aquello obtuvo un resultado poco común: dejó a Soren sin palabras. Por su gesto radiante tenía mucho que decir, pero también entendía que no era necesario. Que a veces la brevedad o el silencio podían transmitir con mayor potencia. Le besó con un ímpetu que aceleró las cosas, apoyando una mano en la pared y otra en su pecho, moviéndose como le apetecía, controlando la situación sin desatender las señales que el cuerpo de Eric le mandaba.

22. ¿Cuál es la lección?

Victor regresó en ese momento. Su impresionante fondo de armario en cuanto a *cosplays* y extravagancias, a fin de cuentas, sí tenía cosas egipcias. Su indumentaria estaba tan lograda como el resto de sus disfraces. Lo más impresionante era el ancho collar de oro y lapislázuli, en cuyo centro un escarabajo de obsidiana sujetaba un disco de rubí en representación del sol. Llevaba el pecho desnudo, salvo por el collar, y unos brazaletes a juego que se complementaban con dos serpientes doradas enroscadas en sus tríceps. La larga falda blanca iba sujeta a su cintura por un cinturón de oro, que se cerraba en el centro con dos alas entrelazadas de lapislázuli. No había escogido el clásico tocado de los faraones, sino una corona que representaba una cobra erguida. Llevaba una peluca de rastas negra llena de abalorios dorados y azules. El maquillaje, con el clásico delineado exagerado y rasgado como los ojos de un gato, le daba un aire misterioso y calculador. Más, si era posible.

—No puedo imaginar el tamaño de tu armario, jefe —dijo Eric.

Victor suspiró, sentándose entre ellos.

—Si lo hubiera pensado con tiempo, me habría bronceado para la ocasión. Parece que he pasado más tiempo encerrado en una pirámide que al sol del desierto.

—Teniendo en cuenta que solo los muertos estaban en las pirámides, no tienes mal color —bromeó Eric—. Además, los faraones no pasaban mucho tiempo al sol, iban en sus baldaquinos de aquí para allá.

—A nadie le caen bien los sabelotodo, Eric —resopló el millonario.

—A mí me caen bien. Si vamos a hablar de Egipto, conozco un buen puñado de cosas interesantes sobre su arquitectura. ¿Sabíais que…? —dijo Soren, acercándose.

Victor se inclinó para agarrar su túnica y hacer que se sentara a horcajadas sobre él. Ahogó el resto de palabras que trataba de pronunciar con un beso húmedo y profundo. Eric se quedó sentado con su zumo. Los miró permitiéndose analizar la punzada de celos que despertó la escena: ¿eran por Victor? ¿O eran por Soren? Tal vez ni siquiera eran celos y solo quería que Victor les dejara en paz. El problema era que, en lugar de la repugnancia que habría sentido al principio, el beso ansioso que estaban compartiendo hizo que un conocido calor se despertara en sus venas. La mano de Soren le tomó por sorpresa cuando se posó en su muslo. Abrió los dedos y los cerró, amasando la carne entrenada en las máquinas del gimnasio sin dejar de jugar con la boca de Victor. Fue subiendo despacio hasta encontrar la tela de algodón de sus boxers. Como si tecleara, rozó su sexo con las yemas de los dedos en rítmicos golpecitos.

Eric suspiró y dejó la copa de zumo vacía sobre la mesa. Cuanto antes entrara en el juego, sería mejor para los dos, así que agarró la mano de Soren y la apartó con delicadeza de su paquete, llevándola a través de las telas entreabiertas que le cubrían el pecho. Se acercó a ambos y tomó a Soren del mentón, interrumpiendo el beso que compartía con Victor y que reclamó él con más curiosidad que lujuria. Victor no se quedó al margen. Arrastró los labios por el cuello de Soren mientras este descubría los de Eric con mucho más mimo del que demostraba segundos antes. La punta de su lengua los acaricio despacio, luego buscó a su igual, entrando con controlada y sensual timidez. Cuando ambas se entrelazaron huyó con una risita, volviendo al ataque antes de que Eric pudiera protestar.

Soren sabía a las fresas y la naranja del zumo, una boca dulce y acogedora cuya sensibilidad tomó por sorpresa a Eric y deshizo sus reticencias como el hielo se derrite en la cercanía de una llama. Soren estaba cómodo, no había nada que temer con él. Victor era harina de otro costal,

pero creía empezar a conocerlo y confiaba en que no convirtiera aquello en algo desagradable.

Exploró la boca de Soren a conciencia, hasta que la curiosidad, saciada, permitió que la excitación embraveciera su sangre y pulsara entre sus piernas.

—¿Cómo...? —Su voz sofocada se dejó oír entre los chasquidos del beso—. ¿Cómo vamos a... hacer esto?

Victor pasó los dedos por el pecho de Soren para juguetear con uno de sus pezones, pellizcándolo hasta arrancar un gemido que sonó contra la boca de Eric.

—Soren, querido, ¿por qué no lo enseñas a soltarse un poco?

Este asintió, separándose, y dejó fluir el cuerpo hacia abajo para quedar arrodillado en la alfombra. Con un movimiento hábil, bajó solo un poco la tela blanca que cubría el sexo medio adormilado de Eric. Lo observó con curiosidad golosa y estiró la mano para apartar la falda abierta de Victor, mostrándolo erguido en todo su esplendor. También mantuvo allí los ojos, como si dudara de por dónde empezar o qué hacer con cada una. Eric se lo puso fácil, llevándole la mano hasta el sexo que despertaba. Las palabras de Victor le envalentonaron: no quería parecer pusilánime, por inexperto que fuera, y agarró su rostro maquillado para besarlo, enérgico y brusco como solía ser con él. La lujuria fluía con facilidad cuando se trataba de su captor, como si fuera el camino que encontraba la rabia para expresarse.

Envuelto en esa lucha de poder que tenía perdida de antemano, notó la lengua de Soren resbalar por toda la longitud de su sexo. No pudo volverse a mirar, ya que Victor le sujetó la nuca con firmeza. La blanda humedad dio paso al calor envolvente de una boca que tomó su sexo por completo, succionando hasta provocarle una erección firme y casi dolorosa. Soren no perdía el tiempo. Agarró el miembro anhelante del millonario y lo estimuló con la mano, arrancándole un arrullo satisfecho.

El gemido de Eric fue una protesta ahogada en la boca de Victor, que apenas lo dejaba respirar en el intercambio voraz en el que intentaba imponerse. Él también lo agarró de la nuca en un espejismo de control. Su belicosidad no llegó a expresarse en la mano que acarició el pelo de Soren y cuyo pulgar rozó los húmedos labios que engullían su sexo. La presa resbaladiza hizo que pronto se viera cayendo en la madriguera hacia ese perverso País de las Maravillas en el que las sombras se desdibujaban y la voz de la razón se acallaba. Victor solo pasaba el rato, pero Soren era metódico. Los soltó y se puso de pie, atrayendo su atención al sentirse huérfanos de sus atenciones. Con la seguridad del que se sabe hermoso y contemplado, desató el cinto de la túnica y lo dejó caer a sus pies. Se la quitó despacio, con la misma lentitud con la que bajó su ropa interior.

Soren también iba al gimnasio, pero su musculatura era menos evidente que la que Eric estaba desarrollando. Su cuerpo estilizado, de curvas suaves y cintura estrecha, hizo que la atención de su amigo se viera totalmente secuestrada. Durante los juegos, presa de la vergüenza y la humillación, no había reparado en los cuerpos de sus compañeros. En ese ambiente más íntimo, pudo recrearse en lo que consideraba un regalo. Y pensó que era necesario hacerlo olvidar lo que fuera que Doce le hubiera metido en la cabeza.

—No sé si sabes lo jodidamente guapo que eres.

Soren miró hacia arriba y se encogió de hombros con un gesto de falsa modestia. En otro hubiera parecido una expresión presumida, pero en él resultaba inocente. Sí, estaba claro que lo sabía. Y sabía cómo explotarlo.

—Eh, voy a ponerme celoso. ¿Yo no soy guapo? —preguntó Victor, palmeándose las rodillas para que Soren regresara allí.

El chico obedeció, solícito, y se arrodilló ante él. Acarició desde los tobillos enjoyados hasta

los muslos al colocarse entre sus piernas.

—Tú eres el más guapo, mi faraón —ronroneó y se frotó la mejilla con el sexo duro de Victor, apretándolo contra su vientre antes de engullirlo despacio sin usar las manos, que mantenía apoyadas en los muslos del millonario.

—No te tenía por alguien celoso —comentó Eric.

Esa vez pudo recrearse en lo que Soren hacía. Ver los labios turgentes y enrojecidos por el roce tragarse la carne dura y rosada de Victor con aquel gesto goloso era más de lo que cualquiera necesitaba para excitarse.

—Me gustan los cumplidos, como a todo el mundo. —Victor extendió los brazos en el respaldo del sofá—. Ve con él.

Eric no estaba dispuesto a entregárselos a él, pero sí obedeció para encontrarse con su compañero entre las piernas de Victor. Soren liberó el sexo y sujetó su base para lamerlo, dirigiéndole una mirada incitadora. Cuando se acercó, recibió un beso lúbrico que interrumpió el glande húmedo de Victor cuando Soren lo dirigió hacia sus bocas. Las lenguas se enredaron contra la carne, se acariciaron entre ellas y resbalaron recorriendo la extensión del sexo estremecido. Eric no necesitaba tener experiencia para estar a la altura de su amigo, pronto el cebo de los labios de Soren hizo que participara con el mismo entusiasmo. Con todo, Victor podía disfrutar de las diferencias entre ambos cuando Eric le miró desafiante al engullir su pene sin contemplaciones, exigente y hambriento, mientras Soren dedicaba una atención mucho más delicada a sus testículos. Los gemidos entrecortados del millonario pronto llenaron sus oídos. Soren aprovechó el momento para volver a colar una mano traviesa entre los muslos de Eric, masturbándolo como si quisiera hacerlo pasar por la vergüenza de acabar en primer lugar. Eric tuvo que agarrarle la mano para que relajara el ritmo. El placer que recibía, no obstante, hizo que se aplicara con más energía en lo que estaba haciendo, tragando hasta el límite para liberar el sexo hasta casi sacárselo de la boca. Succionaba y cabeceaba acompañando cada acometida. Había aprendido mucho en el tiempo que llevaba allí, convirtiendo su agresividad en algo excitante y muy placentero. Fue el turno de Victor para pedir tranquilidad, aunque él agarró a Eric del pelo y lo apartó de un tirón.

—Eh. Relájate. No es una competición.

Soren aprovechó para subir al sofá. Sin pudor alguno se puso a cuatro patas, luego apoyó también el pecho y giró la cara para pasar la lengua por el cuero, incitador, echando los brazos hacia atrás para agarrarse el trasero y ofrecérselo al primero que quisiera tomarlo.

El tirón hizo que Eric dirigiera una mirada peligrosa a Victor, como si estuviera a punto de arrojarse contra él y morderlo. Duró poco, porque la escena de Soren lo hizo olvidar lo que acababa de suceder y se incorporó para besar al millonario, sobreponiéndose con rapidez a la sorpresa ante esa faceta de su amigo que aún no conocía. Victor le aceptó sin reparos, bajando los dedos por su espalda antes de cambiar de postura para quedar arrodillado detrás de Soren.

—Me pido esta parte —apuntó dando un leve azote que obtuvo como respuesta un gemido ansioso.

Eric se acomodó frente a su compañero, justo donde la saliva aún dibujaba un rastro sobre el cuero. Él no dijo nada, solo tomó a Soren del mentón cuando levantó la cabeza y le besó antes de que pudiera hacer nada. La situación le resultaba tan excitante como extraña y cuando se trataba de su amigo, prefería tantear para ver hasta dónde quería ir. Un mordisco travieso en el muslo le confirmó que sabía muy bien lo que hacía. Victor no tuvo tantas contemplaciones. Se clavó en la entrada de Soren, completamente expuesta, hasta el fondo, sujetándolo de la cintura para tirar hacia él. El quejido fue alto y obsceno, y vibró contra la piel de Eric, que cerró los ojos ante un

estremecimiento.

Un latido endureció más su erección, dolorida por los estímulos. Miró a Soren, en su expresión no había angustia y el breve gesto de dolor no tardó en cambiar a uno de placer. Eric le acarició los labios con el dedo pulgar y empezó a masturbarse con la otra mano. Soren lamió sus dedos e intentó alcanzar su sexo con la punta de la lengua, pero un fuerte azote de Victor lo hizo gemir de nuevo, con la boca entreabierta y la barbilla brillante. El millonario llevó una mano al sexo desatendido de su amante y pagó con caricias lo que estaba tomando. Aquello enloqueció a Soren, que forcejeó como si se sintiera incapaz de atender a tantos estímulos. La mueca rota de placer que Eric veía en su rostro contradecía aquella lucha.

El chico no quería escapar y el espectáculo estaba siendo digno de ver. Eric limpió con el pulgar un hilo brillante de saliva en el mentón de su compañero. Siguió la forma de su mandíbula y cerró los dedos en la esbelta garganta, sin darse cuenta. Se inclinó para besar y mordisquear el cuello de Soren sin dejar de tocarse y puso los ojos en Victor, dirigiéndole una mirada voraz. Su captor sujetó con firmeza el pelo de Soren, obligándolo a arquearse. Pegó el pecho a su espalda y sin dejar de moverse, le lanzó un beso divertido a Eric, como si su actitud fuera lo más entretenido de la noche.

—Deberías ser generoso, Trece, y ofrecerle al tercer invitado algo más que unos lametones.

Eric se tomó su tiempo. Rebuscó algo en su túnica y se la terminó de quitar. Una vez desnudo, avasalló a Soren con un beso profundo, empujándolo contra el cuerpo de Victor. Le embadurnó el miembro con el gel lubricante, provocando un respingo por el contacto de la sustancia fría, que no tardó en templarse con el roce. Al separarse lo miró a los ojos y se dio la vuelta, agarrándose del respaldo con una mano y levantando la grupa, listo para el asedio. Al volver el rostro, fijó los ojos en Victor, asegurándose de que no perdía detalle.

—¿Esto es lo bastante generoso?

—Lo es para mí —dijo Soren.

Le acarició el trasero, ya libre de las marcas rojas que lo habían adornado tras la prueba. Victor había bajado la intensidad de sus movimientos y ninguno parecía tener prisa. Las embestidas lentas balanceaban a Soren contra la espalda de Eric, y su sexo rozaba su entrada sin llegar a alcanzarla en un vaivén tentador.

—Eso es… ponlo nervioso —rio el millonario, una risa franca, sin burla. Sabía o intuía que la expectación no era algo con lo que Eric lidiara fácilmente.

Y no tardó en confirmarlo. Trece le dirigió una mirada venenosa.

—Que te jodan, Victor —espetó.

A esas alturas la excitación había hecho su magia, imponiéndose sobre todo lo demás y volviéndolo exigente. Se removió contra Soren, incitante, y como su amigo seguía con el juego llevó una mano hacia atrás y lo agarró para guiarlo a su interior. No dejó tiempo a la réplica al echarse hacia atrás, empalándose contra su cuerpo con un gemido ansioso.

Soren era un amante cuidadoso, que ponía más empeño en los murmullos, las caricias y los detalles que en el hecho mismo de la penetración. Eric, novato en aquel juego, pronto se dio cuenta de que la coordinación entre tres tenía sus dificultades y podía ser frustrante. Sus dos compañeros lo notaron y Victor le alcanzó uno de los cojines.

—Póntelo entre las piernas y túmbate del todo.

Eric lo cogió de un tirón e hizo lo que le indicaba. A pesar del gesto malhumorado y de lo poco dado que era a ser el elemento pasivo, hizo un esfuerzo por quedarse quieto y dejar que los otros dos marcaran el ritmo. En esa posición, con el sexo aplastado contra la blandura del cojín, el mínimo movimiento se sentía con intensidad.

Soren apoyó las rodillas entre sus piernas, separándolas con mucho cuidado, tumbándolo del todo con su peso sin llegar a aplastarlo. La estampa era digna de ver. Eric en una posición casi horizontal, con la almohada alzando su trasero para ofrecerlo. Soren encima de él, inclinado a cuatro patas, con Victor de rodillas aferrándole la cadera.

—Debería tomar una foto de esto… —susurró el millonario. Una embestida brusca hizo gemir a Soren, que la replicó enseguida por la propia inercia.

El gemido de Eric se sofocó contra el asiento mullido del sofá. La presión contra su sexo combinada con el roce estrecho del miembro de Soren atrapado en su interior provocó un placer punzante en sus entrañas. Incapaz de quedarse quieto, se incorporó sobre los codos y ladeó el rostro para mirar a los otros dos. Victor, con sus joyas y la falda aún puesta, parecía realmente un faraón, orgulloso y lascivo, marcando el ritmo. El gesto transfigurado de placer de Soren y sus suaves gemidos eran un homenaje a la voluptuosidad. No habría sabido decir cuánto duró aquello. El tiempo se deformó para él y en algún momento se percibió derrengado sobre el sofá, húmedo y saciado, incluso somnoliento. Sintió un beso de Soren en su espalda sudorosa.

—Vamos a lavarnos un poco —dijo Victor—. Después nos trasladaremos al dormitorio.

Soren y Eric compartieron el espacio de la ducha, estrecho para tres. Victor fue después, permitiendo que se adelantaran hasta la cama, quedando solos por unos minutos.

—Se está portando bien... —Eric volvía a vestir la túnica blanca. Se sentó en el borde de la cama, observando a Soren. Estaba despejado y en calma—. ¿Cómo te encuentras?

—Más despierto que tú, creo —dijo guiñándole un ojo.

Él no se había vestido. Su trasero redondo se movía cautivador a cada paso que daba. Abrió el armario de los geles y fue destapando botecitos para olerlos.

—Estoy muy despierto —dijo Eric con una media sonrisa, más interesado en el trasero de Soren que en lo que trasteaba—. Y empiezo a encontrarle la gracia a esto. ¿Qué crees que querrá ahora?

—Usar juguetes, supongo. Estar cómodos —contestó Soren.

La voz de Victor les interrumpió. Estaba apoyado en la puerta, también desnudo salvo por los adornos de tobillos y muñecas.

—Quiero darle una pequeña lección a Eric.

Esa combinación de palabras hizo que el aludido se tensara al momento, abandonada la calma de solo un segundo antes.

—¿Una lección de qué?

—¿Ves? Ahí está de nuevo. —Victor se acercó con sus andares sinuosos hasta quedar cara a cara. Le pasó las yemas de los dedos por el pecho—. Esa actitud dominante… necesitas relajarla y aprender a tomar otros papeles, cielo. La primera vez que estuvimos juntos no te costó tanto… quizá haya que repetir alguna mecánica.

Los ojos de Eric eran los de un gato receloso a punto de saltarle a la cara.

—Esa parte te encantó en otras ocasiones, ¿no? —inquirió desafiante.

—Me aburro rápido de las cosas, por eso comparto mi isla con todos vosotros y no con un solo hombre. Soren, abre el armario de las cuerdas. Tú ya sabes cuál es.

Antes de que Eric pudiera intervenir, Victor le empujó a la cama. Hizo que cayera de espaldas y se lanzó encima de él para callarlo con un beso asfixiante. Eric hundió los dedos en su pelo y lo agarró con fuerza respondiendo con el mismo ímpetu. Tiró de él tratando de imponerse, empujarlo hacia la cama y tomar el control. Victor se lo puso difícil, aunque consintió el forcejeo como parte del juego. Acabó rodando a un lado con una risita justo cuando Soren regresaba con un puñado de cuerdas de distintos grosores.

—¿Sabías que Soren es un experto en *bondage*? Es una pena, porque siempre acaba atado en lugar de atando…

Al mirar a Soren pareció que la calma regresaba a Eric en cierta medida, aunque observó las cuerdas sin abandonar el recelo. El forcejeo le había abierto la túnica y ya tenía la respiración agitada.

—¿Y eso va a cambiar hoy??

—Solo si tú quieres —dijo Soren, categórico—. Si prefieres que Victor me las ponga, no tengo problema. Yo le he enseñado y lo hace bien.

Eric miró a uno y a otro. La intervención de Soren suavizaba las cosas, o eso parecía.

—¿Cuál es la lección? —preguntó fijando la vista en Victor.

—Vas a aprender a ser un cachorrito servicial —dijo Victor con malicia.

Los ojos de Eric volaron de nuevo del uno al otro. Confiaba en Soren y creía conocer los apetitos de Victor: no estropeaba sus juguetes con ellos. Al menos, no directamente.

—Pensaba que ya lo estaba siendo —dijo ofreciéndole las muñecas a Soren.

—¿En serio? ¿Tu actitud te parece remotamente cercana a la que ha tenido Soren, o a la que tuve yo mismo en uno de nuestros encuentros? Voy a poner música.

Victor seguía en la cama, observándolos con aire perezoso. Rodó para quedar boca abajo y agarró la tablet de la mesilla. Eric volvió a reconocer los acordes: la hipnótica secuencia de notas de la introducción de *Lateralus,* de Tool.

Soren ignoró las muñecas extendidas.

—No, no tan deprisa. Quiero darte un masaje antes, con un poco de gel. Ponte cómodo.

Eric suspiró, pero obedeció sin quejarse. Se tumbó junto a Victor apoyado en los codos.

—Mi actitud es mucho más sumisa que cuando llegué, ¿no crees? ¿No estás satisfecho con tu entrenamiento?

—Todavía tengo marcas, fíjate bien —dijo Victor sin volverse a mirarlo—. Además, yo no aspiro a eso con vosotros. Cada uno tiene una personalidad especial y no quiero cambiarla. Solo trato de que aprendas… un poco de todo.

Las marcas eran bien visibles en la espalda de Victor y algunas en el cuello. Lo que en otra situación le hubiera hecho sentir culpable, en esa lo hizo sonreír con malicia. Le satisfacía que la piel del millonario siguiera marcada, que su firma fuera bien visible, como una pequeña compensación.

—Somos como tus bonsáis, solo nos guías para perfeccionarnos, ¿no? —Eric rio por lo bajo —. ¿Qué te parece, Soren?

—Me gustan los bonsáis. He escuchado que, antiguamente, se creía que se podía alcanzar la inmortalidad cultivándolos. Pero teniendo en cuenta lo que viven los árboles, no sé si la historia se refería a la inmortalidad del arbolito o del cuidador.

Soren se sentó en su trasero y le echó un chorro de gel frío en la espalda.

—¡Ah, eso está helado! —se quejó Eric con un respingo. Las hábiles manos de su compañero enseguida templaron el gel al resbalar contra sus músculos y le convencieron de estar quieto con un agradable cosquilleo. Volvió la atención a Victor—. ¿Eso es lo que buscas con nosotros? ¿La inmortalidad?

—Controlo la mayor empresa del mundo. Yo ya soy inmortal.

Victor se volvió para ayudar a Soren con el masaje, extendiendo gel por los brazos de Eric.

—Eso os creéis la gente con past... Ahhh. —Un apretón preciso de Soren provocó un escalofrío placentero en su piel. El tacto de los dos pares de manos despertaba la excitación, pero también relajaba una tensión en los músculos de la que no se había percatado. Se dejó caer del

todo, estirando los brazos—. ¿Pretendéis que me duerma para liaros entre vosotros?

—Es una buena idea —apuntó Soren.

—Podemos dejarlo aquí, tirado y relajado, y volver al sofá. Encargar pasteles y jugar videojuegos sin que nadie grite o proteste por todo —dijo Victor.

—Ni gritaría ni me quejaría si esos fueran tus planes normales —replicó Eric—. Pero si os molesto me lo decís y me voy yo a jugar.

No vio el modo en que Victor le guiñó un ojo a Soren, ni como este asintió con gesto divertido.

—Pues… creo que ni siquiera el masaje va a conseguir que estés lo bastante cómodo. Y no me siento especialmente cruel hoy —dijo el millonario, apartándose con tono dubitativo.

—Yo no quiero que lo pases mal. Por lo que a mí respecta, no hay problema si te marchas.

Soren le besó el hombro antes de ponerse en pie. La mirada que les dirigió Eric habló por sí sola.

—¿Sois idiotas? No pienso levantarme de aquí.

—¿Prefieres que nos vayamos nosotros? —preguntó Soren con fingida inocencia.

Eric le lanzó un almohadón a la cara.

—¡No! —Se puso en pie, irritado. Parecía decidido a irse, pero en lugar de coger su ropa, agarró las cuerdas que Soren había traído y las tiró sobre la cama con un gesto brusco—. Lo que quiero es que os dejéis de tonterías. ¿Cómo funciona esto?

—Querido, ¿eso que estoy presenciando es un berrinche de celos? Soren, explícale. Y busca en el cajón algo para inmovilizar también esa preciosa erección. —Victor señaló el sexo erguido de Eric.

—No estoy celoso. ¡Y tú quieto! Mi erección no se va a ir a ningún sitio.

—Déjate llevar —respondió Soren, que ya buscaba en el cajón. El juguete que sacó parecía un instrumento de tortura: un cepo de goma con la inconfundible forma de un pene y un pequeño candado, que solo dejaba libre el glande—. Ese es tu problema. Quieres tenerlo todo controlado y la vida no suele permitirnos ese control. A veces tenemos que relajarnos, dejar que las cosas sucedan.

—No me vengas con filosofía barata con eso en la mano —replicó Eric.

Soren le dio el artilugio a Victor y se acercó a Eric. El beso fue inesperado, pero natural y suave, tan incitante como todo lo que hacía Siete. Le gustaba cómo sabía, el perfume de su cercanía, y no le ayudó a que la erección dejara de crecer.

—¿Confías en mí? —Eric apretó los labios y acabó asintiendo—. Entonces déjate llevar. Te prometo que nunca habrás sentido tanto placer y tan elevado como lo que vas a experimentar esta noche.

Victor tenía menos miramientos. Agarró el miembro de Eric y le colocó un gel de efecto calor con una rápida y estimulante caricia. Luego utilizó el cepo para atrapar los testículos.

—Disfruta… La goma va a hacer que eso se ponga muy caliente en cuestión de segundos— ronroneó.

—¿Vais a darme placer o a torturarme? Deberíais poneros de acuerdo.

No huyó. Eso ya era un avance tratándose de Eric, aunque miraba a Victor con la desconfianza de siempre, como si esperase que en cualquier momento le fuera a morder.

Soren ya estaba escogiendo una cuerda entre las que tenía en las manos.

—Un poco de las dos cosas —dijo con una sonrisa divertida. Estaba cómodo, con la misma expresión satisfecha que lucía cuando le dejaban contar una historia larga o chismorreaba sobre los demás—. ¿Sabes que el *shibari* tiene sus raíces en un arte marcial? En un método de tortura,

concretamente.

—¿Eso tiene que tranquilizarme?

—Quédate con la palabra arte. Hay que ser muy cuidadoso y profesional para hacer los nudos de la forma adecuada —dijo Victor.

Soren acarició los brazos y el pecho de Eric antes de empezar a rodearlo con una de las cuerdas. Era fina, de un color marrón suave por las fibras naturales. Creía que su contacto iba a ser áspero, pero le sorprendió encontrarlo agradable. Su compañero empezó a ceñirle el pecho con ella, dando varias vueltas con gestos tan firmes como delicados.

—Los nudos se colocaban en puntos específicos, en los meridianos… Son como líneas energéticas que están por todo nuestro cuerpo, si comprendes cómo fluye la energía por ellos puedes ayudar a sanar, según la medicina china. Pero presionar esos puntos, si sabes hacerlo, también puede provocar un dolor terrible. Así se hacía antiguamente, colocando los nudos donde la agonía empujaba al cautivo a confesar —dijo cerrando el primer nudo en el centro del pecho. Las cuerdas ya tenían la primera forma en equis sobre sus pectorales.

Eric lo miraba a los ojos. La voz de Soren podía resultar hipnótica, cálida y susurrante, tan sensual como lo eran los dedos que recorrían su piel buscando las zonas adecuadas para las cuerdas. Victor había salido de su ángulo de visión, aunque lo escuchaba cerca del mueble bar, trasteando con copas. El aroma que llegó a sus fosas nasales no fue el del alcohol. De repente olía a helado y a frutas exóticas.

—Sigue siendo un método de sometimiento —arguyó Eric, aunque no se movió un centímetro. Entre sus piernas, el calor hormigueaba y la carne se hinchaba contra la goma.

—El *shibari* también es un arte, pero en lugar de buscar el dolor en esos puntos, busca el placer —siguió Soren, como si no le hubiera escuchado—. Someterse puede ser muy liberador. Cuando confías en quien te pone las cuerdas, se crea un vínculo muy especial, una confianza sin reservas. Las cuerdas son una prolongación de mí mismo…

—Por eso es mejor que lo haga Soren. Conmigo tendrías taquicardia. Tendría que amordazarte —dijo Victor acercándose.

Había llenado una copa de helado rojo y verde, con fresas silvestres encima. Sacó una, la pasó por la cremosidad que adornaba y se la ofreció, rozándole los labios. Eric intentó agarrar la fruta, pero Soren ya le había atado los brazos al tronco y no podía despegarlos. La expresión le cambió cuando miró a Victor y mordió la fresa, fantaseando con que fuera su piel.

—Y porque a él no voy a decirle lo que me parece todo esto. Pero tú eres un pervertido y un retorcido.

Victor agarró su mejilla con ferocidad, pasándole un dedo por los labios.

—Podías haberte ido. Guárdate los escrúpulos, te he visto en acción.

La intención de Eric relampagueó clara en sus ojos: había pensado en escupirle, pero cambió de opinión en el último momento y atrapó su dedo con la boca para succionarlo, mirándolo desafiante a pesar de estar inmovilizado. No iba a tensar las cosas con Soren allí y era absurdo confrontar a Victor con su propia sombra: eran viejos conocidos y se gustaban. Por más pátina de filosofía o arte con la que quisieran disfrazar aquello, seguía siendo enfermizo: una justificación para dar rienda suelta a la crueldad y las fantasías de poder. Y, en el caso de Soren, un mecanismo de supervivencia. Había acabado erotizando su propia tortura para no volverse loco.

Y a él le estaba sucediendo lo mismo. Era consciente de todo eso, pero estaba excitado y quería comprobar hasta dónde llegaba el juego. En manos de Soren no se sentía tan expuesto. Vigiló los pasos de Victor cuando le dió la espalda. Le vio dejar el helado sobre la cama y volver a rebuscar en el cajón.

—¿Qué te parece esta maravilla?

Lo que sacó era una cola de mapache. Un *plug* más pequeño que el que había llevado en su primera prueba, pero también grueso y contundente.

—¿Qué clase de fetiche tienes con las colas? —gruñó Eric.

—No es ningún fetiche personal, tu culo es perfecto para una cola, lo pide a gritos. Venga, levántalo, ponlo fácil por una vez.

Eric miró indignado a Soren, que estaba delante de él atando una cuerda al arnés de nudos que había tejido en su pecho.

—Tiene razón: te quedan muy bien. Deja que te lo ponga y sube a la cama. Aún queda lo mejor.

La dulzura de Soren surtió efecto y Eric arqueó la espalda en cuanto su compañero le agarró los brazos para servirle de apoyo. Esperaba sentir el tacto frío del *plug*, pero no ocurrió nada y empezó a ponerse nervioso y a sentirse ridículo a partes iguales.

—¿Te hago un mapa, Victor? —espetó volviendo el rostro.

—Para nada. Toma un poco de helado.

Vio como metía la parte de silicona en la copa, embadurnándola bien antes de acercársela a la boca. Soren se hizo a un lado para ver mejor lo que ocurría, sin dejar de sujetarlo. Eric no perdió la actitud desafiante, pero acabó por abrir la boca y recorrer el *plug* con la lengua, limpiando el helado que se escurría hacia los dedos de Victor.

—Qué bien lo haces... —le animó Soren en un tono sugerente.

—Tan bien que lo ha derretido casi todo, el goloso. Habrá que poner más.

—No sé si eso será agradable, Victor. Está muy frío. Yo…

—Calla.

La voz de mando de Victor era difícil de ignorar. Soren no se atrevió a interponerse cuando, tras volver a embadurnar el *plug*, lo acercó al trasero expuesto de su compañero.

Eric no dijo nada y echó las caderas hacia atrás. El cuerpo le pedía acción a esas alturas, pero agradeció las caricias de Soren, que le recorrieron las ingles y apretaron con suavidad el trasto de silicona que mantenía su pene inmovilizado. El frío llegó de golpe, sin preparación, un recordatorio húmedo del castigo que se ganó al llegar a la isla. Al menos era un lubricante igual de útil que el gel. El *plug* entró entero con un chasquido viscoso, congelándole las entrañas por un segundo. Apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza, tragándose un quejido. Soren le rodeó la cintura con un brazo y masajeó lentamente contra el cepo para despertar el placer en medio del escalofrío. Notó sus labios en el cuello, calientes, erizando la piel de su nuca con besos húmedos y lentos.

—Basta. Súbelo. Sigue siendo un maldito orgulloso, sigue sin entenderlo —ordenó Victor con tono seco.

—Lo entiendo muy bien —replicó Eric.

Soren le miró suplicante, temeroso de que aquello se enturbiara y se volviera algo violento.

—Ven. No te preocupes, la suspensión es muy agradable, como estar en un columpio. Si notas la mínima incomodidad, házmelo saber para que ajuste las cuerdas.

Eric asintió y se dejó guiar. Subieron a la cama y Soren ató la cuerda del pecho a la barra, aseguró el primer amarre con dos cuerdas más, en la base de los hombros, y ató sus muslos a la altura de las rodillas. Con las muñecas inmovilizadas en la espalda, Eric solo podía dejarse caer, pero comprobó que Soren sabía lo que hacía: la presión de las cuerdas era agradable como un abrazo, no dolían ni le hacían sentir ahogado. Pronto se vio suspendido sobre la cama, boca arriba. La espalda arqueada y las piernas abiertas formaban una composición sugestiva, muy

erótica, pero también estética, como si Soren lo hubiera preparado para una fotografía. El pelo colgaba dejando al descubierto el número trece teñido en su sien y la cola que Victor le había puesto rozaba las sábanas.

—¿Estás bien? ¿Te aprietan demasiado?

—No, estoy bien. —Eric dejó pasar la oportunidad de bromear sobre las barbacoas de los caníbales. No quería seguir retando a Victor con Soren allí.

—Estás precioso así, con unas alas parecerías un ángel cayendo.

—Veamos cómo gime ese ángel —dijo Victor, encendiendo el vibrador del *plug* a su máxima potencia.

Las cuerdas crujieron y el cuerpo de Eric se balanceó al tensarse. La curvatura de su espalda se acentuó, los músculos de su pecho mostraron un relieve hermoso cuando dobló las rodillas al arquearse suspendido sobre la cama. El gemido quedó contenido en la garganta de Eric, que apretaba los dientes con terquedad, como si se resistiera a entregarle con tanta facilidad lo que deseaba a Victor. Soren fue enseguida para ayudar de algún modo, ya fuera besando o tocando. Victor le sujetó.

—No —dijo recostándose y tirando de él para que se tumbara a su lado—. Va a quedarse ahí hasta que suplique que se la meta. Y espero que sea convincente, porque puedo pasar mucho rato entreteniéndome contigo.

—No voy a suplicarte, cabrón —espetó furioso Eric.

Se retorció en las cuerdas, pero solo consiguió balancearse ligeramente y agitar la cola y el pelo como un potrillo. Aunque estaba boca arriba, podía verlos si volvía el rostro, aunque era incómodo. Soren se tumbó solícito junto a Victor y le acarició el pecho, mirando de reojo a Eric.

—¿Vamos a darle un espectáculo?

Victor lo agarró del cuello, apretó y lo obligó a tumbarse boca arriba, tumbándose entre sus piernas. Un misionero apresurado que Soren comprendió enseguida, rodeando su cadera con los muslos, los tobillos a modo de cepo. El gemido agudo que profirió al primer empellón llegó alto y claro a los oídos de Eric.

Tratar de apagar la excitación era imposible. Cerró los ojos, pero la voz de Soren se filtraba más allá de su conciencia, hasta el lugar profundo y oscuro donde dormían los instintos. La presión del cepo en su sexo se hacía cada vez más fuerte e incómoda, pero no le ayudaba a relajarse: todo lo contrario, la privación resultaba enloquecedoramente excitante y la continua vibración del *plug* era una tortura.

—Iré a por ti cuando quieras, Eric —jadeaba Victor, sin detener sus embestidas rápidas y violentas—. Aunque antes… tendrás que satisfacer a Soren… con la boca. Cuanto antes te decidas… antes tendrás lo que quieres.

—Te odio —escupió Eric, debatiéndose en el aire sin mayor resultado que el balanceo sensual de su cuerpo.

Soren estiró los brazos y se agarró del cabecero. La imagen era insoportable por sí sola, pero su compañero contribuyó aún más a su tortura al elevar la voz en gemidos lúbricos. Sentía que iba a estallar si no lo tocaban y no iba a ponerse en ridículo cediendo a la vibración atrapada en sus entrañas.

—Déjalo venir o acabará corriéndose —dijo Eric con un resuello.

—Soren, tienes prohibido correrte en cualquier lado que no sea la boca de Eric, ¿comprendes? Y no podrás hacerlo hasta que él te lo pida.

El aludido asintió con vehemencia, cerrando los ojos.

—Soren, joder, ven aquí —espetó Eric.

No era exactamente lo ordenado por Victor, así que Soren abrió los ojos para mirarlo y asegurarse de si debía obedecer. Victor negó con la cabeza.

—Dios… Os odio a los dos. Desgraciados… —Un gemido hizo temblar esa última palabra en la voz de Eric. El deseo era tan intenso que tenía agarrotados los músculos, el placer del vibrador no era suficiente. No iba a saciarlo. No quería ceder y ser el primero—. Soren, ven, capullo.

Lo ignoraron.

Vio a Soren retorcerse de placer bajo los empellones firmes de Victor. Los celos regresaron, pero esa vez no tenía claro por quién los sentía.

—Ven y córrete en mi boca.

Victor se detuvo, provocando un gemido impaciente y disgustado en Soren, que se sacudió contra él pidiendo más, necesitando más.

—Venga, hazle caso. No está mal para empezar —rio el millonario, apartándose para tirar de las cuerdas de Eric.

Soren se colocó de rodillas y acercó su sexo a los labios de su compañero, acariciándole el cuello y los hombros. Al mismo Eric lo sorprendieron las ganas que tenía de tenerlo en la boca. Sus apetitos estaban exacerbados y enseguida la abrió y lamió el glande de Soren como había hecho con el *plug* mojado en helado. Vio como su compañero se estremecía, como se mordía los labios, y tuvo claro que no era parte de sus aprendidas técnicas para fingir. Soren apenas podía aguantar las ganas de llegar a su garganta y, aun así, se lo tomó con calma, sin avasallar.

Victor se inclinó entre las piernas de Eric, apagó el vibrador y le mordió los muslos.

El gemido que restalló contra el sexo de Soren fue de alivio. Eric ya no tenía que contenerse, pero su hambre acuciante no se apaciguó. Estaba boca arriba, así que solo podía ver a su amigo si mantenía la cabeza levantada. Acariciaba su tallo con la lengua, los labios y la mejilla, pero pronto le buscó con la boca, dejando caer la cabeza, invitador. Soren se adentró poco a poco. Mientras lo hacía, Victor sacó el *plug* de un tirón.

—Espera, Siete. Puede que Eric quiera decir algo…

El aludido gimió de nuevo cuando se vio liberado por ambos extremos. Jadeó y se revolvió en las cuerdas, arqueándose.

—¿Vas a follarme de una maldita vez? —inquirió sofocado.

Victor le asaltó con dos dedos, removiéndolos en su interior.

—Educado, Trece. Tienes que convencerme. Trata de imaginar que no me apetece mucho.

Eric frotaba el rostro contra el sexo de Soren, que esperaba al resultado de aquel tira y afloja con un temple envidiable, aunque no desaprovechaba los movimientos de su compañero. Jadeante, con la carne que las cuerdas presionaban tornándose rojiza por la acumulación de la sangre, Trece parecía abandonado a sus instintos más primarios. No podía hacer otra cosa, allí atrapado, les pertenecía a Victor y a sus propios apetitos. Comprender que el millonario también lo deseaba los acrecentó.

—Fóllame. Necesito que lo hagas… —Su aliento hormigueó contra el sexo de Soren antes de que lo recorriera lentamente con la lengua, tentándolo—. Folladme los dos…

—Os lo suplico. —Victor lo incitó con un azote—. Ya casi lo tienes.

No dejaba de arquear la espalda, de estirar los pies tratando de tocar a Victor y empujarlo hacia su cuerpo. Acercó los labios al tallo de Soren, succionó y frotó la nariz contra él. Ya no pudo resistirlo más.

—Por favor… Victor —Se arqueó más, separando las piernas tanto como pudo—. Te lo suplico. Os lo suplico… Soren. Folladme de una maldita vez.

—Ya que insistes…

Victor le aferró de la cadera y entró en él de una única estocada, con la facilidad de la dilatación, luego embistió a un ritmo frenético antes de que tuviera que pedírselo. Soren tampoco se hizo de rogar. Lo sostuvo de la nuca para que no se lastimara el cuello y llenó su boca de golpe, gimiendo quedamente al primer contacto.

La voz de Eric resonó en su garganta, a la que por un instante no accedió una brizna de aire. Atado, apretado por las cuerdas, atravesado por la carne palpitante de sus dos amantes y torturadores, lo único que podía hacer era tratar de respirar y agitarse en su presa. Sus caderas, que Soren había rodeado de cuerdas para resaltar la forma, se movían al ritmo de las embestidas de Victor, recibiéndolo ansiosas.

Durante un par de minutos solo hubo humedad, sudor y ritmo frenético. Una danza de a tres con dedos que dejaban marcas blancas en la piel, con hilos de saliva, con chasquidos, palmeteos y suspiros. Soren acabó primero. Se apartó un poco para que la respuesta física de su orgasmo no asfixiara a Eric, vertiéndose entre la lengua y los labios con un lamento quebrado. Victor, al otro lado, modeló la forma de su cuerpo con ambas manos hasta llegar al cepo. Liberó el sexo estrangulado con un único movimiento ágil y acarició la absoluta rigidez sin dejar de llenarlo. Un corcoveo apresurado y un gruñido ronco anticiparon que tampoco le quedaba mucho.

—Levanta su cabeza. Quiero que me vea —logró articular.

Soren obedeció, lánguido, sin fuerza, apoyando una mano en la nuca de Eric para que lo mirara.

Los restos del orgasmo de Soren manchaban la comisura de los labios de Eric y un par de gotas resbalaron hasta su barbilla al levantar la cabeza. Los dientes apretados, la respiración acelerada, la mirada febril que recayó en Victor, todo reflejaba el frenesí en el que Eric había caído. No hubo palabras, escupitajos ni insultos, el cautivo movía las caderas y se agitaba en su amarre, atado también por los ojos negros de su captor. Era una bestia que resoplaba y golpeaba contra su cuerpo, que lo invadía sin piedad y le arrancaba con sus garras el orgasmo más intenso y extraño que había sufrido nunca, a medio camino entre el placer y la agonía. La música seguía sonando, pero la escuchaba como a través de un muro. Lejana.

Over thinking, over analyzing separates the body from the mind.

Withering my intuition, missing opportunities and I must

Feed my will to feel my moment drawing way outside the lines.

Eric tembló como si una descarga le hubiera atravesado y un gemido quejumbroso acompañó a la miríada de puntos de colores que estalló en su visión. En esa zozobra, el festín de la bestia siguió hasta que el calor húmedo le invadió las entrañas y el lamento extasiado de Victor dio fin al banquete.

Lo que vino después fue confuso para Eric. Se encontraba tan agotado que se sintió levitar hasta la mullida cama. Las cuerdas se aflojaron entre los susurros dulces de Soren y la mirada constante de Victor hasta liberarlo. Sintió la sangre volver a recorrer su cuerpo con normalidad, hormiguear agradablemente por sus extremidades. El beso fresco de una toalla húmeda le limpió de sudor y suciedad el rostro. Dócil, silencioso y abrumado por una pesada somnolencia, Eric recibió como una bendición el abrazo con el que le rodearon sus amantes y los besos suaves en sus labios antes de dejarse arrastrar por el sueño.

23. ¡¡Necesita ir al hospital!!

Un amanecer ventoso y desapacible hizo que la mayoría de residentes decidieran quedarse en el interior del edificio. El gimnasio estaba más abarrotado de lo que Eric lo había visto nunca, aunque la cantidad de máquinas eliminaba la necesidad de esperar para utilizar cualquier cosa. Él usaba una de las cintas de correr cuando Soren entró con una toalla al hombro. El saludo no fue el derroche de verborrea habitual. Una única sonrisa tímida y un cabeceo antes de irse al fondo, a rebuscar entre las pesas. Fue Ocho quien se puso a correr a su lado.

—¿Todo bien? La cacatúa está muy callada esta mañana —comentó toqueteando los botones para empezar un trote cómodo.

—No lo sé. Espero que sí —respondió Eric, que echó una mirada fugaz a Soren—. Anoche estuvimos arriba con el jefe. Espero no haber dicho nada que le ofendiera. Victor me saca de mis casillas a veces.

—Bah, será él quien teme haberse puesto muy intenso. Soren, quiero decir. Como si no fuera intenso todo el tiempo —replicó Ocho con un desdén que no lograba disimular el afecto que sentía por su compañero—. Se le pasará.

Hubo un crujido desagradable en la megafonía.

—Buenos días, queridos. Estoy en la ventana y veo que el viento nos ha desanimado a todos. Ya sabéis que antes de la temporada de lluvia hay días como este, pero también quedan otros de sol que os aconsejo aprovechar. Anoche llegó una sugerencia nueva al buzón. Como hoy debo irme y no tengo tiempo para explicarlo personalmente, os aviso por aquí: ha sido aceptada. Procedo a leerla: Tengo la impresión de que nos faltan actividades en grupo. Se forman corrillos en la comida y es difícil socializar y relacionarse cuando las amistades ya están establecidas. Creo, además, que el espíritu competitivo está muerto en esta plantilla y estamos aburridos. ¿No has considerado realizar una de esas divertidas pruebas de bienvenida cada semana? Depender de que llegue alguien nuevo hace que no podamos disfrutar de ellas tanto como nos gustaría. —Hubo una pausa dramática antes de que la voz emocionada de Victor diera por terminada la comunicación—. ¿No os parece una gran idea? Empezaremos la semana que viene. Será genial.

La megafonía volvió a crujir cuando Victor cortó. Todos quedaron en silencio, mirándose unos a otros con perplejidad. Fue Eric el que rompió la tensión dándole un golpe al cuadro de mandos de la cinta para detenerla.

—¡¿Quién ha sido el gilipollas?!

Doce se acercó a él con la cuerda doblada de una comba en la mano. Lucía una gran sonrisa dañina.

—¿Qué? ¿Cuál es el problema, Trece, no te aburres? —Miró al resto de rostros hostiles que lo contemplaban—. ¿No os aburrís todos?

Eric le plantó cara, acercándose lo suficiente para que los guardias les prestasen especial atención.

—Los únicos que os aburrís sin humillar al resto sois Victor y tú. ¿Qué cojones te pasa?

—¿Creías que lo de anoche te iba a salir gratis, gusano? —le susurró Doce sin arredrarse.

Tras él, Ocho apagó su máquina y le tocó el hombro. Cuando se volvió le encajó un terrible gancho en la mandíbula que lo empujó contra Eric.

—¡A mí me sale barato un pañuelo por partirte la cara, cabrón! —gritó.

Eric agarró a Doce por debajo de las axilas impidiendo que diera con sus huesos en el suelo.

—¿Y qué crees que vas a ganar tú con esto? No eres nada para Victor. Eres tan prescindible

como los demás —le dijo al oído antes de soltarlo con brusquedad.

Los guardias ya tenían agarrado a Chris y le ataban un pañuelo al tobillo.

—¿Crees que a mí me importa Victor? Yo… gano… diversión —contestó Doce paladeando cada palabra.

Luego se echó a reír, como si le diera igual el golpe, la sangre del labio, las miradas de odio. Su risa solo se cortó cuando uno de los guardias se agachó para colocarle su propio pañuelo.

—¿Eh? ¿Qué crees que haces, títere? —espetó incrédulo.

—Nada de peleas.

—¡Yo no he empezado la pelea! ¡Ese imbécil me ha pegado, ni siquiera me he defendido!

La repentina furia contrastaba con la indolencia de los guardias.

—Son las normas. Y a decir verdad, estabas provocando. Así que cierra la boca si no quieres otro a juego.

Todos esperaron a que añadiera algo, con el deseo poco secreto de que recibiera un segundo pañuelo. Pero no era tan tonto. Con un gesto de odio dirigido tanto a guardias como residentes, y especialmente a Eric y Chris, Doce salió del gimnasio a grandes zancadas.

Quería darle un par de palmadas a Chris y darle las gracias por el puñetazo que, casi seguro, todos en esa sala querían darle, pero Eric se limitó a guiñarle un ojo y fingir que lo ignoraba. Fue a las máquinas de pesas junto a Caleb y Alex.

—Luego me gustaría que me ayudarais con lo de la fiesta. Voy con retraso y hay mucho que hacer —les comentó, dejando de lado por completo lo de las pruebas y echando una mirada a Soren para incluirlo.

Los ánimos se habían vuelto pesados en el gimnasio, pero todos fueron volviendo a lo que hacían antes de la interrupción.

—Claro, ¿qué necesitas? ¿Que recortemos estrellitas? —dijo Caleb.

—Yo no me he terminado de enterar de mucho sobre esa fiesta, Eric, necesito un resumen. —Alex soltó las mancuernas y se secó el cuello con la toalla.

—Hay que pedir un par de cosas que faltan a Dos. Y tengo algunas dudas sobre los disfraces, me gustaría consultarlas con vosotros. El tema de la fiesta es un postapocalipsis retrofuturista, si queréis añadir cosas estáis a tiempo, me lo contáis después de comer. Podemos ir donde siempre.

Tras la comida y las peticiones a Dos, todos menos Ocho se juntaron en el banco. Podría haber ido, sin cámaras que grabaran si hablaba o no, pero cualquiera con pañuelo rojo atraía demasiado la atención de los guardias. Alex tomó la palabra.

—Eric y yo hemos bajado hace un rato al almacén con Dos sin que nadie hiciera preguntas. El tío está histérico con los inventarios y los guardias y el servicio está más pendiente de organizar todo para la lluvia que de nosotros. Total, hemos visto algo curioso: otro ascensor que no pasa por las zonas que conocemos, o al menos no se ve. Es de cristal, con los botones a la vista. —Hizo una pausa—. Y aquí viene lo gordo: hay al menos otras tres plantas debajo del almacén.

Soren, extrañado, se levantó del banco y arrancó una ramita del seto, dándosela a Eric.

—¿Podríais dibujar más o menos dónde estaba? ¿Alguien ha hecho un plano alguna vez?

—Lo mejor sería memorizarlo, si nos encuentran planos estaremos jodidos, pero si hay demasiado que recordar no nos quedará otra. —Eric cogió la ramita y se levantó para dibujar junto al banco, en una zona arenosa bajo los árboles—. No es fácil verlo si no conoces el almacén, porque no se ve desde la puerta ni los pasillos. Tienes que ir por la derecha, pasar tres hileras de estantes y más o menos por la mitad de esta pared, entre dos estantes, está el ascensor. Es en la zona donde se almacenan los productos químicos: limpieza, fertilizantes y todo eso.

Soren se quedó un rato cruzado de brazos, concentrado. Luego, mientras el resto hablaba, se dedicó a añadir líneas al dibujo de Eric, convirtiéndolo en un plano en tres dimensiones de todo el complejo que fue silenciándolos a todos por su nivel de detalle y complejidad.

—¿Lo veis? —Su expresión interesada cambió a la frustración al ver las miradas bovinas. Señaló con el palo—. Si está situado donde dice Eric, no lo vemos en nuestras plantas porque está excavado dentro de la roca. Pero pasa por la zona de Victor, estoy seguro. Y creo que, por la posición, baja hasta el nivel del mar. ¿Sería descabellado pensar que llega hasta una especie de salida de emergencia? Sabemos que hay túneles que comunican con el pueblo, túneles enormes, para coches. Puede que también haya un embarcadero. ¿Alguien vio algo al llegar en el avión?

Caleb levantó la mano.

—Yo no vi nada desde el avión. Desde las zonas por donde tenemos permitido estar no se ve ningún embarcadero, pero Victor me habló de una salida de emergencia, hace tiempo. Tiene un barco, pero no sé dónde.

—Tiene lógica que haya una forma rápida de salir de la isla desde su apartamento —dijo Eric —. Pero deberíamos investigarlo. Por lo que he visto, no hay cámaras ahí arriba, ¿alguien ha visto alguna?

—No tiene cámaras como las que hay en las zonas por donde nos movemos —añadió Caleb —, me he fijado bien cada vez que me llamaba. Cuando quiere grabar algo, da la órden a la domótica y salen de la pared.

—No creo que grabe todo el tiempo, pero existe el riesgo de que deje las cámaras grabando cuando se va… —comentó Eric, pensativo.

—Yo lo haría. Sobre todo para vigilar que el personal de limpieza no robe nada, o haga fotos y cosas así. Seguridad —suspiró Alex.

—No creo que deje entrar a nadie cuando él no está, pero sí, yo también lo haría —respondió Eric—. Podemos acceder a las estancias de Victor si secuestramos al aspirador. Ese cacharro puede abrirnos la puerta, pero si hay cámaras grabando…

—¿El… aspirador? —Caleb fue el único que, desde su incredulidad, le dió una oportunidad a las palabras de Eric.

Alex y Soren resoplaron de risa, pensando que bromeaba, que aquello solo era una tontería para aligerar el ambiente.

—¿Secuestramos también a Roborero? O mejor aún, le obligamos a entretener a Victor contando chistes malos durante horas —dijo Alex.

Un ronroneo eléctrico les hizo callar. Soren se llevó un dedo a la boca para pedir silencio y se asomó entre los setos. El grupo se miró entre sí, expectante.

—Es Tres, está haciendo sus cosas de jardinero, pero mejor bajamos un poco la voz —advirtió Soren.

—No es una broma, capullos. —Eric volvió al tema y les señaló con el dedo, primero a Alex, luego a Soren, muy serio—. ¿Ha habido una sola vez en la que Victor se haya dignado a abriros la puerta?

—Alguna vez subí con él y una lo pillé justo en la entrada. Pero generalmente es esa pobre cosita ciega la que pasa un rato chocando con la puerta hasta que acierta a abrir —dijo Soren.

El resto negó con la cabeza.

—Tiene un sensor, con eso abre la puerta. A Victor le gustan esas tonterías, podría tener un robot que se dedicara a abrir la puerta, o hacerlo con la domótica, con una sola orden, pero por alguna razón lo divierte tener a ese cacharro haciendo algo para lo que no fue creado —arguyó Eric—. El aspirador puede abrirnos la puerta, es una llave y tenemos que robarla.

—¿Y cómo pretendes robarlo? No te cabe debajo de la túnica —inquirió Caleb.

Eric se quedó callado. Dio algunos paseos por delante del banco. Todos estaban dándole vueltas a lo mismo.

—Guardaremos los disfraces de la fiesta —dijo Soren, recibiendo miradas interrogantes—. A Victor le encantan los juegos de rol. La próxima vez que nos llame, iremos disfrazados. Bueno, a quien llame. Le gustará la sorpresa y podremos ocultar el aspirador debajo de esa ropa.

—Suele largarse los lunes por la mañana… Tendrá que coincidir con un domingo. Hay muchos factores de riesgo. ¿Y qué hacemos con las cámaras? —preguntó Eric.

—Vamos a robárselo cuando todavía esté en casa, así que las de su planta estarán apagadas. Si lo llevamos escondido, las de fuera no verán nada. Y en último término… si se entera siempre podemos inventar que íbamos a hablar con las tres mellizas para ponerle algún añadido y que fuera una sorpresa —dijo Caleb.

—Y rezar para que se lo crea —añadió Alex.

—El problema es que tendremos que entrar cuando no esté y es posible que las cámaras funcionen. —Eric no estaba del todo convencido.

—Habría una opción, aunque es muy muy arriesgada —suspiró Soren—. Hacerlo cuando sí esté. Cuando esté con alguien. A fin de cuentas no podemos sacar de aquí a todo el mundo. —Se frotó los ojos como si estuviera cansado y quisiera sacarse los malos pensamientos de la cabeza —. Hoy hemos avanzado mucho. Vamos a dejarlo y pensar con tranquilidad, ¿sí? ¿Cuál es el plan para la fiesta?

Eric parecía frustrado al encontrarse con ese escollo, pero tampoco acudía nada a su mente que pudiera ayudar. Se sentó en el banco junto a Alex y suspiró, negando con la cabeza.

—Tienes razón. Centrémonos en lo inmediato. Dos ya ha traído los disfraces, esta tarde podréis elegir los que queráis llevar. Casi todos tienen pantalones, por variar, aunque también los hay de esclavos y androides de compañía, vosotros veréis.

—¿Quién coño querría disfrazarse de androide? —preguntó Alex con una media risita. Al contrario que el resto se mostraba más animado que de costumbre, quizá por haber salido al fin del bucle de odio y autocompasión al tener un objetivo.

—Cuatro, Cinco y Seis, a juego con Roborero —dijo Soren.

—Yo voy a ir de cazarrecompensas —anunció Eric, que ya lo tenía pensado—. Hay otro del estilo, podéis pelearos por él.

La conversación continuó por esos derroteros hasta que cada uno se marchó a sus tareas. A la hora de la cena, todos estaban sentados cuando Ocho llegó con su bandeja. Se sentó apartado, a la otra punta de la mesa. No podía hablarles, pero sí compartir espacio. El simple gesto y la sonrisa que mostraba transmitían que estaba bien y que no se arrepentía de nada. Doce se había aislado voluntariamente, escogiendo una mesa vacía al fondo. No prestaba atención a nadie mientras comía, aunque muchas conversaciones trataban sobre el incidente de la mañana y las nuevas pruebas semanales. Desde su asiento Eric podía escuchar a Nueve y a Catorce.

—Todos deberíamos hacer lo mismo —decía Nueve.

—Yo no quiero problemas. Y no quiero que tú los tengas. Aprenderá a… a convivir, como todos —susurró Catorce.

—Eres demasiado optimista. Es un inadaptado y eso no va a cambiar. Y le odio.

El tono frío de Nueve dejaba claro que no exageraba. Unos guisantes pasaron volando cerca de la oreja de Eric, atravesaron la mesa y fueron a caer cerca del plato de Doce, que levantó la vista. No le fue difícil localizar al culpable, aunque decidió ignorarlo tras una mala mirada.

—¿Quieres estarte quieto? —suplicó Catorce.

—No. Que se joda. ¿Qué va a hacer, ganarse otro pañuelo? Ojalá.

—¡Te lo vas a ganar tú!

—Merece la pena.

Eric se volvió sobre su asiento para dirigirse a ellos.

—No creo que valga la pena arriesgarse a acabar con dos pañuelos por ese cabrón. Tened cuidado con eso.

Catorce estaba al borde de las lágrimas y asintió, vigoroso, agarrando la mano de Nueve para que no lanzara cosas.

—Escúchale. ¿Es por lo de la prueba? ¡Sabes que ya no me duele!

—¡Claro que es por lo de la prueba! Pero no es solo eso. Va a jodernos a todos. Es lo que tiene en mente desde que llegó. Y, ahora, es el único maldito momento en el que está obligado a portarse bien para que no lo jodan a él. ¿Pues sabes qué? Pienso aprovecharlo. Si no me responde me daré ese gusto y si lo hace saldrá perdiendo.

Se levantó, ignorando el grito de angustia de Catorce y las miradas que tenía encima. Sonrió a Ocho, que le observaba muy serio, consciente de que no todos tenían un cuerpo para empezar peleas. Doce no levantó la vista del plato cuando lo tuvo delante, aunque estaba claro que notaba su presencia.

—¿Qué? ¿Vas a ignorarme, pedazo de mamón?

Nada. Tenían la atención de todo el comedor, incluidos los dos guardias de la entrada. Uno de ellos estaba apoyado en la pared, relajado, el otro comenzaba a andar hacia allí. Estaba rompiéndose la norma de no hablar a los castigados con un lazo.

—He conocido muchos abusones a lo largo de mi vida. Se os ve venir desde la escuela. Deberías darme pena, eres un cabrón con problemas familiares, o de autoestima, o un jodido psicópata. ¡Te estoy hablando!

Agarró un puñado de puré de patata del plato y se lo restregó por la cara. Doce lo permitió y empezó a formar una enorme sonrisa. Después todo sucedió en cuestión de unos segundos. Se levantó como un resorte y en el mismo movimiento agarró el brazo de Nueve. El guardia cercano gritó que se detuvieran, el lejano echó a correr para acercarse. Se escuchó un crujido horrible, como si alguien hubiera pisado una rama seca. Nueve gritó de dolor. Catorce gritó de angustia. Las sillas chirriaron cuando varios residentes se levantaron.

—Le ha roto el brazo... —dijo alguien entre el coro de expresiones de sorpresa y maldiciones, como si el chasquido no hubiera bastado para que todos se dieran cuenta.

Ocho había abandonado su asiento y Soren, temeroso de que hiciera alguna tontería, se acercó a él. Eric y Caleb se apresuraron para apartar a Nueve de la mesa y ofrecerle apoyo. A pesar de las ganas que tenía de insultar y golpear al nuevo, Eric centró toda su atención en sus compañeros.

—Joder, Nueve, así no —espetó agarrándolo de la cintura.

El chico parecía al borde del desmayo cuando Catorce los apartó para comprobar los daños.

—¡Necesita ir al hospital! ¡Necesita ayuda! —les chilló a los guardias.

Estos habían reducido a Doce a base de calambres de las porras eléctricas. Uno de ellos se acercó, rascándose el cuello con nerviosismo, superado por la situación. Le habló directamente a su reloj.

—Tres de Picas desde el comedor. Ha habido una pelea y uno de los internos está herido, creo que tenemos que llevarlo al hospital del pueblo.

—No me jodas, ¡claro que tenemos que llevarlo al hospital! —Eric redirigió su enfado a los guardias. Que fueran tan incompetentes en una situación de emergencia era buena noticia, pero

en ese momento ni siquiera podía analizarlo—. ¡Tiene el brazo colgando, ¿no lo veis?!

El guardia estaba cohibido y no reaccionó a las malas formas como lo hubiera hecho en otro momento. Era el que se lo había tomado con demasiada calma, y sin duda temía que hubiera represalias por su dejadez. Ni siquiera se habían molestado en repartir pañuelos. Mientras su compañero arrastraba a Doce fuera del comedor, volvió a hablarle al reloj.

—Preparad un coche, vamos a llevarlos abajo. Y mandad a alguien para que se ocupe de vigilar aquí, los residentes están nerviosos. Todos estamos nerviosos, joder.

—¡Mueve el culo! —le gritó el otro.

Cortó la comunicación para sostener a Nueve del brazo sano.

Catorce lloraba, demasiado nervioso para resultar útil en esa situación. Caleb le agarró con suavidad antes de que hiciera daño a Nueve sin querer.

—Eh, tienes que tranquilizarte, ya van a llevarlo al hospital.

—Yo voy con él. ¡No quiero que vaya solo! —replicó Catorce.

Eric ayudaba al guardia a llevar a un sollozante Nueve hacia las escaleras de bajada.

—Vosotros os quedáis aquí. Nadie puede bajar al nivel subterráneo —recordó el guardia.

—Espero que lo hagáis mejor ahora. —Eric soltó a Nueve para que se hicieran cargo.

—¡Ethan! —chilló Catorce. Caleb aún lo sostenía y no lo dejó avanzar.

—Estará bien. No podemos bajar, nos meteremos en líos si insistimos. Van a curarle, ¿vale?

Catorce apoyó la espalda en la pared y se dejó caer poco a poco, llorando, hasta acabar sentado.

—¡¡Quiero que maten a ese cabrón de una paliza!! ¡Que lo violen hasta matarlo, y ojalá pudiera verlo! ¡Quiero que le metan esas porras eléctricas por el culo hasta que le sangren hasta los ojos, ojalá pudiera hacerlo yo! —chillaba, histérico, en una especie de trance de pánico y odio—. ¡Y quiero salir de aquí!

Varios residentes se habían acercado.

—Tengo ansiolíticos en mi habitación. Entretenedlo aquí en lo que vuelvo, no sea que haga alguna otra tontería —le susurró Caleb a Eric.

Él asintió y se acuclilló frente a Catorce, poniéndole las manos en los hombros. Los apretó para que sintiera el agarre.

—Noah, mírame —le dijo. Tuvo que insistir hasta que el chico fijó la mirada en él—. Todos estamos cabreados y le deseamos cosas horribles, pero tenemos que controlarnos. Ethan te necesita centrado. Volverá pronto y tienes que estar a su lado, ¿comprendes? Si iniciamos una guerra abierta con Doce, todos saldremos perdiendo. Tenemos que ser más listos que él. Tienes que calmarte.

—Quiero irme —sollozó Noah, mirándole con las mejillas mojadas. Eric sintió una amarga mezcla de compasión e ira que tuvo que tragarse con esfuerzo—. Quiero irme con él.

—Lo sé. No podemos irnos, Noah. No aún. Y tienes que sobrevivir para poder irte con él, ¿entiendes? —Noah sollozó y asintió—. Mírame, vamos a respirar. Así, toma aire y suéltalo. Lo haremos juntos.

Consiguió que obedeciera justo cuando dos guardias entraron para sustituir a los anteriores. Uno de ellos formaba parte del grupo de los idiotas.

—¡Vamos, se acabó la cena con espectáculo! —Dio unas palmadas sonoras—. Todo el mundo a su habitación, hoy os ahorráis la ducha.

Eric ayudó al chico a ponerse en pie. Noah parecía derrotado tras el estallido nervioso y se mostró más dócil al ir a las habitaciones. Caleb los encontró de camino y le dio una pastilla y una botella de agua para que pudiera tragarla. Lo dejaron en su habitación, en modo autómata. Los

ánimos se habían enrarecido y apenas compartieron unas palabras para darse las buenas noches, deseosos de refugiarse en la seguridad de las habitaciones.

Antes de cerrar la puerta de la suya, Eric sorprendió la mirada de Soren desde el otro lado del pasillo. Incómodo, Siete fingió no haberse dado cuenta y cerró su puerta, interponiendo una barrera entre ambos que había sido invisible hasta el momento.

Esa actitud contribuyó al insomnio de Eric aquella noche. En su cabeza bullían los planes, las dudas y las preguntas. Una amalgama de emociones densas le impedía descansar. Eran demasiadas cosas que procesar. Victor volvía a su mente una y otra vez, quitándose la peluca para mostrarle el tatuaje en su cabeza. Él era Uno. La primera víctima y también el verdugo. Su verdugo. El del mundo entero. Saber que colaboraba con Valkyria cada vez que se sentaba en su despacho, que el trabajo que le había traído la realización en la isla sería utilizado, estaba seguro, para la corrupción y la expansión de aquella empresa monstruosa, era algo difícil de asimilar. Incluso los pocos resquicios de paraíso allí acababan revelándose como algo perverso, dejando sin asideros a la cordura.

Él también quería escapar, como Noah, como todos en realidad, aunque ninguno tuviera dónde ir. Las sombras allí eran demasiado oscuras y la tormenta que se avecinaba las estaba agitando. Podía notarla dentro de él, la furia retorciéndose sobre sí misma como un vórtice. Lo único que podía hacer era convertirla en combustible, en el impulso que le empujaría en el momento adecuado hacia la libertad.

Pero hasta entonces, iba a robarle muchas horas de sueño.

***

Por la mañana Catorce no fue a desayunar. Cuando Caleb y Eric subieron a la segunda planta para ver cómo estaba, encontraron al servicio arreglando las habitaciones. Estaba prohibido permanecer dentro mientras desinfectaban todo. Tampoco lo vieron en la biblioteca ni en el gimnasio. Al salir, les sorprendió escuchar su risa desde el chiringuito. El día estaba despejado, como si el viento del día anterior hubiera sido una ilusión. Muchos chicos habían aprovechado y ocupaban las piscinas, pero Catorce bebía solo, riéndole los chistes a Roborero. Caleb alzó una ceja, mirando a Eric con cara de no entender nada.

—Vamos a ver —respondió él haciéndole un gesto para acercarse. Se sentó junto a Noah e interrumpió la conversación con el robot pidiendo un zumo de naranja antes de dirigirse al chico —. Buenos días, Noah, ¿cómo te encuentras? Nos hemos preocupado al no verte en el desayuno.

Les regaló una enorme sonrisa, retorciendo uno de sus rizos entre los dedos. Su postura desenfadada y sus gestos tranquilos chocaban de frente con el Catorce asustadizo de siempre, incluso con el de las últimas semanas. La relación con Nueve lo había cambiado, pero incluso entonces seguía pareciendo una ratita vigilante.

—Hola, chicos. Me levanté tarde, así que compré unas chocolatinas y vine aquí a disfrutar del día. ¿Cómo va todo?

Eric y Caleb compartieron la misma mirada interrogante.

—Como siempre —respondió Eric.

El camarero sirvió las nuevas bebidas.

—¿Cómo está Nueve? ¿Sabes algo de él? —preguntó Caleb.

—La doctora dice que lo traerán de vuelta a lo largo del día, que no me preocupe. Aunque llevará yeso un tiempo. Pero está bien, así que yo estoy bien —contestó antes de pegar los labios a la pajita para sorber su refresco.

El contraste con el ataque de nervios de la noche anterior era llamativo. Eric le tomó de la barbilla para mirarle los ojos, aunque fue un gesto suave, también fue firme y no pidió permiso.

—¿Por qué has ido a la doctora? ¿No te fue bien lo que te dio Caleb?

Por un momento Noah frunció el ceño con cierta confusión.

—No… sí me fue bien. No recuerdo si te di las gracias, pero te las doy ahora, Once —dijo acariciándole el brazo. Caleb asintió con una sonrisa reconfortante—. Dormí toda la noche. Fui a ver a la doctora al levantarme porque ningún guardia sabía nada y supuse que ella tenía contacto con el hospital. Llamó por teléfono.

—Supongo que te habrá dado algo para los nervios, ¿no? —indagó Eric. Tomó su vaso de zumo y dio un trago.

Noah asintió.

—Fue muy amable. Me preguntó cómo me sentía, si era muy amigo de Ethan. Firmó un justificante para que hoy no tuviera que trabajar y me dio una pastilla. Me la tomé allí mismo, volvía a estar un poco nervioso. —Soltó una risita—. Muy nervioso, en realidad. Llorando. Soy un llorón, sé que todos lo decís siempre, pero no me importa. Es la verdad.

—Es lógico que estuvieras nervioso —respondió Eric—. Cada uno lo expresa como puede.

—Mejor eso a que digamos lo que estamos diciendo y pensando de Doce —apuntó Caleb—. ¿Necesitas algo más?

Por supuesto, no necesitaba nada más. Estaba en la gloria, con la mente vacía de pensamientos siniestros o complicados. En cuanto se alejaron en dirección al gimnasio, Caleb fue el primero en abrir la boca.

—Estoy pensando en Doce, y no en el nuevo.

—Yo también. —Eric bajó la voz, caminando cerca de su compañero—. La última vez que le vi tenía la misma mirada que Noah.

***

Nueve regresó mientras hacían cola para la cena. Que llevara un pañuelo rojo causó indignación y, por primera vez, todo el mundo se saltó la norma de forma espontánea, recibiéndolo con un estruendoso aplauso. Los guardias se miraron entre ellos, sin saber qué hacer: estaba claro que aquello iba dirigido al castigado, pero no estaban hablando, y las normas no eran tan concretas. Tampoco se atrevieron a hacer nada cuando uno a uno y empezando por Catorce, colmaron su mesa solitaria de regalos comprados con chapas.

Del paradero de Doce nadie sabía nada. Fue Ocho el que al día siguiente se acercó a sus amigos en la piscina con expresión conspiradora, sentándose en la parte que no cubría.

—Me ha costado una mamada, pero un guardia me acaba de contar cositas. Eso sí, también os va a costar una mamada que comparta esa información.

No bromeaba a menudo y su buen humor avivó la curiosidad ajena más que cualquier otra cosa.

—¿Una entre todos o tienes preferencias? —preguntó Siete.

—Yo me sacrifico si es necesario —añadió Eric. Estaba sentado en el borde con los pies en el agua—. Pero no sé si te gustará, dicen por ahí que soy brusco y muerdo.

—Prefiero que lo haga Alex con esos morritos sexys.

Este era el único que no había hablado, Caleb no los acompañaba en ese momento.

—Mnnneh. Paso. Te he visto en las duchas y te lavas lo justo ahí abajo —señaló su bañador con una mueca de asco exagerada.

—Entonces nada, estos dos son muy feos. Veréis, los guardias llamaron a Victor camino al hospital. Por lo visto se agarró un mosqueo terrible y les dijo que le dieran una buena paliza. Lo tienen encerrado abajo en un trastero. Y creen que cuando Víctor vuelva, va a dejar que Nueve le sacuda con la porra eléctrica.

—Se lo tiene merecido —dijo Alex, ganándose un asentimiento casi general.

—Al jefe no le gusta que rompan sus cosas. —Eric chasqueó la lengua y sacó los pies del agua, no parecía muy complacido con la noticia—. Pero mantendrá la genial idea de hacer juegos semanales.

—Espera, que eso no es todo. —Chris bajó la voz—. Resulta que Doce no es de fuera de la isla. De hecho no ha puesto un pie lejos del mar jamás. Es el primer residente del pueblo que acaba aquí. Por lo visto iban a ejecutarlo y Victor se encaprichó de él. Le dieron a elegir y aquí está, como es lógico.

Eric frunció el ceño y lo miró como si no hubiera escuchado bien.

—¿Qué? ¿Cómo que iban a ejecutarlo?

—El pueblo tiene sus propias normas —intervino Alex—. No sé mucho, lo que se oye al servicio o lo que se le escapa a Dos cuando quiere darse aires de importancia. No tienen cárcel porque apenas hay criminalidad. Cuando alguien se pasa de la raya, se lo cargan. Y creo que no entra nadie nuevo, son familias que se conocen desde que abrió este lugar.

—Un montón de cabrones endogámicos. Se ve que a veces sale uno más tarado de lo normal —apuntó Chris.

—Maravilloso. —Eric resopló una risa nasal, sin atisbo de humor—. Este sitio cada vez se parece más al sueño de un enfermo.

—Eso explica su comportamiento. Es un sociópata de manual —dijo Alex.

—Tal vez Victor ha cambiado de opinión después de lo de Nueve —añadió Soren.

—Lo dudo. —Chris se metió en el agua hasta la cintura y empezó a nadar para alejarse hacia la zona que cubría—. Nos enteraremos después de la fiesta, más vale que esa mierda le ponga de buen humor.

24. No se aprende a bailar en un rato.

Si Eric lo hubiera planeado, no habría sido más oportuno. Ese mismo sábado, la mañana antes de la fiesta, la isla había activado el protocolo de seguridad de la estación de tormentas. Los inmensos ventanales del edificio estaban cubiertos de un sofisticado enrejado que había tardado más de una hora en desplegarse al amanecer. Ahora veían las hermosas vistas a través de las gruesas varillas de metal que cruzaban horizontalmente las ventanas para protegerlas de la fuerza del viento y los objetos voladores. Por primera vez las apariencias respondían a la realidad que vivían dentro del complejo: la isla parecía una enorme jaula.

Los jardines no se libraban. Salir no ofrecía ningún alivio a la sensación claustrofóbica que provocaba el sistema de protección, pues allí los árboles y las plantas estaban protegidos por domos que eran, literalmente, jaulas interconectadas. Eric no era capaz de adivinar de dónde habían salido las rejas que formaban los diferentes espacios. Era como estar dentro de la Cúpula del Trueno, por lo que contribuía al ambiente de la fiesta como si hubiera sido pensado para ella. Se habían instalado focos de colores para esa noche, que iluminaban en tonos rojos, amarillos y naranjas las diferentes zonas. Máquinas de niebla camufladas entre las plantas creaban un aura fantasmagórica sobre el suelo y telas desgarradas, marrones, negras y grises, decoraban los domos y los pasillos de rejas que los conectaban. Neumáticos viejos, redes de pesca y montones de lo que parecía basura tecnológica se habían colocado en lugares estratégicos, formando sofás, asientos y mesas en la zona del bar de la piscina. Sobre el agua flotaba la niebla anaranjada y en el fondo las luces brillaban en verde fosforito, como si se tratara de una piscina radiactiva. Para los residentes que no habían participado en la organización, la fiesta comenzó con cierta desconfianza y una pizca de apatía, pero la sensación duró poco. Todos rebuscaron en las cajas de los disfraces, recreando con mayor o menor atino a supervivientes nucleares, buhoneros, bandidos, monstruos y demás. Alguien había pintado la escayola de Nueve para que pareciera un cañón de plasma. Cuatro, Cinco y Seis, en secreto, se habían dedicado a construir media docena de pequeños robots luchadores, y convirtieron el vestíbulo en una improvisada zona de peleas en la que cualquiera podía escoger uno y hacer que se moviera con un mando simple de radiocontrol. El que tenía dos tenedores a los lados era el preferido. Tres había sacado una mesa y una lona del huerto para montar su propio puesto de trueques o compra venta. Muchos se habían animado, dejando allí juguetes o adornos que no utilizaban. Pinturas, piezas de construcción, relojes viejos, pósters e incluso verdura fresca, daba la sensación casi real de estar en un mercado en el que gastar dinero de verdad en cosas triviales.

Se servía bebida, aunque limitada a dos copas poco cargadas por persona, y Roborero era imposible de engañar. Cuatro le había disfrazado también, con un parche y una manta agujereada a modo de capa. Solo los guardias permanecían como siempre, aunque se mantenían alejados para no romper la estética. Incluso en ese ambiente distendido se echaba en falta a dos personas: Victor todavía no aparecía y Doce no hacía acto de presencia.

Eric llevaba allí toda la tarde y solo se había ausentado para enfundarse su disfraz. La chaqueta, los pantalones ceñidos, la hombrera y las correas, todo de cuero negro y adornado con tachuelas, no dejaban lugar a dudas: Trece había escogido a Mad Max y aquella ropa anticuada, tan parecida a la de las viejas glorias del rock, realzaba su cada vez más atlética figura. Se había tomado algunas licencias y llevaba la raíz del pelo trenzada, despejando su rostro manchado de hollín y los ojos maquillados de negro. Las armas enfundadas en las cartucheras parecían reales y tintineaban a cada paso que daba. Ocho silbó cuando llegó al bar y pidió su primera copa,

acodándose en la barra como un vaquero recién llegado a la cantina.

—No tenía ninguna fe en que esta fiesta no fuera una cutrez, pero me has decepcionado. ¿No ibas a ir de cazarrecompensas?

—Os mentí —respondió Eric con una media sonrisa—. ¿Tú qué eres, un mendigo?

—Todos parecemos mendigos en el fin del mundo —replicó Chris. Se abrió el chaquetón lleno de remiendos para mostrar el chaleco antibalas y la armadura de cuero que llevaba sobre la ropa desgastada llena de correas. Desenfundó una especie de pistola láser y le apuntó con ella—. Soy un forajido, capullo.

—Eh, yo no parezco un mendigo —se quejó Soren a su lado.

Y era verdad. Estaba impresionante. Y muy sexy. Llevaba unas gafas de aviador, cables y rastas en la cabeza, mezclados con su pelo y las mechas azules. Se había maquillado los ojos y llevaba un mono de vinilo muy ajustado con detalles azul eléctrico. Tenía puesto el *piercing* del labio y el de la nariz y llevaba las orejas llenas de aros. Una estética ciberpunk con la que Eric jamás le habría imaginado, pero que le sentaba sorprendentemente bien.

—¿Tú qué eres?

—Un piloto de carreras virtuales. Tengo una moto en el metaverso.

—Has sido más original que yo, aunque no sé si eso es muy postapocalíptico —rio Eric.

—Entonces un expiloto. Ahora robo con este. Roborero, ponme un cóctel de esos de colorines, sin alcohol. Y cuéntanos un chiste.

El lamento de Eric y Chris fue tan al unísono que dio la sensación de estar ensayado. El robot se giró para preparar la bebida y comenzó a hablar.

—¿Para qué va una caja al gimnasio?

—Terminemos con esto deprisa —suspiró Eric—. ¿Para qué?

—Para hacerse una caja fuerte.

Esa vez incluso a Soren le resultó imposible soltar una carcajada, pero la sonrisa de oreja a oreja demostró que estaba bastante satisfecho con el resultado. Agarró su cóctel recién servido y le dio un trago.

—Gracias, Roborero del Apocalipsis. Eh, ¿habéis visto a Las tres mellizas? Os dije que irían de androides. ¡Os lo dije! ¿Os acordáis?

—Es imposible olvidarse de nada de lo que digas, porque lo repites mil veces, plasta —rezongó Chris.

—¿Pero van disfrazados? —preguntó Eric.

Las risitas por aquel comentario no fueron crueles. Los inseparables eran apreciados en la isla, iban a su aire y no se metían con nadie, aunque fuera sencillo hacer bromas con su actitud de sabios antisociales. Todos podían imaginar lo solos que se habían sentido en algún momento, y la fuerza de su unión. Cuatro había optado por la pintura corporal metálica, Cinco se había construido su propio traje con cosas de las cajas a una velocidad pasmosa y Seis era una mezcla de ambos, con un medio casco con leds rojas que seguramente ya poseía como adorno de su habitación. Seguían riendo cuando Caleb se acercó levantando una máscara de soldador.

—¿Hay algo por aquí para un viajero sediento? Pago en chapas o en carne.

—A Roborero no le va la carne —dijo Eric, levantando su copa a modo de saludo.

—A mí me debéis una mamada aún —recordó Ocho.

—Pero tú no vas a ponerme la copa —replicó Caleb—. Robo, ponme un margarita. ¿Creéis que veremos a Doce en la fiesta? Yo si fuera él no me atrevería a pasar por aquí —comentó al recordar la conversación.

—Debe estar en su dormitorio. Alex me dijo antes que tenía migraña y le preguntó a un

guardia si podía descansar hasta encontrarse mejor. El guardia le dijo que no era obligatorio venir a la fiesta, que de hecho Doce no iba a bajar. Todavía debe estar en la mierda —dijo Chris.

—Parece que algo ha aprendido —dijo Eric—. Que se joda.

—Menos mal, porque iba a ser incómodo tenerlo por aquí. —Soren suspiró—. Esto no debe ser fácil para Alex. Espero que mañana se encuentre mejor.

—Bueno, me he esforzado mucho con esta mierda, ¿qué os parece? ¿Estará a la altura de la Bruja Aburrida? —preguntó Eric.

—Esperad, esperad, que Eric no ha tenido aún su ración de casito. —Chris levantó su copa y el resto le imitaron—. Propongo un brindis por el liante que nos metió en este lío de la fiesta, por todo el trabajo que ha hecho y por su disfraz de… ¿proxeneta?

—Soy Mad Max, maldito inculto —rezongó Eric golpeándose la hombrera de cuero—. El héroe de la carretera. Soy el que da palizas a los proxenetas. Y no, yo no lié a nadie, la fiesta fue idea de Victor y no se fiaba de vuestro gusto. Merezco el casito por el marrón de organizar esto.

Su arranque solo consiguió burlas por parte de Chris, acompañado de Caleb. Lo extraño de la situación era que Soren no participaba, se limitaba a sonreír, a asentir o a hacer comentarios cortos. Pese a que sus conspiraciones de huida y los planes de la fiesta lo habían disimulado, seguía comportándose extraño desde la noche en que compartieron a Victor.

Eric se dedicó a conversar y picotear de los platos de canapés que Roborero servía de vez en cuando, echando miradas disimuladas a Soren. Algo pasaba y le reconcomía la idea de haberlo ofendido. Había partes de esa noche que eran una bruma de descontrol en su memoria, ¿lo había insultado? ¿Lo había golpeado? No recordaba nada así, pero eso no lo descartaba.

Una selección de éxitos *retrowave* amenizaba la fiesta temática como una especie de banda sonora. En ese momento comenzó una canción sensual y oscura. La gente fue abandonando el bar y Eric aprovechó la salida a la pista de Soren para ir tras él, pero no le detuvo cuando se puso a bailar dándole la espalda, inadvertido de su presencia.

Not a night goes by

Without the restless dreams

Where you're beautiful as ever and you're kissing me

El traje de vinilo se le pegaba como un guante al cuerpo y pudo comprobar que también se movía bien en la pista. Él no tardó en sentirse torpe y extraño.

—Soren —le llamó al acercarse.

Él se dio la vuelta despacio, fluyendo con la música. Con la gente repartida entre las peleas de mini robots y el chiringuito, era el único que bailaba. Puede que el único que supiera hacerlo.

—¿Bailas? No te pega —le preguntó.

—Ah, la verdad es que no tengo ni idea de hacerlo. Y menos sin una copa en la mano —respondió Eric, aunque se acercó para intentarlo con una sonrisa—. Puedes enseñarme.

—No se aprende a bailar en un rato —dijo Soren, aunque le cogió la mano y se pegó a él, instándolo a seguir el ritmo que marcaba con todo el cuerpo.

—Pero por algo hay que empezar. —Eric se dejó guiar por los movimientos de su amigo. El acercamiento alivió sus inquietudes, pero no fue suficiente para hacerlas desaparecer. Le puso la mano en la cintura y lo miró a los ojos—. Creo que tenemos una conversación pendiente.

Eso fue suficiente para abrir la compuerta de presa que era la boca de Soren. Debería haberlo imaginado, que no necesitaría mucho para sacar el tema.

—No me gustan las conversaciones incómodas, así que espero que sea breve. Mira, había pensado en pedirte perdón por ser tan… perrito faldero de Victor ahí arriba. Pero como no decías nada y tampoco parecías enfadado, solo raro, no sabía cómo abordarlo.

La risa de Eric hizo que Soren diera un respingo.

—¿De verdad has estado rehuyéndome porque crees que pienso que eres un perrito faldero de Victor? Nuestras vidas dependen de serlo, o fingirlo al menos. —Los dos seguían moviéndose. En la distancia corta Eric no se movía mal, aunque no era una sorpresa. La mano en la cintura de Soren lo presionó con suavidad contra su cuerpo—. Yo pensaba pedirte perdón por ser tan… no sé; cínico, agresivo y gilipollas. No sé si hice algo que pudiera ofenderte, pero solo tuve esa intención con Victor.

—¡Claro que no! Soy yo el que está acostumbrado a todo eso, tenía que haber insistido para que me atara a mí. Y… me avergüenza disfrutar esas mierdas, pero no puedo evitarlo. Es como una droga. Yo… —Soren miró alrededor y suspiró—. Aunque no lo parezca, aunque siempre sea tan extrovertido, me cuesta hacer amigos. A lo mejor es justo porque soy un pesado, pero creo que si no lo fuera, que si no lo intentara con fuerza, nadie se molestaría en darme conversación, en mostrar interés. Y pensaba que algo se había roto un poco entre nosotros, pero si sacaba punta al tema terminaría de estropearlo.

—Soren, volvería a dejarme atar por ti sin pensármelo. —Aunque el tono de Eric bajó, convirtiéndose en algo más íntimo, la cercanía permitía escucharlo con claridad—. Tú no disfrutas de hacer daño ni de humillar a nadie, por eso confío en ti. No tienes nada de lo que avergonzarte… Ni de disfrutar de lo poco de lo que podemos disfrutar aquí ni de hablar por los codos. Ni de esforzarte por que estemos bien, aunque no tienes que hacerlo para que te queramos.

Soren había enrojecido y apartó la mirada.

—Yo no te ataría. Contigo no haría ese tipo de cosas, probaría algo nuevo —se animó a decir tras unos segundos de duda.

Que Soren le mostrara así su fragilidad conmovió a Eric. No había sido consciente de lo mucho que pesaba la inquietud por los sentimientos de su compañero hasta que esta desapareció. Fue como si un puño invisible dejara de apretarle los pulmones y de pronto pudiera llenarlos de oxígeno. Le importaba lo que Soren pensara de él, le importaban sus sentimientos y solo quería ver la sonrisa luminosa de siempre en sus labios. Los acarició en un gesto inconsciente que hizo que Soren volviera a mirarlo, mostrando ese pudor que se reservaba para los momentos más sinceros.

—¿Qué probarías?

Soren había dejado de bailar.

—Algo real. Algo en lo que no tuviera que exagerar los sonidos, ni las muecas ni los movimientos —gesticuló—. Me gustaría probar, por una vez, cómo es el sexo cuando la otra persona se preocupa por mí y no solo por sus propias expectativas sobre mí. Y… si eso fuera posible, te escogería a ti para hacerlo, Eric.

No creía merecer lo que Soren quería darle, pero sin duda lo deseaba. Lo necesitaba con tanta fuerza que lo tomó por sorpresa el latido potente de su propio corazón. Soren tenía la mirada más limpia que había visto nunca y le reconciliaba con la vida que solo la posara sobre él en ese momento, como si no existiera nada más en el mundo. No sabía qué decir ante eso, así que solo se dejó llevar por el latido de la música y tomó con suavidad la barbilla de Soren para besarlo.

And when the shadows fall
I can hear you calling me
Your smile as still as the stars
And you've never loved me once

Lento, con la timidez de los primeros pasos en un camino desconocido, por primera vez en

mucho tiempo su deseo venía precedido de una ternura que ya no recordaba. Soren también respondió despacio, sin tocarlo más allá de entrelazar los dedos con fuerza, como si tuviera que descubrir cómo era besar a alguien con sinceridad y sin teatro. Un beso lento, superficial, de aquellos en los que los labios roban protagonismo a las lenguas. Cuando se separaron rozó la nariz con la suya y se echó a reír sin soltarle la mano.

—Sabes al tequila del margarita. —Al ver la cara de pánico de Eric, negó con la cabeza—. ¡No pasa nada! Está bien saber que no me despierta ganas de beber. Y sobre todo sabes a lima. Me encanta la lima…

Eric apretó los dedos de Soren entre los suyos. Noches antes se habían besado, habían compartido una intimidad descarnada, pero sentía que era la primera vez que realmente se tocaban. Era extraño sentirse como un primerizo después de todo lo que había hecho en aquella isla.

—Ven, vamos a las balinesas —dijo tirando con suavidad de la mano de Soren—. ¿Quieres que te pida un margarita especial?

—Estoy bien, vamos y… Espera. —Soren lo detuvo con un tirón suave.

Like a curse. You keep coming back for more

Victor estaba allí, caminando hacia los sofás.

Eric reconoció enseguida su disfraz. Unas botas bajas con unos vaqueros gris oscuro, desteñidos. Cuatro cinturones de cuero medio destrozados a modo de faja, desde la cadera hasta debajo del pecho. Camiseta rota amarillenta, hombrera de cuero, todo sucio y desgastado. Pintura negra que comenzaba en las cejas y cubría todo su cráneo rapado, sin pelucas.

Furiosa.

—No me jodas… —Eric apenas levantó la voz, pero Soren lo escuchó y lo miró extrañado.

—¿No os habéis puesto de acuerdo?

—No. De hecho he decidido el disfraz esta tarde.

—Yo creo que nos puede leer la mente.

Algo así sentía Eric, como si Victor fuera capaz de meterse en su cabeza y anticiparse a cualquier cosa que hiciera. Cuando sus miradas se cruzaron, pudo ver la sorpresa también en sus ojos y luego una sonrisa maliciosa y complacida. Que le leyera la mente habría sido un bocado más fácil de masticar que el hecho de tener nada en común con él, aunque fueran los gustos en cuanto a cine.

—Vamos, hay que agasajar a la emperatriz.

Eric no soltó la mano de Soren al ir hacia los sofás con él. No fueron los únicos en acercarse. La pintura negra cubría el tatuaje de la cabeza de Victor, pero muchos residentes cuchicheaban de todos modos: era la primera vez que le veían sin peluca, al menos, teniendo el pelo rapado.

—Te felicito, Trece. Sabía que ibas a ocuparte de organizar algo digno de ver, pero es increíble el nivel de detalle de esta fiesta. No ha debido ser fácil conseguir tantas cosas en tan poco tiempo —dijo el millonario palmeando el sofá para que se sentara junto a él.

Eric no reconocería ni bajo tortura la satisfacción que sintió al recibir el reconocimiento de Victor. Se sentó a su lado mirando descaradamente su disfraz.

—Sabía que te iba a gustar todo este rollo, pero no esperaba que escogieras a Furiosa.

—¿Por qué no? Es uno de mis personajes favoritos… por encima de Max. Y me ha dado la oportunidad de ir cómodo, muchos de mis disfraces son un verdadero fastidio por muy estéticos que sean. Vosotros también estáis muy guapos. Soren, querido, dame un beso. Espectacular, como siempre.

Siete apretó la mano de Eric antes de soltarla, dedicándole una sonrisa tranquilizadora. Le dio

un beso a Victor, apoyando una mano en su rodilla.

—Tú también estás increíble, te sienta muy bien el rapado —dijo sentándose a su lado—. Yo soy un hacker del metaverso.

—¿No eras un corredor? —preguntó Eric.

—Es mi tapadera, no pretenderás que te lo contara por las buenas, ¿no?

Victor tomó la mandíbula fina de Soren y acarició su barbilla.

—No deberías habérmelo contado a mí tampoco. Pero no eres bueno disimulando secretos, ¿verdad? Ninguno lo sois —susurró con una sonrisa antes de clavar en Eric sus ojos de tiburón —. En fin. Tres ha estado repartiendo su sidra artesanal a mis espaldas. Me ha jurado que no pensaba darte ni una gota aunque la pidieras, Soren, ni a nadie a quien viera afectado. Pero prohibí casi todo el alcohol. Debería castigarlo, aunque a mi pesar diré que es deliciosa. Y me encanta su acogedor puestecito. Tiene incluso una guitarra, ¿alguien quiere escucharme tocar?

El corazón de Eric volvió a latir tras unos segundos. También el de Soren se había detenido, a juzgar por la mirada temerosa que le había dirigido, pero al darse cuenta de que Victor solo bromeaba, el alivio fue evidente en los dos.

—Depende de cómo toques —dijo Eric, cruzándose de brazos con gesto de tipo duro.

—Claro que queremos. —Catorce fue más entusiasta e incluso se levantó para ir a por el instrumento.

Volvió con Tres, que con una media sonrisa avergonzada y culpable dejó la bandeja con la sidra y los vasos al alcance de quien quisiera cogerlos. A esas alturas la mayoría de los residentes se habían congregado en los sillones. Catorce apagó la música ambiental y le entregó la guitarra a Víctor, que la acarició con aire distraído.

—Mmmmm… Se me ocurre algo para una fiesta de temática postapocalíptica, aunque perdonad si estoy un poco oxidado —explicó toqueteando los trastes.

Se hizo el silencio. Victor se tomó su tiempo, paladeando la anticipación, consciente de que todas las miradas estaban puestas sobre él. Al comenzar a puntear la guitarra, Eric alzó las cejas: sonaba más que bien y enseguida reconoció las notas del clásico. Al cantar las primeras estrofas, además, demostró que su voz brillaba especialmente al entonar.

This is the end, beautiful friend
This is the end, my only friend
The end of our elaborate plans
The end of everything that stands

El millonario, pasando las yemas de los dedos por las cuerdas con una suavidad infinita, miraba a Eric mientras tocaba con aire entre triste y nostálgico. Un aire que flotaba en el ambiente, cuya única banda sonora era aquella voz y el chispear de las llamas en la hoguera de la piscina. Esa mirada pesaba como una gruesa cadena en el espíritu de Eric. Una presión ominosa amenazó con ahogar su ánimo, acompañando a la familiar certeza de que los ojos de Victor podían leer dentro de él. De que lo sabía todo, incluso cosas que el propio Eric desconocía.

The end
No safety or surprise
The end
I'll never look into your eyes again

Sin pelucas exóticas, sin mayores aderezos que la ropa desgastada, Victor parecía a la vez vulnerable y fiero. La clase de persona que uno podía encontrar por la noche tocando en el suburbano de Elysium y tener la certeza de que podía salvar a un niño de caer a las vías y apuñalar a alguien con dos horas de diferencia. También había algo más. Una suerte de rebeldía,

de no resignación, de rabia latente. No era el único que lo veía. Había hipnotizado a todos y cada uno de los que compartían esa noche. Nunca había sido tan hermoso.

Y nunca había sido tan difícil negar lo evidente. Nunca tan fácil aceptar cuánto lo deseaba. Cuánto anhelaba tener su atención, ser el único en aquella noche de máscaras que existiera para él. Fue capaz de apartar los ojos de Victor, llevado por la rabia de sentirse irremediablemente intoxicado, pero al buscar el antídoto en Soren se dio cuenta de que también él estaba subyugado por su captor.

It hurts to set you free
But you'll never follow me
The end of laughter and soft lies
The end of nights we tried to die

Eso era peor que asimilar lo que él mismo sentía. Lo aceptaran o no, fueran conscientes o no, no solo sus cuerpos estaban atrapados allí. Victor había seducido a sus almas. Le pertenecían.

Un último rasgueo de guitarra puso fin a la canción justo cuando Caleb se sentaba junto a sus piernas, apoyando la espalda en el sofá. Llevaba un vaso de sidra y una sonrisa bobalicona, ya había gastado sus dos copas y se notaba. Victor le acarició el pelo. No hubo aplausos, como si un gesto tan mundano pudiera romper la magia del momento. El millonario señaló hacia el acantilado.

—Sé que no os recomiendo ir al mirador y que está lleno de carteles que prohíben acercarse solos o después del atardecer, pero os he traído un regalo grupal y lo tengo allí. ¿Alguien adivina qué es?

—¿Un caballo? —preguntó Catorce, que chupaba distraídamente un mechón de su pelo. Aquello provocó una carcajada al escayolado Nueve, que se ganó una mirada ofendida por parte de su inocente pareja.

—No es un caballo. Lo has propuesto mil veces, pero no pienso arriesgarme a accidentes de equitación —dijo Victor.

—¿Una tarta gigante? —aventuró Dos.

—¿No habéis tenido suficiente comida? No.

El primero en ponerse en pie fue Eric. Quería poner distancia entre Victor y el resto para recuperar el buen humor. En ese momento no estaba para bromas ni para adivinanzas, así que caminó hacia el acantilado. El resto lo siguió con mayor o menor curiosidad, Soren colocándose a su lado para caminar juntos en el pequeño paseo. Cuando llegaron vieron a dos guardias y un par de cajas de madera. Victor se había quedado atrás y el miedo se generalizó entre susurros preocupados: aquello parecía una prueba.

—No es una prueba —susurró Eric. Volvió a agarrar la mano de Soren y la apretó. Tal vez solo se lo decía a sí mismo, como si así alejara la posibilidad.

Victor llegó y se tomó unos segundos para recuperar el aliento, al parecer su forma física era peor que la de sus subordinados.

—¡Vais… a contemplar el pasado y el futuro de los fuegos artificiales! —gritó con un ademán teatrero, abriendo las cajas. Como si esa fuera la señal esperada, decenas de drones diminutos salieron volando y se perdieron en la negrura nocturna—. Esperad…. Esperad…

—No sé si estoy emocionado o acojonado —dijo Soren mientras estrangulaba los dedos de su compañero entre los suyos.

—Así me siento desde que llegué a la isla. —Eric le soltó la mano para rodearle los hombros con el brazo, anticipándose al espectáculo.

Una gigantesca serpiente de estridentes tonos de verde y amarillo pareció emerger de las

aguas negras, elevarse en el cielo y estallar para volver a formarse. Fue algo impresionante de ver, pero no demasiado: todos habían visto cosas similares desde su infancia en las festividades importantes de Elysium.

—¿Este es el pasado o el futuro? —inquirió Ocho con cierta sorna.

Victor no contestó. Tampoco hizo falta. Uno a uno, los residentes fueron apareciendo montados en el lomo de la serpiente, proyectados con todo lujo de detalles. Los cuerpos permanecían sentados, pero sus caras eran cambiantes y exactamente iguales a las que cada uno estaba poniendo en ese momento. La sorna de Chris se deshizo en una exclamación impresionada. En mayor o menor medida, todos expresaron su admiración hacia lo que veían o hicieron muecas al ver a sus réplicas, aunque Eric permaneció en silencio, estrechando a Soren contra sí. Se preguntaba si aquel sería el último instante de paz antes de la tormenta y deseó que aquella extraña armonía durase para siempre. Soren apoyó la cabeza en su hombro cuando la serpiente comenzó a escupir fuegos artificiales de pólvora, creando enormes luces de colores, figuras, humo y explosiones atronadoras. Aquella contaminante demostración de poderío estaba prohibida desde hacía décadas, algo que solo conocían por el cine y la red. Pero como en el resto de cuestiones, la isla tenía sus propias leyes.

La posibilidad de que Victor les sorprendiera con un nuevo juego se alejó y todos la olvidaron. Esa noche, su captor dejó realmente que el evento fuera algo suyo, algo que pudieran disfrutar. La noche siguió con bailes en la pista. Algunos se bañaron en la piscina y otros siguieron con las peleas de robots hasta altas horas. Las conversaciones despreocupadas y las risas hacían que todo pareciera normal, como si en realidad no estuvieran encerrados en aquella jaula, con la sombra del monzón cada vez más cerca. Soren enseñó algunos pasos de baile a Eric entre pisotones y carcajadas. A ninguno le pasó desapercibido que esa noche Caleb buscaba la presencia de Victor. Habían pasado el rato conversando en los sofás y cuando la fiesta comenzó a decaer el millonario lo agarró de la mano y lo llevó con él al edificio. Antes de desaparecer en su interior, Caleb les dedicó un guiño y una sonrisa cómplice. Eric supo que estaba liberándolos de la tarea. Esa noche les pertenecía.

—Deberíamos parar antes de que convierta tus pies en muñones —le dijo a Soren.

—Tranquilo, ya no siento nada —respondió este con una risa, los brazos alrededor de su cuello.

—Puedo compensarte.

—¿Ah, sí? —Soren sonrió con una mezcla imposible de dulzura y picardía—. ¿Cómo?

—¿Quieres venir a mi habitación? —preguntó Eric bajando la voz, para que solo él lo pudiera escuchar.

Soren se mordió los labios. Dejó dos segundos de silencio en los que solo lo miró a los ojos, como queriendo grabarse ese momento. Estaban marcados por el aura intoxicante de Victor, pero Eric pudo ver honestidad en él, el deseo de abrazar algo que no lo hiciera arder, que no doliera. Sin miedo, sin tener que fingir. De descubrir quién era más allá de la presencia de su amo. Finalmente, Soren asintió.

Y no dijeron nada más mientras caminaban de la mano por el sendero de vuelta.

25. Como si te tocara por primera vez.

La habitación de Eric siempre estaba ordenada. Contrastaba enormemente con la de Soren, con solo algunos pósters de películas de vampiros y un par de naves espaciales de Lego en los estantes. Eric guardaba con celo las chapas que conseguía, como si temiera necesitarlas en algo más urgente que los trofeos de su habitación. Soren no había estado allí desde aquel día en que fue al rescate de un desesperado y perdido Trece. No había pasado tanto tiempo, solo unos meses, pero parecía una eternidad. Eric tenía esa sensación mientras tiraba de la mano de Soren y cerraba la puerta a sus espaldas: era como si siempre hubiera estado ahí.

—Freya, pon música ambiental, por favor.

La pantalla del televisor se encendió en respuesta a la voz de Eric mostrando la familiar sonrisa y la animación de un mezclador de discos. Un ritmo suave y electrónico empezó a sonar a un volumen que permitía conversar. Soren entró en silencio, con un aire cohibido, como si no tuviera su permiso para estar allí. Se sentó en el borde de la cama.

—Esto es raro, ¿no? Si fuera una película habríamos abierto la puerta con la espalda, fundidos en un beso que nos haría caer directos sobre el colchón, y toda esta ropa desaparecería como por arte de magia, sin momentos incómodos. Tampoco puedes ofrecerme una copa, ni yo a ti un cigarro, así que… ¿Cómo empezamos?

Ese momento entrañaba una enorme responsabilidad. Eric fue del todo consciente de eso al ver el halo de timidez en Soren. Su amigo nunca había compartido una intimidad real con nadie. Era un terreno desconocido para él y, aunque tenía mucha más experiencia en el ámbito sexual que Eric, debía sentirse como un muchacho virgen y torpe. Eric se sentó a su lado y levantó la mano para quitarle las gafas y las rastas postizas de la cabeza, con un ademán tan delicado que parecía reverencial.

—Haremos lo que sintamos, no lo que creamos que estamos empujados a hacer —dijo en voz baja. El disfraz y el maquillaje negro de sus ojos no consiguieron apagar la dulzura de una mirada que solía ser airada o afilada—. No haremos nada que no desees de verdad. Así que empezaremos como tú quieras.

Soren asintió.

—¿Qué tal si… pones una serie, la que sea, nos quitamos toda esta ropa pesada y nos tumbamos a verla abrazados?

Eric sonrió. Dejó las gafas y el nido de rastas sobre la mesilla de noche y se levantó para ir al aseo.

—Freya, pon *Sweet Tooth* —dijo desde allí. El televisor se encendió para empezar a reproducir la serie. Eric regresó enseguida con un paquete de toallitas desmaquillantes. Se sentó a su lado y sacó una—. ¿Puedo?

Soren le hizo un gesto para que esperara y se quitó la ropa de vinilo como quien se saca un guante.

—Claro, cuando quieras. Cuéntame el argumento, esto no lo he visto.

—Toma, ponte esta. Está limpia y hay más en la mesilla. —Eric le dio su camisa de dormir y esperó a que se la pusiera para empezar a desmaquillarlo. Los toques de sus dedos eran cuidadosos e iban retirando los cosméticos con mimo—. Es postapocalíptica. Un virus ha terminado con la humanidad y han comenzado a nacer niños híbridos, medio animales. Gus es un niño ciervo que ha crecido escondido en el bosque, con su padre, y tiene que… Bueno, eso ya lo verás. No quiero destriparte la historia, pero es muy bonita.

—Vivimos en una distopía, dentro de la que celebramos una fiesta inspirada en una distopía, en la que vemos una serie distópica. ¿Distopin…ception? No sé si me gusta o estás majareta.

—Aquí todos estamos locos, como en el País de las maravillas —respondió Eric con una suave risa—. Pero es así. Siempre nos hemos contado las verdades más duras a través de las historias. Cuesta menos hablar de ellas si las conviertes en un cuento.

Soren miraba de reojo el inicio de la serie, pero no dejaba de volver la atención a él mientras le limpiaba la cara a conciencia. Sus ojos azules le observaban con una curiosidad nueva. Buscaba las expectativas de Eric en su expresión, pero solo encontraba una calma pegadiza y la agradable atención que le dedicaba, como si estar con él y compartir espacio fuera suficiente. Durante unos minutos nadie dijo nada, aunque no hizo falta. La intimidad que se creaba entre ellos era cómoda y no necesitaba palabras.

Cuando Eric consideró que el rostro de Soren estaba limpio, dejó las toallitas sucias sobre la mesa y se dedicó a desmaquillarse también a conciencia. Una vez con la cara limpia, se quitó la ropa y se enfundó otra camisa blanca.

—Ven, ponte cómodo —dijo recostándose en la cama. Le hizo un hueco a su lado, extendiendo un brazo para invitarlo a apoyarse en él.

Soren se acurrucó a su lado, apoyando la barbilla en el hombro y rodeando su torso con el brazo. Durante la primera media hora de serie apenas cruzaron palabras, atentos a la pantalla, preocupándose por el desvalido Gus en lugar de por ellos mismos. Luego charlaron, a ratos, susurrando como si estuvieran en el cine o riendo con descaro. Fue Soren quien acabó rompiendo el hielo al empezar a mover la mano sobre el vientre de Eric, con las yemas de los dedos esbozando distraídas caricias en sus abdominales. La piel se erizó bajo el contacto y los músculos temblaron con suavidad al contraerse. La risa de Eric resultaba extraña viniendo de él. Íntima, confiada.

—¿De qué te ríes, eh? —inquirió Soren en un susurro.

—Me haces cosquillas. —Eric volvió el rostro para mirarlo. Antes de que Soren apartara la mano pensando que le molestaba, Eric la agarró y la presionó contra su abdomen—. Pero me gusta. —Bajó la voz y le soltó despacio, deslizando los dedos por el suave brazo—. ¿Quieres que te acaricie?

Aquella pregunta tomó por sorpresa a Soren y se le notó en la cara, como si nunca hubiera escuchado esa combinación de palabras juntas, como si todo el mundo hubiera supuesto que la mera situación tenía un consentimiento implícito. Asintió con cierta sonrisa que no carecía de gravedad.

—Creo que no hay nada que me apetezca más ahora mismo. Pero también quiero acabar el capítulo, queda poco.

—Puedo mirar la pantalla y acariciarte al mismo tiempo —respondió Eric con otra risa ronroneante.

Volvió la atención a la historia, pero sus dedos siguieron recorriendo el brazo de Soren. Primero sobre la piel, luego sobre la manga, hasta que se posaron distraídos en el pelo revuelto. Lo peinaron sin esperar nada más que el gesto de cariño que ellos mismos entregaban. Todo lo que no estaba en esa habitación desapareció. Victor, los guardias, el peligro, el miedo y la incertidumbre. Incluso las cosas buenas se desdibujaron como si no existieran: el mar, los cantos de las aves, sus compañeros. Hasta la edad y la experiencia, los recuerdos y los traumas, olvidados en ese trastero de la mente donde se ocultan las cosas sin desecharlas para siempre. Durante ese rato solo fueron dos muchachos jóvenes, descubriendo por primera vez el placer de la compañía mutua y la tranquilidad. Cuando el capítulo terminó, Soren utilizó el mando para

negar el acceso al siguiente, inclinándose sobre Eric para hacerlo y aprovechando para besar sus labios de pasada.

El regalo fue aceptado de buen grado. Eric mordió con delicadeza el *piercing* de su labio y lo soltó despacio antes de darle otro beso, presionando contra su boca con un repentino acceso de afecto. Coló las manos por debajo de la camisa, buscando la cintura de Soren. Le pareció breve y delicada en comparación con sus dedos nervudos. Se dio cuenta del contraste entre los dos, de la suavidad de la piel cremosa, de la ligereza de los huesos que se adivinaban bajo la piel. Podía tomarse su tiempo en captar todos los matices.

—Te parecerá una tontería, pero es como si te tocara por primera vez… —le dijo mirándolo a los ojos.

—Lo haces. Lo que sucedió en la planta de Victor… fue divertido, siempre lo es. Pero no era yo. Él se disfrazaba, yo llevaba una máscara.

La habilidad de Soren a la hora de tocar no era algo de lo que pudiera deshacerse con solo desearlo. Recorrió todo el costado de Eric con la palma de la mano, desde debajo de la axila hasta el muslo, donde apretó, y al hacerlo encendió todas las terminaciones nerviosas según iba pasando. De nuevo piel y músculo reaccionaron, una erizándose, los otros tensándose y relajándose deleitosos. Los dedos de Eric recorrieron la espalda de su compañero, siguieron el surco central por debajo de la camiseta, que se levantó hasta mostrar los torneados muslos.

—Me gusta verte así —susurró, rozando la nariz de Soren con la suya como un gato juguetón —. Sin máscaras ni disfraces. No deseo estar en ningún otro lugar…

Soren le quitó la camiseta con delicadeza antes de deshacerse de la suya. Estaban lo bastante pegados como para que Eric sintiera la calidez de los inicios de su excitación.

—¿Cómo te gusta más? —preguntó sin complejos, culebreando para buscar algún lubricante entre su disfraz, tirado en el suelo. El movimiento hizo que pisara el mando a distancia haciendo aparecer la animación del reproductor de música en la pantalla.

Reproduciendo After Dark*, de Mr. Kitty.*

Eric se quitó la ropa interior y lo siguió sin entorpecer sus movimientos. Le abrazó la cintura y besó los hombros pálidos, como si treinta segundos sin su contacto fuera pedirle demasiado. Aprovechó para quitarle los boxers a Soren, bajando las caricias por sus caderas.

—No. Vas a elegir tú —susurró en su oído—. Vamos a hacerlo como a ti te guste. Y con eso me refiero a que no me importa la postura, ni el rol.

—Tenemos mucha noche por delante para hacer todo lo que nos apetezca. —Soren encontró lo que buscaba y lo abrió con los dientes, dándoselo después—. Variaremos.

Se sentó a horcajadas sobre él, cara a cara, para abrazarlo y lamer la línea de su mandíbula.

—Ummm… —Eric suspiró ladeando la cabeza para ofrecerle el cuello—. Me parece un plan genial.

El contenido de la bolsita acabó en los dedos de Eric. Los coló despacio entre las nalgas de su compañero, con caricias lentas que sofocaron el frío del gel con rapidez. Con la otra mano, mientras Soren le besaba el cuello, deslizó una caricia empapada en la extensión de su propio sexo, dejándolo preparado para la acción. Pero no tomó la iniciativa y sus caricias dejaron un rastro húmedo en las nalgas de Soren cuando cerró los dedos en ellas. La deliciosa presión fue atrapándolo poco a poco. Sin condicionantes, Soren era un amante silencioso, que apenas suspiró en su oreja cuando ambos cuerpos estuvieron totalmente acoplados. Le acariciaba el pelo de la nuca al balancearse con calma, disfrutando de la cercanía que ofrecía la postura, del proceso y no de la meta.

La ternura despertó como una semilla tras el invierno, extendiendo sus cálidas raíces en el

pecho de Eric. Lo hacía sentir vulnerable rodeado por los brazos anhelantes de Soren. No recordaba la última vez que se había permitido esas emociones, cuándo se había abandonado a la fragilidad como en ese instante. Era algo que no podía permitirse, al menos, fuera de ese microcosmos que creaban con sus suspiros y el chasquido de los besos. Porque enredado en el cuerpo de su compañero, podía romperse, alejarse de la rabia y el miedo, sostenido por unas manos en las que confiaba.

—Soren… —murmuró en su oreja y frotó la nariz contra su cuello.

Las caricias subieron hasta el pelo de su amigo —su amante—. Los gestos llenos de esa ternura a la que Eric se negaba a renunciar en su presencia. Soren se removió para mirarlo a los ojos, con un agradable balanceo de caderas. Tenía el rostro sonrojado de calor y excitación, un gracioso rubor discreto que contrastaba estéticamente con su pelo.

—¿Me quieres aunque sea un poco? —preguntó sin rodeos, sonriendo como si ya conociera la respuesta pero necesitara escucharla en voz alta.

Eric se mordió los labios. Nadie en la isla había visto una expresión así en su rostro, demudada por la admiración y el afecto. No parecían emociones que tuvieran cabida en él, pero allí estaban.

—Te quiero —susurró Eric. Su boca acariciaba los labios de Soren con cada palabra—. Tanto que me salvas cada vez que me miras…

Aquello obtuvo un resultado poco común: dejó a Soren sin palabras. Por su gesto radiante tenía mucho que decir, pero también entendía que no era necesario. Que a veces la brevedad o el silencio podían transmitir con mayor potencia. Le besó con un ímpetu que aceleró las cosas, apoyando una mano en la pared y otra en su pecho, moviéndose como le apetecía, controlando la situación sin desatender las señales que el cuerpo de Eric le mandaba.

Como contrapunto, Eric no precipitó las cosas, dejando las riendas en manos de su amante. Le mantuvo abrazado, ceñido por la cintura y bien sujeto. Seguía el balanceo de su cuerpo con las caderas, asimilando la enseñanza que Soren le había querido transmitir con el *shibari* hacía no tantas noches, pues estaba fluyendo. La confianza le hizo sentir libre, capaz de saborear el placer de aquel apretado y tembloroso abrazo que compartían.

Eso no significaba que recibiera con pasividad lo que se le daba. Sus besos se encadenaban, pasionales y anhelantes, y llenaba por completo las entrañas de Soren con cada corcoveo de su cuerpo.

Lo alargaron cuanto pudieron, todo cuanto se puede alargar un primer encuentro tan deseado, el primero que vivían en la isla sin consentimiento viciado ni deseo culpable. En algún momento, Soren gimió y buscó la mano de Eric para que aferrara su sexo y lo hiciera terminar con ella. La fricción se volvió resbaladiza en cuestión de segundos. Soren, tan expresivo siempre, se apretó contra su cuello, abrazándolo con fuerza, y apenas emitió un gemido quedo roto por los jadeos. Su cuerpo tembló y apretó las caderas contra él aún balanceándose. Eric no tardó en seguirlo, llenando sus entrañas del calor de su semilla.

Se quedaron quietos y enlazados hasta que sus respiraciones se acompasaron en la calma del momento. Solo se escuchaba la música de fondo mientras colmaban el momento con caricias y miradas.

I've been waiting for this moment
We're finally alone
I turn to ask the question
So anxious, my thoughts
Your lips were soft like winter

In your passion, I was lost

El resto de la noche, no necesitaron más palabras, solo el lenguaje secreto de las caricias, los besos y los cuerpos enredados, explorándose sin culpas ni miedos.

26. ¿Quién se supone que eres?

Cuando Eric despertó lo hizo a solas, aunque Soren había arrancado el papel de su cajetilla de tabaco para dejarle una nota de letra apretujada en la mesilla.

Estabas tan mono que no he querido despertarte, pero la luz no funciona, he bajado a ver qué pasa. Además, así es más disimulado. Besos. ¡Muchos!

Al entrar al comedor vio que la electricidad no había tardado en regresar, porque algunos alimentos seguían fríos. Al ver que miraba con dudas la cafetera, Alex se acercó a él.

—Tranqui, funciona. Tenemos la tormenta encima. A veces pasa, se ha adelantado mucho y no estaban preparados. Acaban de encender los generadores, será cuestión de horas que todo vuelva a funcionar bien.

—Es bueno saberlo. —Eric se sirvió el café y sonrió a su compañero. No estaban manteniendo más que una conversación cordial—. ¿Te encuentras mejor? ¿Se sabe algo de Caleb?

—Estará fuera, la mayoría ha salido corriendo a ver las nubes. Yo estoy mejor. Siento haberme perdido tu fiesta. El cambio de clima me da migraña y… empecé a pensar que a Gabriel le habría encantado. No quería lidiar con ese pensamiento. —Alex acabó apretando los labios con rabia.

—No te preocupes, lo comprendí. Todos lo hicimos. —Eric le tendió otra taza humeante—. ¿Quieres salir a ver esas nubes?

—Qué remedio. Te advierto que acojona —contestó Alex tomando la taza.

Y se había quedado corto. Los residentes que llevaban rato contemplando el paisaje ya se marchaban del mirador. Las nubes que ocupaban todo el horizonte por el oeste eran negras y ominosas, con la textura de la nata que tenían encima del café. El viento soplaba en rachas fuertes e impredecibles, aunque todavía se podía soportar.

—Se acercan —le susurró Soren en la oreja con tono funesto, sin que le hubiera visto llegar.

—Es impresionante. Y da miedo. —Eric se inclinó hacia él para susurrarle al oído—. Pero también esperanza.

—Supongo… Aunque mira. —Soren señaló atrás—. Han quitado el chiringuito y todo el material de las piscinas y la caseta de las canchas, y todo. Cada vez que llegan los tres meses de estar encerrados, me entristezco. Aunque supongo que… eso va a cambiar, ¿no?

A juzgar por el tono, no estaba seguro de que el plan siguiera adelante. O de querer seguir adelante.

—¿No quieres que cambie? —Eric apartó la atención de las terribles nubes para mirarlo.

—Chicos, me doy una vuelta. Voy a ver si Ocho está donde siempre, cuidado con lo que habláis, aunque con este viento las grabadoras deben estar medio inútiles —dijo Caleb antes de dejar el camino al mirador. Alex fue con él.

Soren y Eric seguían andando sin prisa.

—Es una locura. Es imposible. ¿Has visto el mar? Incluso si tiene un barco preparado no sabemos conducirlo, e incluso sabiendo es un suicidio, Eric —susurró Soren, con los mechones azules azotándole el rostro.

—A mí también me asusta, pero lo que más miedo me da es haber aprendido a desear lo que me va a matar. —Eric habló bajo, lo que hizo que Soren se tuviera que acercar más en lo que parecía un gesto cariñoso—. No volveremos a tener una oportunidad como esta, pero estoy abierto a escuchar alternativas. ¿Crees que las tenemos?

Soren apretó los labios. Habían llegado a la cerca de madera que protegía el borde y se apoyó en ella para intentar encender un cigarrillo. Eric lo tuvo que ayudar a tapar el encendedor con ambas manos.

—Supón que lo conseguimos. ¿Entonces qué? Sí, ya sé lo que vas a decirme, que soy arquitecto. No hay un solo documento que lo certifique. No tengo ni un solo papel que de fé de que existo y sé hacer algo. Y tengo la intuición de que en el momento en que pusiste un pie en esta isla, sucedió lo mismo contigo.

Eric había evitado pensarlo. No quería vivir a merced de otro, no ser dueño de sí mismo en esa jaula de oro, pero la alternativa, el mundo que les esperaba más allá del océano, era un infierno de incertidumbre. Sin embargo, allí afuera al menos les quedaba algo. A él aún le quedaba algo.

—Si no somos nadie empezaremos desde cero. No tenemos por qué regresar a Elysium, debe haber algún sitio en el que podamos volver a comenzar. Aquí nada nos pertenece, ni siquiera nuestra vida.

—¿Ah, sí? Si creyeras realmente que hay opciones, no habrías participado en las pruebas. ¿Y qué hay del resto? ¿De verdad tenemos estómago para irnos y dejar aquí a los demás, que pagarán las represalias?

Eric resopló y dejó la taza de café sobre la barandilla. La conversación le estaba poniendo nervioso. Su convicción flaqueaba después de lo ocurrido durante la noche, se preguntaba si podría obviar las sombras, mirar hacia otro lado y obedecer para no perder la estabilidad que les ofrecía la isla. Para que Soren estuviera protegido.

—No, pero yo no puedo elegir por ellos. Y sabes qué elegirán. Tal vez Nueve y Catorce vengan si se lo contamos antes de irnos. El resto está cómodo donde está, aunque sepan tan bien como nosotros que tienen dueño. ¿Tu alternativa es quedarnos y ser obedientes por el resto de nuestras vidas? ¿Olvidar que mató al anterior Trece y, lo más seguro, a Doce también? ¿Y a otros antes?

—No puedes hacerte una idea de lo asustado que estoy…

—Tú siempre estás asustado, mierdecilla.

La voz sonó justo a sus espaldas. Doce se había acercado sin ser visto, como el propio Soren minutos atrás. Lucía una sonrisa bravucona cuando pasó por su lado, aunque cojeaba. En las partes que la túnica dejaba al descubierto podían apreciarse arañazos y moratones negruzcos.

—Tú, gilipollas, ¿no has tenido suficiente? —escupió Eric.

—¿Tú también quieres un brazo roto? Lo dudo. —Doce apoyó la espalda en la cerca, observándolos—. Parece que tenéis algo en mente, tortolitos. Algo que también os puede costar una buena paliza…

Soren se tensó, fue tan evidente que Eric tuvo que ponerse entre él y Doce, rezando por no haber caído en lo que creía un farol.

—Sí, estamos pensando en meterte la cabeza en el váter hasta que se te quiten las ganas de hablar. Vete a molestar a los guardias, ¿o no eres tan valiente con ellos?

—No tanto como tú, que ya mataste a uno. ¿Ese es el plan? Porque si vais a iros, tendréis que cargaros a los guardias antes.

Escuchó a Soren resollar tras él y sus dedos cerrarse en la tela de su túnica, como si quisiera retenerlo. El frío estalló como un golpe en el estómago de Eric, que a duras penas pudo reaccionar. Algo más intenso, más primitivo, se abría paso desde sus entrañas dispuesto a entrar en batalla.

—¿Qué...? ¿Qué cojones estás diciendo? Yo no he matado a ningún guardia. No sé qué

pretendes inventando esas mierdas.

—Relájate, chaval. Yo no me invento nada, solo comento rumores. Y uno dice que te ensañaste tanto con uno de los guardias que nadie ha vuelto a verlo. Y que no te pasó nada. ¿Eres el preferido del jefe? Me pregunto si seguirás siéndolo si le cuento que tienes un ridículo plan de escape con tu noviecito.

—Eric, vámonos, solo quiere fastidiar —casi sollozó Soren.

Su voz se perdió en el viento tempestuoso. No llegó a filtrarse hasta la conciencia de Eric, que agarró a Doce de la pechera con brusquedad y una mirada peligrosa.

—Entonces sabrás de lo que soy capaz si intentas joderme contándole patrañas a Victor, ¿no?

Doce no se movió. No estaba impresionado, mucho menos atemorizado por el gesto. Al fijarse en sus ojos, tan de cerca, Eric tuvo la certeza de que no tenía esas capacidades. Algo estaba roto dentro de su cabeza.

—Ten cuidado. La mitad de los guardias ya se ha largado a pasar la temporada al pueblo y la otra mitad no está lo bastante cerca para venir a salvaros el culo —dijo Doce, despacio.

«No voy a permitirlo. No voy a permitírselo».

La decisión fue tan clara y rotunda como el primer rayo que cayó sobre el mar. Una respuesta atávica. Eric ni siquiera lo pensó. Su cuerpo sabía lo que tenía que hacer, la razón acallada por el instinto.

Estaban solos y Doce le había dado todas las respuestas.

El golpe fue tan rápido que no tuvo tiempo de reacción: la nariz se quebró con un crujido desagradable. Doce trató de cubrirse el rostro con un grito de dolor, pero apenas pudo completar el gesto. Otro golpe en el pecho lo empujó contra la barandilla y la embestida del cuerpo de Eric fue tan brutal que lo hizo doblarse contra la madera. Hubo un momento de forcejeo, cuando Doce entendió las intenciones de Eric, pero el último empellón provocó el crujido de la madera y lo precipitó junto a la barandilla rota. El rugir del viento se hizo uno con el grito de Doce mientras el acantilado se lo tragaba hasta hacerlo desaparecer bajo las aguas. Un trueno ensordecedor quebró el cielo sobre sus cabezas y empezó a llover.

La tormenta había llegado.

Soren estaba helado. Se cubría la boca con ambas manos, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, miraba fijamente la cerca rota. El cigarro se le había caído en algún momento y crepitó al apagarse cuando una gota cayó encima de la brasa, aunque nadie se fijó. Una alarma empezó a sonar a toda potencia por los altavoces del complejo, como una ululante sirena de guerra.

—¡A lo mejor está vivo! —gritó al fin Soren para hacerse oír por encima de ella, saliendo del shock.

Eric estaba de pie ante el hueco. Miraba al vacío con la creciente sensación de que este se replicaba en su interior. Las primeras gotas dispersas pronto fueron un torrente que pegó las túnicas a sus pieles. La sirena, la voz de Soren, los pasos apresurados que se acercaban, todo parecía estar muy lejos, detrás de un cristal, al otro lado del abismo en el que estaba cayendo junto a Doce.

—Está muerto... —Sus ojos habían perdido la fiereza cuando buscó la mirada de Soren. Trataba de encontrar algo en él. Comprensión, tal vez—. Lo sabía. Se lo iba a decir. Yo…

Los brazos fuertes de Tres tiraron de él hacia la cuesta de bajada. Alguien hizo lo mismo con Soren, aunque su mente estaba demasiado dispersa para fijarse.

—¡Es la alerta de tormenta! ¡Hay que entrar ahora mismo! —gritaba alguien.

De repente estaban en el interior. Algunos secos, la mayoría mojados, observando una

pantalla que no estaba allí antes del desayuno. Las imágenes que desfilaban por ella parecían surrealistas, como si todo aquello fuera un sueño. Dibujos de selvas, de borrascas, de sombreros volando y caras sonrientes, todo acompañado por la monótona voz del narrador.

A partir de hoy, las salidas están terminantemente prohibidas cuando el indicador de la puerta esté en color rojo.

Luces que parpadeaban a su espalda.

Cuando el indicador esté en color verde, el acceso al exterior estará permitido siguiendo unas normas básicas: primero, estar acompañado de uno o más residentes. Segundo, avisar a…

Las puertas del ascensor se abrieron y dejaron salir a Victor acompañado de dos guardias que corrieron fuera del edificio. El millonario, en cambio, se dirigió a Eric, muy serio. Pálido y empapado, Trece parecía perdido en la sala. Ajeno a lo que estaba pasando, salvo a Victor, al que miró mientras se acercaba. Soren se interpuso entre los dos.

—Ha sido un accidente, yo lo he visto —se apresuró a intervenir, sabiendo que venían las represalias.

—Todo está bien, Siete. Ve a tu trabajo, o a lo que tengas que hacer. Trece, ven conmigo al ascensor.

Los cuchicheos comenzaron. En el momento del suceso estaban solos en el mirador, pero algunos residentes habían visto subir a Doce… aunque no bajar. Al fondo, Chris, Alex y Caleb les miraban sin comprender, preocupados, recién llegados de los jardines.

—Ve con los demás... —Eric miró a Soren. Tal vez no pudiera volver a hacerlo y se tomó unos segundos antes de caminar hacia el ascensor como un autómata.

Lo dejó atrás con los ojos empañados, temblando de miedo. Vio a los demás acercarse y rodearlo antes de que las puertas se cerraran, dejándolo a solas con Victor y hundiéndolo más en el sueño irreal que vivía.

Cuando llegaron al salón Victor no había abierto la boca. La llamada lo había pillado desayunando. Sobre la mesa había una bandeja con una taza de chocolate caliente y una tostada a medio comer. La televisión de la pared estaba desplegada. El millonario le indicó el sofá para que se sentara y tocó su teléfono. Las imágenes eran nítidas, para que viera desde una perspectiva casi aérea lo que acababa de vivir. El sonido, por el contrario, estaba tan mutilado por el viento que solo se escuchaba el zumbido de este.

—Explícame qué estamos viendo.

El agua aún goteaba del pelo de Eric y dejaba el rastro de sus pisadas sobre el suelo alfombrado. Miró las imágenes con una expresión perdida.

—Lo he matado. —Era una confesión innecesaria, pero parecía decírselo a sí mismo, como si aún no lo hubiera asimilado. La secuencia se repitió en la pequeña pantalla—. He matado a Doce.

Por primera vez pareció ver a Victor. Verlo de verdad, ante él. Fijó los ojos en la negrura de los del millonario y el vacío se tiñó de desesperación. La respiración se le aceleró de pronto y miró alrededor como si buscara una salida que era imposible encontrar. No podía escapar de lo que había hecho.

—Eso ya lo veo. Quiero saber el motivo, serénate —dijo Victor con tono neutro. Señaló la taza de chocolate, invitándolo a dar un trago.

Eric estaba temblando, fue más evidente cuando se sentó y tomó la taza. Tuvo que agarrarla con ambas manos y, aun así, el chocolate se agitó peligrosamente en su interior.

—Solo quería asustarlo —mintió horrorizado por su propia decisión—. Amenazó a Soren. No reaccionó cuando le advertí… No… Siguió diciendo cosas horribles. Solo quería asustarlo,

que nos dejara en paz.

—No está muerto, ¿sabes? Pero lo estará. Porque aquí no tenemos los medios necesarios para un rescate de ese tipo. Y aunque los tuviéramos sería tarde para arreglarlo.

Victor tocó el reloj y la pantalla parpadeó antes de cambiar. Las nuevas imágenes mostraban el mar revuelto y provenían de un dron zarandeado por el viento y la lluvia. El dron giró lo suficiente para mostrar la roca. Debido al clima no tenía una imagen nítida del todo, pero Eric alcanzó a ver el cuerpo. Doce estaba en las rocas de la rompiente, boca abajo, en una postura extraña. El agua que salpicaba lamía el rojo brillante que teñía las piedras bajo su cuerpo. Pese a todo, una de sus piernas se movía de forma espasmódica. Eric soltó la taza y se cubrió el rostro, apretando los dedos contra la piel como si pretendiera traspasarla, arrancarse las voces que le zaherían. Lo había decidido con todas las consecuencias, no importaba el motivo: lo había empujado y era el responsable de su agonía. No quería verlo. Era monstruoso, inhumano.

—Quiero que me digas qué pasó, Trece. Qué estábais hablando para que reaccionaras así. Y pienso preguntarle lo mismo a Siete.

—¡Soren no tiene la culpa! —Eric alzó la voz, aunque le temblaba. Victor no le había visto jamás tan angustiado, ni siquiera al principio—. ¡Te lo he dicho! ¡Vino con amenazas! Doce está empeñado en jodernos desde el principio, cree que puede decir lo que quiera sin consecuencias, le divierte que tengamos miedo, que suframos. Quería advertirlo, pero se rompió la barandilla.

—¡¡Que me digas exactamente lo que dijo!! —rugió Victor, inclinándose sobre él—. ¿Sabes cómo le he castigado por romper un brazo a un compañero? ¿Sabes cómo te castigaría a ti por matar a otro?

Eric se echó hacia atrás, aunque no logró imponer distancia. Tenía las mejillas manchadas de lágrimas. Le miró con miedo, pero Victor supo que ese miedo no lo provocaba él, que nacía de sí mismo al enfrentar lo que había hecho.

—Dijo que maté al guardia —confesó con un hilo tembloroso de voz—. Dijo que lo maté… y… perdí el control. Soren no tiene nada que ver.

—¿Al guardia? ¿A qué guardia? —preguntó Victor frunciendo el ceño.

—Al que me permitiste castigar…

El sofá se hundió un poco cuando Victor se sentó a su lado con un gesto de extrañeza.

—Nueve de tréboles. Pero no está muerto. Estuvo de baja y pidió adelantar sus vacaciones.

No hubo alivio que lo consolara. Tampoco podía decirse que Eric se arrepintiera de lo que acababa de hacer. Tal vez eso era lo más aterrador para él. Tenía que tomar una decisión y lo hizo, pero tampoco se enorgullecía. No había matado al guardia, pero seguía siendo un monstruo. Doce agonizaba apagándose poco a poco sobre la roca, alimentando al mar con su sangre. No era mejor que él o que Victor.

—Si vas a matarme hazlo ya... —murmuró Eric, tragándose un sollozo, pero no las lágrimas.

Victor apagó la pantalla. Hubo un silencio largo y pesado, sin ningún sonido que lo interrumpiera, aquella habitación estaba aislada incluso del romper de las olas.

—Traer a Doce fue un error. No medí las consecuencias que su… actitud tendría en este lugar —dijo al cabo de unos minutos.

—Era un maldito psicópata —resolló Eric—. ¿Y en qué me diferencio yo ahora de él?

—Depende. Esa cerca era muy vieja. Por eso había avisos. Por eso casi nadie se acerca nunca allí salvo antes de la tormenta, movidos por la curiosidad. ¿Quieres que vuelva a poner el vídeo, a cámara lenta, para comprobar si de verdad fue un accidente?

Eric asintió, aunque él sabía la verdad. Era consciente de lo peligrosa que era esa valla. No importaba lo que pareciera en el vídeo. Victor alzó una ceja, su pregunta no esperaba esa

respuesta, pero hizo rodar las imágenes de nuevo. Primero a cámara rápida, luego lenta, justo antes de la acción. Eric agarraba a Doce por la tela de la túnica, justo debajo del cuello. Doce seguía hablando, sin moverse. Visto desde esa perspectiva, el único que parecía fuera de sus cabales era Eric. Soren intentaba sujetarlo sin mucha fuerza, si hubiera sido Tres u Ocho, podría haberle separado de un tirón sin despeinarse. Vinieron los dos golpes y el forcejeo. El forcejeo que fue la primera respuesta física de Doce a lo que parecía una agresión en toda regla. Luego cayó. Se vio cómo Soren reaccionaba de forma humana, haciendo aspavientos antes de taparse la boca. Eric solo miraba al vacío, como si aquello no alterara su tranquilidad. La pantalla se congeló.

—Esto no dice mucho a tu favor. Y sin el maldito sonido, solo me queda confiar en tus explicaciones. De momento. Porque pienso traer sistemas para depurarlo, Eric, y escuchar hasta el rugir de vuestras tripas.

Eric se puso en pie. En ese momento parecía más afectado que en el vídeo, pero la razón era simple: había salido del shock y empezaba a costarle gestionar las emociones. Además, de nada habría valido lo que acababa de hacer si Victor escuchaba toda la conversación. Eso le hizo reaccionar más que ninguna otra cosa.

—Tienes mi confesión, ¿qué más quieres? Lo he matado, ¿lo que me dijera lo justifica? Haz lo que tengas que hacer, joder.

Victor se levantó como impulsado por un muelle y le sentó de una bofetada. No era más fuerte que Eric, pero sí lo suficiente para dejarle la mejilla latiendo y el oído aturdido.

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué lo has matado?!

Eric se encogió sobre sí mismo en el asiento, cubriéndose la cabeza con los brazos. No pudo contenerlo más, el golpe rompió las pocas barreras que quedaban en pie. El llanto que partió su pecho no era fingido. Podía saborearse el miedo, la desesperación y la frustración que sentía en las convulsiones que le provocaba. La ansiedad se apoderó de Eric.

—¡Porque sabía que quería hacernos daño! —gritó con la cabeza entre los brazos, mesándose los cabellos nerviosamente. Un nuevo acceso de sollozos le cortó la voz hasta que pudo volver a tomar aire—. Quiero a Soren, joder. Le quiero… Y ahora ha visto quién soy.

Aquello suavizó a Victor. La confesión, o verlo gimotear, o puede que el acceso de debilidad.

—Por eso no está bien encariñarse demasiado de alguien en la isla —dijo colocando la taza de chocolate en una parte concreta de la bandeja, señalada con un círculo. Al pulsar el botón de un lateral, se calentó en cuestión de segundos—. Bebe. ¿Quién se supone que eres?

Eric apartó los brazos poco a poco, descubriendo el rostro congestionado, arrasado en lágrimas. Agarró la taza con fuerza para que no le temblara y miró el líquido en lugar de enfrentar los ojos de Victor.

—Alguien capaz de matar a otra persona... —Tragó saliva y cerró los ojos—. Un monstruo.

—Bebe. Matar no te convierte en un monstruo, Eric. Son los motivos los que añaden o quitan gravedad al asesinato. ¿Quieres un tranquilizante?

Eric obedeció, hipando. El calor del chocolate resultó reconfortante. Tenía frío y acababa de darse cuenta, aunque no sabía si era eso lo que le hacía temblar. Dio otro trago y negó con la cabeza. Victor había drogado al anterior Doce y a Noah, no quería que lo hiciera con él.

—¿Hay motivos válidos para algo así?

Ser consciente de que los había, de que los tenía y no era solo la vida de Soren la que intentaba proteger al empujar a Doce le hizo ver con claridad que había cruzado un límite. Victor suspiró y se recostó en el sofá. Tiró de Eric para que pudiera apoyarse en su hombro, aprovechando la docilidad del trauma.

—¿Te había contado que esta isla fue propiedad de mi tío?

Esos gestos de cariño fueron como gotas de agua para un sediento. Eric seguía llorando, aunque en silencio, y no solo aceptó el apoyo, sino que se abrazó a él en busca del refugio que necesitaba.

—Sí. Me dijiste que la heredaste. Y que eres Uno.

En realidad Victor recordaba muy bien la información que había suministrado, pero con la pregunta consiguió su propósito: evocar el recuerdo. Atravesó el pelo castaño con los dedos y acarició el número marcado en un lado de la cabeza de Eric.

—Era un hombre anclado a varios siglos atrás. De hecho, este edificio no estaba, en su lugar había una siniestra mansión anticuada, fría como un castillo, con infinidad de habitaciones clónicas y ecos en los pasillos, una mole de piedra rellena de madera que para él era el culmen de la elegancia. A mí me aterrorizaba. Todo allí lo hacía al principio, aunque al final, solo temía a la mansión. Por eso mandé derribarla en cuanto lo maté y heredé su fortuna.

—¿Él te hizo las cicatrices?

—Sí. Y en el sentido físico, era a mí al que mejor trataba, por tener lazos de sangre, según él. ¿Crees que no tuve motivos válidos para hacer lo que hice? Añadiendo al asesinato una meticulosa premeditación.

Era fácil preguntar por qué no había acudido a la justicia, por qué no había intentado otras opciones, pero Eric sabía la respuesta. Los poderosos vivían al margen de las leyes y nadie se atrevía a meterse en sus asuntos. Las marcas de Victor, aunque ya no fueran tan visibles, hablaban de un maltrato terrible vivido en completa soledad.

—Tuviste todos los motivos para hacer algo así —respondió con más serenidad. Las lágrimas habían cesado y el calor de Victor era reconfortante—. Tú sí los tuviste.

Las caricias a su pelo ralo continuaban, adormecedoras.

—Doce solo era un aliciente. Como los juegos, los pañuelos o la amenaza silenciosa de la selva y el acantilado. ¿Entiendes a qué me refiero?

—¿Querías que creara discordia?

—Motivación. Fíjate en Tres o en Dos. Hace años que no tengo sexo con ellos. Consideran este lugar su hogar, con sus rutinas y tareas sencillas, la vida insulsa pero tranquila de un jubilado. Luego están Cuatro, Cinco y Seis, tan embebidos en su trabajo que no les importa nada más. ¿Sabías que trabajan ocho horas en lugar de la mitad, como el resto? Ellos mismos lo solicitaron. Necesitan distraer su mente de forma constante para no volverse locos. Y luego estáis el resto… ¿Has visto alguna vez un vídeo de un zorro encerrado en un zoológico? No tienen depredadores, no tienen que cazar, ningún peligro los acecha… pero acaban corriendo en círculos todo el día, haciendo caminos que se convierten en fosas.

Eric se incorporó para mirarlo a los ojos. Una chispa de su habitual rebeldía brillaba en los suyos.

—A Doce no lo querían en el pueblo, ¿por qué te pareció que nos motivaría a nada? ¿O es que querías que algo así ocurriera?

—Eric… ¿Cómo crees que sería tu vida en la isla si solo tuvieras que trabajar?

—¿En serio? —Eric soltó una risa resoplada. Sin humor—. Sería tranquila y maravillosa. Sería el maldito paraíso que prometías en el pase.

—Oh, sí, sería increíble el primer mes, no podrías creer en tu suerte. Incluso los primeros seis meses. ¿Y luego qué? ¿Qué sucede cuando tienes todo lo que puedes desear?

—Dímelo tú. Yo nunca he tenido el placer.

—Primero te dedicas a disfrutarlo. A comprar todos los caprichos que no pudiste tener, a

decorar como siempre habías querido. —Victor señaló alrededor, abriendo la palma de la mano —. A comer delicias exóticas, viajar, experimentar. Alguien con un buen colchón económico sabe que tiene que detenerse ahí y empezar a centrarse en mantener y aumentar ese dinero, pero no entraré en ese aspecto. ¿Qué pasa cuando sabes que, hagas lo que hagas, seguirás teniendo dinero? Sí, donaciones, mecenazgos, lavar tu conciencia, tampoco me refiero a eso. Ya nada te llena. No tienes caprichos. Estás cansado de ver tu decoración y también de cambiarla. Ningún sabor te sorprende. Necesitas experiencias más fuertes, e incluso eso se vuelve insípido. Tu día a día es tan rutinario como una cadena de montaje. El zorro que vive libre anhela la seguridad. El que vive domesticado, anhela la libertad. ¿Qué anhela el zorro que lo tiene todo, Eric?

—Sentirse vivo —respondió este mirándolo a los ojos.

—O todo lo contrario. —Victor le palmeó la pierna—. Puede que lo entiendas algún día. Lo que trato de decirte es que, si no tuvierais ningún problema en la isla, muchos de vosotros ya estaríais corriendo hasta cavar fosas debajo de vuestros pies. En fin, si es lo que te preocupa, no voy a tomar represalias por esto. Soren y tú sois mis favoritos.

—¿No…? —Eric frunció el ceño, como si le costara asimilar lo que acababa de decir—. ¿No vas a castigarme? He matado a un compañero…

—Y al parecer había un motivo, ¿no? ¿O es que quieres que te castigue?

Eric negó con la cabeza. Seguía mirándolo a los ojos, tan negros como siempre. Ahora entendía mejor lo que tenía delante, al hermoso, letal y enloquecido tigre. Él necesitaba mucho más para no acabar dibujando esos surcos de los que hablaba. Ellos eran su asidero a un mundo que ya no tenía nada que ofrecerle.

—No. No quiero que me castigues. —Acercó una mano al rostro de Victor y le acarició la mejilla con el pulgar. Su captor se había puesto una de sus pelucas y metió con suavidad los dedos en el borde para quitársela, despacio—. Pero no entiendo por qué no lo haces. Que Soren sea tu favorito es natural, es un rayo de sol, ¿pero yo? He sido un grano en el culo… No soy dulce ni complaciente y soy un cínico de mierda.

—Querido… tienes tus propias virtudes. Y sobre todo tienes potencial. Como Ocho, aunque tu inteligencia es mayor. Además es la primera vez que comparto tantos gustos con un residente. Para mí es suficiente.

Eric negó con la cabeza. Dejó la peluca a un lado y pasó los dedos sobre el pelo ralo de Victor.

—Creo que me estás ocultando algo.

—Y yo creo lo mismo de ti, estamos en tablas —le susurró al oído Victor, inclinándose para pasar la lengua por la línea de su mandíbula.

Eric sintió un escalofrío. Era difícil separar la sensación de amenaza de las reacciones de su cuerpo. La piel se erizaba al paso de la lengua de Victor. No podía evitarlo, pero no dejó que eso lo distrajera. Apoyó una mano en su pecho y lo empujó. Se negó a perder el contacto de sus ojos.

—Yo ya no puedo esconderte nada.

Victor suspiró con un gesto teatral de rendición. Colocó una mano sobre la que tenía en el pecho y agarró con delicadeza el mentón de Eric.

—Sabes la respuesta, porque yo tampoco puedo esconderte nada —murmuró. Se acercó tanto que acarició los labios de Eric con su boca—. Cuando te miro veo algo en tus ojos. Dormido, agazapado. Algo salvaje e imposible de ser domesticado. Tú no eres como Marcel, ni como Liam. Ni siquiera como Chris. Ellos se acomodan, o se distraen. Se conforman con lo que les traiga la vida, pero tú…

El beso fue breve y sugerente. Los dedos de Victor bajaron por su cuello y abrieron la túnica,

revelando despacio el pecho de Eric. La voz hipnótica del millonario vibraba en su interior, aunque no era más que un susurro, cada sílaba era un regalo solo para él. Victor tiró de él y Eric se movió con fluidez para sentarse a horcajadas sobre sus caderas, respondiendo a su demanda con docilidad.

—Yo no soy diferente… —Eric buscó de nuevo los pozos negros de sus ojos.

Victor rehuyó su mirada y se cobijó en el escondite del cuello. Lo acarició con la nariz y los labios antes de hablarle al oído.

—No voy a castigarte… porque eres como yo. Porque no eres un zorro, eres un tigre, y no puedo exigirle a un tigre que no cace, que no defienda su territorio. Porque tenías razón aquella noche cuando estuve a tu merced. Me sentía solo, pero ya no.

La correa de Victor tintineó cuando se abrió los pantalones. Eric no se había dado cuenta, pero estaba presionando su erección contra el vientre del millonario y sintió la de este rozarle los muslos cuando la liberó con un suspiro de alivio. Eric quería contradecirlo, quería negar esa realidad que latía en su interior. No era como él, por eso iba a huir, porque era ese lugar el que lo estaba convirtiendo en un monstruo. Era la influencia de Victor.

¿Pero realmente quería hacerlo? Su corazón desbocado marcaba otro camino. Victor comenzó a acariciar su sexo. Eric volvió a mirarlo a los ojos, reconociéndolo.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó en un susurro estremecido.

—Esa será tu elección.

Eric dudó.

—Victor… Yo…

Si se lo contaba, tal vez los perdonaría. Si aceptaba las consecuencias, tal vez sus amigos saldrían indemnes. En ese momento de debilidad, Eric sintió compasión por su verdugo. No era el miedo lo que sacudía sus convicciones, ni siquiera la comodidad. Era ese amor retorcido que se había extendido como una infección.

—¿Qué es lo que quieres? —susurró Victor en su oído.

Eric se mordió los labios y se abrazó a él con fuerza.

—Quiero que me folles —confesó.

Cuando Victor le agarró de las caderas y le penetró de un empellón, la marca que había dejado en él se hizo evidente. Su captor se había enterrado profundo en su ser. Lo deseaba. Deseaba que lo poseyera, que lo encadenara y con la misma fuerza deseaba poseerlo y encadenarlo. Devorarlo hasta no dejar nada.

Había verdad en las palabras de Victor, aunque fuera desgarradora: había algo dentro de él que miraba a un igual cuando se zambullía en los pozos de brea de su mirada. Estaba cubierto de esa oscuridad y ya no podía despegarla de su piel.

O, tal vez, siempre había sido suya.

27. Los héroes no se sienten como héroes.

Con el acceso al exterior cerrado, la necesidad de silencio de la biblioteca y los nervios alterados, los residentes se habían dividido entre el gimnasio y el cine, que en época de tormentas también abría por las mañanas. El grupo de Eric estaba en el cine, allí el ruido de la película les permitía hablar con cierta libertad. Mientras un cachorro de león del siglo XX contemplaba la extensión de la sabana con su padre, Chris, sentado al lado de Soren, trataba de calmarlo.

—Tienes que dejar de llorar o te darán una de esas pastillas horribles —le susurró con un tono dulce que sonaba extraño en él, estrechando sus hombros como buenamente podía desde el asiento de al lado—. Ha sido un accidente y Victor lo entenderá.

Caleb y Alex, sentados cada uno a un lado, asintieron con seriedad.

—Esto no cambia nada. Ya sabéis que anoche… me hice con un nuevo juguete. Pronto acabará todo —dijo el primero, también entre susurros.

—Yo no estaría tan seguro. Los guardias van a ir bien armados porque los animales suben al complejo. ¿Y habéis visto cómo está el mar, sin haber empezado las lluvias fuertes? —dijo Alex. Los otros le echaron una mirada de advertencia, clara pese a la oscuridad de la sala. Ese tipo de cosas eran lo último que Soren necesitaba escuchar—. Aunque… qué coño, mejor ahora que cuando todo esté revuelto de verdad. Los cortes de luz durarán menos de una semana, podemos hacerlo.

Alguien chistó y el grupo guardó silencio, aunque Soren aún lloraba con el consuelo continuo de Chris.

La película siguió. Más allá de los barrotes que les protegían, la tormenta arreciaba. Del mismo modo lo hacía la tormenta que giraba dentro de Eric. Acababa de salir de las estancias de Victor, limpio y con la ropa seca, recompuesto tras la crisis nerviosa. El sexo había sido tan intenso como precipitado. Sintió la semilla caliente de Victor estallar dentro de él al mismo tiempo que se corría: un orgasmo repentino, potente como un fogonazo y regado de besos torpes y exigentes. Nunca había tenido un intercambio tan honesto con Victor y eso, unido a la muerte de Doce, sacudía todo su mundo. Se encontraba dividido. Las imágenes azotaban su mente mostrándole un espectro de claroscuros: Soren entre sus brazos, el sabor de su piel cálida, la calma y la ausencia de miedo cuando su cuerpo se balanceaba contra el suyo, mientras exploraba hasta el último rincón de su ser. Lo que intercambiaron la noche anterior fue dulce, amable… y tan honesto como lo que acababa de ocurrir con Victor. ¿Cómo podía experimentar emociones tan contradictorias y no sentirse capaz de renunciar a ninguna? El amor de Soren era agua fresca en el desierto. El de Victor ni siquiera era amor, era una droga, un veneno peligroso… pero le abría las puertas a un lado de sí mismo que desconocía y le seducía.

El perdón de Victor y su confesión, por otra parte, solo hacían flaquear su convicción. Pensó que el miedo de Soren era razonable, que no tenían ningún derecho a destrozar la existencia de quienes habían logrado construir allí sus vidas. Podían echarse atrás, olvidarse del plan. Si Victor le había perdonado lo de Doce, ¿podría perdonarle todo lo demás? ¿Podría perdonar a Soren y al resto si confesaba? La tentación de escapar parecía más fácil de pasar por alto que un asesinato, pero Eric sabía que Victor vería una enorme diferencia: en el asesinato se reconocía, la deslealtad era algo muy distinto.

Buscó primero en el comedor, pero todavía quedaba tiempo para que sirvieran y allí solo estaban Dos y Tres, que le mandaron al cine tras algunas preguntas curiosas que Eric respondió con evasivas. Cuando llegó, el león protagonista, ya maduro, era golpeado por la vara de un

simio de aspecto sabio. Caleb le vio primero y le dejó su sitio junto a Soren, que con un grito que tenía mitad de angustia y mitad de alivio, se echó en sus brazos para besar los labios que Victor acababa de lamer.

—¿Qué te ha dicho? —fue Alex quien pronunció la pregunta del millón.

—No habrá castigo… —respondió Eric, aunque miraba a Soren a los ojos—. Comprende que fue un accidente.

Solo Soren sabía la verdad y era un trago amargo ver en sus ojos el mismo amor que había visto la noche anterior, teñido de angustia. No le odiaba, no había reproche. Se sintió indigno del abrazo que le daba. Sentía que el olor de Victor seguía pegado a su cuerpo, que Soren podría percibir el sabor de sus labios en su boca. Que podría leer sus dudas. Y con todo correspondió al abrazo y volvió a besarlo con tanta necesidad como había besado a Victor.

Eso le tranquilizó un poco, aunque no del todo. Por suerte sus compañeros estaban lo bastante centrados como para distraerlos hacia el problema mayor.

—Eh. Chicos —dijo Caleb—. Quedan como mucho veinte minutos de película y, dado que por lo visto este va a ser el único sitio donde podremos hablar medianamente seguros a partir de ahora, deberíamos terminar de atar cabos. A partir de mañana empezará a llenarse en cada sesión.

Fueron los veinte minutos más productivos que tuvieron en todo el día. Y para bien o para mal, los que terminarían de decidir sus futuros.

***

En los días de tormenta era difícil distinguir entre el día y la noche. El comedor estaba iluminado con la luz artificial de los generadores, que temblaba cuando un trueno sonaba más fuerte de lo normal. Afuera, las nubes eran tan densas que apenas dejaban pasar un velo de luz plomiza e insuficiente que lo teñía todo de gris. El viento cargado de lluvia azotaba la isla con fuerza.

El ambiente pesado se pegaba al ánimo de todos, pero para Eric estaba siendo un día especialmente largo. Soren no se había separado de él y estaba sentado a su lado en la mesa. Le tocaba la pierna o le estrechaba la mano cuando veía que se quedaba ensimismado. Debía pensar que seguía en shock, pero la realidad era otra: su mente era un avispero en el que las dudas zumbaban sin descanso.

—No estoy seguro de que deba estar aquí hoy… —comentó en voz baja.

—Esto va a sonar como la mierda, pero eres el héroe del día, Eric —soltó Chris—. Era cuestión de tiempo que algo así pasara y lo mejor es que haya ocurrido cuanto antes.

—No me siento como un héroe.

—Los héroes no se sienten como héroes, sale en todas las películas, tú deberías saberlo —dijo Soren—. Aunque los villanos tampoco se sienten como villanos. Y la gente normal…

—¡Déjalo ya! No te han comprado un montón de porquerías como a Nueve porque estaría fuera de lugar teniendo en cuenta lo… supuestamente trágico, pero lo piensan. Y hablando de eso… Ahí vienen tus primeros fans —dijo Chris señalando con la barbilla.

Nueve y Catorce llegaron, sonrientes, para sentarse con ellos. A Noah debía darle igual lo fuera de lugar que estuviera, porque deslizó una chocolatina por encima de la mesa y la dejó junto a los cubiertos de Eric, que la miró con cierta aprensión.

—Esto no…

—Sí, esto sí —dijo Nueve. Catorce asintió—. A la larga era él o nosotros. Yo me alegro de lo que ha pasado.

—Ese loco no debió salir del pueblo —añadió Noah—. Y, aunque haya sido un accidente, te estamos agradecidos.

Eric guardó la chocolatina, aunque no parecía convencido.

—Lo que ha pasado es una mierda. Ha muerto una persona —replicó.

—Ha muerto un abusón. Y esto no es el instituto, donde al menos podías huir de él cuando estabas en casa, o intentar buscar ayuda o cambiarte de centro. Aquí hubiera seguido pisoteando sin parar hasta que alguno de nosotros se hubiera quebrado —dijo Catorce, muy serio, enrojeciendo al ver que todos se giraron a mirarle.

Era difícil no aferrarse al consuelo de las justificaciones, porque Noah no dejaba de tener razón. Les había ahorrado un problema, ¿pero no estaba a punto de crearles otro? Volvió la atención a su plato de sopa sin añadir nada más y se dedicó a removerla mientras la conversación seguía durante un rato.

—Noah, Ethan —interrumpió de pronto. Enseguida tuvo la atención de los interpelados—. ¿Qué haríais si mañana Victor os deja salir de la isla?

Se miraron entre ellos, sorprendidos por la pregunta. Ethan contestó primero.

—¿Con el dinero que se supone que hemos ganado trabajando aquí?

—No. Sin nada.

Caleb y el resto de conspiradores compartieron miradas silenciosas, a la expectativa. Noah lo meditó, robando pedacitos de pan de la mesa y masticando con gesto pensativo.

—Preocuparme. Yo no vine por el Pase. Servía copas en un pub hasta que Victor se encaprichó y me trajo aquí. Casi acabo de terminar los estudios en ciencias del mar que me obligó a hacer, ¿de qué me iban a servir en Elysium? No tengo familia y mis amigos ya me darán por muerto. Supongo que podría volver a intentar trabajar de camarero, pero por lo que contáis todos los recién llegados, esas cosas ya solo las hacen robots —dijo Ethan.

Noah asintió y tomó el turno.

—Me paso el día fantaseando con la idea de vivir juntos… Una casita en el campo, con animales. Pero supongo que eso también le pasa a cualquiera que viva en la ciudad, mientras los campesinos matarían por cierta seguridad y hospitales. Ninguno tenemos familia. Ni nada. La idea de vivir otra vez en la calle me aterra más que Victor.

—¿Os dio a elegir en alguna ocasión? —preguntó Eric—. Entre daros el dinero y largaros o quedaros con lo que eso conlleva.

Ethan negó con la cabeza, pero Noah asintió.

—Algo así. Una vez me dijo que si quería irme, el avión me llevaría de vuelta y un coche me dejaría donde me había recogido. Acepté. Pero seguimos hablando y… me di cuenta de que, para bien o para mal, aquí tengo mucho más de lo que tendré jamás en Elysium.

Todos temían el exterior. Incluso Eric, siendo consciente de los juegos de manipulación de Victor, había caído en su trampa. Tenían miedo de salir de la isla y no era solo por el pasado dramático que llevaban a cuestas. El mensaje de que más allá de la isla no había más que desesperanza y miseria había calado despacio, de una forma sutil, filtrándose en sus mentes hasta cristalizarse en una pesada roca de convencimiento: el mundo exterior, como en una fábula, estaba lleno de monstruos, cuando en realidad el monstruo era quien los mantenía cautivos para alimentarse de ellos.

Aún viéndolo. Aún sabiéndolo, la mente de Eric se retorcía dolorosamente en las dudas. Ese era el triunfo de Victor: se había colado hasta sus mismas venas y contaminaba su corazón. Tenía la mente nublada por el veneno. Y tenía que resistirse con todas sus fuerzas.

—En realidad aquí no tenemos más que lo que él nos deja tener —sentenció Eric.

***

Aquella tarde volvieron al cine, que como habían previsto, estaba abarrotado. No importaba,

había filas de sobra y pudieron apartarse. Chris tomó la palabra cuando empezaron los títulos de crédito de una película antigua. Tres, sentado dos filas adelante, les echó una mirada antes de volver a acomodarse.

—Cuando os fuisteis me quedé hablando con Nueve, no sabía que su trabajo estaba relacionado con el mar que, a decir verdad, es lo que más me preocupa. No sabiendo dónde estamos, incluso contando con que el barco tenga control automático, podría llevarnos días o incluso semanas llegar. ¿Habíais pensado en el tema de conseguir agua y comida? —susurró.

—He estado guardando casi todas mis chapas desde que llegué, las usaré para sacar cosas de la máquina. Son productos envasados de larga duración —respondió Eric—. También habrá que llevar cosas del desayuno a las habitaciones e ir haciendo acopio, pero no vamos a poder transportar mucho. Confío en que esté abastecido. En cuanto a lo demás… Solo se me ocurre llevarnos a un guardia. Ellos deben saber dónde estamos y el modo de evacuar.

—No, déjame terminar. Estuve preguntándole curiosidades hasta llegar donde quería. Por lo que cuenta, el mar es lo último a lo que se podría llamar reserva de biodiversidad, o algo así. Está vigiladísimo por satélite. Según Nueve, incluso una barquichuela del tamaño de una mesa del comedor es detectada y, si no tiene permisos, intervenida. Eso significa que nos van a encontrar enseguida, chicos. Que alguien nos rescatará enseguida.

El alivio en la expresión de Soren fue evidente. Una ínfima parte del miedo de todos se aligeró con la información.

—No sabía que habían llegado a ese punto —comentó Eric, sorprendido.

—Pero es una buena noticia. Una cosa menos de la que preocuparse, ¿no? —dijo Soren. Eric asintió y agarró su mano para estrecharla.

No habían vuelto a hablar sobre sus inquietudes, pero sabía que aún las guardaba. Que le aterraba lo que iban a hacer, pero estaba allí, con ellos. Con él. No podía dejar que las dudas ganaran terreno.

—¿Estamos todos seguros de que vamos a hacer esto? —preguntó mirando a sus compañeros. Necesitaba sus razones.

Ninguno quería ser el primero en responder, porque la respuesta era demasiado obvia: no estaban seguros. Era una peligrosa locura. Catorce y Nueve se habían encargado de dejarlo claro sin saber que habían estado a punto de ser invitados a ella. El silencio empezaba a hacerse incómodo cuando Caleb lo rompió.

—Sí. Sí, joder. Vamos a salir de aquí, vamos a sobrevivir... y vamos a sacar a la luz todo lo que está pasando, publicándolo en el periodico en el que trabajaba.

Alex, que era el más lejano a su asiento, murmuró que no había oído bien. La voz de Caleb había sido un murmullo, pero el tono asombrado de Alex tenía más de sorpresa que de sordera.

—¿Eres periodista? —La pregunta de Eric era tan retórica como la exclamación de Alex—. ¿Lo sabe Victor?

El ambiente perdió la densidad que el miedo le daba, como si la revelación de Caleb infundiera una esperanza que ninguno parecía tener: la de un futuro fuera de allí.

—¡Ssssh! ¿Estás loco? Claro que no. Yo trabajaba para *La ventana emergente*, a tiempo parcial. Tardamos dos malditos años en inventar una vida en internet para las pruebas. Lo único real que sabe de mí es el nombre y los estudios. —Caleb miraba alrededor y hablaba tan bajo que les costaba oírle. Alex tuvo que acercarse por el suelo y Soren estaba totalmente inclinado sobre Eric—. Tenía muy claro que saldría de aquí con la información o no saldría nunca. Estoy seguro de que me dan por muerto. No soy el primero ni el último al que intentan colar, pero solo yo gané la partida. Y pienso ganar esta también —acabó con un siseo.

La ventana emergente era uno de los pocos periódicos digitales realmente independientes que existía en Elysium. Eric lo conocía, durante su época en la universidad era su medio de referencia y apenas podía creer lo que estaba escuchando. Se avergonzó de haber dudado y ese pequeño rayo de luz con el que Caleb les iluminaba hizo que el velo de la manipulación de Victor se rasgara: había un futuro, había esperanza, y había gente que se preocupaba de lo que allí sucedía. Si habían enviado a Caleb y a otros antes de él, era porque existían sospechas. Tarde o temprano el imperio de Victor caería y pensaba participar en ello.

Eric miró a Soren y estrechó su mano con fuerza.

—Yo estoy seguro —dijo volviendo la mirada a Caleb y los demás—. Tenemos que sacar todas las pruebas que podamos. Y contar nuestra historia.

—Yo estoy seguro —repitió Alex—. Por Gabriel.

—Yo estoy seguro. Vamos a acabar con esta maldita isla de una vez por todas —dijo Chris.

Todos miraron a Soren, que tras un momento asintió con una media sonrisa, sin necesidad de añadir uno de sus monólogos eternos.

28 Contadlo todo.

Llegó el día. No quisieron retrasarlo más. En principio Victor no regresaría hasta el fin de semana, pero podían suceder demasiadas cosas. Que se adelantara y echara en falta la aspiradora. Que trajera a otro desgraciado para compensar la pérdida de Doce. Que no fuera de farol y escuchara el audio depurado del acantilado. Que un corte de luz fuerte estropeara los generadores y los ascensores no funcionaran.

Demasiado nerviosos para estar sentados y con el cuerpo poco acostumbrado al encierro, pasaron la mañana en el gimnasio, charlando de nimiedades o centrándose en el ejercicio, contemplando la fuerte lluvia del exterior. Chris fue de los segundos. Y el único, junto a Eric, que no salió corriendo en tropel al oír los gritos excitados que daba alguien en el recibidor.

—¡Un monstruo! ¡La tormenta ha traído otro monstruo! —chillaba.

—¿Cómo que otro monstruo? —Eric dejó las pesas y se secó el sudor con la toalla antes de dirigirse al recibidor.

—Déjalos. El encierro les aburre.

En el recibidor, la mitad de los residentes tenía la nariz pegada a los cristales, entre ellos Soren. Cuatro guardias con chubasquero, armados con armas de fuego, se paseaban por el exterior buscando lo que fuera que alguien había visto. Apenas se les veía a ellos, borrosos tras la cortina de agua que caía del tejadillo del porche. La luz que regulaba el permiso para salir estaba en rojo.

—¿Qué están buscando? —preguntó Eric al detenerse junto a Soren.

Este no despegó la cara del cristal, haciendo pantalla con las manos.

—¡Un monstruo! ¡Hacía dos años que no aparecía ninguno! —exclamó alborotado.

—¿Pero cómo va a haber un monstruo ahí?

Aun así, Eric pegó también la cara al cristal para intentar ver qué ocurría, casi esperando que todos se apartaran en ese momento y se rieran de él por picar con una broma tan tonta. No sucedió, pero tampoco vio nada, y los guardias regresaron poco después, empapando el suelo.

—Yo lo vi primero —presumió Catorce, llevándose toda la atención, incluso la de los cuatro guardias.

—¿Cómo era? —preguntó Seis.

—Pues… como del tamaño de un niño pequeño. —Noah señaló a mitad de su muslo—. Como un mono que se hubiera revolcado en un montón de hojas secas y raíces, con los ojos muy grandes.

—Estáis de coña, ¿no? —interrumpió Eric.

Nadie le hizo caso.

—No era un mono. No tenía cola, yo lo vi huir cuando Catorce se puso a gritar como… como un mono —dijo Cinco, riéndose, y la risa se contagió entre varios, manteniéndose hasta que uno de los guardias dio unas palmadas.

—¡Vamos, todo el mundo, largo de aquí! ¡Hay que limpiar el suelo! ¡Fuera lo que fuera, ya se ha ido!

—Sois como críos —dijo Eric de regreso al gimnasio—. Debe ser algún animal de la selva, mojado y muerto de miedo.

Soren fue tras él, dando un saltito para colgarse de su espalda.

—Estás enfurruñado porque no lo has visto.

Chris seguía allí. Había cambiado de máquina y pedaleaba en silencio, observando la selva.

—Pues sí, la verdad —respondió Eric.

Cargó con Soren hasta dejarlo sentado sobre uno de los bancos y se dio la vuelta para besarlo. No tenía miedo de hacerlo, aunque las cámaras grabasen, y los últimos días había compartido todos los gestos de cariño que había podido con él, consciente de la cuenta atrás que pesaba sobre ellos. Soren sabía a café. Que Eric hubiera visto, se había bebido al menos tres desde el desayuno, sin duda nervioso por los planes nocturnos.

—Yo tampoco. Nunca he visto ninguno. Siempre aparecen con las tormentas, pero no he tenido suerte. Cuando el clima se revuelve, los animales de la selva también. Una vez vi un pájaro enorme —enfatizó la palabra—. Chocó con este mismo cristal y cayó muerto. Antes había un gallinero, pero vino una especie de gato gigante, arrancó la reja y se llevó a todas las gallinas, no me preguntes cómo. Victor no había vuelto a traer nada hasta los pavos, creo que los han encerrado en el invernadero. Los monstruos empezaron a aparecer al poco de llegar Chris, ¿a que sí?

El aludido se encogió de hombros, apretando los labios. Eric se acercó hasta quedar frente a la bicicleta estática.

—¿Qué sabes de esto? Estás poniendo esa cara.

—Nada. Me harta que todos los años hagan la misma tontería, llamando monstruo a lo que no lo es. Pero no se puede esperar más de nuestras generaciones, que solo han visto animales en una pantalla y no sabrían diferenciar a un perro de un cerdo —gruñó Chris.

Eric intuía que se estaba guardando algo, pero no quiso insistir.

—Supongo que no es ninguna amenaza para nosotros, entonces.

—Si hasta Catorce y este se lo toman a risa, lo dudo. —Chris señaló a Soren con la cabeza, recibiendo un dedo corazón a cambio.

El avistamiento de aquello, lo que fuera, fue la comidilla de todo el mundo durante el resto del día, sirviendo de distracción al grupo, que solo temía un refuerzo en las patrullas de los guardias. No sucedió, al menos en el interior. Tras la que sería su última ducha grupal, cada uno volvió a su habitación para esperar la señal acordada.

En ese interludio, después de fabricarse un macuto con la camiseta de dormir y meter en él algunas chucherías de la máquina de chapas, Eric se sentó en la cama y miró la ventana. No se veía nada más que las barras protectoras y los fogonazos de los rayos. Llovía con fuerza y el agua caía en cascada por el cristal. Esa era la última imagen que tendría del paraíso. Era contradictorio sentirse triste por ello. Recordaba el cielo estrellado que le había regalado Victor, la extensión azul del mar besando un horizonte limpio y de colores vivos y cambiantes. El olor a salitre, a flores, a tierra húmeda y hierba. Iban a dejarlo todo atrás para ser libres en un reino de humo y asfalto, donde el sol apenas conquistaba un resquicio entre los rascacielos y las luces de neón eran lo más parecido a las estrellas que verían. Echaría de menos más cosas de las que era capaz de admitir.

En silencio, se despidió de la isla, y luego se puso en pie y se dirigió al escritorio.

Mientras, Chris hacía su parte. Era el que mejor conocía las rutinas de paseo de los guardias y no le había resultado complicado esquivarlos para bajar a los aseos de la segunda planta y colarse en el baño con un libro y una botellita de vodka. Se metió en uno de los inodoros y vertió el contenido de la botella entre las páginas del libro. Lo había cogido al azar en la biblioteca, grueso y bastante nuevo. Descubrir que era la biografía de un antiguo político negacionista de todo lo imaginable fue un pequeño e inesperado placer. Lo dejó sobre la taza del váter. No ardería deprisa, pero tampoco se apagaría solo. Se escabulló entre las sombras igual que había entrado, deslizándose por los huecos oscuros, evitando el taconeo doble que en ese momento

apuntaba hacia el comedor.

El ruido estridente de la alarma de incendios sacó a muchos de un sueño incipiente. Eric, que ya estaba preparado, salió de su habitación. Tras de sí, dejó dos notas. Una sobre el escritorio, la otra dentro de una bolsita con las chapas que ya no iba a usar, colgando del picaporte de la puerta de Noah. *Gracias. No voy a olvidaros*, rezaba esa escueta nota. La que permanecía en la habitación era más extensa.

Siento no haberme despedido. Aunque, de alguna forma, lo hicimos la última noche. Sentí que sabías que me iba. Que había tomado esta decisión. Estuve a punto de contártelo, de suplicar por tu perdón. Habría perdido el poco orgullo que aún me quedaba. No creo que te hubiera gustado.

Quisiste manipularme y vi tu desesperación, lo jodidamente solo que estás. Siempre lo he visto, creo que eso mataba en parte el odio que siento: la compasión, aunque no la merezcas. Siento lástima por quién podrías ser. Lo habrías tenido todo de mí si no me hubieras pisoteado, si realmente me hubieras visto como a un igual. Ya no hay marcha atrás, sea como sea, esta historia termina aquí. Voy a arrancarte de mi alma.

La tormenta llega para todos. También llegará para ti, Victor.

Trece.

Los demás ya esperaban en la escalera de servicio: Soren, Alex y Chris, que acababa de llegar corriendo desde el segundo piso. Eric, al ver el gesto asustado de Soren, lo agarró de la mano y le dio el impulso que necesitaba.

—Vamos. En unas horas esto solo será un mal sueño.

Soren asintió con seriedad, los labios muy apretados, blancos. Cuando todos estuvieron en el descansillo de la planta de Victor, se miraron en silencio, alumbrados por la escasa luz naranja que iluminaba desde los rodapiés. La alarma seguía sonando. Si había alguien prestando atención en la sala de vigilancia, se habría concentrado en las cámaras de la planta baja y el posible incendio. Pero también cabía la posibilidad de que hubiera visto esos bultos moviéndose en la penumbra, esos bultos que eran ellos. Se mantuvieron en silencio, sin necesidad de compartir verbalmente los miedos. Caleb, el único que tenía algo parecido a un macuto desde la fiesta, lo abrió para sacar la aspiradora y acercarla a la manija de la puerta.

—Abrir.

Quiso ser un susurro, pero fue un graznido aterrado. El aparato se activó al instante, extendiendo su bracito mecánico hasta la cerradura, que se abrió con un chasquido.

Contuvieron el aliento. Al otro lado solo había silencio. La luz anaranjada también teñía la penumbra de las estancias de Victor. Hubo un momento de duda: ¿y si saltaba otra alarma cuando pusieran un pie allí adentro? ¿Y si Victor no se había ido? ¿Y si había guardias allí? Caleb fue el primero en entrar tras dejar el aspirador en el suelo. La pequeña máquina enseguida rodó hasta su estación de carga.

—Os dije que funcionaría —se jactó Eric cerrando la puerta con cuidado tras el grupo—. Las cámaras no están activas. Hay que buscar un ordenador o algo que se le parezca.

Caleb tomó la iniciativa. Todos, en mayor o menor medida, conocían el lugar y no hacía falta dar muchas indicaciones.

—Si tiene un portátil se lo habrá llevado, pero habrá puertos de carga para acceder a su sistema con los USB. Yo me encargo de buscarlos. Soren, tú tenías la idea mental de por dónde caería ese ascensor, búscalo. El resto buscad cosas que puedan servir de ayuda, hay una pequeña cocina al fondo, nos vendría bien algo que sirva como arma, por si acaso. En diez minutos como mucho nos reunimos aquí con la aspiradora.

Todos se pusieron en marcha como un engranaje bien engrasado. Eric fue a la cocina con Alex. No les costó encontrar los cuchillos. Victor no los tenía bajo llave, no los había guardado en ningún lugar especial, temeroso de que sus residentes pudieran hacerle daño. Había hecho un buen trabajo con ellos, Eric lo sabía, y la mayoría ni se planteaba escapar. El exterior les aterraba y allí tenían sus necesidades cubiertas. Él mismo había puesto los abusos en una balanza y habían salido ganando las comodidades en algún momento. Eso, esperaba, iba a jugar a su favor en la huida. Cuando salieron de la cocina repartieron los cuchillos con los demás. La alarma seguía sonando.

—¿Has encontrado los puertos?

Caleb estaba agachado junto a la pared, cerca de donde bajaba la televisión, con la aspiradora al lado. Había una caja de puertos escondida junto a un enchufe.

—Sí, pero necesitaba este trasto para entrar a su red. Hay dos problemas. No tiene modo de enseñarme lo que estoy descargando, así que voy a ciegas, y hay mucho. Y peor: si fue derecha a su punto de carga, es que necesita batería. Hay que pensar en la posibilidad de que se apague antes de abrir todas las puertas, añadida a la que ya sabíamos: que no tenga acceso a algunas.

—Con todo lo que se cuece aquí, algo comprometido nos llevaremos —dijo Alex.

—No tenemos mucho tiempo —les apremió Chris, que había partido una escoba por la mitad y llevaba ambos trozos astillados de la mano.

Eric se acercó a la puerta y pegó la oreja a ella por si escuchaba movimiento.

—He encontrado el ascensor. —Soren apareció, eufórico, en el mismo instante en que la alarma dejaba de sonar.

—Pues nos largamos. Ya podéis rezar para que algo de esto sirva, se han llenado casi al instante —anunció Caleb.

Al levantarse, les enseñó cuatro pequeños *pendrives* de gran capacidad. La aspiradora abrió el diminuto ascensor sin dudar, firme en sus obligaciones. Tuvieron que apiñarse como un tetris humano, aquello no estaba pensado para más de dos personas. Mientras atravesaban la roca viva, Soren besó el hombro de Eric con ternura infinita. Temblaba, y no era el único. Se habían duchado poco antes y, pese a ello, el aroma en ese espacio cerrado era rancio, un olor acre a sudor, pánico, a supervivencia. Atravesaron la planta de los almacenes y la de las carreteras subterráneas, bajando durante un tiempo que a todos se les hizo eterno. La voz acelerada de Soren rompió el silencio.

—Un elefante está en un ascensor. Se para y entra un ratoncito. El elefante pregunta: ¿qué piso? ¿Qué contesta el ratón?

—¿A mí no, por favor? —preguntó Eric con una risa resoplada.

—¡Mi colita! —chilló Soren antes de prorrumpir en carcajadas histéricas.

—Eres idiota —dijo Chris con una risa discreta y nerviosa.

El chiste de Soren rompió la terrible tensión que amenazaba con atiborrar el ambiente. Eric lo abrazó con fuerza y Alex abandonó el peso en una de las paredes, cediendo a la risa que hizo del último tramo algo menos agónico. El ascensor se detuvo con un bandazo.

—Caballeros, última parada. Estad atentos. Vamos a lograrlo —susurró Caleb, todavía con una sonrisa en los labios, mientras las puertas se abrían.

Estaban en un pasillo muy ancho, bien iluminado. Vacío. A su derecha, a apenas tres metros, había una puerta doble, abatible, con cristales a la altura del rostro. A Eric le recordó a las puertas de un hospital. A la izquierda el pasillo se alejaba para acabar en otra. Puede que fuera por la distancia, pero parecía más pequeña. Cuando se acercaron a mirar la grande, Soren les chistó.

—¡No puede ser por ahí! Eso se adentra en la isla y buscamos el lado del acantilado —señaló a la izquierda.

Alex hizo un gesto con la mano, pidiéndole unos segundos en silencio. La curiosidad fue más fuerte y se acercó a la puerta. Seguido por Eric y los demás, se asomaron a los cristales. Pese a no haber nadie visible, en ese nivel no utilizaban las luces de emergencia por la noche, como en el resto del complejo. Los fluorescentes de techo iluminaban todo con diáfana claridad… incluidas las paredes al otro lado de los ventanucos. Los dibujos a todo color, del tamaño de una persona, que imitaban pixeles. Se repetían junto a cada puerta, y había muchos. Un dragón. Un vaquero. Un conejo. Un robot.

—¿Qué cojones…? —Eric no les dio tiempo a reaccionar y empujó las puertas.

—¡Eric, no! —Soren intentó detenerlo sin atreverse a cruzar, pero no llegó a tocarlo.

—Son los avatares de la partida —dijo Caleb—. Esto no pinta bien…

Eric ya se dirigía a la primera puerta cuando Caleb lo siguió. Alex no tardó en unirse a ellos, movido por una agria intuición. Chris chasqueó la lengua y se quedó junto a Soren, sujetando las puertas.

Cada habitación tenía un ventanuco en la puerta que permitía ver el interior. Algunas estaban a oscuras y era imposible atisbar nada. Las iluminadas parecían habitaciones de hospital, aunque no eran las normales. Estaban tan llenas de pantallas, cables y artilugios extraños como una UCI bien equipada. Eric vio a un chico con el cuerpo cubierto de vendas, al que solo se le veía el rostro, durmiendo. También a otro, borroso, pues todo el borde de la cama estaba cubierto por una cortina de plástico como si fuera contagioso.

—Esto no me gusta nada. Seguro que hay médicos que pasean por aquí de noche —dijo Caleb, nervioso, retrocediendo—. Vámonos ya. Acaba en un pasillo, si nos ven…

Alex seguía mirando puerta por puerta.

—Maldito nazi del demonio —espetó Eric apartándose de uno de los ventanucos—. Alex, tenemos que irnos.

Pero Alex estaba obcecado y todos sabían qué estaba buscando. La respuesta a la principal incógnita que los había impulsado a huir estaba allí. Un gemido más animal que humano, sin contención, les advirtió que lo había encontrado. Un sonido que les puso los pelos de punta, cargado de matices. Sorpresa y odio. Esperanza y rabia. Alex forcejeó con el manillar horizontal hasta abrir una de las puertas, pero antes de entrar les echó una mirada.

—Marchaos. Antes de que venga alguien. Contadlo todo —acertó a decir antes de entrar.

Soren y Chris se acercaron, aunque estaban demasiado lejos para llegar a tiempo, pues ni siquiera Eric y Caleb lo consiguieron. La puerta se cerró y Alex la atascó con una silla, consciente de que intentarían arrastrarlo de allí y nada dispuesto a permitírselo.

«Marchaos» le vieron pronunciar con la determinación pintada en cada centímetro de su rostro. No escucharon nada, aquello estaba insonorizado. Tras él, en la cama, alcanzaron a atisbar a un joven con el pelo rapado al cero, entubado. Era Gabriel.

—¡Alex! ¡¿Qué haces?! —Soren intentó abrir la puerta, nervioso y angustiado, pero Eric lo agarró del brazo y tiró de él para regresar al pasillo por el que habían llegado.

—Se queda con Gabriel —explicó Eric—. Daniel debe estar por aquí también. Me parece que sería mejor si los hubiera matado.

—Es un laboratorio… Está experimentando con nosotros —resolló Soren.

—Tarde o temprano lo habría hecho, si no lo estaba haciendo ya sin que nos diéramos cuenta —añadió Caleb cuando los alcanzó.

—¿Qué creíais que son los monstruos que os hacen tanta gracia, idiotas? ¿Qué creíais que vi

en la selva aquella noche? —Ocho habló en un siseo rabioso. Por sus mejillas corrían dos lágrimas silenciosas, que se frotó violentamente con el dorso de la mano—. Alex ha tomado una decisión. O hacemos lo mismo o estamos jodidos —acabó echando a andar hacia las puertas.

Todos lo siguieron en silencio, impresionados por sus lágrimas. Ver a Chris tan afectado por nada era más efectivo que el propio miedo. Y tenían mucho miedo. Eric comparaba a Victor con el marqués de Sade, pero había resultado ser el jodido doctor Moreau. La decisión que debían tomar estaba más clara que nunca: o escapaban o acababan atados e intubados, sometidos a experimentos que no podían ni imaginar. La pesadilla tenía capas cada vez más profundas y ya habían descendido lo suficiente.

—Vamos por ahí —señaló Soren cuando regresaron al corredor—. El mar está en esa dirección, estoy seguro.

Se retrasó para coger la mano de Eric, que parecía tener un efecto sedante en él. A decir verdad, a Eric también le fortalecía el contacto. Chris se adelantó, Caleb tras él. Habían recorrido media docena de metros cuando se escuchó un chasquido en la pared y los dos vieron como tres luces rojas atravesaban el cuerpo del periodista en muslo, torso y cuello. Caleb cayó pesadamente al suelo justo cuando Ocho se volvía. Estaba muerto.

—¡No! —chilló Soren.

—¡No os mováis! —gritó Chris levantando las manos.

Una alarma empezó a sonar en alguna parte.

El instinto hizo que Eric aferrara la mano de Soren tan fuerte que detuvo su impulso de correr en pos de su compañero caído. Tiró de él para abrazarlo y evitar que siguiera mirando el cadáver.

—¡Quieto! ¡Quieto! ¡Es una trampa! —le susurró con la voz ahogada por la angustia.

La aspiradora había caído al suelo junto a su amigo. Las cosas que llevaba en los bolsillos anchos se habían desparramado a un lado como si tuvieran tantas ganas de huir como ellos. Los *pendrives*, el cuchillo y la tarjeta de acceso.

—¿¿Por qué a mí no me ha afectado?? ¿¿Por qué a mí no me ha afectado?? —jadeaba Chris, con las manos en las sienes, moviéndose como un animal enjaulado. Jamás lo habían visto tan cerca de la histeria.

La alarma subió de volumen, dañina para los oídos. Costaba razonar bajo ese estruendo, con el shock convirtiendo sus mentes en un erial. Eric miró el cadáver sin soltar a Soren, apretándolo contra su pecho: un punto oscurecido en la sien le indicó dónde el láser había atravesado a su amigo. Había otros dos, en la cadera y en los tobillos. Caleb mantenía los ojos abiertos en un gesto de sorpresa, pero no había dolor en su rictus. Ni siquiera debió darse cuenta y eso era un consuelo. Miró las cosas a su alrededor, buscando una respuesta tan rápido como pudo.

—¡El robot! —Antes de soltar a Soren para seguir huyendo, cayó en la cuenta de otra cosa que Caleb tenía y él no—. ¡No! ¡La tarjeta!

—¡Yo no la llevo encima! —dijo Chris.

Eric dejó de abrazar a Soren sin soltar su mano. Su compañero buscó con dedos temblorosos en la chaqueta de su sudadera y sacó la tarjeta de acceso. Todos tenían una para moverse por las zonas autorizadas, Eric la había dejado junto a la nota antes de salir. Agarró la tarjeta de Soren y la lanzó al aire sobre Caleb: el láser la atravesó con precisión. Eric miró a Soren y lo estrechó con fuerza en un impulso.

Si Caleb no se hubiera adelantado, si no hubiera tenido de la mano a Soren, ahora sería él quien estaría tendido sin vida en el suelo.

Al otro lado de la puerta, Gabriel abrió los ojos. Puede que fuera por la sirena, por la forma en que Alex le abrazaba en silencio o por la humedad de sus lágrimas mojándole la piel. Alex se

dio cuenta y lo sujetó en cuanto se agitó. Solo el pecho, sus brazos estaban bien inmovilizados en la camilla.

—¡Sí, sí! ¡Soy yo! Estoy aquí, contigo… y voy a quedarme contigo, estaremos juntos, de un modo o de otro… —explicó apresurado, atrás se escuchaban botas a la carrera—. Pero no sé qué te están haciendo ni si puedes quitarte eso. Y tengo que ayudar a unos amigos. Ellos lo harían por mí.

Una docena de guardias corría pasillo adelante, apretados, contando con que su objetivo estaba al fondo, más allá de la puerta. Ninguno esperaba recibir un portazo en la cara, ni ser arrollado por un inestable carrito de toallas que chocó contra la pared. Alex acabó con la mejilla en el suelo, esposado, con varias rodillas clavándose de forma dolorosa en su espalda. No le importaba. Les había dado tiempo… y a él iba a sobrarle. Entre aquellas paredes no debía pasar muy deprisa.

Eric tuvo que encargarse de coger la aspiradora y los *pendrives* de Caleb y arrastrar a sus horrorizados amigos para que se movieran deprisa. La siguiente puerta también se abrió sin necesidad de códigos y Chris, recuperando la lucidez, la atrancó con uno de los trozos de escoba rota. Estaban en un enorme almacén de suministros médicos.

—Caleb... —se lamentó Soren. Tenía la respiración agitada, a punto de hiperventilar—. Caleb...

—Tendremos tiempo para llorarlo cuando salgamos de aquí. —Eric le agarró el rostro para centrar su mirada—. Vamos a salir, Soren, pero tienes que decirnos en qué dirección está el mar. Te necesitamos aquí.

Él asintió y levantó el dedo, señalando el pasillo central. Era fácil adivinarlo: solo debían ir en sentido contrario a la isla, pero tenían que estar centrados en la huída o no lo conseguirían. Reanudaron enseguida la carrera y apenas habían avanzado diez metros cuando empezaron a escucharse golpes en la puerta atrancada.

—¡Deprisa, eso no aguantará mucho! —les apremió Chris.

El siguiente portón estaba blindado, lo cual era esperanzador en cuanto a posibilidades. De nada sirvió empujarlo, pero la aspiradora cumplió su función con la diligencia habitual. Se abrió con un chasquido, dando paso a unas escaleras de bajada amplias, metálicas. Allí la luz volvía a atenuarse. Eric resbaló mientras bajaban a galope, siendo sujetado por Soren antes de caer. Sus pasos resonaban con tanta intensidad que bien podían oírse en todo el complejo. Todo el recorrido del techo estaba repleto de cables y tuberías gruesas. Fueron a dar a una sala de máquinas que atravesaron enseguida para continuar por un pasillo que giraba a la izquierda.

—¿Qué coño era eso? No pueden ser los generadores del edificio, si tuvieran que bajar hasta aquí cada vez que salta la luz tendríamos que iluminarnos con antorchas —jadeó Soren.

El tableteo de las botas de los guardias ya bajaba por las escaleras.

—Esos laboratorios deben ser independientes. ¿Estamos cerca? —dijo Chris.

—A nivel de distancia deberíamos estar más o menos en el borde del acantilado. Pero tendríamos que haber bajado muchísimo más.

Un sonido brutal que hizo eco les ensordeció por unos segundos… el tiempo que necesitaron para darse cuenta de que había sido un disparo. Doblaron la esquina y Eric acercó la aspiradora a la puerta, deseando que fuera la última como jamás había deseado nada en su vida. No vio la túnica de Chris teñirse de rojo poco a poco, a la altura del costado, pero escuchó otros tiros, el gañido asustado de Soren y los gritos de los guardias. Al girarse a mirar, observó los labios apretados de Chris y la decisión con que sacaba el cuchillo.

—¿Qué haces? —Eric lo agarró del brazo. Un chasquido y el sonido hidráulico les indicó que

la puerta se abría—. Estamos cerca, ¡podemos salir!

—Abrirán la puerta y nos detendrán a todos. Tenéis que seguir y necesitáis tiempo.

—¡No, no vamos a dejarte atrás! —gritó Soren.

—¡No nos jodas tú también con hacerte el héroe! Con dos bajas nos basta, Chris…

Los pasos seguían acercándose, como un redoble de tensión. Eric tiró de Chris, forcejearon como si estuvieran a punto de enzarzarse en una pelea.

—¡Si nos matan a todos esto no habrá servido de nada! —replicó Chris.

La sangre manchó las manos de Soren, que retrocedió impactado, las lágrimas emborronaron las manchas rojas en su piel. Eric seguía tratando de arrastrar a Chris al cuarto, rabioso.

—¡Vamos, maldito cabezota, estamos cerca!

El empujón de Chris hizo que Eric chocara contra Soren. Fue tan fuerte que los tiró a los dos al suelo, dentro de la habitación. Soren gritó de dolor. El robot cayó de las manos de Eric y rodó desorientado. La puerta se cerró con un fuerte golpe y la cerradura se bloqueó de nuevo.

—¡Chris! —Soren se levantó primero y se arrojó contra la puerta, intentando abrir—. ¡No, joder! ¡Chris! ¡Por favor! ¡Tú no! ¡Tú no!

—Eric, cuida de Soren, es lo único que ha valido la pena de esta mierda de isla —dijo Chris al otro lado—. ¡No seáis imbéciles y daos prisa, tenéis que salir vivos de aquí!

Los golpes de Eric a la puerta, una vez en pie, fueron más fuertes, rabiosos.

—¡Jodido cabezota! ¡Maldito seas! ¡No voy a perdonarte esta mierda!

Los pasos sonaron como tambores de guerra contra el suelo metálico. Se acercaban. Eric no parecía escucharlos, la sangre retumbaba en sus oídos, la angustia llenaba el mundo con un alarido amargo. Fue Soren el que lo agarró esta vez y tiró de él.

—Tenemos que irnos… —dijo con amargura—. Ha tomado una decisión. Tenemos que seguir, por él, por Alex y por Caleb. Solo un poco más.

Eric apenas podía verlo por las lágrimas. Se las arrancó con rabia del rostro. Los gritos de los guardias sonaron claros: ya estaban allí. De nuevo los dejaban sin opciones. Otra vez estaba abocado a tomar la única decisión posible. Tenía que dejarlo atrás. Soren tenía razón. Y para protegerlo a él debía seguir vivo. Hizo un esfuerzo por centrarse para seguir adelante.

Estaban en otro almacén. O en un trastero. Uno pequeño, lleno de cajas y trastos de uso personal. Había percheros con toda clase de vestuario, algunos muebles almacenados y estanterías con libros viejos. A un lado, un cuartucho abierto con un puñado de escobas. Al fondo, otra puerta blindada junto a un viejo ascensor de poleas con rejas forjadas, más propio de una mina de la edad moderna. Eric recuperó el robot y lo acercó a la puerta blindada. No hubo reacción. Apresurado, lo acercó a la cancela del ascensor.

—¡Ábrelo, maldito trasto!

—No puede… La cerradura es analógica —escuchó susurrar a Soren con un hilo de voz.

Entonces la vio. Una pequeña hendidura, antigua, arcaica, en la que solo encajaría una llave con una forma determinada. Una llave que no tenían. Fuera, los gritos de algunos guardias dejaron de ser órdenes para convertirse en avisos de dolor. Nuevos disparos. Chris estaba cumpliendo su parte, no se dejaría ir sin llevarse por delante a todos los que pudiera. Una venganza por los abusos sufridos, pero no serviría para otra cosa. Estaban encerrados, atrapados, vencidos, y ni siquiera tenían tiempo para asimilar otra cosa que un sabor amargo en la garganta. Tres amigos perdidos para nada.

Las luces se apagaron. Eric sintió la mano de Soren buscando la suya. Se la ofreció, pero sacó el cuchillo. Acabar aquello muriendo o matando era mejor que hacerlo en los laboratorios. Los golpes continuaban. La mano de Soren estaba empapada de sudor pegajoso y caliente, y

sentía el suyo propio, mucho más frío, en la nuca y el cuello. Y entonces los golpes pararon. La puerta volvió a abrirse.

—¡No hagáis nada, soy yo! ¡Voy a dar la luz!

La iluminación regresó. Tres estaba junto a una cajita de contadores, que en lugar de los fluorescentes iluminó una anticuada bombilla en el centro del techo. Soren echó a correr hacia el pasillo, hacia los cuerpos amontonados al otro lado de la puerta. Eric tardó más en recuperarse de la impresión y, antes de que pudiera seguirlo, Tres lo agarró del brazo.

—¡Menuda habéis montado! Vamos, tenéis que daros prisa.

Eric ni siquiera podía asimilar que Liam estaba allí. Le miró, aturdido, intentando que lo soltara.

—¿Qué haces tú aquí?

—Estaba en esta planta cuando escuché las alarmas… —La maldición afligida que soltó Soren le interrumpió, dejando claro lo que había encontrado—. Y seguí a los guardias. Supe que erais vosotros en cuanto las oí, de hecho sería un milagro que solo yo me hubiera fijado en el grupito de los cuchicheos. Tenéis que largaros ya. A estas alturas estarán llamando a todos los efectivos. —Levantó la vara de descargas—. Chris solo había dejado a dos en pie, esto no servirá para muchos.

Eric se desembarazó del agarre de Tres. Le costaba prestar atención a sus explicaciones con el llanto de Soren y el fuerte olor de la sangre adueñándose de todo. Se acercó para despedirse de Chris y decirle a Soren que debían irse, pero lo encontró de rodillas, abrazado al cadáver sobre un charco carmesí que cada vez era más grande.

—Lo siento mucho… Gracias… Gracias, Chris.

Soren lloraba. Acariciaba el rostro de su amigo, apartándole los mechones de la cara. Chris estaba tendido boca arriba, a su alrededor tres guardias muertos daban testimonio de la ferocidad con la que había defendido la puerta, heridos por el cuchillo o los disparos de sus propias armas. Otros dos yacían inconscientes. Eric se acercó y se arrodilló junto a Soren con el corazón encogido. Chris y él solo se habían tenido el uno al otro por mucho tiempo. Se habían ayudado y apoyado desde el principio, así que no solo sentía su pérdida, sino también el vacío que iba a quedar en Soren. El silencio que se hizo en ese momento estaba cargado de dolor, incluso Liam dejó de insistir, despidiendo a Chris a su manera.

—Soren, tenemos que seguir. —A Eric le costaba hablar, pero se arrancó la voz del pecho y cerró una mano en su brazo para ayudarlo a ponerse en pie.

Supo que algo iba mal cuando Soren levantó la mirada. Sus ojos vidriosos parecían ver a través de él, incapaces de enfocar. Las lágrimas empapaban sus mejillas y negó con la cabeza, sin reaccionar al tirón de Eric. La túnica se le pegaba al pecho, convertida en un sudario carmesí, empapada. No solo era la sangre de Chris. Eric sintió que el corazón se le congelaba bajo las costillas cuando vio el agujero. En el pecho. Oscuro, mortal, tragándose todas sus esperanzas.

—¡No! ¡¿Cuándo te han disparado?!

—No lo sé… Antes…

Eric agarró las telas de la túnica y trató de taponar la herida, que no dejaba de manar sangre. Se dio cuenta del reguero que había dejado Soren al correr hacia Chris, de la que manchaba sus propias manos y había confundido con sudor. ¿Cómo no lo había visto?

—Escucha, tienes que presionar contra la herida —le suplicó.

Agarró sus manos y trató de apretarlas contra el agujero, pero Soren ya no tenía fuerza. Estaba pálido, sus labios ya no tenían color y desfalleció. Eric se apresuró a sujetarlo, abrazándolo por debajo de las axilas.

—No puedo… Lo siento… No puedo… —susurró Soren.

—¡No! ¡No digas eso! Por favor, Soren, tienes que aguantar. Tienes que salir conmigo de aquí. No puedo hacer esto solo. No puedo hacerlo sin ti —sollozó Eric. Seguía apretando la herida, pero la vida de su compañero se le escapaba entre los dedos, a borbotones.

—Sí que puedes… Siempre has podido. —Soren levantó una mano temblorosa para acariciarle la cara y susurró—: Te quiero.

—Dios mío. No te vayas, por favor —suplicó Eric. Se inclinó para besarle los labios y sintió el momento en que las fuerzas abandonaban el cuerpo de Soren—. Te quiero. Te quiero.

El peso de su compañero venció sobre él y sintió algo rompiéndose en su interior. Una grieta a través de la que se colaba la tormenta y el dolor que arrastraba con ella, arrasando todo su mundo. Tres, tan fuerte como era Chris, lo arrastró hasta la habitación sin que pudiera evitarlo. Allí le agarró de las mejillas con ambas manos. Tuvo que abofetearlo con suavidad para que reaccionara.

—Eh, eh, eh. Me imagino por lo que estás pasando, he visto morir a demasiados chicos en todo este tiempo. ¿Quieres que mueran en vano? Nadie creería que habéis llegado tan lejos sin recursos y con un plan de mierda. Maldita sea, si hubieseis encontrado ese ascensor en la habitación de Victor os habríais ahorrado todo esto. —Señaló la puerta enrejada—. Pero hay una salida. Una de su gusto, que no depende de nada eléctrico ni electrónico.

El jardinero le soltó y se dirigió al cuarto de las escobas. En el suelo había una tapa de alcantarilla que levantó sin problemas.

—Cuando llegues abajo, tantea la pared hasta encontrar el cuadro de luces.

A la vista quedaron unas escaleras totalmente verticales que se perdían en la oscuridad de la roca viva, como los arcos de un paladar en una garganta húmeda que pretendiera tragárselo vivo. Liam rebuscó en un bolsillo hasta sacar una bolsita de papel.

—Llévate esto. Son semillas. Puedes dar algunas para que las analicen, pero asegúrate de esparcir el resto donde puedan agarrar. ¿Me harías ese favor?

—Sí… Sí.

La conciencia de Eric se agarraba a la voz de Tres. A sus instrucciones. Tenía que seguir con lo que fuera. Salir de allí. No había alternativa. Y si se rendía la muerte de sus amigos sería un sinsentido. No podía permitir aquel estúpido destino. Agarró la bolsa de semillas y se encaramó a la escalinata, aún torpe y desorientado. La oscuridad no estaba bajo sus pies, lo cubría todo y se movía a ciegas por ella, luchando contra la fuerza del agujero negro que quería devorarlo.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó antes de iniciar el descenso—. Victor te matará si se entera.

Liam le quitó importancia con un gesto de la mano. Desapareció para regresar con el improvisado macuto de Soren, en el que había metido la aspiradora.

—Me las arreglaré. —Esperó a que cogiera su equipaje—. Yo estaba aquí cuando construyó todo esto, reconozco cada recoveco. Pero ya es suficiente. De pruebas, de juegos, de experimentos. De condicionar elecciones. La gente debería poder decidir. Quédate con que, al final, tus amigos lo han hecho.

Liam miró hacia atrás como si hubiera escuchado algo y, sin despedidas, cerró la tapa sobre su cabeza. La oscuridad se volvió absoluta, húmeda y fría. Eric tuvo que descender durante tanto tiempo que los dedos se le agarrotaron, enviando dolorosos calambres por sus extremidades. Cuando al fin tocó suelo al bajar un pie, fue tan chocante que cayó de lado con un grito de sorpresa. Una nube de murciélagos voló en estampida por alguna salida que solo ellos conocían. Eric solo los conocía a ellos por las películas y pasó unos minutos allí, tumbado, protegiéndose la

cabeza como si fueran a arrancársela a mordiscos. Pero no vino nadie, ni con alas ni con piernas. El único sonido era la lluvia al otro lado de la cueva y su propio corazón desbocado.

Se puso en pie, a tientas y desorientado, y buscó el cuadro de luces que Liam le había indicado. No tardó en encontrarlo y abrir la tapa. Subió todos los interruptores que encontró y las luces fueron iluminando una cueva subterránea. Larga, con afiladas estalactitas colgando del techo en el que anidaban los murciélagos. Él se encontraba en una plataforma de madera sobre un lago subterráneo unido al mar, presumiblemente, por un canal estrecho que se perdía en la oscuridad de la tormenta. El catamarán blanco y reluciente, que esperaba amarrado a la rampa de madera que lo conectaba con la plataforma, le pareció irreal. Corrió hacia él, sujetando el macuto manchado de la sangre de Soren como si lo que le quedaba de vida estuviera allí. Una escalinata de madera daba acceso al barco y Eric le dio una patada al subir para tirarla al agua. Aún no se fiaba de que no le siguieran. Aún podían encontrarlo y matarlo. Tal vez estaban fuera, esperando en embarcaciones armadas.

Entró directamente a la cabina. Las luces se encendieron al captar el movimiento. La estación de timón tenía tres pantallas que permanecieron apagadas. Eric dejó el aspirador en el suelo y la máquina se puso en marcha de inmediato, como si le hubiera dado una orden. Levantó el bracito mecánico, pero el sensor quedó colgando de él: se había quebrado. Eric agarró el sensor y lo acercó al panel de mando, rezando por que encontrara la forma de poner en marcha el catamarán. Los pilotos encendieron brillantes luces verdes antes de que el motor empezara a zumbar. Las pantallas mostraban datos que Eric no sabía leer. Una de ellas era táctil, pero también desconocía qué clase de órdenes introducir.

—Conectar piloto automático —dijo en un alarde de lucidez.

El timbre de su propia voz le sorprendió, rasgada y afónica. Para el barco fue suficiente.

Conectando piloto automático. Último recorrido conocido.

Ese último trayecto podía ser muchas cosas. El pueblo. La otra punta del mundo. La mitad exacta del océano, si había salido de un barco más grande. Pero Eric tendría que conformarse y rezar a la providencia. En último término, alterarlo todo con otro comando de voz. El vehículo comenzó a avanzar despacio y el tenue balanceo se convirtió en un vaivén alocado en cuanto salieron de la cueva.

El catamarán parecía un barquito de papel azotado por la tormenta. Las olas lo alzaban y lo hundían una y otra vez. El agua golpeaba la cubierta y se colaba hasta la cabina, obligando a Eric a permanecer agarrado con todas sus fuerzas al asiento de la consola. Tuvo la suficiente lucidez para anudarse bien el macuto de Soren contra el pecho, temeroso de que los *pendrives* cayeran al agua.

Durante horas, lo único que pudo hacer mientras avanzaba a ciegas a través de la tormenta fue rezar a un dios en el que no creía, suplicar y exigir que le permitiera vencer la última batalla y llegar a tierra firme, fuera donde fuera.

«Cada cosa que no esté anclada, que no tenga gruesos muros, cemento o cristales blindados, desaparecerá».

La voz de Victor se coló en sus pensamientos. Esas palabras cobraron todo su sentido. Se sentía como una hoja zarandeada en el centro de un vendaval, sin ningún punto de referencia. El agujero negro giraba sobre sí mismo, tiraba de él y reclamaba su tributo. Y no podía hacer nada para luchar contra las fuerzas de la naturaleza.

Nada salvo rendirse y dejar que el barco se hundiera si esa era la consecuencia de la estúpida decisión de ser libre.

Pero eso no sucedió. El pequeño barco siguió adelante y Eric siguió respirando aunque creyó

morir muchas veces durante ese periodo indefinido. Cuando las olas comenzaron a mecer el barco en lugar de golpearlo con furia, Eric creyó despertar de una pesadilla. Con la misma sensación de no saber si la había abandonado, su cuerpo casi besó el suelo al ponerse en pie, tan desorientado y mareado que lo primero que hizo al salir fue vomitar por la borda.

Aún era de noche, pero la oscuridad había dado paso a la luz de la luna, que brillaba henchida en el centro de un inmenso claro de nubes. La luz plateada era reflejada por el suave oleaje, que la hacía destellar como si estuviera surcando el cielo en lugar del océano. Las piernas se le aflojaron al elevar la mirada al cielo: limpio, resplandeciente, solo las estrellas más luminosas se dejaban ver a través del manto de la luna. Se agarró a la borda al caer de rodillas.

No sabía dónde estaba, pero la sensación de libertad irrumpió en él llenándole de vértigo. La soledad de ese momento, ser consciente de que le faltaban los dedos de Soren entre los suyos, las risas de sus amigos, hizo más punzante el vacío que crecía en su interior.

¿Eso era la libertad? Te hacía sacrificarlo todo, dejarlo todo atrás, irrumpía como una tormenta en las existencias ajenas y las arrasaba. Se había cobrado su precio en vidas. Soren seguiría parloteando sentado en el banco del jardín si no lo hubiera arrastrado a aquel estúpido plan. Había pasado sobre sus dudas, no le había escuchado. Y ahora estaba muerto. Como los demás.

Las lágrimas regresaron y un llanto amargo le abrió el pecho en dos. La grieta se hizo más grande y profunda, aullando como la tormenta que seguía su curso en su interior, destrozándolo hasta no dejar nada. Allí, mecido por las olas y el arrullo del viento, moría y nacía de nuevo.

El que regresaba ya no era Trece.

Ni siquiera era Eric.

Era otro.

Era la tormenta.

29. Mi último regalo.

La luz del día trajo de vuelta el temporal y las responsabilidades. De forma mecánica, actuando más por instinto que por consciencia, Eric revisó las provisiones enlatadas de la cocina del barco y las reservas de agua. Utilizó barreños y cubos para recoger lluvia y vio cómo se iban por la borda, se contaminaban de agua de mar o volcaban una y otra vez. Encontró un manual y lo leyó sin ver. Envolvió los *pendrives* en una bolsa de plástico y la selló con cinta aislante. Dormitó entre pesadillas huidizas. Durante cada ejercicio, su mente seguía en el complejo. Los residentes despertando, si el escándalo les había permitido dormir. Comentando lo sucedido. Cuchicheando en los pasillos, la biblioteca y el gimnasio. Mirando la mesa vacía del comedor. Ethan dándose cuenta de lo cerca que habían estado de ir con ellos. Noah llorando, inconsolable. Liam… muerto también, o disimulando en silencio. ¿Tendrían esperanza, o los guardias les habrían asegurado que todos estaban muertos? Victor recibiendo la noticia. La voz temblorosa del guardia encargado de comunicárselo. ¿Lo habrían echado a suertes? Su sorpresa, su ira. ¿Cuánto tardaría en buscar nuevos candidatos para rellenar cinco o seis bajas? ¿Habría represalias para los residentes? ¿Interrogatorios? ¿Tortura? ¿Cuánto tardaría en buscarlo a él?

¿Llegarían antes las autoridades?

Estaba en el camarote intentando comprender las instrucciones que tenía entre manos cuando un sonido llamó su atención por encima del incipiente rugir del temporal. Era menos violento que la noche anterior, lo que le permitió distinguir la música. Un punteo agradable de guitarra. Piano. El crepitar de una antigua grabación, como si sonara desde un gramófono.

Maybe you'll think of me when you are all alone

Reconoció la voz, aguda y melodiosa, de los Ink Spots, y se puso en pie como un resorte. Subió las escaleras resbalando, teniendo que ayudarse de las barandillas para llegar hasta la cabina. El catamarán se bamboleaba sobre las olas. Seguía avanzando.

Maybe the one who is waiting for you

Will prove untrue, then what will you do?

La música salía del ordenador de a bordo. No había logrado que la máquina le mostrara los mapas y tuvo un mal presentimiento al ver la sonrisa dibujada en las pantallas. Movía la boca al ritmo de la canción, como si ella la estuviera cantando.

Maybe you'll sit and sigh, wishing that I were near

Tuvo que toquetear varios botones, con el miedo infantil de que alguno de ellos hiciera explotar la embarcación… y el miedo real, adulto, de que otro desplegara las velas, un suicidio en esas condiciones. No sucedió ni lo uno ni lo otro. Victor apareció en una de las pantallas, vestido de traje, con una melena blanca recogida en un moño alto. Estaba sentado en la butaca de un lujoso despacho desconocido para Eric. Tenía una pierna cruzada y apoyaba las yemas de los dedos unas contra otras, luciendo una fabulosa sonrisa.

—Enhorabuena, 1984, también conocido como Trece. Has seguido al conejo de Alicia hasta encontrar la entrada de la madriguera… o la salida, en tu caso.

Ese era su tercer miedo. Eric se puso en pie, pero tuvo que sentarse bajo el bamboleo de la embarcación.

—¡Tengo un nombre, maldita sea! —gritó a la pantalla—. No finjas que no lo conoces después de todo esto. ¿Esta mierda sigue siendo un juego para ti? ¿También Soren, Alex, Chris y Caleb son números?

Nervioso, trató de encontrar algún botón que cortara la conexión, pero nada parecía

funcionar.

—No soy yo quien ha hecho la resta. Dime, Eric… ¿Qué piensas hacer cuando llegues a Elysium con mi barco?

Esa pregunta le dejó bloqueado. Detuvo las manos sobre los botones y golpeó la superficie de la mesa con el puño, frustrado. No quería mirar a Victor. Temía lo que pudiera sentir. Temía lo que ya estaba sintiendo. Se pasó los dedos por el pelo y reunió toda la calma que pudo para responder. Iba a joderlo, iba a contarlo todo, pero por una vez pensó antes de hablar, consciente de que Victor podía controlar el barco.

—Recuperar mi vida. Nos haces creer que solo te tenemos a ti… y eso no es cierto. Tengo familia, tengo una jodida carrera, no necesito tu maldita isla. No te necesito a ti.

—Familia. —Victor asintió, levantando una ceja—. Supongo que te refieres a tus amigos del centro comercial abandonado. Al chico lo detuvieron solo tres días después de irte, robando en uno de mis almacenes. Y tuvo suerte. Esos fanáticos de Elysium Limpia encontraron vuestro escondite hace cosa de un mes. Salió en las noticias, el fuego se propagó hasta los edificios cercanos y tuvieron que desalojar toda la manzana. Siete muertos, entre ellos el viejo profesor.

—Andrei… —murmuró Eric. Levantó la cabeza y lo miró con los dientes apretados—. Mientes. Estás mintiendo.

La tercera pantalla se encendió sola, mostrando la noticia en uno de los periódicos más conocidos de la ciudad, con el titular en grandes letras rojas: «Incendio provocado en el Haven se salda con la cifra de siete muertos». La entradilla ponía contexto: El grupúsculo de extrema derecha Elysium Limpia sigue con su cruzada personal, llevándose la vida de cinco personas en situación de calle y dos vecinos del edificio anexo, uno de ellos menor de edad. La policía sigue buscando testigos.

Eric leyó varias veces la noticia. No quería creerlo. Andrei podía haber escapado. Tal vez estaba con Las Caridades. Pero no tenía ninguna esperanza. El agujero negro se tragó también al viejo profesor. De Julian no volvería a saber nada. Acabaría muerto por culpa de las drogas, por la cirrosis o por alguna venérea.

—No hablaba de ellos —dijo apartando la mirada.

—Oh… Supongo que no hablarías de tu madre, ¿verdad? Creía que habías charlado lo suficiente con los otros chicos como para llegar a la conclusión tú solito. Nadie viene a la isla con familiares vivos. Siento decirte que deberías haberla llamado más a menudo.

Eric levantó la cabeza bruscamente y se incorporó a medias, apoyándose en la mesa de control.

—¡¿Qué cojones estás diciendo?! ¿Qué estás insinuando?

—¿Insinuando? —Victor se echó a reír—. Estoy afirmando que no tienes familia, por eso no te importó dejar todo atrás ante la promesa del pase. Es increíble. Todavía no te has quitado la venda de los ojos…

—¿Qué le ha pasado a mi madre? —Eric demostró que podía palidecer más. Tenía el rostro desencajado. Ya sabía la respuesta, pero no quería aceptarla.

—Fue fulminante, en el transporte público. No sufrió —contestó Victor, bajando la mirada en consideración—. No recuerdo la fecha, pero mis trabajadores encontraron la esquela al revisar el papeleo tras la primera prueba. Por lo visto vivía con un caballero, él se encargó de todo… menos de localizarte. Desconozco los motivos.

Sucedió antes de que Eric se presentara al pase. Su madre estaba muerta. Muerta mientras se negaba a llamarla por vergüenza. Muerta mientras le escondía su situación. Y se había ido pensando, tal vez, que su hijo no la quería. Que lo había perdido. Eric volvió a sentarse, cayendo

a plomo sobre el asiento. Escondió el rostro entre las manos, los codos apoyados en la mesa.

—Vendí mi teléfono… No quería que supiera… —dijo con la voz temblorosa. Creía que ya no le quedaban lágrimas, pero su calidez volvió a besarle las mejillas.

Victor guardó silencio por unos minutos, entendiendo que para recomponerse, primero tenía que romperse, asumir la rotura y recoger sus propios pedazos. Lo dejó llorar hasta que sus ojos se secaron.

—En fin… Felicidades, Eric. Has ganado el juego. Con ayuda, claro, pero todos la tuvieron. Solo tú supiste ver las oportunidades… y aprovecharlas. —Victor consultó su reloj con aire distraído.

Eric levantó la mirada. Tenía los ojos vidriosos y una expresión confusa.

—¿Qué? ¿Qué coño he ganado? He perdido a mi madre, a mis amigos, he perdido a Soren. ¿Qué juego de mierda he ganado, Victor? —escupió su nombre con desprecio.

—Todo, Eric, has ganado todo. ¿Por qué no encierras la lengua entre los dientes un instante y piensas?

La confusión de Eric cada vez era mayor y como casi todas sus emociones, esa acababa convertida en rabia. Apretó los dientes.

—Deja de jugar conmigo. Deja los jodidos secretos de una vez. —Eric golpeó la mesa de control, frustrado. Respiraba deprisa, estaba alterado, pero trató de pensar. De unir las piezas. Victor no dijo nada, solo esperaba al otro lado. Una posibilidad se abrió paso en su mente. Retorcida, terrible. Le miró entrecerrando los ojos—. El pase no terminaba en la partida…

—Sigue tirando de ese hilo… —La sonrisa de Victor se amplió.

Eric apretó los dedos contra la mesa. Estaba aturdido, no solo por los vaivenes del barco. No era posible. Ni siquiera Victor era tan retorcido. ¿O lo era?

—No tiene sentido. ¡No tiene ningún sentido! ¿Por qué ibas a dejar que las cosas llegaran a este extremo? ¿Hasta ese punto llega tu hambre de emociones, maldito enfermo?

La conexión se cerró. Eric vio desaparecer el rostro de Victor, su sonrisa siniestra y calma, contrayéndose hasta convertirse en un punto blanco en el centro de la pantalla. Y luego nada. Gritó de rabia y descargó patadas contra la consola hasta hacerse daño. El fuerte zarandeo de una ola le precipitó contra la mesa y lo dejó sentado de nuevo, como si una fuerza mayor le estuviera conminando a calmarse.

Tuvo que hacerlo. Pensar. Poner orden en sus pensamientos.

«Nadie creería que habéis llegado tan lejos sin recursos y con un plan de mierda».

Liam le había dado la clave. Pensó en la improbable jugada que le dio acceso a la isla, en lo extraño de que hubiera puntos muertos en la seguridad. En lo difícil que era que un periodista como Caleb se colara allí sin que nadie lo advirtiera. En lo sospechoso de que Victor no se hubiera dado cuenta de que le habían robado el aspirador. Solo habían sido fichas en otro juego retorcido. Un juego que se había cobrado vidas.

—Hemos sido tu *reality* enfermizo… —le dijo a la nada, sospechando que no estaba del todo solo—. Lo sabías desde el principio. Que no me conformaría. Que me escaparía o moriría. Lo sabías. ¿Pero es solo por divertirte? ¿Eres capaz de esto solo por sentirte vivo?

La pantalla se encendió de nuevo. Victor ya no estaba sentado en la butaca. Caminaba por el despacho con una copa de líquido ambarino en la mano y la cámara lo seguía.

—No lo sabía con certeza, pero tenía esa esperanza en todos vosotros cuando llegásteis. Algunos me mostraron enseguida que sí, se conformarían. Otros no se doblegaron, pero tampoco tenían el orgullo, la inteligencia o la terquedad suficiente. Unos pocos lo intentaron… y no salió bien —suspiró y posó los labios en el cristal para dar un sorbo—. Durante mucho tiempo pensé

que sería Caleb. Ya había demostrado tener agallas para ocultar sus verdaderas intenciones como periodista. Pero los años pasaban y no se decidía. Como el resto. Tú fuiste su conejo blanco… un líder nato.

Eric se echó atrás en su asiento. Tuvo que agarrarse cuando un nuevo golpe zarandeó la embarcación. No podía creerlo. Y, sin embargo, era lo más lógico. Todo encajaba. Todo se explicaba.

—Estuve a punto de confesártelo… Sentí compasión por ti. Y no la merecías. No mereces un gramo de nada de lo que Soren, Caleb, Alex y Chris te han dado. Nada de ninguno de nosotros —dijo mirándolo a los ojos.

Víctor continuó como si no lo escuchara.

—Once solo tuvo mala suerte, un factor que nunca hay que olvidar. Nueve y Catorce pusieron el miedo por delante. Diez, el amor. Ocho puso por delante la amistad. Tres… —hizo una mueca de incomprensión— su absurdo e intermitente sentido del honor. Y solo quedas tú… el único que no se detuvo por nada ni por nadie. Sabes lo valiosa que es la vida. Y el tiempo. Porque siempre has sentido que va a cazarte. En eso también nos parecemos.

No era un ganador, Eric no podía sentirse así. Seguía a merced del poder de otros. Manipulado, guiado por el laberinto como un ratón de laboratorio. Seguía en manos del monstruo.

—¿Y Soren? ¿Por qué perdió Soren?

—Por no seguir haciendo lo que había hecho siempre, usar al grandullón de Chris como escudo para todo, supongo. Al menos él sí tiene suerte —rio el millonario.

—¿Llamas suerte a desangrarte en un pasillo? —espetó Eric. La rabia regresaba con facilidad. Parecía protegerlo de perderse en la locura.

—Los laboratorios están al lado, por… suerte. En cuanto detuvieron la hemorragia estuvo fuera de peligro. La bala no había rozado la columna ni ninguna arteria.

Otra sacudida. Aunque esta vez Eric no supo si fue la tormenta o el fogonazo de esperanza. Se echó hacia adelante, como si pudiera traspasar la pantalla.

—¡¿Está vivo?!

—Claro que está vivo, aunque tú tuvieras demasiada prisa para detenerte a comprobarlo.

Eric encajó el golpe, aunque no dolió más que creerlo muerto.

—Libéralo. Deja que venga conmigo. Se lo ha ganado.

Victor volvió a dejarse caer en la butaca.

—Podrás liberarlo tú mismo cuando todo esto acabe, es uno de los privilegios del ganador. De mi heredero. Si acepta la última condición de su premio.

—¿Tu heredero…? —Eric se apartó el pelo de la cara con un gesto nervioso. No estaba seguro de haber escuchado bien, pero ahora estaba más dispuesto a seguir haciéndolo. Se acercó más a la pantalla—. ¿Cuál es esa condición?

—Regresar… para tomar la isla del mismo modo en que la tomé yo.

—No quiero tu mierda de isla —escupió Eric—. ¿Y te crees que soy idiota? Tengo ganas de hacerlo. Ahora mismo te retorcería el cuello hasta que dejaras de respirar, pero es una trampa evidente. ¿Por qué ibas a ofrecerme tu cabeza en bandeja?

Victor salió del enfoque de la cámara sin que esta le siguiera, para volver poco después con una toalla húmeda en la mano.

—¿Recuerdas cuando te pregunté qué desea aquel que lo tiene todo?

Eric se dejó caer sobre la silla y negó con la cabeza con una risa incrédula.

—Has montado todo este circo porque no tienes cojones de pegarte un tiro como una persona

normal.

El millonario se frotó la toalla por la cara, con fuerza, incidiendo en cada una de sus curvas para no dejar ni rastro de maquillaje. Cuando la apartó no parecía el mismo. Tenía unas profundas ojeras enmarcando los ojos hundidos y su palidez era extrema. Fuera lo que fuera, había comenzado a ir rápido.

—Vosotros decidisteis. Y yo también haré las cosas a mi manera. La tormenta también ha llegado para mí… y este es mi último regalo.

La imagen impactó a Eric. Tanto, que le costó unos segundos recuperarse. Solo podía mirarlo, sin reconocer a su captor. Casi sentía lástima. Aquella era su forma de irse con dignidad. De decidir la manera en la que abandonaba el mundo.

—Te estás muriendo —dijo en voz baja, pero Victor le escuchó perfectamente.

El millonario le miró en silencio unos segundos, con la expresión más grave que Eric le había visto nunca. El telón que ocultaba al mago de Oz cayó y, sin la máscara, sin sus disfraces, parecía un hombre frágil y pequeño. No era un monstruo, era tan humano como él. Tan sometido al destino como él.

Y, aun así, seguía teniendo el poder.

Las pantallas laterales mostraron los mapas por primera vez. La ubicación exacta del barco era un punto rojo parpadeando en medio del océano. En la pantalla izquierda el itinerario llevaba a Elysium. En la derecha, regresaba a la isla.

—Elige, Eric: Todo o nada.

Y Eric escogió.

Todo o nada termina aquí. ¿O no?

Nos encantaría seguir con esta historia y para ello necesitamos tu ayuda: una reseña en Amazon, hablar del libro a tus amigas, recomendarlo a otras lectoras o seguirnos en redes nos ayudará a saber que genera el suficiente interés como para que valga la pena seguir contándoos sobre estos personajes en este universo. Tenemos pensado, también, un libro con los orígenes de Victor. No dejes de compartir con nosotras qué te parece esta idea.

Y mil gracias por haber llegado hasta aquí. Esperamos que no nos odies demasiado.

Otras obras de las autoras:

Si has llegado hasta aquí, suponemos que nuestra historia te ha gustado o, al menos te ha enganchado, y queremos agradecerte el tiempo que has dedicado a ella. Esperamos que haya dejado algo en ti. Si quieres hacernos llegar tus comentarios, seguirnos o simplemente conversar, puedes encontrarnos en:

https://www.instagram.com/neithsango/

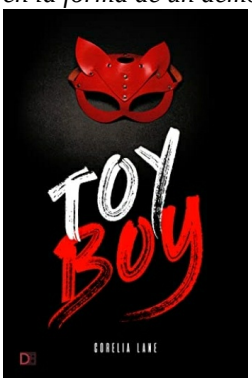
O en el correo: corelliankink@gmail.com

Aprovechamos para invitarte a leer nuestras obras, individuales o conjuntas que, aunque no tienen que ver con esta historia, tal vez te gusten.



El sol cautivo, de Neith y Leo Sango

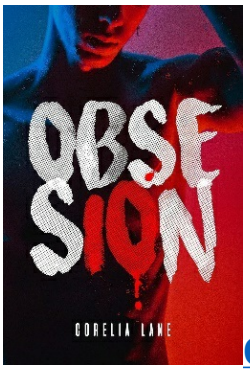
La Isla del Eclipse no ha visto la luz del sol en un milenio. Gobernada por la raza de los shaanar, longeva y tiránica, todo aquel que nace con magia en el reino de la noche eterna es asesinado o esclavizado. El resto sobrevive bajo el peso de un sistema de castas desigual en el que los shaanar ocupan la cúspide, parasitando con elegancia todo lo que encuentran a su alrededor.
Nathair, el hermano del rey, nació con el don de la magia. Indultado por este, vive recluido en una torre pero, a su pesar, no es tan distinto a cualquier otro esclavo: sus vínculos con la magia han sido cercenados y su destino es servir al rey con total obediencia.
La aparición de una criatura en el bastión promete darle algo de emoción a su tediosa existencia cuando decide sacarla de su celda y quedársela como mascota. Sin saberlo, Nathair tiene ante él todas las claves de su libertad en la forma de un demonio que no es lo que parece.



Toy Boy, de Corelia Lane

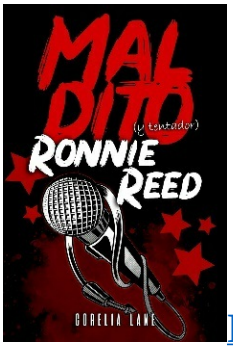
Los días de gloria como actor quedaron atrás para Jude Larson. Ahora es un respetado productor con mucho

dinero y escasa motivación para vivir. Su solitaria existencia cambia de pronto cuando contrata a un nuevo mecánico para su colección de coches de lujo.
Terry es bueno en su trabajo, pero es un joven rebelde, impertinente y rabiosamente atractivo. No tarda en convertirse en una obsesión peligrosa para el millonario. Un robo y una carrera ilegal le dan la excusa perfecta para ponerle la correa a su mecánico, de forma literal.
Cuando el pasado llama a la puerta despertando todos los miedos ocultos, su nuevo toy boy parece la única tabla de salvación para Jude.



Obsesión, de Corelia Lane

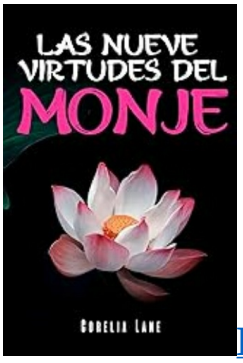
Aidan es un artista. Rebelde, con un pasado problemático cuya sombra se extiende al presente. Haberse enamorado de un policía resulta paradójico para él, inconformista y poco dado a respetar a la autoridad.
Will, su novio, es el perfecto equilibrio que la vida ermitaña y solitaria de Aidan necesita. Vital y sociable, se entrega a su trabajo de forma vocacional.
Su relación va viento en popa hasta que el pintor debe sustituir a su antiguo modelo por un atractivo y solícito joven llamado Cody que pondrá a prueba el carácter despreocupado de Will y obsesionará a Aidan hasta lo enfermizo.
La mayor tormenta de nieve que se recuerda en su ciudad revelará un misterio y descubrirá la verdadera cara de Aidan, Will y Cody mientras luchan contra sus propios fantasmas.



Maldito (y tentador) Ronnie Reed, de Corelia Lane

Ronnie Reed está en la cima de la fama. El cantante de Bright Violet Blood, el grupo del momento, es joven, atractivo y carismático, pero también es un chico impulsivo que no se lo piensa dos veces a la hora de denunciar el abuso que ha presenciado en la fiesta de su productora. Revelarlo públicamente pone una peligrosa diana sobre él y debe huir del país para mantenerse a salvo hasta un futuro juicio.
Dave McKenzie es guardaespaldas en la organización Lux. Es paciente, metódico y vive entregado a su trabajo como una forma de enmendar los errores del pasado. Acostumbrado a escoltar a niños, no sabe lo difícil que va a ser encargarse de una estrella cuando acepta su última misión. Sobre todo, porque el cantante es la tentación más irresistible a la que ha tenido que enfrentarse.
El viaje por las carreteras de Europa pondrá a prueba la paciencia y la resistencia de Dave ante las provocaciones del irreverente e incontrolable Ronnie.
Maldito (y tentador) Ronnie Reed es una novela ligera que combina erotismo, romance y tensión para que no

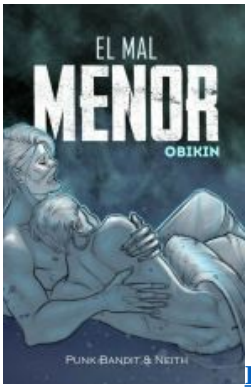
puedas despegarte de ella hasta acabarla.



Las nueve virtudes del monje, de Corelia Lane

Tras un atentado contra su vida, la reina Azami de Albiran se ve obligada a refugiarse en el país vecino. El Monasterio de la Virtud promete ser una experiencia aburrida para la reina y su doncella hasta que son puestas al cargo de Biarn, un atractivo monje que no tarda en demostrar que no es lo que parece.
Biarn, Monje de la Virtud y maestro del rebelde Kisar, tiene un reto entre manos: mantener alejadas a las mujeres de la atención de su aprendiz, algo que parece imposible. El momento en que su pupilo será puesto a prueba se acerca y las distracciones ponen en peligro su permanencia en la orden. ¿Podrá mantener a Kisar alejado de las tentaciones? Y lo más difícil, ¿podrá resistirlas él mismo?
La reina Azami pondrá al monje ante la decisión más importante que tendrá que tomar en su vida: aferrarse al deber o seguir el camino de sus deseos.
Las nueve virtudes del monje es una novela ambientada en un mundo imaginario inspirado en el siglo XIX. En ella encontrarás altas dosis de erotismo, romanticismo, sorpresas y un misterio por resolver: ¿quién quiere matar a la reina de Albiran?

Fanfics en Wattpad:



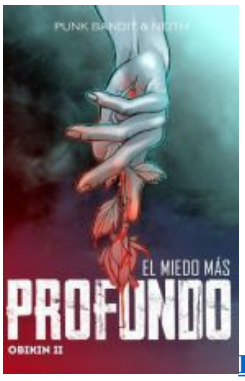
El mal menor

Obi Wan Kenobi regresa a Coruscant tras una misión rutinaria cuando es atacado y su nave se estrella en Mustafar. Anakin, desobedeciendo el mandato directo del Consejo jedi de no ir en su búsqueda al darle por perdido, acude al planeta volcánico con la esperanza de encontrarle aún vivo, jugándose la expulsión de la Orden Jedi.
La cercanía de la muerte, un impulsivo beso y la desesperada huida de Anakin ante lo que considera un error imperdonable harán replantearse a Obi Wan la naturaleza de su relación y los sentimientos que les unen.



Tentado por la oscuridad

Adso Reth es un mecánico corelliano que vive intentando pasar desapercibido. Su existencia gira en torno a los droides y las máquinas antiguas que llegan a su taller. Raseri es enviado por la Señora Suprema Khidra para secuestrarle y llevarle a Korriban en una engorrosa misión, ¿qué interés puede tener un simple técnico para los sith? ¿Y por qué a él, de entre todos los maestros, le asignan una misión tan irrelevante?
El descubrimiento de su propia identidad sacudirá los cimientos de la existencia de Adso, que guarda secretos que afectarán a la aburrida y predecible vida de su nuevo maestro en La Academia Sith a niveles insospechados.



El miedo más profundo

Tras su última misión, Obi-Wan Kenobi y Anakin Skywalker regresan al Templo Jedi para recuperarse de sus heridas. La pérdida de la mano derecha es un duro golpe para el padawan, que debe adaptarse a toda prisa a su nueva prótesis biónica.
El estallido de la guerra entre la República y los Separatistas y la decisión del Consejo de someter a Anakin a la Prueba del Espíritu para nombrarlo Caballero Jedi sacudirá las conciencias y las convicciones de maestro y aprendiz hasta el punto de empujarlos en un viaje en busca de respuestas.
¿Querrá el Elegido seguir formando parte de la Orden? ¿Le seguirá Obi Wan si decide abandonar? ¿Cuánto cambiarán las cosas entre ellos cuando ya no sean maestro y padawan? Las respuestas se encuentran lejos del Templo, en las arenas de Tatooine.

Novelas en solitario:



Mi amante galápago, de Ada Bizarrada (Leo Sango)

Ada es una influencer activista que se ha mudado al islote conocido como Hogar Tortuga para intentar convertirlo en un espacio protegido. Allí conoce a Bosque, un macho de tortuga gigante territorial, solitario… y atractivo a su manera. Tras un encuentro sexual no planeado, Ada descubre con horror que una de sus cámaras para las redes sociales lo ha grabado y emitido en directo. ¿Cómo reaccionará el mundo ante tal obscenidad?
«Mi amante galápago» es la primera novela de la saga «Las eróticas aventuras de Ada Bizarrada», un homenaje en forma de parodia a los libros pulp de mediados del siglo XX, una oda a la absurdez, el mal gusto y el erotismo de folletín. Quizá, rascando la superficie, encuentres una crítica a la cultura de la cancelación y un poquito de ecologismo. Solo quizá.